¡QUE VIENE EL LOBO!

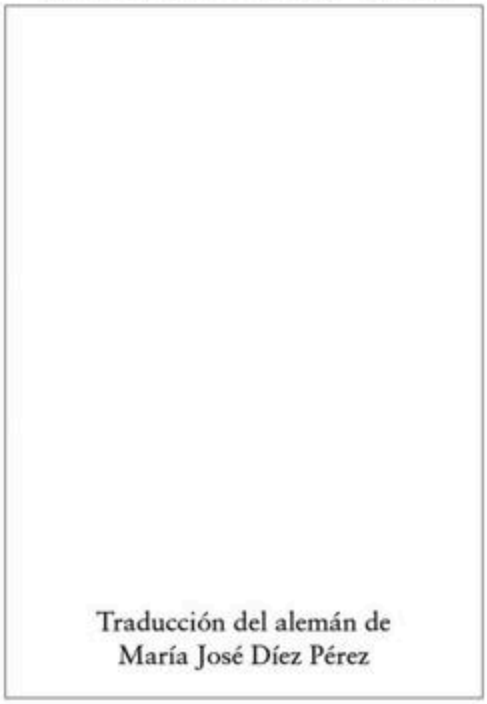
LEONIE SWANN



salamandra
NARRATIVA

¡QUE VIENE EL LOBO!

LEONIE SWANN



Traducción del alemán de
María José Díez Pérez

salamandra
NARRATIVA

Para M.

Dramatis Oves

MISS MAPLE	la más lista del rebaño y tal vez la más lista del mundo.
MOPPLE THE WHALE	carnero gordo y memorioso.
SIR RITCHFIELD	el antiguo manso (macho que sirve de guía al rebaño), tiene la mejor vista del rebaño.
OTHELLO	el nuevo manso, resuelto carnero negro y con cuatro cuernos.
EL CORDERO DE INVIERNO	un marginado en busca de nombre.
RAMSES	carnero joven y nervioso con buenas ideas.
ZORA	oveja con la cabeza negra y debilidad por los abismos.
HEIDE	traviesa y joven.
CLOUD	la más lanuda del rebaño.
CORDELIA	oveja idealista.
MAUDE	tiene el mejor olfato del rebaño.
LANE	la más rápida y patilarga con diferencia.
MELMOTH	carnero legendario, hermano gemelo de Ritchfield.
WILLOW	la segunda oveja más taciturna del rebaño.

LA OVEJA MÁS TACITURNA DEL REBAÑO	
EL PELUDO	carnero desconocido y desgreñado.

Dramatis Caprae

MADOUC	pequeña y negra, llena de ideas alocadas.
MEGÄRA	la cabra con la oreja negra.
AMALTÉE	joven y gris.
CIRCE	joven y rojiza.
KALLIOPE	joven y con manchas blancas y marrones.
KASSANDRA	vieja y ciega.
BERNIE	legendario macho cabrío.
LA CABRA CON UN SOLO CUERNO	una escéptica.

Dramatis Personae

REBECCA	la pastora.
MAMÁ	su madre.
EL ARRENDAJO	el señor del castillo, cojea un poco.
HORTENSE	huele a violetas y cuida de los niños.

JULES Y JEAN	dos niños.
MADAME FRONSAC	el ama de llaves, mamá la llama Morsa.
MONSIEUR FRONSAC	mira.
MADEMOISELLE PLIN	la administradora de peinado tirante.
PAUL EL CABRERO	calla.
YVES	una chica para todo.
EL JARDINERO	cuida del manzanar.
ERIC	elabora quesos de cabra.
ZACH	un agente muy secreto.
MALONCHOT	un policía.
EL VETERINARIO	no goza del aprecio de las ovejas.
EL PASEANTE BAJITO	un visitante de invierno.
EL PASEANTE GORDO	otro visitante de invierno.

Dramatis Canidae

TESS	la vieja perra ovejera.
VIDOCQ	perro guardián húngaro.
EL GAROU	

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó la cabra con un solo cuerno.

—¡Un *thriller*! —anunció la cabra gris moviendo teatralmente las orejas.

—¿Con ovejas? —inquirió la cabra con un solo cuerno al tiempo que cerraba un ojo para lanzar una mirada crítica al otro lado de la cerca.

—¡Un capricho! —exclamó la cabra gris, y soltó una coz.

—¡Una comedia! —apuntó la cabra que se había subido a la cómoda.

—Eso jamás será una comedia —aseguró la cabra con un solo cuerno mientras volvía a mirar con recelo más allá de la cerca.

—Todo es una comedia —baló la cabra de la cómoda—. Una comedia con mucho rojo.

Las tres cabras miraron a las desprevenidas ovejas que pastaban tras la cerca.

—Sólo son imaginaciones nuestras —zanjó la cabra con un solo cuerno.

Prólogo

Hecho.

Asunto finiquitado.

Después siempre resultaba bonito.

Le gustaba quedarse allí sin más, apoyado contra el tronco de un árbol, percibiendo cómo la emoción de la caza se dispersaba en la nieve. Igual que la sangre. Sobre su cabeza, el cielo y el murmullo del bosque; bajo sus pies, el suelo. Y delante, una imagen.

Todo muy apacible. Sin miedo. Sin prisas. Se sentía libre. Renacido. Asombrado de poseer dos manos —¡qué rojas estaban!—, dos piernas, una forma.

Durante la caza todo era informe, sólo había delante y detrás, un rastro, una presa y la velocidad. Vida y muerte. ¿Cuatro patas o dos? No importaba. A veces, muy pocas, las presas se le escapaban. Así estaba bien. Todo estaba bien.

Un petirrojo se posó en una rama. Tan bello, tan cercano, tan vivo. Amaba el bosque. Independientemente de lo que había pasado, independientemente de lo que pasara, el bosque lo acogía y allí él era un animal entre otros. De haber sido de noche, le habría aullado a la luna de pura alegría.

Pero no era de noche, y también eso estaba bien. Era pleno día y los colores se mostraban luminosos.

Y el tiempo pasaba.

Suspiró. El tiempo siempre era demasiado escaso después. Pronto empezaría a tener frío. Debía volver. Restregar las manos en la nieve hasta dejarlas blancas de nuevo. Ponerse guantes. Otras botas. Zigzaguear para borrar sus huellas. Empezar otra vez a pensar en cosas como hacer la compra y el inspector de Hacienda y, naturalmente, en ella. Siempre en ella. En las cosas que pensaban los hombres.

Tenía que llevar un traje a la tintorería. La loción para el afeitado se había acabado. Una planta de su dormitorio parecía tristona. ¿Y si la regaba? Quizá. No sabía mucho de plantas. El trabajo esperaba. Y el almuerzo. Setas salteadas en mantequilla, con nata líquida y un filete. ¿Patatas fritas? ¿Por qué no? ¿Foie gras? ¿Qué día era hoy? Y pan. Un pan con la corteza crujiente no estaría mal.

Miró por última vez la imagen —ide nuevo el zorro!; el zorro era un detalle interesante— y luego se fue andando con sus dos piernas, y con cada paso que daba iba cambiando un poco.

Cuando salió del bosque no pudo por menos de sonreír. ¡Ovejas! El castillo parecía mucho más interesante con nieve y ovejas. Qué blancas eran. Todas salvo una. Aquella oveja negra lo ponía nervioso.

Continuó andando hacia el castillo, junto a la cerca, y miró de reojo la ventana de ella. No podía evitarlo.

Nada.

El Garou se hizo un ovillo por dentro, ahíto, saciado, y se quedó dormido.

PRIMERA PARTE

Cosas

1

—¿Y después? —preguntó el cordero de invierno.

—Después las ovejas madre pusieron a salvo a los corderos, lejos del hombre del perro pequeño. Y encontraron un... un... —Cloud, la oveja más lanuda del rebaño, no supo cómo continuar.

—Un montón de heno —propuso Cordelia, que era una oveja sumamente idealista.

—Eso, un montón de heno —repitió Cloud—. Y las ovejas madre comieron y los corderos se acurrucaron en el heno... y guardaron silencio.

Las ovejas balaron entusiasmadas. Después de tanto contarla, la historia de *El silencio de los corderos* había ido sufriendo graduales variaciones, y en cada ocasión ganaba un poco.

Rebecca, la pastora, les había leído el libro en otoño, cuando las hojas ya amarilleaban pero el sol aún era redondo y estaba maduro y sano. A esas alturas las ovejas ya no podían explicarse por qué entonces, en las primeras frías y plateadas noches de otoño, el libro les había dado tanto miedo. Sólo Mopple the Whale, el carnero gordo y memorioso, se acordaba de que en el libro que Rebecca les había leído en los soleados escalones de la caravana casi no aparecían corderos, y muy poco heno.

El viento empujaba nieve entre sus patas, allá abajo temblaban las peladas matas que crecían junto a la cerca del prado, y la historia había terminado.

—¿Era un montón de heno grande? —quiso saber Heide, que todavía era joven y no le gustaba que las historias terminaran así sin más.

—Muy grande —afirmó Cloud con convicción—. Tanto como... tanto como...

Miró alrededor en busca de cosas grandes. ¿Heide? No. Heide no era especialmente grande para ser una oveja. Mopple the Whale era el más voluminoso. Pero más grande que cualquier oveja era la caravana, que estaba en medio del prado, y mayor aún el establo, y lo más grande de todo era el viejo roble que se alzaba cerca de la linde del bosque y en otoño había desprendido infinidad de hojas marrones, amargas y crujientes. Había sido un trabajo de mil demonios comerse todas esas hojas.

A la izquierda del prado se hallaba el huerto, y a la derecha el campo de las cabras. En éste no había nada grande. Sólo cabras. Pasados los dos campos, al fondo estaba el bosque, ajeno y susurrante; delante, la propiedad, con establos y casas, chimeneas humeantes y personas ruidosas, y más cerca, gris y enorme como una calabaza, el castillo. Dado que el prado se elevaba un tanto en dirección al bosque, se veía estupendamente.

—Tan grande como el castillo —concluyó Cloud con aire triunfal.

Las ovejas se quedaron pasmadas. El castillo era en verdad muy grande. Tenía una torre puntiaguda y muchas ventanas, y todas las tardes les quitaba el sol demasiado pronto. Cambiarlo por un montón de heno habría sido genial.

Se oyó un restallido y las ovejas se asustaron.

Después estiraron los pescuezos, curiosas.

Algo había salido volando por la ventanilla de la caravana. ¡Otra vez!

El rebaño se puso en movimiento. Últimamente solían salir cosas volando de la caravana, y a veces alguna resultaba interesante. Por ejemplo, una cazuela con gachas de avena algo quemadas, una planta de interior, un periódico. La planta provocaba flato y el periódico sólo le había gustado a Mopple.

Ése no era un mal día: ante ellas, en la nieve, había un jersey de lana. El jersey de lana de Rebecca. El jersey de lana. El que más gustaba a las ovejas. La única prenda de ropa que entendían. Bonita y de color ovejuno, gruesa y peluda, y tenía olor. No un vago olor a oveja, como muchos jerséis de lana, sino a ovejas concretas. A un rebaño que había vivido junto al mar, pastado hierbas saladas, trotado por suelo arenoso y respirado el viento de muchos lugares. Si se olfateaba con atención, incluso se podía identificar a ovejas concretas. Ahí había una oveja madre lechosa y con experiencia, un carnero manchado de resina y una oveja flaca y peluda siempre al margen del rebaño. Ahí había dientes de león y sol y graznidos de gaviotas al viento.

Aspiraron el aroma del jersey y suspiraron. Echaban de menos sus antiguos pastos irlandeses, la vastedad y el murmullo gris del mar, el acantilado, la playa, las gaviotas e incluso el viento. Entretanto, la cosa estaba clara: el viento viajaría, las ovejas se quedarían.

La puerta de la caravana se abrió y Rebecca, la pastora, bajó los escalones con el gesto torcido y dando pasitos airados. Recogió el jersey de la nieve y puso fin bruscamente al placer olfativo.

—¡Esto no puede ser! —refunfuñó con el entrecejo peligrosamente fruncido mientras sacudía la nieve de la prenda—. ¡He dicho que no

puede ser, ¿me has oído?! ¡Esta vez saldrás volando! ¡Te lo prometo! ¡Volando!

Las ovejas no la creyeron. De la caravana salía volando toda clase de cosas, pero no ésa. Aquella mujer rara vez se movía, aunque cuando lo hacía era tremendamente rápida. Además, las ovejas dudaban que cupiera por la ventanilla de la caravana.

Rebecca también parecía dudarlo. Miró el jersey y soltó un profundo suspiro.

Un rostro extrañamente fofo y ancho apareció en la blanquecina ventanilla de la caravana, que miró con desaprobación a Rebecca y las ovejas. Rebecca no le devolvió la mirada. Las ovejas observaban fascinadas. Luego el rostro desapareció y la puerta de la caravana se abrió. Pero no salió nadie.

—¡Esa cosa apestosa no volverá a esta casa! —se oyó decir desde la caravana.

Rebecca respiró hondo.

—Esto no es una casa —replicó en tono amenazadoramente bajo —. Y mucho menos tu casa. Es una caravana. Mi caravana. Y el jersey no apesta sino que huele a oveja, y eso es algo normal cuando se humedece. Las ovejas también huelen a oveja cuando se humedecen. Las ovejas siempre huelen a oveja.

—¡Cierto! —baló Maude.

—¡Cierto! —balaron las demás. Maude era la oveja con mejor olfato del rebaño. Era experta en olores.

Un silencio glacial salió de la caravana.

—¡Y no es cierto que apesten! —espetó Rebecca—. Aquí lo único que apesta son tus... —Suspiró de nuevo.

—¡Frasquitos! —baló Heide.

—¡Polvos de tocador! —baló Cordelia.

—¡Las cabras! —apuntó Maude.

Las ovejas notaron que el silencio de la caravana se espesaba hasta convertirse en una nubecilla oscura. Y pensante.

—Sí, ¿y qué? —chilló al cabo—. Por lo que a mí respecta pueden oler a oveja. Se pueden pasar todo el santo día ahí plantadas oliendo a oveja. ¡Ahí fuera! Pero no aquí dentro. A las ovejas no se les ha perdido nada aquí dentro.

—Cierto —aprobó Sir Ritchfield, el antiguo manso, que era muy partidario del orden.

Las otras callaron. La vida que se desarrollaba en la caravana, con sus olores a comida y sus plantas de interior, debía de haber despertado su interés.

—En serio, Reba, un poco de higiene —dijo la voz, esta vez en tono suave y maternal.

Higiene no sonaba mal. Un poco como la hierba fresca, verde y brillante.

—¡Higiene! —corearon las ovejas en señal de aprobación. Todas salvo Othello, el nuevo manso, negro como el carbón. Había pasado la juventud en un zoo, donde había visto (y sobre todo olido) desde lejos algunas *higienas*, y sabía que no había motivo para el entusiasmo. Desde luego que no.

Rebecca bajó las manos y una manga del jersey, que tan a conciencia acababa de sacudir, fue a parar de nuevo a la nieve. Parecía confusa, un poco como un carnero joven que no sabe si salir corriendo o atacar.

—¡Al ataque! —baló Ramses, un carnero joven que la mayor parte de las veces optaba por salir corriendo.

Rebecca agachó la cabeza, apretó el jersey de lana contra el pecho y se irguió en toda su estatura. No era especialmente alta, pero podía parecerlo cuando quería.

—Es mi caravana. Y mis ovejas. Y mi jersey. Y aquí nadie necesita tu permiso para oler a oveja. Y yo no necesito tus consejos. Papá me dejó todo esto porque confiaba en mí. Y ¿sabes qué? ¡Pues que no lo hago tan mal!

Las ovejas notaron que algo cambiaba en el interior de la caravana. La nube se ensanchó, se tornó más clara y húmeda. Y empezó a descargar agua.

—Tu paaadre —le dijo Heide al oído a Lane.

—¡Tu paaaaadre! —se oyó gimotear en la caravana.

—Lo que faltaba. Bien hecho, Rebecca —musitó Rebecca.

La caravana soltó un hondo suspiro y a continuación apareció una mujer en la puerta. No daba la impresión de estar simplemente en pie, más bien parecía adherida al marco como una elegante babosa, aseada y lustrosa. De sus ojos brotaba un agua que le desdibujaba el rostro.

Las ovejas la miraron intranquilas.

La primera vez que habían visto ese rostro, igual de extraño y mojado, llovía a cántaros.

Con el tiempo, las ovejas se habían convencido de que aquella mujer había traído la lluvia, tal vez en su bolso azul océano, tal vez en su reluciente maletita metálica, posiblemente también en los bolsillos de su inmaculado abrigo. La lluvia había sido su aliada aquel día en que llamó a la puerta de la caravana; la lluvia y su asqueroso licor de crema.

Rebecca había abierto y las palabras de la portadora de la lluvia comenzaron a repiquetear: nostalgia, hija, vaya un pueblucho, a partir de ahora sólo vuelo en primera clase, hija, preocupación, únicamente las fiestas, te veo delgada y te he traído un buen licor de crema.

Rebecca dejó caer los brazos a los lados del cuerpo y dijo: «Mamá.» No sonó precisamente a invitación, y aun así la mujer y la lluvia se quedaron. Antes no había llovido nada, en todo el otoño, a lo sumo un chaparrón que hizo que las ranas croaran felices en el foso del castillo. Nada más.

A partir de ese instante sólo hubo lluvia. En el establo había goteras. El suelo era un barrizal y estaba resbaladizo, sobre todo abajo, junto al pesebre. El forraje olía a humedad. En el arroyuelo del prado el agua corría marrón y más impetuosa, y Mopple the Whale se había caído en él cuando iba en busca de una hierba que crecía en la pendiente.

«*Panta rhei*», dijeron las cabras junto a la cerca.

Primero cayó lluvia. Después nieve. Luego el licor de crema salió volando por la ventana. A continuación otras cosas. Algunas de esas cosas desterradas volvieron a la caravana gracias a Rebecca, otras gracias a mamá, y las hubo que no volvieron. Mopple se comió el periódico y por la noche soñó con un hombre con cabeza de zorro.

De algún modo todo estaba relacionado, pero las ovejas ignoraban cómo.

—Esto no tiene nada que ver con papá —dijo Rebecca, y se puso el jersey—, sino contigo y conmigo. Tú eres mi invitada y quiero que te comportes como tal. Eso es todo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Mamá se sorbió los mocos sin despegarse de la puerta y se enjugó las lágrimas con un pañuelo blanco.

—¡De acuerdo! —balaron las ovejas. Sabían lo que vendría a continuación: cigarrillos. Mamá en los escalones de la caravana, Rebecca algo más allá, en la pendiente, apoyada contra el armario que, inexplicada e inexplicablemente, había bajo el viejo roble.

Humo y silencio.

También las ovejas permanecían calladas, escarbando en la nieve, rumiando húmeda hierba de invierno, o al menos fingiendo que lo hacían. Todas estaban esperando algo que no tardaría en pasar. Algo que apenas podía verse, pero que se podía oler perfectamente.

En su prado había una oveja desconocida. Estaba allí antes que ellas, no en la dehesa, sino en el manzanar y en el pequeño campo que se abría entre los pastos y la linde del bosque. Ahora estaba con ellas y rondaba la cerca día tras día.

Siempre que Rebecca fumaba apoyada contra el armario, la desconocida la miraba fijamente. No movía nada, ni una oreja ni una pestaña, ni siquiera la punta de la cola. Pero olía. Olía a auténtico pánico, a pavor. Como un cordero que huye por el pantano de los perros salvajes. No es que las ovejas hubiesen huido alguna vez por el pantano de los perros salvajes, por suerte no lo habían hecho, pero podían imaginárselo a la perfección.

Aquello inquietaba a las ovejas.

En general, la desconocida no era una oveja miedosa. No le tenía miedo a Tess, la vieja perra ovejera, que casi siempre dormía en los escalones de la caravana, y tampoco a los cuatro cuernos negros de Othello. En cambio le tenía miedo a Rebecca cuando fumaba apoyada en el armario y contemplaba el prado. Un miedo cerval.

Al cabo Rebecca apagó el cigarrillo, se lo metió pulcramente en el bolsillo y volvió a la caravana. La desconocida se relajó y se puso a farfullar. Las demás ovejas sacudieron las orejas y la cola e intentaron hacer lo mismo con el silencio.

Aquella desconocida las sacaba de quicio. En realidad no olía a oveja, no se comportaba como una oveja y, sobre todo, no parecía una oveja, sino más bien una piedra grande, informe, musgosa, un carnero peludo.

Miss Maple, la oveja más lista del rebaño y tal vez del mundo, afirmaba que pese a todo era una oveja. Una oveja solitaria a la que nadie esquilaba desde hacía años, con un mazacote de lana gris, densa y enmarañada en el lomo, y una historia que nadie conocía.

«Se acostumbrarán», afirmó Rebecca cuando, con ayuda del cabrero, había sacado el extraño carnero del manzanar y lo llevó al prado.

El cabrero entornó los ojos y tosió. O quizá fuera una risa polvorienta.

No se habían acostumbrado, en absoluto. Al contrario: cada día que pasaba el carnero peludo les parecía un poco más raro. Y distante.

Estaba entre ellas, pero no con ellas, se movía en un rebaño, pero no en su rebaño. A veces tenían la sensación de que el desconocido ni siquiera las veía. Veía otras ovejas, unas ovejas que nadie más podía ver.

Ovejas espíritu.

Fantasmas.

El peludo dejó su atalaya en la linde del bosque y atravesó al trote el prado, pasando por delante del establo y la caravana, salvó de un

saltito el arroyuelo y bajó hasta un rincón del manzanar, farfullando y exhortando, tras un grupo de ovejas invisibles.

Ninguna oveja miró. A excepción de Sir Ritchfield.

—Creo que es una oveja —baló éste, agitado. Por entonces, al antiguo manso le interesaba enormemente la cuestión de quién era una oveja y quién no.

Las otras suspiraron.

Una vez más se preguntaron si viajar a Europa había sido tan buena idea.

Habían heredado ese viaje de George, su antiguo pastor. Un buen día George había aparecido tendido inmóvil en el prado, con una pala clavada en el cuerpo. Las ovejas no tuvieron nada que ver con ello —bueno, al menos no mucho—, pero heredaron: un viaje a Europa, la caravana y, con ella, a Rebecca, la hija de George, que debía alimentarlas y leerles en voz alta. Lo ponía en el testamento.

Sin embargo, en algún lugar tenía que haber habido un error. La Europa de la que les había hablado George estaba llena de flores de manzano, prados herbosos y curiosos panes alargados. Nadie les habló de bocinas de coches, carreteras polvorientas y mosquitos zumbadores, de nieve, ovejas espíritu o cabras.

Las ovejas culpaban a la carta de carreteras. Rebecca llevaba una muy vistosa que solía consultar en sus peregrinaciones, y era evidente que esa carta no sabía nada de Europa.

Tres ovejas habían distraído a Rebecca hasta un campo de girasoles mientras Mopple the Whale cogía la carta de los escalones de la caravana y se la comía entera, hasta la parte dura y brillante de cartón. Y, en efecto, las cosas se enderezaron un poco: al cabo de unos días se presentó en la caravana una mujer con el cabello

recogido en un moño muy tirante, que, con actitud aduladora, había invitado a las ovejas a ir a ese lugar. Poco después terminó la agotadora vida errante y ellas tuvieron de nuevo un prado, un establo, un almacén para el forraje y, en esa ocasión, incluso un armario. A pesar de ello, no era su prado.

—Vuelve a explicarme por qué estamos aquí —dijo con un suspiro mamá, que seguía pegada a la puerta como un caracol y había encendido otro cigarrillo.

Tess había conseguido salir y saludaba a Rebecca moviendo el rabo en los escalones de la caravana. Ella se agachó y la rascó detrás de las orejas. Tess intentó esconder el grisáceo hocico en la axila de su ama.

—Estoy aquí porque las ovejas necesitan un sitio donde pasar el invierno. —Lo había explicado cien veces, primero a las ovejas, luego a mamá, a veces incluso a sí misma—. Los pastos son buenos, el alquiler es barato y el paisaje, idílico. Me lo propusieron y acepté encantada. Lo que no sé es por qué estás tú aquí.

Las ovejas sabían por qué estaba mamá allí: para vivir de gorra. En una ocasión, Rebecca les había confiado el secreto en el establo. «Se las da de fina, pero en realidad está sin blanca. ¿Cómo no iba a estarlo, con ese trabajo? Y luego se presenta con una botella de licor de crema aguado y se queda semanas. ¿Sólo las fiestas? Y un cuerno, ya veréis. No sé cómo voy a librarme de ella.»

Por la ventanilla de la caravana no, eso estaba claro. Mamá le echó el humo a Rebecca y Tess y dirigió una mirada crítica al castillo.

—Deberíamos irnos de aquí. Echa un vistazo alrededor, hija. Este lugar de mala muerte... y todos esos locos.

—A Hortense no le pasa nada —arguyó Rebecca.

—No tiene estilo —apuntó mamá con desdén—. Creía que las francesas tenían estilo. Y ¿qué me dices del cabrero ese? Se pasa el día en el bosque y cuando viene por aquí no dice ni mu. ¿A ti te parece normal? ¿No has visto que los demás se mantienen apartados de él? Algún motivo habrá.

—También se mantienen apartados de nosotras —refutó Rebecca.

Tess se había tumbado boca arriba y Rebecca le rascaba la barriga.

—También hay un motivo —aseguró mamá—. No sabes nada de la gente, Reba. Igual que tu padre. Nunca te han interesado las personas, pero a mí sí. Tengo un sexto sentido. Veo. ¿Idílico? Las cartas dicen otra cosa.

Las ovejas se dirigieron miradas significativas. Las cartas solían decir otra cosa. Como la carta de carreteras, hasta que Mopple se la comió. Todos sus problemas habían empezado con esa carta.

—¿Sabes qué carta aparece desde hace dos semanas cada vez que las echo?

Rebecca suspiró, se levantó y se estiró como un gato.

—¡El Diablo! —balaron a coro las ovejas. Siempre era lo mismo.

—El Diablo —afirmó mamá con aire triunfal desde los escalones de la caravana.

Rebecca rió.

—Eso es porque tienes tres diablos en la baraja, mamá. Y has quitado la Justicia y la Templanza.

Tess se estiró a la manera perruna y entró en la caravana rozando las pantuflas de mamá.

—Sí, ¿y qué? Hay que adaptar un poco las cartas a las circunstancias actuales, ¿no crees? Desde que la Templanza está

fuera, el porcentaje de éxitos se sitúa en un setenta y cinco por ciento. ¿Sabes lo que dicen...?

Rebecca sacudió la mano como si espantara unas moscas invisibles —e insensibles al frío— y mamá sacudió la cabeza.

—Sinceramente, hija, ¿tú te sientes bien aquí? Pregúntale mañana al vete...

Con súbita agilidad, Rebecca subió los escalones de la caravana de un salto y le tapó la boca con la mano.

—¿Te has vuelto loca? —dijo—. ¿Sabes la que se armará aquí si pronuncias esa palabra?

—¡Infernal! —balaron las ovejas.

Cuando allí se armaba una, solía ser infernal.

Esa noche las ovejas permanecieron delante del establo más de lo habitual, contemplando el paisaje nocturno. Las construcciones de la finca se arrimaban al castillo en busca de protección. El manzanar callaba. Olía a humo y a nieve reciente. La sombra de un búho cruzó en silencio el prado en dirección al bosque.

¿Se sentían bien allí? Cloud tal vez. Cloud era la oveja más lanuda del rebaño y se sentía al pelo en todas partes. Lanudo y al pelo tenían mucho que ver. A Sir Ritchfield también parecía gustarle, ya que en aquel sitio había muchos interlocutores que no salían corriendo: el viejo roble, el armario, el arroyo, a veces el peludo desconocido y, cuando estaba de suerte, alguna que otra cabra. Las cabras incluso apreciaban los monólogos a voz en grito de Ritchfield, y a menudo un grupo de ellas se reunía junto a la cerca y se ponía a soltar risitas y brincar.

Las demás no estaban tan seguras. Algo no cuadraba. En el manzanar sólo había una manzana olvidada, roja como una gota de sangre. Se la veía, pero no se la olía. Tal vez volviera a ser hora de comerse una carta. Pero ¿cuál?

—¿Qué se disponía a decir? —preguntó de pronto Miss Maple.

—¿Quién? —inquirió Maude.

—Mamá. Antes de que Rebecca le tapara la boca.

Las ovejas no lo sabían y guardaron silencio. La media luna que pendía sobre el prado semejaba una galleta de avena mordida.

—Rebecca se llevó un buen susto —apuntó Miss Maple—. Como si fuera a pasar algo pronto. Algo horrible.

—¿Qué podría pasar? —preguntó Cloud esponjándose.

—¿Qué podría pasar? —repitieron las demás ovejas. Cada día había forraje en el comedero y algo de lectura en los escalones de la caravana. Cuando el abrevadero se congelaba, Rebecca rompía el hielo con una azada. Cuando nevaba demasiado, se quedaban en el establo. Cuando se aburrían, comían o contaban historias. Y al final de cada historia aguardaba un fragante montón de heno.

Las ovejas contemplaron la nieve azulada y se creyeron intrépidas.

En ese preciso instante, un sonido largo y tenue, lejano y desgarrador, rompió el silencio.

Un lamento.

Un aullido.

2

Cloud volaba.

No como en sus sueños, meciéndose majestuosamente como una oveja nube, sino más bien como una semilla de diente de león, arriba y abajo, zigzagueando, arrastrada por vientos caprichosos. Atravesó el prado, sobrevolando nieve sucia y hierba helada, saltó el arroyo describiendo un amplio arco, pasó por delante del viejo roble —los pardales huyeron sobresaltados—, subió la pendiente.

Sus patas galopaban con furia bajo su cuerpo. Las orejas le palpitaban. Su corazón ondeaba al viento. ¡Más deprisa! Hacía tiempo que había dejado atrás al resto, pero no a él. Le pisaba los talones, un jadeo en la cerviz, una corazonada repentina entrevista con el rabillo del ojo.

El viento empujaba a Cloud hacia un bosque cambiante.

Entre el bosque y el prado se alzaba la cerca.

Siempre estaba ahí, pero ese día, por alguna razón, Cloud no contaba con ella. Miró a un lado y otro, aterrorizada. ¿A la izquierda de la cerca, hasta una esquina? ¿A la derecha de la cerca, hasta otra esquina? El viento tenía otros planes.

Sin coger aire siquiera, Cloud fue directa a los alambres.

Un zumbido en los oídos, un dolor sordo en el pescuezo. La cerca cedió. Una de las estacas entre las que se tensaban los alambres cayó al suelo. El cielo se desplomó.

Sin embargo, al momento Cloud estaba de nuevo en pie y volvió la cabeza. Su perseguidor subía jadeante la loma, se hallaba sólo a unas ovejas de distancia. Pero ahora la cerca estaba horizontal, y Cloud la salvó de un salto. Y de un salto se plantó en la linde del bosque. Y de otro salto se plantó en el bosque.

De repente el zumbido en los oídos desapareció. Cloud tiritaba. Era como si no tuviese lana cubriendo su piel. Estaba completamente desnuda. Tenía mucho frío. Un pajarillo se posó en una rama por encima de su cabeza y cayó un poco de nieve.

Cloud se estremeció y siguió trotando con cautela.

Pronto la penumbra del bosque la rodeó como si estuviera en un establo, y el jadeo cesó.

Un chasquido aquí, un chasquido allá; por lo demás, silencio.

Tal vez sólo fuera un sueño.

Las otras ovejas observaban la huida de Cloud con sentimientos encontrados.

Por una parte se alegraban de que el veterinario no la hubiese pillado; por otra, ahora les tocaba a ellas. A una de ellas. Y luego a otra. Y a otra más. Y por fin a todas. El veterinario las cogería de tal forma que el miedo les impediría respirar. Les haría daño en las pezuñas y las orejas. Las pincharía con una aguja y les echaría en la boca un líquido amargo y apestoso. El veterinario era la criatura más peligrosa que conocían. Y ahora se encontraba en la linde del bosque con los brazos a los costados, mirando a Cloud. Mirándola larga y detenidamente.

Rebecca soltó una maldición. Se apartó de la frente el gorro de lana rojo y miró enfadada a las ovejas.

—Vosotras no os mováis —masculló.

¡Como si tuvieran elección! Rebecca las había encerrado en el aprisco. El aprisco no era más que un trozo de prado estrecho y a decir verdad muy apreciado: allí estaba el comedero. Sin embargo, a veces Rebecca cerraba una cancilla y ellas quedaban atrapadas, apretujadas junto a la cerca de la finca, por donde solían pasar las personas. Por qué Rebecca siempre hacía causa común con el veterinario constituía un misterio para las ovejas.

Ahora la pastora subía la pendiente, con mayor elegancia que el veterinario, aunque no tanta como Cloud. El veterinario dijo algo y tendió los brazos como para coger a Rebecca. Ella sacudió la cabeza. El veterinario la agarró por la muñeca, pero ella se zafó y desapareció en el bosque. El veterinario miró a las ovejas con cara avinagrada.

Las ovejas disimularon.

Él también disimuló, se miró los pies, las manos, luego la nada y de nuevo a las ovejas. A todas partes. Excepto al bosque.

Entonces sucedió algo extraño.

Rebecca surgió de nuevo entre los árboles y retrocedió despacio, de espaldas, con una mano extendida como si quisiera detener algo, quizá a una oveja importuna o, como tantas veces a lo largo de sus viajes, un coche o a un campesino enfadado sosteniendo un bulbo de puerro roído.

Miró deprisa a derecha e izquierda como si hubiese algo.

Como si de allí fuera a salir algo.

Pero del bosque no salió nada.

Poco después el prado estaba repleto de gente. Llegaron a la finca en tres coches haciendo mucho ruido y una vez allí se desplegaron: dos hombres cruzaron el portón que daba a los establos, las casas y los graneros, donde vivían las personas, dos recorrieron por fuera la finca y el muro del castillo, donde no vivía nadie, y la mayoría se encaminó al prado, donde vivían las ovejas. Se apartaron de la cerca, escudriñaron el establo, en la pendiente, desaparecieron en el bosque, reaparecieron, arrastraron cosas hasta la linde y desde allí hablaron con Rebecca, recorrieron los pastos sistemáticamente en zigzag, pisotearon la nieve y aplastaron la escasa hierba de invierno más de lo que ya lo estaba.

Las ovejas estaban impresionadas. No se esperaban que fuesen a buscar tan a conciencia a Cloud. Eso sólo ocurría cuando a Rebecca le parecía que algo pasaba de castaño oscuro. Pidió ayuda a unas personas con gorra... y perros. Dos perros pastores tan oscuros como su voz husmeaban en el prado.

Las ovejas se estremecieron, demasiado acobardadas y apriscadas para tener auténtico pánico. Lo más inquietante de los perros pastores era que no se interesaban por las ovejas. Nada, ni siquiera por la desconocida, que, cómo no, una vez más no había ido hacia el comedero como el resto del rebaño y disfrutaba de una libertad envidiable bajo el viejo roble, farfullando y olfateando, al parecer desinteresada de todo aquel revuelo.

Las ovejas querían salir. Primero probaron a lanzar balidos de protesta, una receta de probada eficacia contra los males del mundo. Si uno balaba lo suficiente, pasaba algo, casi siempre lo que debía. Pero Rebecca, que por lo general se ocupaba de que pasara

lo que debía, se limitó a abrir mucho los ojos, con expresión de miedo, y bajar los brazos.

Las ovejas balaron y balaron. En un momento dado dejaron de balar y guardaron un silencio amenazador. Pero tampoco pareció interesarle a nadie.

—Ya está bien —dijo Maude tras un rato de infructuoso silencio—. ¡Nos largamos!

A las otras les gustó la idea. Así Rebecca vería lo ridícula que era una pastora sin ovejas.

—Pero ¿cómo? —inquirió Lane.

—Que Mopple vuelva a hacerse el muerto —baló Heide, a la que le encantaba que pasaran cosas.

—¿Por qué siempre me toca a mí? —masculló Mopple, pero ya le habían explicado a menudo por qué: Mopple era la oveja más grande y gorda del rebaño. Resultaba llamativa e impresionante tirada en el suelo con las cuatro patas extendidas.

Ya había funcionado varias veces. La primera cuando las manzanas del huerto vecino estaban maduras, y luego durante la recolección del heno: Mopple yacía inerte en el suelo y Rebecca corrió asustada hacia ellas por el prado, y con el susto no cerró bien la cancilla al salir. La tercera vez Rebecca, que empezaba a recelar, llamó al veterinario expresamente para Mopple. Pese a todo, hacerse el muerto era un método eficaz para llegar al otro lado de las cercas.

Mopple suspiró y se desplomó en la nieve, pataleó y murió. Las demás ovejas hicieron algo de sitio a su alrededor para que se la viera bien, balaron dramáticamente y miraron de reojo a Rebecca. Pero ésta estaba sentada en los escalones de la caravana, envuelta en una manta, y hablaba con uno de los hombres con gorra. Mamá

apareció detrás de ella y le puso en la mano una taza de té humeante. Era la primera vez que las ovejas la veían hacer algo útil. Ello les indicó cuán grave era la situación.

Mopple movía las patas teatralmente.

—¿Y bien? —preguntó.

—Nada —repuso Cordelia.

—Nada en absoluto —confirmó Ramses.

—No oye nada —apuntó Sir Ritchfield, cabeceando.

—No ve nada —afirmó Zora.

—Puede que ya hayamos desaparecido —musitó Cordelia—. Antes, cuando el veterinario vino al redil, todas queríamos desaparecer. Tal vez haya pasado.

—Yo no quería desaparecer —intervino Heide—. Lo que quería era que desapareciese el veterinario.

Éste, en efecto, había desaparecido a hurtadillas, pálido, justo después de que Rebecca bajase la pendiente a trompicones y se pusiera a hablar nerviosamente con mamá y con el aparato de hablar.

—Quizá nos estén buscando a nosotras —aventuró Lane—. ¡A todas!

Poco a poco los extraños parecieron tranquilizarse un poco. Dejaron el prado y el bosque y se reunieron delante de la caravana. Tres hombres y dos perros se fueron en un coche. El resto permaneció allí, bebiendo sin entusiasmo el té que mamá había preparado en la caravana.

Uno vomitó. La cancilla del prado estaba abierta. Ahora que había menos jaleo se oía ladrar a Tess en el interior de la caravana.

Las demás personas se atrevieron a entrar en la finca, curiosas y siniestras como cornejas jóvenes. Las ovejas apenas las veían llegar, pero cada vez que miraban hacia la finca a través de la cerca había alguna más: primero la gruesa madame Fronsac, que siempre llevaba comida en los bolsillos. Representaba una posible fuente de alimentos, y las ovejas la miraron esperanzadas. Pero la gorda no parecía de humor para alimentarlas. Estaba allí como un pasmarote, como si se hubiera atragantado con algo, y se retorcía las enrojecidas manazas. Monsieur Fronsac, a su lado, hacía lo de siempre: mirar. Tal vez ese día su mirada fuese un poco más triste.

Yves salió por el portón con un hacha al hombro y las ovejas arrugaron la nariz. El olor de Yves no era nada placentero. Andaba a menudo de acá para allá rondando los pastos, y siempre que veía a Rebecca sonreía. Sonreía como a veces sonríen los perros: no con los ojos sino con los dientes. Rebecca les explicó en una ocasión que Yves era una «chica para todo», pero hasta el cordero más joven podía ver que no era una chica. Desde luego que no.

El cabrero avanzaba a lo largo de la tapia de la finca.

El jardinero salió del huerto, la rubia Hortense y su olor a violetas abandonaron el castillo. Finalmente aparecieron también algunas de las criaturas más extrañas, esas a las que por regla general las ovejas sólo veían de pasada tras un cuello subido. Criaturas del castillo. La mujer del cabello tirante que había invitado a las ovejas. Los niños. A los niños los despacharon en el acto.

El resto se mantuvo alejado de los hombres de gorra, graznando en voz baja en la incomprensible lengua de los europeos. Todos

salvo el cabrero, que se limitaba a empuñar su bastón con unas manos que a pesar del frío eran blancas, blancas como la nieve. A las ovejas les interesaba el cabrero, no por él en sí mismo sino por su oficio, por así decirlo. Se presentaba en el cercado de las cabras con una regularidad admirable y un saco de forraje, y habían intentado entablar amistad con él pese al fuerte olor a cabra que despedía. En vano. Estaba más loco que sus cabras, suponían las ovejas.

Rebecca seguía sentada en los escalones de la caravana, hojeando frenéticamente su libro amarillo. El libro amarillo convertía los graznidos de los europeos en palabras con sentido, pero ese día no parecía prestar muy buen servicio.

—*Pourquoi*? —graznó Rebecca—. *Quand? Qui*?

Hortense abrió la cancela del prado, se acercó a ella y la envolvió en una nube de insulso perfume floral, pero tampoco supo responder. Después, la gorda Fronsac también se separó de las demás personas del castillo y se dirigió a la caravana, subiendo la pendiente con cierta dificultad. Mamá la llamaba la Morsa, y sólo Othello, que conocía el mundo y el zoo, sabía por qué. La Morsa graznó algo en voz queda y nerviosa que Rebecca no consiguió entender.

—Dice que cojas tus ovejas y te largues —explicó Hortense—. Ella en tu lugar se iría en el acto.

—¡Eso mismo digo yo! ¡Eso mismo digo yo! ¡No me canso de decirlo! —exclamó mamá desde la caravana.

Rebecca permaneció en silencio y Hortense se encogió de hombros tímidamente.

Y entonces, de manera casi imperceptible, se produjo un cambio en las personas. Se callaron, pero no por ello se mostraron más tranquilas. Los del castillo se apartaron un tanto de la cerca del prado, también de manera casi imperceptible, Rebecca se remetió detrás de la oreja un rizo con aire ausente, y mamá se apostó en los escalones de la caravana y comenzó a pestañear. Tess ladraba con más fiereza aún. Todo porque en la finca había entrado otro coche, más grande y más negro que el resto.

El Arrendajo se apeó. El Arrendajo era algo así como el manso de los del castillo, aunque en realidad no se parecía a un arrendajo —no era tan vistoso ni pequeño—, y desde luego tampoco tenía pico. Pero algo en su forma de moverse, enérgica, rápida y precisa, les recordaba a las ovejas al joven arrendajo que hacía un tiempo se había posado en su prado.

El arrendajo de su prado tenía un ala caída.

El Arrendajo del castillo cojeaba. No mucho, y probablemente la mayoría de la gente no se daba cuenta, pero las ovejas lo sabían, y el Arrendajo también.

Uno de los hombres con gorra fue a su encuentro y dijo algo. El Arrendajo asintió y después subió hasta la caravana y apoyó una mano en el brazo de la Morsa con suavidad. De repente a la Morsa se le saltaron las lágrimas, y Hortense y monsieur Fronsac se la llevaron.

El Arrendajo se acercó al redil y dirigió una mirada adusta a las ovejas. Éstas, incómodas, se la devolvieron. Hasta ese momento nunca lo habían tomado demasiado en serio, porque cojeaba y probablemente fuera demasiado lento para representar un peligro, pero ahora estaban apriscadas. La cara grande y larga del Arrendajo

se cernía muy cerca sobre ellas y no había forma de escapar a su mirada. Dos manos se deslizaron como si tal cosa por la ripia superior de la cerca, negras debido a los guantes e incluso con éstos largas y estrechas como garras de ave. Las ovejas temieron que una de esas manos largas y ágiles se aferrara a su lana, algo que allí, en semejante apretura, no podrían evitar. Y entonces ¿qué?

Pero la mano no llegó y los ojos del Arrendajo siguieron mirándolas, con un interés frío y persistente, una especie de enfado, como si las ovejas tuvieran la culpa de algo. De vez en cuando la mirada descansaba en Rebecca, y entonces lo que pasaba con los ojos del Arrendajo les gustaba aún menos a las ovejas. Se volvían profundos y estrechos, oscuros y brillantes como pozos.

—¡Al ataque! —berreó una de ellas.

—¡Forraje! —baló Mopple the Whale, que había sacado fuerzas de flaqueza ante las miradas escrutadoras del Arrendajo.

Pronto todas las ovejas se pusieron a balar pidiendo forraje. Para conseguir forraje Rebecca tenía que abrir la cancilla. El forraje era ahora la estrategia adecuada. El forraje casi siempre era la estrategia adecuada.

Pero Rebecca seguía sin moverse.

—Bah —dijo alguien—. Hemos caído en una trampa, ¿no?

¡Habían caído en una trampa! Mopple y Maude balaron alarmadas, Ritchfield tosió y Ramses se cayó de culo del susto.

—No se trata de una trampa —las tranquilizó Zora—. Sólo es un redil. Rebecca nos ha metido en él, ya nos dejará salir. Debe hacerlo. Lo pone en el testamento.

En el testamento ponía un montón de cosas importantes: que Rebecca tenía que darles de comer y leerles. Que no podía vender ni

«sacrificar» —significara lo que significase— a ninguna oveja. El veterinario también figuraba en el testamento. Por desgracia. Las ovejas podrían haber pasado perfectamente sin él.

—Ésa no es una oveja —musitó Sir Ritchfield, el antiguo manso. Nadie le hizo caso.

—Quizá debiéramos escondernos —propuso Cordelia.

—¿Dónde? —inquirió Heide, mordaz—. ¿En el comedero?

—Ésa no es una oveja —repitió Sir Ritchfield con convicción.

El antiguo manso estaba estrujado entre Lane y Zora y miraba fijamente el comedero. Y en el comedero había una cabra pequeña y negra que le devolvía la mirada.

Las ovejas se asustaron. ¡Una cabra entre ellas! ¡Y nadie la había olido!

—¡Al ataque! —baló de nuevo la cabra, y se subió de un salto al lomo de Mopple. A éste le entró hipo.

Las demás estaban escandalizadas. Que las cabras trepaban a los árboles era algo de sobra conocido, pero ¿también a las ovejas? Sea como fuere, intentaron no prestarle atención, pero no era tan sencillo. Del lomo de Mopple la cabra saltó al de Maude y después al de Lane. A continuación saltó al de Ramses, describió un cuidadoso arco sobre el negro lomo de Othello y finalmente aterrizó en Sir Ritchfield.

—No es una oveja... —baló éste.

La cabra agachó la cabeza y le dijo algo al oído.

—¿Cerdos? —chilló nervioso Sir Ritchfield. La cabra rió por lo bajo.

Finalmente, Heide perdió la paciencia.

—¿Qué andas buscando aquí? —le preguntó a la cabra.

Ritchfield estornudó.

—Salud —dijo la cabra—. Al veterinario —añadió, y se sorbió delicadamente—. Tengo catarro. Me lo ha pegado él. —Golpeó con una pezuña delantera el lomo gris de Ritchfield, que estornudó por segunda vez.

Las ovejas se dirigieron miradas significativas. ¡Estaba completamente loca!

—El veterinario se ha ido —informó Mopple the Whale para librarse de aquella pesada.

—Pero volverá —replicó la cabra con aire triunfal.

Por desgracia, la respuesta sonó casi demasiado juiciosa.

Las ovejas guardaron silencio y escucharon el hipo de Mopple. Cuando el veterinario volviera, ellas ya se habrían ido. Como fuera y a donde fuera. Quizá a la sombra del viejo roble. O debajo de la caravana. O detrás del almacén. O, mejor aún, dentro del almacén. De ser preciso, al comedero. A cualquier parte menos continuar allí, en el redil.

—Tú no buscas al veterinario, ¿verdad? —le dijo Mopple al cabo de un rato.

—No, qué va. ¡Yo busco aventuras!

—¿Aquí? —hipó Mopple, alborotado—. ¿Encima de Sir Ritchfield?

—Aquí, sí —confirmó la cabra.

Mopple decidió mantenerse alejado de Ritchfield en el futuro. El hipo ya era bastante malo; con hipo no se podía comer como era debido. ¡Aventuras!, justo lo que le faltaba.

—Quiero preveniros —afirmó la cabra.

—Demasiado tarde —se lamentó Ramses—. El veterinario ya ha estado aquí.

La cabra sacudió la cabeza.

—¿Sobre la nieve? —preguntó Maude—. ¿Va a seguir nevando?

—Eso también —admitió la cabra—. Prestad atención.

Las ovejas se quedaron pasmadas: Rebecca se había olvidado de ellas, unos hombres con gorra pisoteaban su prado y subida al lomo de Sir Ritchfield una cabra pequeña y negra pronunciaba un discurso. Hablaba de secretos, peligros y aventuras. De la luna, que, según decía, era un enorme queso de cabra. De la nieve, de un lobo que no era un lobo y de un plan que, a decir verdad, tampoco era un plan.

En resumidas cuentas, sobre un montón de cosas sobre las que las ovejas no querían saber nada. Procuraron no escuchar en la medida de lo posible.

—Creo que deberíamos trabajar juntas —concluyó la cabra—. Las otras piensan que estoy loca —añadió orgullosa.

—¡Cerdas! —baló Sir Ritchfield al tiempo que sacudía la cabeza.

—Nosotras también pensamos que estás loca —apuntó Heide.

—Excelente —aprobó la cabra, y se bajó del lomo del antiguo manso para aterrizar en un comedero demasiado vacío.

Allí comenzó a trotar arriba y abajo, arriba y abajo, adelante y atrás, adelante y atrás. Las ovejas la observaban fascinadas. Qué pequeña era. Y qué reluciente su pelaje y qué negro, más negro incluso que Othello. Qué amarillos y extraños eran sus ojos y qué puntiagudos los cuernecillos. ¡Y cómo apestaba!

La cabra trotaba y trotaba y farfullaba cosas como «no te creen», «¡todavía!», «¿qué se puede esperar de unas ovejas?», «¿tú crees que deberíamos?» y «bueno». Las ovejas se marearon un poco con tanto ir y venir.

De pronto la cabra negra se detuvo.

—Hoy es vuestro día de suerte —anunció—. Podéis pedir tres deseos.

—Forraje —baló en el acto Mopple—. ¡Hip!

—Que se vayan esos hombres —propuso Maude.

—Que Rebecca nos deje salir del redil —pidió Heide.

—Que vuelva Cloud —dijo Cordelia, demasiado tarde.

Poco después los últimos hombres con gorra vertieron restos de té frío en la nieve y volvieron a sus respectivos coches.

—*Revenons à nous moutons* —dijo alguien y, de pronto, Rebecca miró a las ovejas. ¡Por fin!

Después les dio de comer una pastora distraída, que echó en el comedero seis cubos de forraje en lugar de los cinco de siempre, uno directamente encima de la cabra.

Mientras se atiborraban, Rebecca se apartó de la cerca con el cabrero para echar un vistazo a las estacas.

Después la cancilla se abrió con un chirrido y las ovejas volvieron al deteriorado prado.

Sin Cloud.

El cordero de invierno no salió inmediatamente del redil como el resto. Seguía junto al comedero, al lado de la pequeña cabra. Los dos eran más o menos del mismo tamaño.

—¿Cómo has hecho eso? —quiso saber el cordero de invierno.

—¿Qué? —preguntó la cabra cándidamente.

—Lo de los deseos.

—Es magia caprina.

—¿De veras?

—Qué va, es broma. Las ovejas siempre desean aquello que de todas formas va a ocurrir. Las cabras, por el contrario... —Miró al cordero de invierno con sus caprinos ojos amarillos—. Si deseas que ocurra algo, debes encargarte de que ocurra.

—Y tú, ¿qué deseas? —se interesó el cordero.

—Muchas cosas. Deseo un sitio donde siempre crezca hierba dulce y las barbas de chivo más largas del mundo y que a Megära le caiga en la cabeza una manzana podrida. Pero ahora mismo... —Ladeó la cabeza y se paró a pensar—. Ahora mismo lo que deseo es que venga alguien y se coma la luna. Del todo. —Miró hacia la cancilla, donde como cada tarde la sombra del castillo se disponía a saltar la cerca y dirigirse a los pastos—. Tengo que irme —anunció—. Si me necesitáis... no estaré.

Al cordero de invierno le habría gustado preguntarle algunas cosas más, sobre todo cómo se llamaba.

Esa noche las ovejas mascaron la hierba invernal con menos ganas aún que de costumbre. Incluido Mopple. Todo olía mal, a patas de perro, a polvos de tocador y botas de goma. A sudor humano y humo de cigarrillos. Y a otra cosa que las ovejas no reconocían.

Y demasiado poco a Cloud.

—Ninguna oveja puede abandonar el rebaño —baló preocupado Sir Ritchfield.

—A menos que vuelva —precisó Cordelia.

—¿Por qué no vuelve Cloud? —quiso saber Heide.

—Yo tampoco volvería a un prado lleno de perros y gorras —opinó Miss Maple—. Probablemente se haya escondido. Y probablemente

no sea tan fácil salir de un bosque como ése. Demasiados árboles.

Decidieron balar en dirección a la fronda. Lo más alto posible. Tal vez así Cloud saliera.

—¡Cloud! —balaron a coro—. ¡El veterinario se ha ido! ¡Estamos aquí! ¡Vuelve!

Pero el bosque guardó silencio.

3

—Es lanuda —aprobó Zora.

—Para tratarse de una persona —puntualizó Maude.

Las demás asintieron. Saltaba a la vista que en materia lanar la pastora intentaba ser un modelo para ellas. Tal vez pretendiese sustituir a Cloud, aunque para eso no era lo bastante lanuda.

Rebecca estaba sentada en los escalones de la caravana, envuelta en una manta, inusitadamente gorda debido a los dos abrigos que se había puesto, y debajo de éstos —las ovejas lo olían— el popular jersey de lana. Alrededor del cuello llevaba el aparato de los ojos saltones. Por lo común el aparato de los ojos saltones sólo se utilizaba de día, cuando unos pájaros especialmente zanquilargos —garzas o cigüeñas de pico negro y una vez, en otoño, unas grullas con ganas de jarana— recorrían el prado. En esos casos Rebecca se ponía el aparato ante los ojos y afirmaba que así los pájaros aumentaban de tamaño. Desde luego eran imaginaciones suyas, pues las ovejas veían perfectamente que los pájaros no aumentaban de tamaño, pero a la pastora le divertía.

Sin embargo, ese día, con la manta y el frío y el ocaso, aquello no parecía divertido.

—Creo que exageras —dijo mamá al tiempo que le ofrecía un termo—. Entra. No puedes pasarte la noche ahí sentada.

Rebecca cogió el termo.

—Lo sé. Pero me quedaré todo lo que pueda. Tengo que cuidar de ellas, por lo menos un poco. Deberías haberlo visto, mamá. Al principio ni sabía lo que era, si una persona o un animal...

—Un corzo. Esas cosas pasan.

—Esas cosas no pasan —dijo Rebecca, y se sirvió una taza de té —. De ese modo no. Estaba tan destrozado, tan... ¿Quién pudo hacer algo así? ¿Un perro? ¿Un zorro? Es ridículo.

La taza de té humeaba.

Rebecca estaba tiritando.

—Y mira lo poco que tardaron en llegar. Cuatro coches y un inspector y perros y toda esa parafernalia. Y digo yo, ¿quién hace eso por un corzo? Era como... sí, como si lo esperaran, ¿sabes?

—Eso es porque aquí nunca pasa nada —razonó mamá—. Voy a cerrar la puerta, ¿eh? Entra frío.

Rebecca asintió y bebió unos sorbos de té. Después levantó el aparato de los ojos saltones.

Las ovejas buscaron aves crepusculares zanquilargas, pero allí no había nada. Nada de nada. Ni siquiera una gallina. Además, Rebecca no miraba hacia el prado, sino hacia el bosque.

—Esperemos que no aumente de tamaño —dijo Heide.

Las ovejas dirigieron una mirada crítica a los árboles. ¡El bosque ya era bastante grande!

—Creo que busca a Cloud —apuntó Ramses—. Mira por el aparato de los ojos saltones para que Cloud aumente de tamaño. Y cuando haya aumentado lo bastante la veremos por encima de los árboles.

El plan no habría sido malo si el chisme de los ojos saltones hubiera funcionado.

Miss Maple permanecía en silencio. Tenía la sensación de que Rebecca no buscaba a Cloud sino otra cosa, algo que no debía aumentar de tamaño por nada del mundo.

La pastora seguía sentada en los escalones de la caravana bebiendo té, mirando por el aparato de los ojos saltones y volviéndose cada vez más azul a medida que avanzaba el ocaso. Las ovejas pacían. El bosque emitía susurros burlones. El castillo callaba. La puerta del torreón se abrió y alguien salió, y como tenía el pelo extraordinariamente rubio las ovejas pudieron reconocerlo perfectamente incluso en la penumbra: Eric. Éste no vivía en el castillo, pero iba por allí a menudo en una vieja camioneta, y hacía quesos de cabra en el torreón. O fuera del torreón. A las ovejas les gustaba que nunca hiciese ruido. El queso de cabra les gustaba menos. Eric se detuvo al pie del castillo y miró hacia el bosque; parecía algo confuso. Rebecca lo saludó con la mano y Eric le devolvió el saludo. Después se subió a su vieja camioneta y se fue.

Al cabo de un buen rato se abrió de nuevo la puerta de la caravana. Una franja de luz alargada y dorada iluminó el prado, justo donde estaba Mopple the Whale, al que volvió a darle hipo.

—Ya he terminado —informó mamá—. Ven dentro, hija, o pillarás un catarro.

Rebecca suspiró.

—Dios mío, espero encontrarla. Una oveja descarriada ya es bastante malo, y ahora esto. ¿Y si...?

—Quedarte ahí sentada no va a servir de mucho. Entra y tómate un té. Si quieres, podemos consultar las cartas...

—¡Mamá!

—Pregúntale mañana al...

Rebecca se levantó de un brinco, tirando al suelo la taza de té, pero esta vez no llegó a tiempo.

—... veterinario —terminó mamá—. Pregúntale cuál es la mejor forma de que una oveja...

Las ovejas no necesitaron oír más. ¡El veterinario iba a volver! ¡Con su aguja puntiaguda! ¡Y mañana mismo! Ramses, que fue el primero en perder los nervios, se puso a galopar y dar botes por el prado, Maude y Lane salieron balando detrás. Al poco el rebaño entero recorría la cerca a un lado y otro, balando a sus anchas. En realidad no creían que correr fuera a servirles de mucho frente al veterinario, pero hacía que se sintieran bien.

Miss Maple fue la única que permaneció cerca de la caravana, intentando no pensar en el veterinario. Rebecca y mamá hablaban de otra cosa. En realidad, hablaban y a la vez no hablaban. Se iban por las ramas.

El té había abierto un orificio negro en la nieve.

Rebecca cruzó los brazos.

—Estupendo —dijo—. ¿Tú qué crees que hará falta mañana para meterlas otra vez en el redil?

Haría falta forraje, pensó Maple. Nada más. Forraje y paciencia. Nadie podía resistirse al forraje. Salvo...

—Es un bicho raro —dijo mamá para distraer a Rebecca de los balidos de las ovejas.

—¿El veterinario? —Rebecca se encogió de hombros—. Sí que es extraño que no se acercara a verlo —musitó—. Siendo médico, me refiero... Ni siquiera miró. Ni una sola vez. Como... como si no le picara la curiosidad. Y trató de retenerme.

—Porque no quería que lo vieras —dijo mamá con un suspiro.

—No quería que nadie lo viera. Y tampoco quería que yo llamase a la policía. Como si algo así pudiera taparse. De todos modos, la siguiente vez que revisara la cerca lo habría encontrado...

Rebecca se puso a dar saltitos apoyando el peso del cuerpo ya en un pie, ya en el otro. Tess salió de la caravana y empezó a bailotear alrededor de ella. A bailotear y ladrar.

—¡Ésa! —exclamó mamá señalando a Tess—. Ésa es la que debería ocuparse. ¿Para qué tienes a esa perra?

Rebecca dejó de saltar.

—Es verdad —afirmó—. Tess habría ladrado. —Arrugó la frente y añadió—: ¡Y no ladró! Tuvo que ocurrir ayer u hoy de madrugada, y Tess no ladró.

—Porque no sucedió en los pastos —razonó mamá.

—Pero casi. —Rebecca enrolló la manta y subió los escalones de la caravana—. Buenas noches —les dijo a las ovejas, que poco a poco se habían ido calmando. El haz de luz dorada volvió a la caravana y la puerta se cerró.

Las ovejas olisqueaban en la nieve. ¡Buenas noches! Bien podía decirlo Rebecca. No sería ella a la que encerrarían al día siguiente en el redil para quedar en manos del veterinario.

—Mañana no pienso entrar en el redil —anunció de pronto Heide.

Las demás callaron. Ya habían decidido otras veces no hacerlo, pero siempre acababan yendo cuando oían el cubo de la comida y el aroma denso y dulzón del forraje subía por el prado.

—Pero el cubo del forraje... —intervino un abatido Mopple.

—Querer es poder —contestó Heide. Se lo había oído decir a mamá. Si uno quería, podía conseguir cualquier cosa.

Algunas ovejas se esponjaron para demostrar que querer era poder. Otras bajaron la mirada al suelo, confusas. Cloud era la oveja del rebaño que más había hecho suya esa frase... y el veterinario la había obligado a adentrarse en el bosque.

—No basta con querer —aseguró Maple de repente—. Necesitamos un plan.

—Estoy seguro de que es una oveja —afirmó convencido Sir Ritchfield.

El carnero desconocido se había apoyado contra la valla, cerca del manzanar, para dormir, y con tanta oscuridad parecía cualquier cosa menos una oveja, más bien un montón de follaje y musgo, pero Ritchfield se mostraba muy seguro de lo que decía.

Las ovejas habían rodeado al peludo por tres lados e intentaban hacerlo hablar. Tal vez fuese greñudo e informe y tuviese la lana enmarañada, pero no cabía duda de que era la oveja que mejor llevaba a la práctica aquello de que querer es poder. Y sabía algo importante: cómo no entrar en el redil aunque oyera el cubo de la comida y el aroma del sabroso forraje subiera por el prado. Sólo tenían que sonsacarle el truco.

Pero ¿cómo?

Hasta entonces las ovejas siempre habían evitado hablar con aquel desconocido. Su forma de hacer caso omiso de ellas las ponía nerviosas. ¿Y si lo arrollaban como quien no quiere la cosa? Tal vez lo atravesaran como se atraviesa la niebla. El asunto las inquietaba.

Othello carraspeó.

Nada.

El desconocido había alzado la cabeza un instante cuando el pelotón se plantó junto a él, como se alza cuando sopla el viento o se oye un sonido lejano. Pero ahora volvía a estar allí como si tal cosa, con los ojos entornados, relajado y somnoliento. No era normal. Hizo que las ovejas dudaran si estaban o no allí.

—Hola, carnero —lo saludó Cordelia, envalentonada—. Bienvenido a nuestros pastos. —Era demasiado tarde para dar la bienvenida, pero más valía tarde que nunca.

El peludo ni siquiera movió las orejas.

—No queremos molestar —aclaró Lane—. Sólo queremos poder.

El carnero cerró los ojos un poco más. Farfullaba, pero no se dirigía a ellas, sino a alguien distinto. Las ovejas echaron un vistazo: allí no había nadie. Desde luego que no.

—¡Carnero! —baló Ramses—. No queremos entrar en el redil.

El carnero había cerrado los ojos por completo y parecía murmurar en voz queda.

—Creo que no sabe hablar —dedujo Cordelia.

—Sabe farfullar —apuntó Heide—. Si farfullara un poco más alto, sabría hablar.

Decidieron dejar en manos de Sir Ritchfield el resto de la discusión. El viejo manso, que era duro de oído, constituía un buen ejemplo en lo tocante a hablar alto. Tardó un tanto en entender de qué iba la cosa, pero después se plantó ante el carnero desconocido con toda su altivez de antiguo manso, levantó la imponente cornamenta hacia la noche y escarbó en la nieve con las pezuñas. Las demás lo miraron con sumo respeto.

—¡Carnero! —bramó Sir Ritchfield con solemnidad—. Hay cosas que están. Y cosas que no están. Y cosas que sólo están a veces. Y

no siempre es fácil entender qué está y cuándo está. Melmoth estaba y ahora no está, y en cierto modo está y a veces... —Guardó silencio, miró con aire pensativo las huellas que acababan de dejar sus pezuñas en la nieve y pensó en Melmoth, la oveja errante, su gemelo, su hermano, aquel que había desaparecido sin más por el acantilado. Después se serenó y prosiguió—: Lo importante es saber qué es una oveja... y qué no. Nosotras somos ovejas. Y estamos aquí. ¿Cómo lo sabemos? Pues porque no queremos estar aquí. Ése es el quid de la cuestión. Si no estuviéramos aquí y no fuéramos ovejas, no querríamos irnos. Pero estamos aquí y somos ovejas, y no queremos entrar en el redil.

Las ovejas estaban asombradas. Ritchfield no lo hacía nada mal. De pronto, el carnero desconocido abrió los ojos, y por primera vez las ovejas tuvieron la sensación de que reparaba en ellas.

—Tourbe —respondió por fin—. Farouche. Grignotte. Boiterie. Sourde. ¿Tache? ¿Aube?

Las ovejas no entendieron ni jota.

—¿Aube? —repitió—. ¿Pâquerette? ¿Gris? ¿Marcassin? ¿Pré-de-Puce?

—Desvaría —afirmó Heide.

No era de extrañar. Tanta lana por todas partes por fuerza tenía que volver loca a una oveja.

—Nombres —susurró de pronto el cordero de invierno—. Son nombres. —Él mismo no tenía nombre. A las ovejas sólo se les daba un nombre cuando habían pasado el primer invierno—. ¿Son nombres? —le preguntó al peludo—. ¿Farouche Grignotte Gris Marcassin Tache?

El peludo asintió con tristeza.

El cordero de invierno lo miró respetuosamente. Le habría gustado decirle su propio nombre, de haberlo tenido.

—Yo sólo soy yo —repuso en voz baja.

—No sois vosotras —dijo el carnero—. Pero casi. Sois igual de blancas. Ellas eran muy blancas, ¿sabéis? Aube, Farouche. Incluso Gris. Antes. Me alegro de que vosotras aún seáis blancas.

—Así así —refunfuñó Othello.

—¿De dónde venís? —musitó el peludo—. ¿Por qué? —Su voz sonaba como el follaje mecido por el viento: suave, dulce y distante —. ¿Dónde estabais antes?

—Estamos aquí —contestó Othello—. Ahora. De eso se trata.

—¡Pues debéis iros! —baló el desconocido con súbito desasosiego —. ¡Huid en todas las direcciones! Cada una por su cuenta. ¡Permaneced bajo los árboles! ¡Al amparo de las sombras! Y no os mováis cuando lo veáis. ¡Veáis lo que veáis! ¡Lo que sea! ¡No miréis! ¡La que escape corriendo estará perdida!

«No puede estar refiriéndose al veterinario», pensó Heide.

—Éste es nuestro prado —dijo Othello tranquilamente—. No vamos a escapar corriendo. Lo que no queremos es entrar en el redil.

Las demás ovejas habían retrocedido un tanto. Ahora que estaba tan alterado, el desconocido había empezado a desprender un olor fuerte y no especialmente ovejuno.

—¿Dónde están las demás? —preguntó Othello—. ¿Farouche? ¿Aube? ¿Pâquerette?

—Creo que come muy poco —aventuró Mopple en voz baja. E hipó. Mopple the Whale comía demasiado.

—¿Dónde están las demás? —preguntó Cordelia con calma.

Heide estornudó: un copo de nieve le había caído en plena nariz. Otro se le metió en el ojo como si fuera una fría lágrima. Volvía a nevar. Los pájaros estaban posados en las ramas, gordos, esponjados y oscuros como amentos enormes.

La nieve desquició al desconocido. Puso los ojos en blanco y su corpachón musgoso comenzó a temblar. Tenía un aspecto extraño.

—¡Corre, Farouche! —baló—. ¡Que viene! ¡Ha salido del armario! ¡Gris! ¡Aube! ¡Huid! ¡Huid ahora mismo!

Se abrió paso entre las ovejas y echó a trotar torpemente a lo largo de la cerca para subir zigzagueando hasta la retama que crecía junto al cercado de las cabras. Allí se detuvo.

Las ovejas miraban nerviosas a todas partes, pero allí no había nada. Sólo nieve.

—No se puede decir que sea muy sereno —dijo Zora.

—No —reconoció Othello—. Es un carnero valiente. Muy valiente.

Othello era el as de los duelos. Sabía lo que era el valor. En cualquier caso, no lo contrario del miedo.

—A su rebaño le ha ocurrido algo malo. A Farouche y Aube y Pâquerette. Y creo que ha sucedido aquí.

—Le caía bien Aube —afirmó Mopple the Whale.

—Seguro que era una... oveja —baló de pronto Sir Ritchfield.

El resto suspiró. Ciertamente, Ritchfield ya no era un jovencito.

Las ovejas se miraron. En sus leyendas, Jack-el-que-se-libró-de-la-esquiladora era una figura heroica, un héroe ovejuno que les tomaba el pelo a los pastores, escapaba a sus tijeras por los pelos y salía trotando con la lana al viento cuando caía la tarde. Un as en lo de

querer es poder. El peludo, por el contrario, ni siquiera había sido capaz de explicarles el truco para no entrar en el redil.

—Al establo —ordenó Othello, y las ovejas obedecieron en silencio.

Mopple fue el único que se quedó remoloneando en la nieve, en un extraño acceso de inapetencia. Mopple tenía una memoria increíble, tan grande y abultada como él mismo. Una vez memorizado algo, nunca lo olvidaba. *Hip*. Tanto si quería como si no. No es que creyera lo que habían contado la cabra y la oveja desconocida. *Hip*. Eso no. Pero... todo había sido igual de demencial. Iba unido como dos plantas que crecieran de la misma raíz. Desde muy abajo. Se podía paladear. *Hip*. Y ahora lo tenía en el estómago como... como... como si fuera hierba flatulenta. Dando vueltas y fermentando. Y la cabra había satisfecho sus deseos. En cuyo caso tan mala no podía ser. Y tal vez incluso aún tuviera un poco de forraje en el pelo. *Hip*. *Hip*. Ojalá no se hubieran equivocado con los deseos... y ese hipo.

Le habría gustado hablar al respecto con Miss Maple. No del hipo, sino del resto. Miss Maple era tan lista que uno podía marearse. O con Othello. Mejor con Zora. A Mopple le gustaba hablar con Zora de cosas. Zora tenía cuernos y una bonita cabeza negra, y le interesaban los abismos... y las raíces. Mopple decidió que en cuanto se le pasara el estúpido hipo iría a verla.

En el establo no había heno, sólo paja amarilla en el suelo y una alta ventana sin cristales por la que se colaba la nieve, pero antes, en

Irlanda, dormían en un establo, y eso era algo que Europa no iba a cambiar así como así.

El cobertizo se alzaba en mitad de la joven noche, y allí las ovejas respiraban. Zora volvió la cabeza hacia la ventana y contempló las estrellas. Sir Ritchfield tosía. Othello escarbaba en la hierba con una pezuña delantera. Maude olisqueaba. El cordero de invierno se rascaba contra un poste.

Nadie dormía. Nadie tenía ganas de que el veterinario las persiguiera al día siguiente por el prado. La noche se les antojaba más fría sin Cloud.

—¿Y si nos escondemos? —propuso Cordelia, pensativa.

El plan les gustó.

—Pero ¿dónde? —preguntó Maude.

—¡Detrás del viejo roble! —baló entusiasmado Ramses.

El viejo roble era el único árbol digno de mención en el prado, y su ubicación resultaba práctica, pues permitía salir corriendo en tres direcciones mientras la cerca de las cabras les cubría las espaldas. Las ovejas salieron trotando a hacer la prueba. Pero, por mucho que se apretujaran, el tronco del viejo roble no resultaba un escondite muy convincente ni siquiera en la oscuridad.

—Podríamos escondernos subiéndonos al viejo roble —insistió Ramses.

El resto puso los ojos en blanco.

Probaron a esconderse detrás del armario —un desastre—, detrás del establo, en lo alto de la pendiente —mejor—, detrás de la caravana —bueno— y finalmente detrás del almacén. Allí olía bien, pero tampoco es que estuvieran lo que se dice bien escondidas. El

problema residía en que cada vez que se escondían por un lado quedaban al descubierto por otros tres.

Maude aseguró que la mejor forma de esconderse sería cerrando con fuerza los ojos. También lo probaron, pero, por mucho que Maude apretara los párpados, el resto la veía perfectamente.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Mopple the Whale, que había vuelto con las ovejas—. Nos esconderemos en el almacén.

—¿Y si a Rebecca se le ocurre entrar? —preguntó Lane—. En ese caso habremos caído en una trampa.

—No entrará —contestó Mopple—. Sólo entra en el almacén para darnos de comer. Y si nosotras no estamos, no puede darnos de comer.

Era un plan brillante. El asunto sólo tenía una pega: el gancho de la puerta del almacén. De ese gancho colgaba un candado. Un candado que sólo podía abrirse contando. A las ovejas no se les daba especialmente bien contar, pero valía la pena intentarlo.

—Tres —aventuró Heide.

—Ocho —resopló Othello.

—Cuatro —baló el cordero de invierno.

El candado no se mostró muy impresionado con semejante destreza.

—¿Y si hay que contar algo? —sugirió Maude—. Por ejemplo... las patas. —Se miró las pezuñas—. Una... dos. ¡Dos! —Miró orgullosa al resto.

—¿Dos? —inquirió Lane—. ¿Sólo dos?

—Tienen que ser más —señaló Cordelia.

—Yo sólo veo dos —se obstinó Maude.

Miss Maple le dirigió una mirada crítica y dijo:

—Cuatro.

El candado no se movió.

Las ovejas contaron las orejas de Sir Ritchfield (¡dos!) y los cuernos de Othello (¡cuatro!), contaron los nudos de la puerta (¡tres!), las hojas del viejo roble (¡tres!) y los copos de nieve que caían del cielo (¡por lo menos siete!).

Y sin embargo el candado siguió tan campante.

De pronto Rebecca se asomó a la puerta de la caravana y las miró con desconfianza. Las ovejas fingieron que sólo les interesaba esa galleta de avena que era la luna y Rebecca cerró la puerta.

Frustradas, regresaron trotando al establo. No había escapatoria. Esa noche el veterinario se colaría en los pastos de sus sueños blandiendo unas tijeras para cortarles las pezuñas y al día siguiente las sacaría del redil, a una detrás de otra excepto a Maude, que esa misma mañana había precedido a Cloud.

—¿Y si no oímos el cubo del forraje? —preguntó Othello.

—Ritchfield tal vez... —musitó Heide.

—Nadie —precisó Othello—. Si el veterinario viene, nosotras nos vamos. Así de sencillo.

—Pero... —objetó Zora—. Es nuestro prado. No saldremos corriendo. Tú mismo lo has dicho.

—Y no lo haremos —aclaró Othello—. Nos iremos, sencillamente.

Las ovejas miraron con sumo respeto a su manso.

—¿Y Rebecca? —quiso saber Lane.

—Rebecca vendrá después —dedujo Othello.

Así había sido hasta el momento: las ovejas se alejaban hacia donde mejor olía y luego Rebecca iba tras ellas con la cara como un tomate. Esa parte de la vida errante siempre había funcionado.

—Esperaremos a que amanezca —decidió Othello—, así Rebecca podrá seguir nuestras huellas en la nieve. Iremos al bosque a buscar a Cloud, y cuando la encontremos, seguiremos.

Las ovejas callaban. Era un plan arriesgado. Y no tan atractivo como el del almacén.

—¿Y adónde iremos? —preguntó vacilante Cordelia.

—Lejos —respondió Othello.

—¿Y si nieva? —quiso saber Ramses.

—No nevará —aseguró Othello.

—¿Y si no encontramos a Cloud? —inquirió Lane.

—La encontraremos —dijo el manso, resuelto.

Las ovejas estaban impresionadas: Othello había pensado en todo.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta el bosque? —preguntó de sopetón el cordero de invierno—. Rebecca acaba de revisar la cerca.

—Eso todavía no lo sé —admitió el manso en voz baja—. Pero llegaremos al bosque.

Mopple roncaba, Heide estornudaba, Ritchfield murmuraba en voz baja. Por la ventana sin cristales del cobertizo entraron bailoteando unos solitarios copos de nieve que se posaron en las ovejas.

—Yo sé cómo podemos llegar al bosque —baló el cordero de invierno.

—Ya me lo figuraba —repuso Othello. Nadie creía menos en las cercas que el cordero de invierno.

—No podemos atravesar la alambrada —explicó éste con ojos brillantes—, pero en el cercado que nos separa de las cabras hay una ripia floja. Vi entrar por ahí a la cabra negra. Y nadie ha revisado la cerca del prado de las cabras.

Mopple callaba. Sir Ritchfield roncaba.

Fuera había parado de nevar.

4

Una media luna brillaba en el cielo, la nieve azulada crujía y el aire estaba frío como la hoja de una esquiladora. Un grupito de ovejas dispuestas a todo se aproximó con cautela a la cerca de las cabras.

Othello, el manso; Miss Maple, porque era lista; Mopple, porque tenía buena memoria; Sir Ritchfield, porque creyó que sería una excursión, y el cordero de invierno, nadie sabía por qué. ¿Y si las cabras dormían? Sin embargo, eran incapaces de imaginarse a las cabras haciendo algo tan normal como dormir.

En efecto: en mitad de la noche, no muy lejos del cercado, había tres cabras de cuernos curvos, cabeza alargada y pescuezo largo y delgado. Una oscura, una gris y una azul con una oreja negra, o al menos eso parecía al blanquecino claro de luna. Estaban allí como si esperaran a las ovejas.

En silencio.

Con los ojos refulgentes.

El tiempo apremiaba. Las ovejas tenían que desaparecer del prado con las primeras luces, antes de que las personas despertaran. Sobre todo Rebecca. Y la mañana se aproximaba. Aún era invisible, pero se aproximaba.

Una de las cabras eructó.

—Soy Maple —se presentó Maple. Quería ser diplomática.

—Ya, ¿y qué? —baló la cabra oscura.

—Yo soy Mopple —se presentó Mopple—. Y éste es Sir Ritchfield.

—Él es viejo y tú eres gordo —dijo la gris.

—Yo no soy gordo —se quejó Sir Ritchfield. Hasta el momento la excursión no le estaba gustando mucho.

—Eso es lo que tú te crees —baló una cabra con un solo cuerno desde cierta distancia. Las otras cabras no miraron.

Othello bufó con impaciencia.

Las cabras también bufaron. Y rieron.

—Soy Shub-Niggurath —dijo la oscura—. Y estas dos también son Shub-Niggurath.

—Yo también soy Shub-Niggurath —anunció una cuarta cabra con manchas grises y azules que, curiosa, se había acercado.

Las ovejas no decían nada, estaban pasmadas.

—Vosotras queréis algo —intuyó la cabra gris—. Las ovejas siempre quieren algo.

—Las ovejas siempre quieren algo —corearon las otras tres.

—Incluso de noche —apuntó en tono de reproche la azul con la oreja negra.

—Pero nosotras no queremos nada —continuó la gris—. Somos Shub-Niggurath, y no hablamos con vosotras. Sólo hablamos con nosotras. Con nosotras y con nadie más.

Las ovejas se dirigieron miradas significativas. ¡Las cabras estaban completamente locas! Como bien sabían desde un principio.

—Yo soy nadie —dijo de pronto el cordero de invierno.

Las cabras miraron con interés al otro lado de la cerca.

—¿De veras? —inquirió la gris.

—¡De veras! —baló la manchada.

—¡De veras! —exclamó la azul con la oreja negra.

—Entonces hablaremos contigo —aseguró la oscura con altanería.

Las cuatro miraron expectantes al cordero de invierno.

Éste se paró a pensar un instante.

—¿Y si una oveja entrara en vuestro prado? —preguntó al cabo.

—¡Menuda desvergüenza! —baló la gris.

—Menudo escándalo —añadió la gris azulada.

—Menudo alboroto —aseguró la oscura.

—*Vive la révolution*! —exclamó una segunda cabra gris que había aparecido junto a las otras cuatro.

—¿Y si no comiera nada —inquirió el cordero de invierno—, ni una brizna? ¿Si sólo atravesara vuestro prado y se adentrara en el bosque?

Una nube ocultó la luna, y la noche se volvió muy oscura.

—¿En el bosque? —repitió la gris azulada.

—¿Por qué? —quiso saber la gris oscura.

—¿Y eso? —quiso saber la de la oreja negra.

—¿Os habéis vuelto locas?

Las cinco cabras miraron a las ovejas con respeto.

A una gris y negra le picó la curiosidad y se acercó.

—Es Shub-Niggurath —aclaró educadamente la cabra azul oscura con la oreja negra.

—No es una oveja —musitó Sir Ritchfield.

—En ese caso, es distinto —dijo la gris oscura—. Si no come, da lo mismo.

—¿Nada de nada? —soltó Mopple. Las cabras ni siquiera miraron.

—¿Y si son varias ovejas? —quiso saber el cordero de invierno—. ¿Como si dijéramos... todas?

La luna asomó de nuevo tras la nube y las cabras se tornaron más blanquecinas.

—No comeremos nada —aseguró el cordero de invierno—. Sólo cruzaremos vuestro prado mañana temprano. Sin escándalo, alboroto ni *révolution*. ¿Qué queréis a cambio?

—¿Nosotras? —preguntó la gris con aire inocente.

—¿Nosotras? —repitió la oscura.

—Nosotras no queremos nada —dijo la gris azulada con dignidad.

—Las cabras nunca quieren nada —baló la azul con la oreja negra.

—¿Qué queréis a cambio? —insistió el cordero de invierno.

—Nada —respondió la oscura.

—Nada de nada —baló la gris.

—Por supuesto —afirmó la azul con la oreja negra.

—¡Salvo...

—... tal vez...

—... una...

—... pequeñísima...

—... pequeñez!

Las cabras comenzaron a brincar entusiasmadas.

—Trato hecho —contestó el cordero de invierno.

—Podría conseguirlo —dijo asombrada Zora.

—Si no olvida adónde tiene que ir —suspiró Mopple the Whale.

—Cabras —farfulló Othello.

—Pero es emocionante —aseguró el cordero de invierno, y se puso a saltar con las cuatro patas a la vez como... en fin, como una cabra.

El rebaño entero se había apelotonado junto a la cerca de las cabras y miraba embobado entre las tablas. Los bordes del cielo ya

eran lechosos y Sir Ritchfield, el antiguo manso, lento pero decidido, cruzaba al trote el prado de las cabras en dirección al árbol hendido mientras su adversaria, la cabra ciega, corría en zigzag, más deprisa pero sin rumbo.

—¡Ritchfield! ¡Ritchfield! —balaban las ovejas.

A decir verdad, el asunto era de lo más sencillo. Sencillo pero demencial: una carrera entre los más viejos. Si Ritchfield llegaba al árbol hendido antes que la cabra, las ovejas podrían cruzar el prado de las cabras sin que éstas dieran la señal de alarma. Si no...

—¡Ritchfield! ¡Ritchfield! ¡Ritchfield!

Le habían pedido encarecidamente al viejo manso que se dirigiera al árbol. Ni más ni menos. Y esperaban de todo corazón que por el camino no olvidara ese único cometido.

La cabra ciega se había quedado enredada en un arbusto de retama y retrocedía con cuidado.

—¡Ritchfield! ¡Ritchfield! —balaban nerviosas las ovejas, cada vez más fuerte.

Sir Ritchfield se detuvo y aguzó el oído.

Las ovejas enmudecieron, espantadas.

Por un instante Sir Ritchfield pareció confuso, pero después sacudió la cabeza y siguió trotando hacia el árbol.

—Uf —resopló Mopple.

—¡Bravo, Ritchfield! —exclamó Heide con entusiasmo. Las otras la miraron mal.

Pero la vieja cabra se había liberado de la retama y seguía correteando por el prado. A pesar de todo, si Ritchfield continuaba como hasta el momento, su rival no tenía nada que hacer.

—¡Ritchfield! ¡Ritchfield! —balaron las cabras. Estiraban el pescuezo, saltaban en el aire y se divertían de lo lindo.

—¡Ritchfield!

El manso volvió a pararse y aguzó el oído.

—¡Ritchfield!

—Eso no vale —se quejó Ramses.

—Cabras —dijo Zora con un suspiro.

Ritchfield movió las orejas y siguió trotando. Todavía hacia el árbol.

—Increíble —se asombró Mopple. ¡Ritchfield lo conseguiría! Estaba a escasos pasos ovejunos.

De repente una cabra joven y fuerte, de cuernos largos y puntiagudos, se interpuso entre el antiguo manso y el árbol.

—¿La contraseña? —preguntó—. ¿El santo y seña? ¿La consigna?

Pero el sordo de Ritchfield continuó andando sin más.

—¡Alto! —ordenó horrorizada la cabra de los cuernos largos. A apenas dos dedos de ella Ritchfield por fin se detuvo. Sacudió la cabeza y dio un paso a la izquierda. La cabra dio un paso a la derecha. Sir Ritchfield dio un paso a la derecha. La cabra a la izquierda.

—No es una oveja —dijo Sir Ritchfield cabeceando.

—¡La contraseña! —insistió la cabra.

—¡La consigna! ¡La consigna! —exclamaron risueñas las otras cabras.

—¿Qué? —bramó Sir Ritchfield.

Al otro lado del prado la cabra ciega se paró, ladeó la cabeza y aguzó el oído. Después salió disparada. Directa al árbol.

—Se acabó —musitó Mopple the Whale.

—¡¡La con-tra-se-ña!! —gritó la cabra joven, pero no lo bastante alto.

Halagado, Ritchfield soltó una risita.

—¿Qué? ¿Un duelo? ¿Por qué no? ¡Por qué no!

Acto seguido, el viejo carnero gris se irguió cuan largo era. Sus ojos brillaron, sus pezuñas bailotearon y sus cuernos se alzaron como robustas ramas en el aire glacial. Sir Ritchfield bufó. Las ovejas observaban la escena impresionadas. De pronto recordaron por qué aquél había sido su manso durante muchos años.

Envuelto en nubes de vaho, Sir Ritchfield retrocedió. Primero un paso. Luego dos. Después tres.

—¡Ritchfield! ¡Ritchfield! —lo animaron las ovejas, entusiasmadas. Se habían olvidado del ridículo árbol. Ritchfield les enseñaría a las cabras lo que era batirse en duelo.

El manso bajó la poderosa cornamenta y arremetió. La cabra puso cara de sorpresa y se levantó sobre las patas traseras a la manera caprina. Sus puntiagudos cuernos resplandecían como el hielo. Las ovejas contuvieron la respiración y Ritchfield siguió a lo suyo. Un instante después, la cabra se hizo a un lado y Ritchfield se estrelló contra el tronco del viejo árbol hendido. Un sonido rotundo retumbó en el prado. La cabra ciega se detuvo y baló.

—Se acabó —dijo satisfecho Othello.

Había llegado el momento. El cielo se volvió más blanquecino y transparente y una columna de humo se elevaba en el aire. La ventanilla amarilla de la caravana de Rebecca no tardaría en iluminarse y mamá saldría fumando a los escalones de la caravana.

Una tras otra, las ovejas pasaron como pudieron por el hueco de la cerca de las cabras. Se produjo un breve sobresalto cuando Mopple the Whale se quedó atascado en la cerca y estuvo a punto de taponar la vía de escape, pero Zora mordió al rollizo carnero en las nalgas y Mopple atravesó el agujero como un saltamontes con sobrepeso.

La única que no quería cruzar era Maude.

—No pienso cruzar el prado de las cabras —baló—. Apesta. Además ¿por qué iba a hacerlo? A mí ya me tocó. ¿Qué me puede pasar?

Las ovejas no sabían a ciencia cierta qué podía pasarle a Maude, pero no les hacía ninguna gracia dejarla atrás.

—Pero si vamos todas —adujo Heide.

—Ya no. —Maude se volvió de espaldas a la cerca de las cabras.

Sin embargo, después, cuando Othello rodeó el rebaño para comprobar si estaban todas, Maude se encontraba en el lado caprino de la cerca, poniendo cara ovejuna.

—¿Y qué hay de ése? —quiso saber Zora al tiempo que miraba hacia la retama. El carnero desconocido había vuelto a cerrar los ojos y parecía dormir—. También es una oveja.

—Pero sabe cómo no entrar en el redil —contestó Heide.

—Aun así debería venir con nosotras —opinó Cordelia.

Las ovejas lanzaron balidos poco entusiastas en dirección al peludo. Nada.

A continuación se dispusieron a cruzar el prado de las cabras. Apestaba, la verdad. Las cabras se encontraban muy lejos, eran unos puntos grises y borrosos en el extremo opuesto del prado. Sin embargo, a las ovejas aquello se les antojaba un tanto inquietante.

Recogieron a Sir Ritchfield, que estaba debajo del árbol hendido, y continuaron hacia la linde del bosque. El viejo manso seguía bastante atontado, pero estaba de excelente humor.

—Una excursión estupenda —dijo—. Estupenda.

—Y no ha sido más que el principio —gruñó Othello. El actual manso comprobó cada una de las estacas del cercado de las cabras. Las olió. Se apoyó contra ellas. Les dio topetazos con los cuatro cuernos negros. Una tras otra.

—Buenos días, Shub-Niggurath —saludó educadamente Maple.

En la cerca había aparecido una única cabra. Donde no debía. Al otro lado. Fuera. En la linde del bosque. Era blanca con una oreja negra.

—Me llamo Megära —dijo con solemnidad.

El cordero de invierno se quedó de una pieza.

—¿Cómo has logrado salir? —preguntó Lane, que era una oveja sumamente práctica.

—Ah, es que no estoy fuera —repuso la orejinegra—. Yo estoy dentro, vosotras estáis fuera.

—¿Y si nosotras también quisiéramos entrar? —inquirió Miss Maple.

La cabra suspiró.

—Siempre queriendo algo. Franquead la cerca sin más. —Con un elegante movimiento, la orejinegra se deslizó entre el alambre allí donde éste no estaba bien afianzado a su estaca y podía apartarse con facilidad.

Othello dejó las estacas.

—¿Has estado en el bosque? —quiso saber Heide.

La cabra soltó una risita.

—La pregunta es más bien: ¿ha estado aquí el bosque?

Zora puso los ojos en blanco y fue la primera en dejar atrás a la orejinegra y pasar por el alambre. Con cuidado pero con decisión, igual que cuando bordeaba el abismo. El bosque era un abismo, sólo que no bajaba, sino que se adentraba. Las orejas de Zora temblaban expectantes.

Resollando con valentía, Mopple siguió el ejemplo de Zora. Luego Othello. Y Maple, y Heide, y Lane. Sir Ritchfield se enredó con la retorcida cornamenta, pero ello no hizo mella en su buen humor. Las ovejas tardaron un rato en liberar al risueño manso del alambre. A Maude le daba miedo el olor frío y penetrante que desprendía éste; a Cordelia, el silencio que reinaba al otro lado. A Ramses los nervios lo hicieron estornudar. La cerca le arrancó a una oveja un mechón de lana; a otra le puso la zancadilla. Por fin todas lograron pasar al otro lado, la última el cordero de invierno, al que asaltaban sombríos pensamientos. Ahora las cabras hablaban con todas. Él era nadie y no servía para nada. Para nada en absoluto. Ni siquiera entre las cabras.

La ventanilla de la caravana se iluminó y las ovejas se pusieron en marcha. Bien apiñadas. Nerviosas. En dirección al bosque.

—Ah, por cierto —les advirtió la cabra—, si topáis con el Garou...

—¿Sí? —preguntó el cordero de invierno, receloso.

—Bah, nada —musitó la cabra cuando las ovejas fueron desapareciendo una tras otra entre los troncos—. Nada de nada.

5

Sólo el zorro estaba enterado.

El hombre iba por la nieve y dejaba huellas como los demás hombres. Olía como ellos y como ellos se movía entre los árboles, erguido y ridículamente rígido, hacía ruido como ellos y no sabía nada del monte.

Otros hombres lo saludaban con un ademán, en silencio, como si no fuera especial. Las ovejas y las cabras apenas levantaban la cabeza cuando él pasaba por delante. Hasta los corzos se limitaban a mover apenas las orejas hacia él, altivos en su actitud vigilante.

Sin embargo, el zorro seguía su rastro en la nieve, lo que le procuraba un placer inusitado.

Con los años, los ratones se habían vuelto más rápidos y ágiles, e invierno tras invierno el frío ahondaba cada vez más en su pelaje. La comida fácil que prometían aquellas huellas en la nieve le venía de perilla.

En una ocasión, refugiado en lo más profundo de su guarida un día estéril, lluvioso, el zorro había soñado que le lamía la mano al hombre y sabía a sangre y sal. Al despertar, pensar en el contacto —el que fuese— lo hizo estremecerse.

El zorro sabía mejor que nadie que con ese hombre algo no cuadraba.

Apretó el paso. Allí estaba la cabaña en la que el zorro nunca entraría. El rastro del hombre conducía a ella, pero después —como

siempre, el animal describió amplios círculos en torno a aquella oscura cosa humana— se alejaba. Continuaba. Después lo olfateó de nuevo, y hubo de apelar a toda su sabiduría zorruna rabirrojiza para no gañir de expectación.

Cuando el rastro finalizó, el hombre ya había terminado y estaba allí de pie junto a un árbol. El zorro se relamió, se pegó al suelo y se dispuso a esperar.

Sólo cuando el hombre se volvió y echó a andar, alborozado como una muchacha, el zorro salió de su escondrijo e hincó los dientes con efusividad en la roja nieve.

Entonces sintió un cosquilleo en la cerviz, como un hálito, sólo que más tenue. Alzó la cabeza y a cierta distancia, entre los árboles, vio que el hombre estaba observándolo.

Se miraron a los ojos un rato, como unidos por un hilo de araña sutil, resistente e ineludible, y supieron que estaban allí.

Al hombre esa certeza lo hizo sonreír.

Al zorro lo puso alerta y le hizo sentir frío.

El hombre reanudó su camino y el zorro siguió comiendo. Comió hasta que el hombre se convirtió en un punto diminuto como una mosca entre los árboles.

Se apartó finalmente de la presa, se relamió una última vez y siguió de nuevo las enormes pisadas del hombre. Sin apenas saber por qué. Aquello era un festín para un zorro, para muchos zorros. Pero éste tenía el morro gris y era astuto. Muchos veranos y muchos inviernos le habían alisado el pelaje, y se había vuelto calvo, cada vez más calvo, y ahora era capaz de moverse por el bosque como un lustroso pez en el agua. Con cada paso, con cada mirada, el zorro engullía el bosque, respiraba el bosque, y para poder respirar tenía

que saber algo. Tenía que saber si el hombre había salido del bosque.

En todo momento.

En el bosque aún era de noche y reinaba el silencio, como si durmiera. El murmullo del viento no se atrevía a llegar allí, y los árboles callaban.

También las ovejas callaban, impresionadas. ¡Árboles! Les causaba cierta sorpresa. ¡Había tantos! Hasta entonces sólo habían visto árboles solitarios, dadores de sombra inofensivos cuya corteza podía roerse impunemente y contra cuyo tronco se restregaban hasta dejar una mancha pelada y reluciente que acababa con el placer de rascarse.

Pero de pronto allí todo estaba lleno de árboles, tronco con tronco, un rebaño poderoso, tan compacto que las ovejas no podían avanzar en la consabida y apreciada formación en ovillo, sino en fila, de a tres, de a dos o incluso de a una. Aquello no les hacía ni pizca de gracia. Detrás de cada tronco podía aguardarles un peligro, y tenían la desagradable sensación de que hasta los propios árboles acechaban como gatos pacientes a ratones muy precavidos. Aunque avanzaban con cautela, vacilantes y prudentes, su corazón iba al galope. Echaban de menos el cielo.

Después de no decirse nada en un rato —ni el bosque a las ovejas ni las ovejas al bosque—, Zora se aventuró y arrancó unos brotes de una rama tierna a altura ovejuna. A partir de ese momento continuaron de forma más relajada, alerta todavía, pero no sin

permitirse de vez en cuando un sabroso bocado del borde del camino.

Los árboles dividían el mundo en blanco y negro. Blanca la nieve en torno a sus pezuñas, negros los troncos en la nieve. Negros los mudos pájaros sobre sus cabezas, blanca la niebla matutina que ascendía del suelo. Negras las ramas dentadas, blancas las nubes. Negro Othello, que iba a la cabeza, blancas Maple, Lane y Cordelia, que lo seguían apelotonadas como una única oveja. Negra la bella cabeza de Zora, blanca su inmaculada lana. Negras las sombras. Negras las huellas. Negro el rastro, asentado entre las raíces. Blanca Maude. Blanca Heide. Blanco incluso el cordero de invierno.

Negro su perseguidor, que se deslizaba a cierta distancia entre los troncos, silente como un pensamiento.

Lo único gris era Ritchfield.

—La próxima vez será verano —musitó.

Inmóvil, silencioso, el bosque iba cambiando alrededor de ellas. El suelo se elevaba, el aire era más claro y limpio, la maleza desaparecía, los troncos eran más gruesos y rectos y se separaban cortésmente. No mucho, pero sí lo bastante para permitir al rebaño una formación clásica, si bien algo dispersa.

Miss Maple aprovechó la oportunidad para situarse deprisa en cabeza, pegada a Othello.

Había que admitir que Othello era un manso excepcional. El carnero de cuatro cuernos avanzaba con resolución, ni demasiado rápido ni demasiado lento, la cornamenta en alto, los orificios nasales bien abiertos, los ojos mirando a todas partes. Durante un

rato pareció que no le prestaría especial atención a Maple. Comprobó el suelo de una pendiente, que crujió bajo sus pezuñas, duro y al mismo tiempo extrañamente blando.

—¿Y bien? —preguntó al cabo.

—No es sólo el veterinario, ¿verdad? —resolló Miss Maple mientras subía con cuidado la pendiente junto a Othello—. Hay algo más, ¿no?

El manso callaba. Maple tenía razón. Pese a todo resultaba más sencillo escapar del veterinario. Al veterinario lo conocían. Era horrible, pero no el más rápido. Bebía aguardiente de unas botellitas y se enredaba con el cable de la esquiladora. Sin embargo, lo que habían contado la cabra negra y el peludo... y sobre todo lo que no habían contado... Era mejor huir de algo conocido.

—La gente... —repuso Othello, pensativo. No sabía cómo decirlo. O qué decir—. La gente de aquí y las cabras y la oveja desconocida... recuerdan algo. Y también están esperando algo.

Miss Maple asintió. Ese día, al amanecer, cuando cruzaron al trote el prado de las cabras, éstas estaban haciendo lo que siempre hacían. Miraban con aire inocente, daban saltos, apestaban y encontraban comida por doquier. Todas salvo una. Había una cabra acomodada en el sofá, algo alejada, que no perdía de vista el bosque.

Una centinela. Una oteadora. Una cabra cuyos ojos grises contrastaban con el blanco cegador de la nieve.

—A veces es mejor no esperar demasiado —bufó Othello—. A veces es mejor marcharse. Creo que hay algo muy peligroso a lo que temen tanto la gente y las cabras como las ovejas —razonó en voz baja—. Como el fuego.

En ese preciso instante volvieron a oír el aullido, tenue y perdido entre los troncos, vago como un recuerdo. Tremendamente lejano.

Todas tenían nombre. ¡Todas! El viejo carnero que lo olvidaba todo y el joven carnero que tenía miedo de todo. El cordero de invierno no era ni especialmente olvidadizo ni especialmente miedoso. Y ¿a quién le interesaba? A las ovejas sólo les daban un nombre cuando superaban su primer invierno, pero el cordero de invierno había nacido en mitad del invierno, una noche fría y oscura hacía alrededor de un año. Había robado leche y proximidad y calor. Al llegar la primavera ya había pasado medio invierno. Ahora iba por la mitad del segundo y nada. ¡Nada! El cordero de invierno, furioso, le dio una patada a la nieve. De haber sabido dónde se encontraban los nombres, habría ido a robar uno. Algo negro pasó rápidamente por detrás de él. Por un instante el cordero de invierno olvidó el plan de robar un nombre y oteó tembloroso el bosque: sólo troncos silenciosos. Pese a todo, algo acababa de moverse. Ahí estaba de nuevo: veloz y negro, de tronco en tronco. En medio de dos troncos la pequeña cabra se dio cuenta de que la habían pillado. Se paró en seco, con una pata delantera elegantemente doblada, y miró con descaro al cordero de invierno.

—¿Por qué nos sigues? —baló éste, todavía algo asustado.

—Yo no os sigo. Sois vosotras las que me seguís a mí. —Y pasó por su lado con los cuernecillos en alto para desaparecer entre las demás ovejas.

El cordero de invierno se quedó pasmado.

Othello las guiaba por la cima de la pendiente. Una buena elección. Las ovejas podían ver a ambos lados entre los troncos y empezaban a orientarse: delante y detrás, arriba y abajo, espesura y claros. A veces, procedente de debajo de la nieve, les llegaba un olor sumamente apetitoso a brotes, ramas y fronda caída.

Todo era tan nuevo y emocionante, tan vasto, aromático y denso que en un primer momento a Mopple no le llamó la atención la pequeña cabra negra que caminaba a su lado. ¿Estaba allí antes? ¿Estaba allí? Mopple intentó no mirar.

—Escucha —acabó diciendo la pequeña cabra negra—. Escucha atentamente.

Mopple no tenía intención de escuchar. Estaba demasiado ocupado averiguando si la pequeña cabra negra era producto de su imaginación. Al fin y al cabo, hacía ya un buen rato que no se llevaba a la boca algo como era debido. Se notaba mareado y sentía la lana enmarañada y pesada. Así pues, Mopple the Whale se puso a hacer lo que hacía siempre que no sabía qué hacer: mascar. Mascar sin comida no le gustaba, pero le ayudaba a pensar. Tal vez debiera pelearse con la cabra, pero ¿quién le decía que las cabras imaginarias no podían esquivarlo, o soltar balidos de enfado, o comerse algo suyo?

La cabra también mascaba, una brizna larga rematada por una espiga de flores de aspecto interesante. Costaba creer que la hubiera encontrado en el bosque. ¿O acaso la brizna también era producto de su imaginación?

—Tenemos que hablar —dijo la cabra con la boca llena—. Del Garou.

Mopple se acordaba perfectamente de lo que la cabra le había dicho a Sir Ritchfield acerca del Garou.

—No —se apresuró a contestar—. No tenemos que hacerlo.

—¿No me crees? —dijo la cabra negra.

Lo cierto es que Mopple se había propuesto no hacer caso a la cabra imaginaria. Pero ya era demasiado tarde.

—No —respondió con decisión—. ¿Acaso lo has visto con tus propios ojos?

—Nadie lo ha visto —admitió la cabra—. O por lo menos nadie que haya ido en su busca ha podido contarlo. —Se detuvo a pensar un instante—. Una vez vi a un hombre pollo. Era blanco como los demás pollos, pero en otoño, cuando por la noche las bandadas de pájaros cruzaban el bosque entre chillidos, se transformaba en un hombre, todo blanco y desnudo, y atravesaba la finca haciendo eses y cloqueando y escarbando en la tierra. Eso sí lo vi. —Miró a Mopple con aire triunfal.

—¿Y? —quiso saber éste.

—La gorda lo mató —repuso pensativa la cabra.

—No sé —musitó Mopple. A Zora no le parecería bien que se pusiera a hablar de hombres pollo con una cabra, fuese imaginaria o no. Así que amusgó las orejas y trotó más deprisa tras los lanudos cuartos traseros de Lane.

—Me llamo Madouc —dijo la cabra, a su lado—. Al menos a veces.

Mopple fijó la vista en el rabo de Lane con resolución y no abrió la boca.

—Cuando no quiero ser Madouc no soy Madouc —aclaró la paciente Madouc—. Entonces soy Circe. A ella no le importa. Si quieres, tú también puedes ser Circe.

—Yo soy Mopple the Whale —afirmó Mopple the Whale. Y se calló.

—Yo soy Madouc. Creo que vamos a ser buenos amigos, Whale.

Mopple chocó contra Lane, que se había detenido.

Al parecer delante se había organizado un pequeño jaleo.

Sir Ritchfield disfrutaba trotando en pos de su rebaño, de todos aquellos lomos lanudos. Le gustaba su rebaño. Le gustaba cuidar de él. El antiguo manso, consciente de su responsabilidad en la delicada posición de retaguardia, mantenía la cornamenta en alto y los ojos bien abiertos.

Una excursión excelente. Y, por extraño que pudiera parecer, a Ritchfield le daba la sensación de que no avanzaban, sino que retrocedían. También eso era excelente, pues allí había veranos llenos de aromas y sonidos y dicha, había duelos honorables y estaba el mar y estaba Melmoth. Desde entonces el mundo se había vuelto mucho más silencioso.

Ritchfield oteaba el bosque expectante para ver si podía dar con Melmoth. No cabía duda de que al fondo, entre los troncos, se movía algo gris... pero no era Melmoth. Demasiado informe. Demasiado oscuro. Y, de alguna manera, no lo bastante elegante.

Ritchfield era el que tenía mejor vista del rebaño. Se detuvo un instante y miró con curiosidad hacia donde había percibido el movimiento. Gordo y grande. Algo vacilante, pero determinado. Cuidadoso y hábil entre los árboles. ¿Una oveja? Ritchfield no estaba seguro.

—¡Qué emocionante es esto! —exclamó Heide—. Jamás hubiese pensado que los árboles podían ser tan emocionantes.

—Yo tampoco —convino Zora, que trotaba a su lado. El bosque no le gustaba mucho, no. Demasiado intrincado. Demasiado apretado. Demasiado ajeno. Pero le resultaba conmovedor. Como el mar. Como el cielo estrellado. Como...

—¿Cómo vamos a encontrar a Cloud? —preguntó Heide.

—Iremos a donde se esté bien —explicó Zora.

—¿Y luego?

—Cloud también irá a donde se esté bien. Allí la encontraremos.

—¿Y si se está bien en varios sitios? —planteó Heide—. ¿Y si no se está bien en ninguno?

Zora guardó silencio y se detuvo.

Heide chocó contra Willow, que también se había detenido. Willow calló estoicamente. En cambio, Lane, que empujó a Heide por detrás, soltó un balido. Heide, indignada, le respondió con otro.

Las ovejas miraron al frente con curiosidad.

Othello permanecía quieto y erguido, y con sus cuatro imponentes cuernos casi parecía un árbol. Inmóvil, olisqueaba y aguzaba el oído. Pero para entonces detrás de él balaban tantas ovejas que lo más probable era que no pudiese oír gran cosa. Acto seguido, el carnero negro salió disparado pendiente abajo, sin decir nada. Las ovejas lo siguieron asustadas. Othello las llevaba directamente a una espesura formada por espinos, zarzamoras y abedules jóvenes. Aquello era estrecho e incómodo. Las ramas las pinchaban y pellizcaban por todas partes. El manso se detuvo.

Maude comenzó a olisquear.

—Esto es...

—¡Silencio! —bufó Othello.

Las ovejas se quedaron mudas como piedras.

Algo se movía entre los troncos, a bastante distancia.

Rojo.

Y negro.

Y marrón.

Y un poco dorado.

Una campanilla.

Y voces.

Y otra vez la campanilla.

«Venid —cantaba ésta—. Ovejas, muchas ovejas, un rebaño, tu rebaño. Juntas —prometía—, protegidas, ijada contra ijada, calentitas y muy...»

—... Y entonces ¿a qué viene tanto secretismo? —inquirió una voz de hombre—. La reunión, la información falsa selectiva... y ¿por qué esa luz en el torreón? Y ¿qué se les ha perdido aquí a esos dos forasteros?

—Son turistas, Zach —repuso Rebecca—. Visitantes de invierno.

—Ya llevan aquí exactamente veintiún días. Desde que cayeron las primeras nieves. ¿Quién se queda aquí veintiún días?

—Tú —afirmó Rebecca—. Yo. Mamá. —Suspiró.

—Tú tienes tus ovejas, y a mí me han destinado aquí, que es muy distinto. Por regla general los turistas se quedan como mucho dos semanas. Aunque no me hubieran adiestrado me daría cuenta de que algo huele mal aquí. Y ¿qué hacen todo el tiempo en el bosque? ¿Acaso crees que cogen setas?

Rebecca rió.

—Están dando un paseo. ¿Qué otra cosa se puede hacer aquí? El bajito, monsieur... (nunca me acuerdo del nombre) tiene no sé qué afección pulmonar, según madame Fronsac.

Con su gorro rojo y la campanilla en la mano, Rebecca destacaba entre los árboles. Tras ella iba Zach, inconfundible con su traje y su abrigo negros y sus gafas de sol. Zach siempre llevaba gafas de sol, incluso de noche. Las ovejas lo sabían desde que se había pasado una noche entera tumbado en el techo de la caravana para vigilar el castillo. Pero el castillo hizo exactamente lo mismo que siempre: nada. Y por la mañana mamá lo descubrió y se puso a dar alaridos.

—¿Y el alto? ¿Qué hay del alto?

—Ni idea, puede que sea su hermano. Algún motivo habrá.

Rebecca y Zach lanzaban destellos entre los árboles, a veces rojos, a veces negros y a veces marrones, a veces visibles, a veces ocultos por los oscuros troncos. A veces se oía la campanilla.

Las ovejas tardaron en comprender que ambos iban directos al soto donde ellas estaban. ¡Directos a su soto! Presa de un pánico mudo, el rebaño observó que Zach se quedaba enganchado en una rama, tropezaba, se incorporaba y se enderezaba el cuello del abrigo. A las ovejas les caía bien Zach. A diferencia de las demás personas, hacía cosas interesantes. Se escondía entre la retama, esparcía polvos azules en los escalones de la caravana, fotografiaba el suelo y hablaba con un reloj que llevaba en la muñeca. Y prestaba atención a cosas en que la gente no solía reparar: pisadas, piedras, olores, migajas en la repisa de la ventana. Una vez registró el almacén en busca de armas y después no cerró la puerta del todo.

Y, a diferencia de la mayoría de los europeos, sabía hablar.

—¿Su hermano? ¡Ja! —Zach sonó ofendido.

Rebecca sonrió.

—Probablemente no. Quizá sean gays. O inspectores de Hacienda. Da igual. Me alegro mucho de que hayas venido, Zach. Después de lo de ayer, estar aquí sola me habría dado un poco de miedo.

A Zach se le iluminó el rostro.

—No me des las gracias, Rebecca, el caso también me interesa desde el punto de vista profesional.

—¿Mi oveja descarriada, un caso?

Por un instante el rostro serio de Zach con sus gafas de sol surgió detrás de un tronco.

—No deberías tomártelo a la ligera —dijo—. Este asunto es más complejo de lo que parece. Todo guarda relación. Todo sigue un plan. Primero el corzo, ahora tu oveja. Y los demás corzos. Y el pequeño. Y la mujer y la niña. Y el viejo señor con la bala de plata en la cabeza que murió delante del espejo, claro. Tú no crees esa historia absurda del hombre lobo, ¿verdad?

—¿La historia del hombre lobo? —inquirió un tronco negro con voz de Rebecca—. ¿Qué historia del hombre lobo? —La pastora reapareció en otro sitio, entre los árboles—. ¿Qué otros corzos? —preguntó entonces—. ¿Y qué pequeño? ¿Y qué viejo señor?

—No puedo hablar de eso.

Cuando Zach no podía hablar de algo, no hablaba. Rebecca también lo sabía, de manera que no insistió.

Resultaba extraño ver a su pastora marchar así hacia ellas. Entre todos aquellos árboles parecía más pequeña. Pequeña pero valiente. A escasa distancia ovejuna de la espesura, Rebecca se detuvo y miró

alrededor. Las miró a ellas. Las ovejas intentaron parecer copos de nieve ligeros e inmóviles.

La campanilla tintineó.

—Si me permites la observación, esa campanilla no es lo que se dice ideal para una operación encubierta —dijo Zach.

—Puede que no —reconoció Rebecca, risueña—, pero las ovejas la conocen. Les gusta. Cuando vamos a algún sitio, el negro la lleva al pescuezo. Si Cloud la escucha, tal vez acuda.

Rebecca y Zach se encontraban tan cerca que las ovejas los olían perfectamente. No sólo como personas, sino con todas sus particularidades. El cabello de Rebecca, cálido y térreo bajo el gorro rojo, las galletas que llevaba en el bolso y el interesante jersey de lana. Los pies fríos y las perneras mojadas de Zach, el caramelo mentolado que chupaba y su resolución. Él siempre era resuelto.

—Ojalá la encontremos —dijo Rebecca, y acto seguido miró directamente hacia ellas. Y no las vio. Y desde luego no las olió. Y pasó de largo.

Era difícil de entender. Las personas no veían las cosas que estaban, sino las que creían que estaban. Rebecca podía pasarse horas en el almacén buscando un cubo que estaba delante de la puerta. Las personas pensaban demasiado. O pensaban en lo que no debían. No solían pensar casi nada en ovejas, y cuando daban con algo en lo que les costaba pensar, se sentían desvalidas como corderos.

En algún lugar del bosque crujió una rama, y Rebecca se estremeció.

—No te apures —la tranquilizó Zach—. No hay nada que temer. Llevo el arma reglamentaria. —Se dio unos golpecitos con la mano

en el abrigo.

Rebecca esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Yo también llevo la mía —repuso y, por un instante, sacó algo del bolsillo de su abrigo.

Las ovejas se asustaron. ¡El revólver de George! Hacía un ruido infernal y no valía para nada.

—Con esto mi padre tenía a raya a los traficantes de droga. No está mal, ¿eh?

Eso sí que era una mentira. Lo único a lo que el viejo George tenía a raya con aquel revólver era una diana ladeada e indefensa.

Rebecca volvió a hacer sonar la campanilla. Cierto, a las ovejas les gustaba mucho. Resultaba tranquilizadora como el murmullo de una oveja madre. Poco a poco el bosque se disponía de nuevo a engullir a las dos personas. Una pierna, un brazo. Un poco de rojo y negro y marrón y una pizca de dorado. Y las voces. Y la campanilla.

—Antes esto era nuestra base, ¿sabes? —dijo Zach—. Un centro de adiestramiento de agentes. El loquero servía de tapadera. Alto secreto. Pero después se desmanteló y los agentes se largaron. Todos menos yo. Y yo observo y no paro de preguntarme: ¿qué hay detrás de todo esto? ¿Por qué me han destinado aquí? De verdad que me gustaría saber por qué llevo destinado aquí todos estos años. —Por un instante sonó mucho más joven y un tanto perdido—. Pero esta vez estoy muy cerca. Todo esto es estrictamente confidencial, claro —añadió, y sonó como siempre.

—Claro, estrictamente confidencial... —corroboró Rebecca antes de que también su voz se esfumara entre los troncos.

La campanilla siguió oyéndose durante un rato, luego enmudeció.

Las ovejas tenían prisa por salir de la espinosa espesura, pero precisamente Maude, que por regla general siempre estaba a favor de la comodidad, insistió en que no se movieran del sitio. Maude era su oveja premonitora: olía cosas que otras no olían. De manera que las ovejas dejaron que el espino siguiese pinchándolas y permanecieron a la espera.

En efecto: al cabo de un rato volvió a moverse algo en el bosque. Esta vez era oscuro. Oscuro y silencioso. Se apoyaba en un bastón. Iba directo a ellas. *Paf, paf, paf*. Reconocieron el olor antes de ver del todo a la figura que avanzaba entre los árboles: olor a muchas cabras y un poco de embutido. Las ovejas contuvieron la respiración, pero el cabrero miraba al suelo y seguía las huellas de Zach y Rebecca en la nieve, sin levantar la vista. *Paf, paf, paf*.

Pasó el peligro.

Othello no las llevó de nuevo pendiente arriba, sino a lo largo de una zanja. Las ovejas iban más deprisa y diseminadas. La pastora les pisaba los talones, sólo que no lo sabía. A esa hora, las ovejas normalmente aún dormitaban en el establo, de modo que podían imaginarse la sorpresa que se llevaría Rebecca cuando en lugar de encontrar a Cloud se topase con un rebaño entero de ovejas fugadas. No creían que fuera a alegrarse mucho.

Zora trotaba ágilmente por el borde del rebaño. Le gustaban los bordes. Cada borde era un poco como un precipicio, y de todos los precipicios se podía aprender una cosa u otra.

De pronto algo oscuro le rozó la cabeza. La sombra de una corneja. El ave describió unos círculos y desapareció. Zora miró

alrededor con curiosidad y acto seguido dio un gran salto a un lado. Sentía el corazón desbocado. Algo había saltado entre los árboles. Una imagen. Zora temblaba. Quería salir corriendo, pero tenía que saber qué la había asustado de ese modo.

Esperar. Olfatear. Un paso diminuto.

Nada.

Un paso más, estirar el pescuezo y aguzar las orejas.

Hacía ya un tiempo, cuando el viento todavía arrancaba las últimas hojas multicolores de los árboles, Zora había despertado antes que las demás ovejas. El aire se le antojó frío, denso y ajeno. Impenetrable. Como el bosque. El bosque había acudido a su prado.

Se levantó y, presa de la curiosidad, aunque a regañadientes, se dirigió hacia la puerta del establo.

Y se llevó un buen susto.

En sus pastos, no muy lejos de la linde del bosque, había un animal grande y desconocido. Sus orejas eran como mariposas aleteantes y sus ojos, enormes y negros, abultaban como gotas de rocío. Desprendía un olor tan rebosante de impetuosidad, libertad y... vulnerabilidad que aturdía a Zora. El animal permaneció quieto unos instantes, negro contra el lechoso cielo matutino. Otros dos como él surgieron detrás, y también se quedaron paralizados. Los tres miraron a Zora y ésta, hipnotizada, desvalida, les devolvió la mirada. Por fin, un escalofrío recorrió las ijadas de los desconocidos como ondas en un lago. Y se alejaron deprisa, sin hacer ruido, saltaron la cerca del prado con extraordinaria facilidad, como si no

existiera, y se internaron en el bosque. Éste seguía negro y silencioso mientras el borde inferior del cielo enrojecía poco a poco.

Corzos, dijeron las cabras.

Los corzos eran como espíritus, poderosas encarnaciones de huida y vigilancia. En su mundo no había cercados. Nada que los retuviese. Nada que los protegiese. Zora entendió por qué sus ojos eran tan grandes, sus patas tan largas y sus orejas tan delicadas y nerviosas. Los corzos debían ser más veloces que el peligro.

Y, sin embargo, en ese momento había uno delante de Zora, o, mejor dicho, algo que una vez había sido un corzo. No hacía mucho. Tiempo atrás.

—El Garou —murmuró una cabra pequeña y negra junto a Zora.

—Creo que era un corzo —dijo Zora.

—Es bonito —susurró el cordero de invierno.

Por extraño que pareciera, Zora supo lo que quería decir. De pronto el sol se abrió paso entre los árboles y dibujó sombras afiligranadas en la nieve. El blanco y el negro. El blanco y el negro y el rojo.

Como una flor en la nieve.

6

—... y sus ojos brillan en la oscuridad igual que luciérnagas. Y de la boca le cuelga una lengua larga y rosada —dijo la cabra.

Esta vez las ovejas la escuchaban.

—Las balas no le hacen nada —continuó la cabra.

Las ovejas asintieron en señal de aquiescencia. ¿A quién podían hacerle algo las balas? Unas muy grandes, quizá, pero las ovejas nunca habían visto una bala de unas dimensiones tan amenazadoras.

—Sólo si son de plata —añadió la cabra al tiempo que miraba a las ovejas.

Éstas simularon que lo sabían desde hacía tiempo.

—Y cuando se transforma... ¿lleva puestas cosas humanas o no? —quiso saber Miss Maple.

Era una pregunta importante. En la ropa de las personas un cuadrúpedo se enredaría y resultaría fácilmente reconocible.

Tres huellas distintas conducían hasta la mancha que un día fue un corzo. Tres huellas entrelazadas como arvejas silvestres en una cerca. Una delicada, ligera; otra grande, alargada, y un cordón rojo de gotas de sangre, aquí y allá y más allá, semejantes a amapolas en un campo. La nieve era tan blanda y polvorosa que las huellas no permitían deducir mucho más. Cráteres ovalados en la nieve. Grandes, pequeños y rojos. Eso era todo.

Desde el punto de vista olfativo la mancha tampoco revelaba gran cosa. Los olores se congelaban con el frío, se volvían frágiles y se fragmentaban. Todo lo que quedaba allí era un gélido tufillo a sangre. De pronto la mayoría de las ovejas empezaron a creer que lo que les contaba la cabra era verdad. No todo, pero sí algunas cosas. Un lobo que se deslizaba por el bosque y despedazaba corzos. Corzos y personas, y posiblemente ovejas si se le presentaba la ocasión. Un lobo que en la linde del bosque dejaba de ser lobo y seguía a dos patas y vivía de incógnito entre los hombres.

Un hombre animal. Un lobo transformista.

La pequeña cabra lo llamaba Garou.

Sólo les faltaba eso a las ovejas, un Garou.

—¿Y se esconde detrás de una persona? —preguntó otra vez Lane. No le parecía un escondite muy bueno. Las personas eran altas y delgadas y siempre estaban en movimiento.

—No detrás de una persona —la corrigió Madouc—. En una persona.

—Si se esconde en una persona, entonces no puede ser más alto que una persona —razonó Mopple.

Algo era algo. Todas las ovejas temían a los lobos, pero, a fuer de ser sinceras, no sabían a ciencia cierta qué era lo que temían. Los lobos eran fantasmas, el terror transmitido por infinidad de cuentos corderiles, un aliento caliente en la cerviz cuando el miedo se apoderaba de ellas. Los lobos vivían en historias. A las ovejas les sorprendió que de repente hubiese uno ahí fuera, en algún lugar entre la nieve, con el hocico ensangrentado.

—Entonces ¿por qué se esconde? —quiso saber el cordero de invierno.

Madouc se paró a pensar un momento.

—Porque las personas le tienen miedo —respondió al cabo—. Y cuando las personas le tienen miedo a algo son muy peligrosas. Hasta para el Garou.

—Nosotras también podríamos tenerle miedo —aventuró Heide—. ¿Significa eso que también somos peligrosas?

—Un poco —respondió Madouc. La idea pareció gustarle.

—Yo le tengo miedo —dijo Heide, dando ejemplo.

—Yo también —reconoció Mopple, no muy convencido.

Las ovejas se habían apelotonado a una distancia prudencial bajo tres abetos jóvenes y esperaban con impaciencia a que Miss Maple volviese de una vez de la mancha roja. Todo allí era bastante reciente. Estaba demasiado... abierto. Como una herida en la nieve.

Maple rodeó la mancha en silencio. Una vez. Y otra. Olisqueó. Escarbó en la nieve. Siguió un poco la huella grande. Finalmente fue hacia los abetos jóvenes.

—Sólo habría que seguir esa huella —afirmó con un extraño brillo en los ojos—, y lo veríamos.

Las otras no parecían muy convencidas.

Maple suspiró.

—Lo sé. Yo tampoco me atrevo. Pero... —Miró hacia donde la huella se perdía entre los árboles—. Las personas de las historias lo harían —añadió en voz baja.

Las ovejas guardaban un silencio obstinado. Las personas de las historias hacían muchas cosas absurdas: una limpieza a fondo en primavera, vengarse y dietas. No había ningún motivo para ir a parar sin quererlo a las fauces del Garou. Eso sería...

—Es una locura —musitó Madouc—. Lo haré yo.

La pequeña cabra dio un salto bajo los abetos y, antes de que las ovejas pudieran lanzar un balido de advertencia, desapareció entre los árboles, pequeña, negra, vivaracha... y resuelta.

—Si deseas que ocurra algo, has de encargarte de que ocurra —farfulló el cordero de invierno mientras roía pensativo un pedazo de raíz.

En ese preciso instante algo rojizo salió disparado entre los troncos desde un lateral.

—¡El Garou! —baló Ramses, aterrorizado.

Sólo tras galopar un buen rato por el bosque comprendieron que probablemente sólo hubiese sido un zorro. ¿Sólo? El zorro era un animal grande y peligroso, seguro y burlón entre los árboles. Un animal del bosque. Un animal salvaje. En el bosque las cosas no eran como en el prado, ni siquiera las cosas conocidas, sino más extrañas. Mayores. Abismales.

Aunque en realidad las ovejas no le tenían miedo al zorro —al menos no al volver la vista atrás—, huir les pareció una buena idea. A fin de cuentas, en el bosque había otra fiera. Una fiera con la que ninguna quería topar.

Othello las condujo a un ritmo vertiginoso por un pequeño hayedo, subieron una pendiente, bajaron una pendiente, dejaron atrás una casita de madera asentada a la manera caprina en un roble muy viejo, siempre en línea recta. La nieve levantaba polvo, las ramas las azotaban y los pájaros alzaban el vuelo. Nadie se quejó. Tenían la desagradable sensación de que algo iba tras ellas. Algo grande.

De repente un arroyo les cortó el paso. No era especialmente ancho, pero sí excesivo para un salto ovejuno y demasiado

empinado y enérgico y rápido para remontarlo y vadearlo sin peligro. No les gustó, las dejaba encerradas como si de una cerca se tratase. Pero ¿retroceder... cuando detrás de cualquier árbol podía acechar el Garou?

Othello aguzó el oído. Maude olisqueó. Mopple bufó. Sir Ritchfield dio la impresión de haber olvidado algo.

Después continuaron a lo largo del arroyo —las pezuñas volaban, las orejas aleteaban—, hasta llegar a un puente. Bueno, no un puente en toda regla, sino una pasarela estrecha, de unas dos pezuñas de ancho. Pero en la pasarela había nieve reciente, en polvo, esponjosa. Ningún corzo la había cruzado ese día, ninguna persona... y sin duda ningún lobo.

Othello comprobó el puentecillo con cautela. Parecía estable e inspiraba confianza, pero bajo la nieve acechaba una capa de hielo fina y traicionera. El carnero negro apoyó una pezuña en la madera con cuidado, y a punto estuvo de resbalar. Probó de nuevo, más despacio y con mayor determinación. Soltó un bufido de satisfacción. Al poco se vio al otro lado y olisqueó de nuevo en todas las direcciones. La siguiente fue Zora, elegante y como si tal cosa, como si cruzara un prado en verano. La siguió Heide, con pasitos resueltos; luego Lane y Cordelia, veloces y prudentes. El rebaño entero contuvo la respiración cuando Miss Maple dio un traspié, resbaló y en el último momento logró llegar a la otra orilla de un salto.

Mopple sólo consiguió recorrer la mitad del puente. Ahí se detuvo.

—No, no... no puedo hacerlo —jadeó, y cerró los ojos.

—Sí que puedes —lo tranquilizó Cordelia—. Sólo son unos pasos.

—No veo nada —se lamentó Mopple.

—Pues claro que no ves nada, tienes los ojos cerrados —contestó Zora—. Ábrelos.

—No puedo. —Mopple temblaba y se movía peligrosamente.

En el bosque se oyó un chasquido.

—Vamos —rogaron Cordelia, Lane y Zora.

—¿Es eso hierba dulce? —preguntó Miss Maple desde muy atrás —. En pleno invierno, parece mentira.

Mopple cruzó la pasarela en un santiamén y fue hacia Miss Maple con los ojos brillantes.

—¿Hierba dulce? —baló—. ¿De verdad?

—No —contestó Maple—. De verdad que no.

Mopple bajó las orejas.

Sir Ritchfield franqueó el puente con valentía, un manso de pies a cabeza.

Maude vaciló y titubeó, pero finalmente lo consiguió.

También el cordero de invierno se quedó parado en el medio.

—Vamos —rogaron de nuevo Lane, Cordelia y Zora—. Casi no falta nada, ya casi está.

—Lo sé —contestó el cordero de invierno sin moverse, la cabeza alta. Y las miró echando chispas.

—¿Qué pasa? —inquirió Maude.

—Quiero un nombre —baló el cordero de invierno—. Ahora. Aquí. Sin nombre no sigo.

Crujidos y chasquidos lejanos. Ahora las ovejas estaban seguras: algo se movía en el bosque e iba detrás de ellas. Algo rápido y silencioso. Algo grande.

—Ahí hay algo —afirmó Ramses con nerviosismo—. Tienes que seguir. Todas queremos cruzar el puente. No queremos quedarnos

en el lado del lobo.

—Lo sé —repitió el cordero de invierno sin moverse—. Quiero un nombre —insistió.

Las ovejas se miraron.

—Es que... eh... no tenemos ningún nombre —repuso Cordelia, desconcertada.

—¡Mentira! —exclamó el cordero de invierno, con los ojos húmedos y brillantes—. Todas tenéis nombre. ¡Todas! Menos yo.

—Te puedes quedar con el mío —ofreció Ramses detrás de él, presa del pánico—. Ramses es un nombre bonito.

—¡No! Quiero mi propio nombre. —Furioso, el cordero de invierno pateó la pasarela, que se tambaleó.

Las ovejas aguzaron el oído. No cabía duda: el chasquido se acercaba.

Othello se aproximó despacio al cordero de invierno.

—Sal del puente —dijo en voz baja—. O te tiro.

Las ovejas contuvieron la respiración. Tirar a otra oveja de la estrecha y helada pasarela... era muy arriesgado. Othello retrocedió unos pasos y bajó la cornamenta.

El cordero de invierno ni se inmutó.

De nuevo crujió una rama en alguna parte.

Othello se lanzó a la carrera.

El cordero de invierno continuó en sus trece.

Othello se detuvo tan cerca del declive que una nieve fina y blanca cayó sobre el cordero de invierno. No quería tirarlo del puente. Era el más débil de todos y al mismo tiempo se parecía extrañamente a él. Un manso nato. A Othello le caía bien el cordero de invierno.

Éste pestañeó a través del polvo de nieve. Detrás de él aguardaba su rebaño y delante de él aguardaba su rebaño. Y no muy lejos algo se abría paso en la espesura.

Callado y sin nombre, el cordero de invierno echó a trotar por la pasarela. Encontraría su nombre. Cuando fuera. Donde fuera.

El resto del rebaño logró cruzar el puente sin excesiva dificultad y siguió adelante, alejándose del arroyo, dejando atrás árboles y más árboles.

Mopple jadeaba. Apenas recordaba cuándo había comido algo por última vez. Los árboles pasaban volando por su lado. Al menos su cabra imaginaria había desaparecido, pero a cambio Maple fantaseaba con hierba dulce y Mopple oía un balido distante y perdido entre sus redondeados cuernos. Sacudió la cabeza, pero el balido persistió.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Sir Ritchfield, que trotaba junto a él.

—¿Qué?

Mopple suspiró.

—Yo oigo algo —afirmó Lane, más atrás.

Pronto todas las ovejas lo oyeron. Todas salvo Ritchfield. Más allá, en medio del bosque, balaba una oveja. Una oveja muy solitaria.

¡Cloud!

Las ovejas balaron a su vez.

—¡Cloud! ¡Aquí! ¡Estamos aquí!

Cloud baló aún más fuerte, pero no acudió al encuentro de sus compañeras.

—Está atrapada —dedujo Miss Maple, y echó a correr hacia el lugar de donde procedía el balido.

Othello y el resto del rebaño la siguieron.

En efecto: en medio de un claro se hallaba Cloud. Ilesa, lanuda y entera, por lo que pudieron apreciar las ovejas. Pero no se movía del sitio. Las ovejas la rodearon y olisquearon. Olía debidamente para ser una oveja que había pasado mucho miedo una noche entera. A bosque, a nieve... y, sobre todo, a Cloud.

Temblaba.

—Ven con nosotras —dijo Heide—. Vamos a un sitio donde se está bien. Y Rebecca vendrá después.

—No puede —intervino Miss Maple—. No puede mover la pata.

En ese momento las demás también lo vieron: un alambre había enlazado la pata trasera de Cloud, y un hilo de sangre descendía del corvejón y se filtraba en la nieve.

—Está atrapada —insistió Maple.

—Pero tenemos que irnos de aquí —baló Maude—. El Ga...

—No sin Cloud —zanjó Miss Maple.

Cloud miraba a una oveja y otra y temblaba aún más.

—Ningún rebaño puede abandonar a una oveja —aseguró de repente Ritchfield, el antiguo manso—. A menos que...

—A menos que nada —espetó Othello.

Y no se habló más del asunto. Las ovejas se apelotonaron en torno a Cloud, a la espera. Maple le susurró algo al oído en voz baja y tranquilizadora, a la manera de las ovejas madre. Y al cabo Cloud dejó de temblar.

—¿Y bien? —preguntó Maple—. ¿Qué ha pasado?

—Me... me escapé del veterinario —explicó Cloud, mitad confusa, mitad orgullosa—. Pero de pronto me vi rodeada de árboles por todas partes y ya no supe adónde ir. Y luego había más árboles, y seguí adelante.

—¿Cruzaste un arroyo? —quiso saber Maple.

—No. Sólo había árboles.

—Nosotras hemos cruzado un arroyo —baló Heide—. Y Mopple ha estado a punto de no cruzarlo. Y Othello ha estado a punto de tirar al agua al cordero de invierno.

Cloud la miró perpleja.

—¿Y después? —preguntó Maple.

—Seguí adelante —respondió Cloud—. Sólo había árboles.

—¿Y luego?

—Llegué a un claro donde crecía una hierba que no sabía mal.

—¿Dónde? —se apresuró a preguntar Mopple.

—No lo sé —repuso Cloud—. Detrás de unos árboles.

Mopple suspiró.

—¿Y después? —insistió Maple.

—Después oscureció y ya no seguí mucho más, porque tenía miedo de chocar contra algo en la oscuridad. Sobre todo contra los árboles. Y se oían ruidos.

—¿Qué clase de ruidos? —inquirió Maple.

Cloud se paró a pensar un instante.

—Ruidos de árboles —fue la respuesta—. Chasquidos y crujidos y chirridos, y después empezó a nevar. Eso no se puede oír, pero a veces resbala nieve de las ramas, y eso sí se oye. Una vez me cayó nieve encima.

—¿Y luego? —preguntó Maple.

—Luego volvió a haber un poco de luz y vine a este claro porque estaba más iluminado. Y entonces se me quedó enredada la pata. Intenté soltarme pero no pude. Y entonces me puse a balar. Estuve balando mucho tiempo. Y entonces llegasteis vosotras.

—¿Eso es todo? —inquirió Mopple, un tanto decepcionado. Ni hierba dulce ni secretos ni ningún Garou. Ni siquiera un hombre pollo. Sólo un poco de alambre.

—¿Eso es todo? —repitió indignada Cloud—. Estaba sola en medio de todos estos árboles y todos esos ruidos que en realidad no eran ruidos y todos esos olores extraños y no avanzaba y la pata me dolía y la nieve... ¡Eso es todo!

—Es sólo que nos alegramos de que no te haya pasado nada —dijo Lane en tono conciliador.

—¿Y no has visto nada raro? —quiso saber Heide.

Cloud hizo memoria.

—Sí —repuso al cabo—. Una cosa. Aquí, en el claro, muy de madrugada. Era... como un pollo, pero no era un pollo.

¿Un hombre pollo? Mopple paró las orejas.

—Se movía como un pollo, pero tenía la cola más larga y la cabeza más vistosa, y era marrón y verde y azul y mucho más bonito que un pollo. Eso vi. —Cloud miró con orgullo a sus compañeras.

—¿Era grande? —se interesó Mopple.

Cloud se paró a pensar de nuevo.

—Más o menos como un pollo —contestó—. Puede que un poco más pequeño.

Eso era todo. Estaba claro que Cloud no se había topado con el temible Garou. ¡Por suerte! Las ovejas se relajaron un poco. Si Cloud había resistido una noche entera atrapada en el bosque, el asunto no podía ser tan peligroso. Mopple empezó a buscar matojos de hierba bajo la nieve, Maple examinó el lazo de Cloud, Sir Ritchfield se puso a conversar animadamente con un árbol, Maude y Cordelia se restregaron contra sendos troncos, el cordero de invierno se dedicó a pensar y Heide fue en busca del portentoso pollo.

El sol brillaba y las ovejas estaban contentas de volver a ser un rebaño completo. El ambiente era placentero hasta que, en cierto momento, en el bosque se oyó crujir una rama. Una rama grande. Y otra. La nieve también crujía. Y crujía. Y crujía.

Algo se acercaba. Hacia ellas. A cuatro patas. Por la maleza.

Algo pesado.

Mopple dejó la hierba y Heide se olvidó del pollo. Incluso Ritchfield pareció barruntar que algo no iba bien y se despidió educadamente del árbol. Cloud empezó a temblar otra vez. El rebaño se apelotonó, y Othello comenzó a trotar arriba y abajo ante ellas como un pequeño toro de cuatro cuernos.

Temblorosas pero resueltas, las ovejas esperaban a lo que fuese que se disponía a salir del bosque. Primero parecía una sombra, una sombra incorpórea entre los troncos, informe y deforme, como a veces lo son las sombras. Después una figura oscura se despegó de la linde. Las ovejas temblaban, todas juntas, temblaban como la superficie del arroyo cuando llovía.

Othello bajó la cornamenta.

El desconocido peludo las miró apenas un instante, pasó por delante de ellas con los ojos entornados y se acomodó entre dos

abedules.

—Sigue así, Gris. Bien hecho, Aube —musitó satisfecho, y cerrando los ojos se puso a dormitar.

—Es un carnero —baló aliviado Sir Ritchfield.

El resto del rebaño no daba crédito.

Pero entonces, de pronto, del bosque surgió otra cosa, erguida y tiesa, con el pelo revuelto y los ojos echando chispas.

—Menuda potra —dijo Rebecca.

Las ovejas se sintieron demasiado aliviadas para ponerse a buscar a la potra de Rebecca. O para enfadarse porque en el breve lapso de tiempo que había pasado sin ellas la pastora se hubiese comprado una potra. ¡Nada menos!

Rebecca tenía el pelo alborotado y las mejillas rojas como manzanas, y no soltaba tacos. Liberó en silencio a Cloud del lazo y, sin abrir la boca, agarró a Othello por los cuernos. Nadie más habría podido agarrarlo por los cuernos, ni siquiera el viejo George. Pero Rebecca sí. Luego atravesaron de nuevo el bosque, delante la pastora y Othello, el rebaño a la zaga. De regreso, supusieron las ovejas, y en cierto modo la idea tampoco les pareció tan mala. En su prado tenían forraje y cielo, el establo y la caravana, todas ellas cosas buenas. Ya encontrarían la manera de librarse de la potra. ¿Y el Garou? Estaba muy lejos, al otro lado de la estrecha pasarela, y las ovejas empezaron a imaginarlo como un pollo pequeño y vistoso.

—Una excursión estupenda —comentó Sir Ritchfield, y casi todas le dieron la razón.

La única que no se sentía especialmente satisfecha era Miss Maple.

—¿De dónde salió ese lazo? —le preguntó a Willow, que trotaba a su lado—. ¿Y por qué nos siguió el carnero desconocido? ¿Y dónde está el gorro de Rebecca? ¿Y qué quería el cabrero? ¿Y dónde está Zach?

Willow, la segunda oveja más taciturna del rebaño, no dijo nada.

7

El sol estaba alto en el cielo, la nieve brillaba y las ovejas proyectaban sombras cortas y rechonchas, sobre todo Mopple the Whale. Hasta el momento la potra en cuestión no se había dejado ver, y el veterinario tampoco.

Estaban sorprendidas de lo apacible que se veía su prado después del silencio acechante del bosque, aun cuando en alguna parte siguiera merodeando el Garou. Aun cuando Rebecca gritara dentro de la caravana. Hasta las cabras parecían más cuerdas y la hierba de invierno menos insípida. Lo único que deseaban era que Rebecca cerrase la ventana de la caravana o se calmara de una vez.

—¡De locos! —exclamaba Rebecca—. ¡Es que es de locos! ¿Qué significa esto? ¿Qué? ¿Alguien puede decirme qué significa?

Acto seguido la vieron en los escalones de la caravana con el rostro rojo y en las manos algo que parecía un montón de trapos rojos. Abrió las manos y llovió algo rojo.

—¡Joder!

Rebecca clavó la vista en los trapos caídos en la nieve, con los ojos humedecidos. Aquello se parecía inquietantemente a lo que el Garou le había hecho al corzo.

Mamá se asomó a la puerta de la caravana, detrás de Rebecca. En el pelo llevaba unos rollitos extraños.

—Te digo que yo no he sido. ¿Por qué iba a hacer yo...? Párate a pensarlo. Demonios, si ni siquiera estaba.

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido? —gritó Rebecca.

—Ésa... —respondió mamá, y encendió un cigarrillo— ésa es la cuestión. —Señaló la nieve con la mano que sostenía el pitillo—. Recoge eso, hija. Tal vez parezca un montón de andrajos, pero son pruebas. Y no sé si es comida adecuada para tus ovejas.

Las ovejas la miraron enfadadas. ¿Por qué se metía la mujer en sus asuntos? Mopple ya tenía el primer trozo de tela entre los dientes y, aparte de la textura un poco correosa, se le antojaba muy prometedor.

—Oh, mierda —masculló Rebecca, y bajó los escalones con movimientos ágiles. Mopple escapó con otro pedazo de tela en la boca, y la pastora se puso a recoger aquella cosa roja de la nieve.

Fuera, junto a la cerca del prado, el jardinero pasó por delante con paso enérgico y las miró con curiosidad. Al ver tanto rojo apartó la mirada.

—Ahí. —La mano del humeante cigarrillo apuntó de nuevo, esta vez al castillo, la finca y los establos—. Ahí es donde tienes que buscar. Me apuesto el bolso de Chanel a que fue uno de ellos.

—¿Quién? —musitó Rebecca—. ¿Y por qué? ¿Y cuándo? ¿Tú cuándo te fuiste?

—A ver... déjame pensar. —Mamá daba caladas al cigarrillo—. Me levanté a las ocho, tomé café, llamaron dos clientes, los atendí... luego desayuné. Yo diría que salí a las nueve de casa... bueno, de esta caravana, y volví poco antes que tú, sobre las doce.

—¡Tres horas! —Sorprendida, Rebecca levantó la vista de los jirones rojos. Mamá rara vez salía de la caravana, y tres horas constituían un nuevo récord—. ¿Y qué estuviste haciendo por ahí tres horas?

—Estuve en la hostería del castillo, duchándome —farfulló mamá, envuelta en humo.

—¿Tres horas?

—Primero el agua estaba helada. Otra vez. Uno de esos dos visitantes raros debe de ducharse como un poseso. De modo que esperé a que saliera caliente otra vez. Y luego resulta que... —Hizo girar el cigarrillo entre los dedos.

Rebecca recogió los trapos rojos de la nieve y se irguió.

—¿O sea, que has estado... trabajando? —Le tendió los trapos rojos, pero mamá aún tenía el cigarrillo en la mano y los rehusó.

—Me lo pidieron, sí, ¿y qué? ¿Por qué no? Considéralo solidaridad con los vecinos.

—Te dije bien claro que...

El montón rojo acabó en el último escalón de la caravana.

—Tengo que trabajar, hija. Si no trabajo, no soy feliz.

Las ovejas sabían en qué trabajaba mamá: en la patraña. Día tras día, nada salvo patrañas. Y Rebecca había impuesto una norma, una norma tan inamovible como la revisión diaria de la cerca: la patraña sólo se llevaría a cabo en la caravana. Por teléfono. En ninguna otra parte. Y menos allí donde otros pudieran enterarse. A las ovejas les habría gustado presenciar un poco de esa patraña, pero a ese respecto con Rebecca no se jugaba.

—Genial.

—No te pongas así, Reba —respondió mamá al tiempo que arrojaba la colilla a la nieve.

Rebecca estalló como estallaba a veces el gato gris atigrado de la finca. Primero se paseaba a lo largo de la cerca tranquilamente, a la manera gatuna, pensando en roedores y pájaros de invierno, y acto

seguido bufaba y pegaba un salto en todas las direcciones a la vez, con el pelo erizado, los ojos brillantes y el lomo arqueado. Salvo por esto último, en ese momento Rebecca se le parecía bastante.

—Y te he dicho cien veces que no tires las colillas al prado... ¿Qué crees que pasaría si se las comiese una oveja? Se moriría.

Ahora a quien había que mirar mal era a Rebecca. Nadie habría tocado jamás ni una sola de esas colillas apestosas. ¿Tan tontas creía la pastora que eran? Mopple, al que el segundo trozo de tela le estaba resultando un tanto indigesto, eructó a modo de reproche.

Rebecca cogió la colilla del suelo y la lanzó hacia la caravana. Después se sentó pesadamente en los escalones.

—Es que esto es demasiado —musitó—. Demasiado... Primero Navidad, luego el corzo y después Cloud, y ahora esta cerdada. —Levantó un puñado de andrajos del escalón y los dejó caer con el resto—. Y tú por ahí echándole a la gente las cartas. ¿Acaso sabes cómo es la gente de aquí? Porque yo no lo sé. No la entiendo, en absoluto. Primero me invitan a venir y después me da la impresión todo el tiempo de que tienen algo contra mí. O contra las ovejas. Tendrías que haber visto la cara que pusieron cuando bajé a las ovejas... Paul, el cabrero, enciende todas las noches una luz en la linde del bosque, sabe Dios por qué. Acabarán quemándote por bruja...

—No seas tonta, hija. —Mamá se sentó junto a Rebecca en los escalones con una agilidad asombrosa—. La gente es igual en todas partes. Lo que pasa es que te resulta embarazoso, eso es todo.

—¿Y por qué no iba a resultármelo? Mi madre, la vidente Sanilla. La mujer de la doble vista y la buena cara. Trabajo, dinero, amor y

felicidad. Felicidad, ¡y un cuerno! Vas por ahí contándole a la gente esas patrañas y yo tengo que pagar el pato. Siempre yo...

Las ovejas se acercaron, muertas de curiosidad. Delante de la caravana pasaba algo. Una de las cercas de Rebecca estaba floja, y tal vez pronto saliera algo. Posiblemente la propia patraña, quizá sólo la buena cara. A las ovejas les apetecía ver la buena cara de mamá, pero lo único que apareció fue Tess, que salió de la caravana despacio, a la manera de los perros viejos, y se puso a lamerle las manos a Rebecca.

—¿Y a ésta qué le pasa? —preguntó la pastora—. ¿Estaba aquí cuando ocurrió esto? Menudo perro guardián.

Tess, halagada, meneó el rabo.

—La dejé con la señora Fronsac —explicó mamá—. A la pobre no le gusta estar sola.

—Quiero irme de aquí —afirmó Rebecca.

Mamá le acarició la espalda con una mano huesuda.

—Vamos, vamos —dijo.

Rebecca enmudeció; mamá la acariciaba y Tess meneaba el rabo. Tres cornejas sobrevolaron el prado con actitud resuelta en dirección al bosque.

De pronto Rebecca volvió a la carga.

—¿A quién? —inquirió—. ¿A quién le has echado las cartas?

Mamá sonrió.

—Esto se pone interesante, ¿eh? ¿A quién creerías? A la Morsa, quizá, o a la pequeña Hortense. Yo pensaba que ellas serían los clientes típicos, o como mucho Yves, el patán ese. ¿Y quién va y solicita mis servicios? ¡Pues mademoiselle Plin! La señora tirante del cabello tirante.

—La víbora —murmuró Rebecca.

La cancilla se abrió y las ovejas se alejaron un tanto de la caravana para mantenerse a cierta distancia de la recién llegada. Hortense se detuvo a unos pasos de la caravana e hizo un ademán respetuoso, casi una reverencia.

—*Bonjour, madame*. He oído que... ¿Podría echarme a mí también las cartas? A mí y a... Eric.

Mamá sacó una libreta negra del abrigo.

—¿Por qué no? A ver: hoy ya tengo tres citas, pero mañana por la mañana... Usted a las diez y el señor Eric a las diez y media, ¿de acuerdo?

Hortense asintió, dijo «*Salut*, Becca» y se fue. Tenía las mejillas sonrosadas y el pelo le olía a violetas. A las ovejas les habría gustado saber de dónde sacaba las violetas en pleno invierno.

—Y encima das hora como un doctor —se lamentó Rebecca—. ¡Tres!

—Cinco —la corrigió mamá.

—Quiero irme de aquí —insistió Rebecca.

Mamá hizo desaparecer la libreta negra en el abrigo y se sentó.

—¿Te has vuelto loca? —dijo—. ¿Ahora que por fin pasa algo en este sitio? Hoy es el primer día que no quiero irme. Créeme, hija, esta gente está muy, pero que muy necesitada de... de felicidad. De consejos. De una luz que la alumbre en la oscuridad. —Se levantó y extendió los brazos como un murciélago—. Reba, te creo cuando dices que aquí hay algo que no cuadra. Y no por lo de la policía, sino porque hay mucha falta de... de... de suerte. Y ¿sabes a qué apunta esto? —Hizo una pausa dramática—. ¡A algo sobrenatural!

Rebecca resopló.

Las ovejas callaban, impresionadas. ¡Sobrenatural! Más natural que natural. La hierba era natural, el forraje no tan natural, y el plástico no era nada natural y casi resultaba incomible. Algo sobrenatural, por el contrario, tenía que ser una auténtica exquisitez.

Mamá cerró los brazos de murciélago y cogió a Rebecca por la barbilla.

—Tú no te desanimes, hija. Ya averiguaremos de qué se trata. Y quién ha hecho esto... —Señaló con un dedo huesudo el montón rojo—. Eso también lo averiguaremos. No te imaginas la cantidad de cosas que cuenta la gente cuando le echo las cartas. Tú déjame a mí... Pero no podemos permitir que nos traten como... como a ovejas.

¡Como a ovejas!

¡Buen golpe!

Maude y Heide empezaron a balar ofendidas, Mopple puso cara de culpabilidad y Sir Ritchfield sacudió la cabeza y musitó:

—Ya le gustaría ser una oveja.

—Ritchfield tiene razón —dijo Zora—. Hemos de ser un ejemplo para ellas.

Al principio las demás se dedicaron a mascar, pero por fin también lo entendieron: los seres humanos rara vez hacían algo por iniciativa propia. Vivían inmersos en su cotidianidad y se ocupaban de sus pequeños quehaceres. Si de verdad querían que pasara algo importante, que les dieran forraje o que recogiesen las manzanas o que acabara la vida errante, las ovejas debían tomar la iniciativa.

—Podría volver a comerme una carta —propuso un servicial Mopple.

Pero ¿cuál? Las ovejas no lo sabían. Decidieron que, a modo de prueba, Mopple se comería cualquier carta que se le pusiera por delante. Mientras tanto podían pastar o balar un poco o mirar a las cabras cabeceando o...

—O encontrar al Garou —dijo de repente Ramses.

El resto lo miró estupefacto.

—Me refiero a que... puede que no sea tan... y nosotras podamos... o quizá no... —Se puso a escarbar en la nieve con timidez y las demás revolvieron los ojos, pero Miss Maple de pronto parecía completamente despierta.

—Ramses tiene razón —afirmó—. Debemos averiguar en quién se oculta el lobo.

—¿Por qué? —baló Heide.

—¿Por qué? —coreó el resto.

—Para que luego podamos irnos en la dirección adecuada —contestó Miss Maple—. Si no sabemos dónde está el Garou, ¿cómo vamos a saber adónde ir?

—Si lo vemos, siempre podemos salir corriendo —opinó Lane, la oveja más rápida del rebaño, y volvió el elegante pescuezo.

—No sé —repuso Maple—. El corzo no consiguió hacerlo.

Era verdad. Los corzos tenían las patas tan largas que ni siquiera el bosque podía engañarlos, y aun así...

—Sin duda lo pilló desprevenido —susurró Lane—. Tuvo que ocurrir así.

No todas las ovejas estaban seguras de si de verdad creían en el Garou, pero hasta aquellas que no creían en él de pronto tenían ganas de salir corriendo. De ser posible cuanto antes.

—Pero sin cruzar el bosque —apuntó Cloud.

Las demás asintieron. En el bosque se oían chasquidos y susurros, el bosque las hacía caminar en redondo y se burlaba de ellas. Cerca era lejos y lejos era cerca, recto era en curva, arriba era abajo y, para colmo, no había hierba.

—Entonces ¿cómo? —quiso saber Maude, y respiró hondo—. Aquí no hay más que bosque. Por todas partes.

—Pues igual que vinimos —repuso el cordero de invierno con los ojos brillantes—. En coche.

Las demás entonaron balidos de protesta. El coche no era un medio de transporte especialmente apreciado. Zumbaba y daba sacudidas, pegaba botes y apestaba. Era estrecho y oscuro e inspiraba temor. Pero con él podían atravesar el bosque deprisa y protegidas y alejarse del Garou. En secreto, la mayoría de las ovejas pensaba que los coches se parecían un poco a los perros: eran ruidosos y arrogantes, pero cuando uno se armaba de valor y no huía corriendo de ellos, casi todo se quedaba en mera presunción.

Al menos, eso esperaban.

Poco después un pequeño cuerpo expedicionario de ovejas se hallaba de nuevo ante la ripia floja del cercado de las cabras. Maude, Zora y Heide tenían que dar con el coche extragrande que las había llevado hasta allí.

Maude tenía que olfatearlo.

Zora tenía que encararse con él.

Y Heide tenía que convencerlo de que las sacara de allí.

Miss Maple las observaba con aire satisfecho.

—Mientras, nosotras buscaremos al Garou —resolvió.

Las ovejas pusieron cara larga.

Buscar, qué bien.

Ninguna de ellas quería encontrar al Garou.

Ramses buscó al Garou entre la retama.

Cordelia lo buscó junto a la caravana.

Cloud lo buscó debajo de la caravana.

La puerta de la caravana se abrió y Rebecca echó a andar con determinación hacia el castillo. Las ovejas dejaron de buscar y la siguieron con la mirada.

Después continuaron con lo que estaban haciendo.

Lane buscó por el cercado de las cabras.

Othello buscó en el establo.

Ritchfield se puso a discutir con el comedero.

El cordero de invierno buscó entre el viejo roble y el armario.

Y Mopple decidió ahorrarse la búsqueda. Se puso a mascar.

Maple se acercó trotando al gordo carnero y carraspeó.

Mopple tragó saliva.

—¿Y bien? —inquirió Maple.

—Nada —contestó Mopple, con la vista clavada en unas briznas de hierba invernal que asomaban entre la nieve—. Aquí no está.

—Desde luego —confirmó Maple—. Primero deberíamos dar con la cabra negra.

—¿Madouc?

Maple volvió la cabeza.

—¿Cómo sabes que se llama Madouc?

—Ella dice que se llama Madouc —replicó Mopple—. Por lo menos a veces.

Maple se paró a reflexionar.

—La cabra negra es una especie de pista, creo yo. Nadie ha visto nunca al Garou, pero ella sabe muchas cosas de él. ¿Cómo es posible? Si no ha visto nada, entonces es que ha oído algo. Pero ¿a quién? ¿No es extraño que sepa todas esas cosas?

—¿A las otras cabras, quizá? —aventuró Mopple.

—Puede —convino Maple—. O puede que no.

Miss Maple dejó a las demás allí plantadas y salió trotando hacia el cercado de las cabras, directa a una que dormitaba. Era una cabra muy desgreñada. Antes de emprender la búsqueda del Garou tenían que reunir más información.

—Perdona —le dijo Maple, ni muy enérgica ni muy amable.

La cabra abrió los ojos.

—¿Sí?

Tenía pelaje marrón, pero sus ojos eran grises y distantes como los de un pez.

—Estoy buscando a una cabra —explicó Maple. El asunto iba mejor de lo que esperaba.

—Yo diría que has encontrado a una.

—A una cabra pequeña —aclaró Maple.

La cabra torció la cabeza.

—Aquí no hay ninguna cabra pequeña.

—Una cabra pequeña y negra.

La cabeza giró más y más y más. A Maple no le gustó lo mucho que aquella cabra podía hacer girar la cabeza. ¡Como un pájaro!

De pronto la cabeza volvió a estar recta y peligrosamente cerca. ¡Qué desgreñada se la veía!

—Aquí no hay ninguna cabra negra —masculló—. Ni una. Moscas negras. Intrigas negras. Eso sí.

Apestaba. Como un hurón. Como un carroñero. Como... como una cabra.

Maple dio un paso atrás y miró hacia el prado de las cabras: una roja, una con manchas blancas y marrones, una con manchas blancas y negras, una blanca con una oreja negra, dos grises y otras dos marrones en el sofá... pero ninguna negra.

—Estuvo con nosotras en el bosque —dijo Maple—. Le sigue la pista al Garou. ¿Acaso no estáis preocupadas por ella?

—¿Al Garou? —inquirió la marrón—. En el bosque no hay de eso. Sólo hay espacios y árboles y sueños. Entre medias, nada. No hay de qué preocuparse.

—Al bosque puede ir cualquiera —razonó Maple—. De modo que cualquiera puede estar en él.

—Lo que no existe, tampoco existe en el bosque —aseguró la cabra—. Como por ejemplo una cabra pequeña. A ese respecto el bosque no hace nada. Todas las cabras son mayores de lo que parecen. —Puso cara de haber dicho algo muy importante y acto seguido se alejó al trote sin dignarse mirarla de nuevo.

Maple suspiró y se puso a buscar a otra cabra, a ser posible cuerda. Al fondo pacía la blanca con la oreja negra —Megära Shub-Niggurath—, la que les había ayudado a salvar la cerca. Miss Maple se puso al acecho junto a un avellano y esperó a que Megära se aproximara más a la cerca mientras comía.

Las sombras de las ovejas ya habían vuelto a aumentar de tamaño cuando Rebecca salió del castillo. Parecía muy enfadada. Pero que muy enfadada. Las ovejas intentaron permanecer en el prado decididas y discretas a un tiempo, y aun así la pastora no les hizo ni caso.

—En su día fue un manicomio —explicó a las ovejas mientras señalaba al castillo con una manopla azul—. Y para mí que sigue siéndolo. Van a ver lo que es bueno. Yo también puedo cambiar.

—Eso también podría habértelo dicho yo —se oyó decir en la caravana—. ¿Por qué no les preguntaste a las cartas?

Después la caravana guardó silencio un rato, y Rebecca también enmudeció y se paró a pensar.

Finalmente cogió el aparato de hablar.

El aparato empezó a graznar, y Rebecca graznó a su vez a la manera de los europeos, torpemente. Y —costaba creerlo— mientras graznaba se iba enfadando más y más. En un momento dado acobardó de tal modo al aparato que éste dejó de graznar y empezó a hablar.

—... No tenemos gente suficiente —crepitó.

—Me da lo mismo la gente que tengan —bufó Rebecca—. Escúcheme bien, *monsieur*, alguien ha estado en mi caravana.

El aparato crepitó con timidez.

—¿Sin permiso? —resopló Rebecca—. ¡Pues claro!

El aparato graznó.

—No —dijo ella—. No han robado nada. Vandalismo, ¿entiende? *Vandalisme*! Desde luego que no sé quién fue, eso debería decírmelo usted. Y desde luego que quiero presentar una denuncia. *Tout de*

suite!... No, no puedo ir a Mauriac —espetó—. No tengo coche. Tendrá que venir usted... *Quoi? Merde*!

—... negra —explicaba Maple a la blanca con la oreja negra—, y... no muy grande.

La cabra blanca con la oreja negra la escuchaba atentamente. Se restregaba los finos cuernos contra la cerca con aire pensativo. Sus orejas se movían como alas de mariposa.

—¿En el bosque, dices?

Maple asintió.

La cabra resopló en señal de complicidad.

—Un devaneo. El bosque está lleno. Las arañas los devanan a la luz de la luna cuando están saciadas.

—No —negó Maple—. Era una cabra de verdad.

—Eso es lo que tú crees, claro. Las arañas son listas.

—Era una cabra de verdad —porfió Miss Maple.

—Un devaneo —repitió la cabra—. Igual que la oveja peluda. No seguirás pensando que es real, ¿no? Nadie se libra sin que le toquen un pelo. ¡Nadie!

—Estoy segura de que es real —aseguró Miss Maple—. Está ahí... —De pronto enmudeció. Allí no había nadie. El carnero desconocido no había vuelto con ellas del bosque, y ni siquiera se habían dado cuenta.

—¿Qué sabes del peludo? —preguntó Miss Maple.

—Ah —dijo la cabra—. Murió hace años con las otras, pero se imagina que sigue vivo. Un caso típico de devaneo.

—¿Qué otras? —quiso saber Maple, pero la cabra ladeó la cabeza y sacudió enérgicamente la oreja negra.

—¿Ves eso? Más negro no encontrarás entre nosotras, oveja. Una vez existió una cabra negra, pero ya no está.

—¿Y el Garou? ¿También es un devaneo?

—¿El Garou? —A la cabra le brillaron los ojos—. Del Garou no sé nada.

—Pero ¡si fuiste tú quien lo mencionó! —baló Maple—. Antes de que nos adentráramos en el bosque. «Si os topáis con el Garou», dijiste.

La blanca con la oreja negra la miró con respeto.

—Para ser una oveja estás muy loca —observó—. Sigue así. Loca... bicoca... reoca. —Dio media vuelta y dejó plantada a Miss Maple.

Poco a poco Maple iba perdiendo la paciencia.

Una cabra gris muy vieja que andaba cerca se echó a reír de tal modo que el cuerpo entero le temblaba. Maple temió que la vieja se desplomara de tanto carcajearse y temblar.

—Cierto —decía la gris entre risas, y temblaba aún más.

¡Qué flaca estaba! Tal vez temblara de frío. La vieja volvió la cabeza hacia Maple y ésta vio que tenía los ojos blancos, blancos y vidriosos como la nieve. ¡Era la cabra ciega a la que se había enfrentado Sir Ritchfield!

—No pasa nada —repuso Maple en tono tranquilizador. La vieja le daba pena.

—No pasa nada —repitió, jadeante, la gris—. ¿No pasa nada? Pues claro que pasa. Madouc no es una cabra. Madouc está lo...

En ese preciso instante una cabra de un rojo vivo embistió a la vieja ciega con la cabeza. La vieja dejó de temblar y empezó a toser. Tosió y enmudeció. El viento silbaba.

Maple salió trotando para poner un buen trozo de prado entre ella y las cabras. El asunto no le gustaba. La vieja iba a decir «loca». Todas las cabras estaban locas, pero una cabra que considera loca a las otras o bien estaba extraordinariamente cuerda... o tan loca que Maple ni siquiera era capaz de imaginárselo. Sin embargo, ¿qué querría hacer una cabra cuerda con ellas en el bosque... y qué una completamente loca?

8

—«Y cuando él la vio, fue tal su sorpresa que todas las bolsas se le cayeron al suelo. "¡Dios mío!", resopló el fauno.» —Rebecca cerró el libro y sonrió—. ¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué os ha parecido?

—De verdad que no sé para qué lees estas chiquilladas —rezongó alguien desde la puerta.

—Es romántico —dijo Rebecca, y sonrió. Después se puso en pie y desapareció, risueña, en la caravana.

Las ovejas la miraron con cara inexpresiva. No sabían qué pensar de la nueva lectura. Antes, en Irlanda, su antiguo pastor George también les leía, novelas de Pamela, media novela policiaca y en una ocasión —por desgracia— un libro sobre enfermedades del ganado lanar, de modo que sabían un poco de literatura. Tenían claro que en los libros pasaban cosas que allí, en el prado, rara vez sucedían: aventuras y bailes y duelos con pistolas. Pero las cosas solían pasarles a las personas, y pasaban o bien dentro de casas o bien fuera.

En ese libro la cosa cambiaba.

Las cosas sucedían en un armario. En él había abrigos de pieles —abrigos con pelo, ¡menuda ridiculez!— y todo un bosque invernal. ¿Cómo demonios cabía el bosque en el armario? Y ahora, para colmo, había aparecido alguien que era mitad cabra. Un fauno. La idea las inquietaba. Nadie era sólo mitad cabra. ¡Nadie!

En ese libro había algo que no cuadraba.

Las ovejas miraron con renovado recelo su propio armario, el que se encontraba debajo del viejo roble. ¿Ocultaría también medias cabras? ¿O, peor aún, cabras enteras?

Se habían habituado a él enseguida, aunque nunca habían tenido un armario en el prado y menos uno tan grande, con tiradores dorados de latón que olían ligeramente mal. A fin de cuentas había otras cosas con las que sorprenderse: la profunda nieve, los experimentos de Zach cuando golpeteaba la pared de madera del establo, los terribles olores que despedían a veces el cubículo de mamá y siempre las cabras.

A las personas, por el contrario, el armario no las dejaba vivir. ¿Por qué estaba allí, y por qué había un sofá y una cómoda en el prado de las cabras? Las ovejas al menos sabían para qué había valido el sofá: tenía un interesante relleno de paja que las cabras habían devorado por completo, hasta el respaldo, a todas luces incomible.

Pero ¿y el armario y la cómoda? La cómoda venía a ser como el cordero del armario, eso estaba claro. Tenía las mismas patas torcidas y el mismo color y, en cierto modo, la misma forma. Pese a todo, estar separados no parecía importarles: la cómoda aguantaba estoicamente en el prado de las cabras y el armario bajo el roble, y por mucho que las ovejas lo observaran fijamente, éste no daba un solo paso hacia el cercado de las cabras. Las ovejas no veían claro el asunto, aunque pastaban como si tal cosa alrededor del armario y su secreto.

A Rebecca, por el contrario, le interesaba mucho la procedencia de aquel mueble, y a mamá lo que podría contener. A las ovejas, si acaso, les interesaba únicamente lo que había debajo de él: ¿hierba oculta, intacta?

Hasta el momento todas esas preguntas se habían quedado sin respuesta, y no hacía mucho mamá había intentado abrirlo con una horquilla larga y brillante. En vano.

—Iré a echar un vistazo —se ofreció Lane, y trotó decidido hacia el armario. Sus compañeras lo acompañaron.

Lane rodeó el armario una vez y otra para asegurarse. Estaba allí plantado y se dejaba hacer, grande, humedecido e inútil, con las patas torcidas y una gorrita de nieve. Era grande, pero no tan grande. Sin duda habrían cabido un par de ovejas, o algún que otro bípedo, pero desde luego no el roble, y menos aún un segundo o tercer árbol. ¿Cuántos árboles hacían falta para que un bosque fuera un bosque? Por lo menos cinco, dedujeron las ovejas. La cuestión quedó zanjada: el libro estaba loco.

De repente Maple dio la impresión de haber entendido algo, y las otras la miraron con envidia.

—Del armario —baló Maple—. Dijo que sale del armario.

—¿Quién? —preguntó Mopple—. ¿Qué?

—El desconocido. Lo que quiera que sea. Nada bueno, en cualquier caso.

Si se miraba más atentamente, el armario resultaba un tanto inquietante y muy extraño, una cosa salida de otro mundo.

—¿Te refieres al Garou? —preguntó Cloud en voz baja.

—No lo sé. —Maple pegó una oreja a la madera y aguzó el oído.

—¿Y? —inquirió Mopple, nervioso.

—Nada. Pero suena a hueco.

—¿Ahí dentro? —susurró Heide—. ¿Estás segura?

Maude asintió y confirmó:

—Ahí dentro. Exactamente.

Heide y Zora atisbaban a disgusto por la puerta entreabierta del granero. Hasta entonces la expedición había transcurrido sin incidentes. Se habían limitado a franquear tranquilamente el portón de la finca, a la clara y blanquecina luz del día, y habían paseado sus pálidas sombras por un laberinto de callejuelas. Un gato asustó a Heide, pero Heide asustó más aún al gato. Maude olfateó tres coches pequeños, una moto, un cortacésped y un neumático enorme. Pero ni rastro del coche especialmente grande que las había llevado hasta allí.

—Los coches no viven en casas —apuntó Heide.

—Éste sí —baló Maude al tiempo que levantaba su estupenda nariz, ofendida.

—¿Oís eso? —preguntó Zora de pronto.

Todas aguzaron el oído.

—Nada —repuso Heide al cabo de un rato.

—Exacto —corroboró Zora—. Nada. No ladra un solo perro. En ninguna parte. Hemos estado dando vueltas por todas partes, a nuestro antojo, y no ladra ni un perro.

—Así está bien —afirmó Maude.

—De acuerdo, está bien —convino Zora—, pero si aquí no hay perros...

—¿... de dónde salen los aullidos? —completó Heide.

Los tres miembros de la expedición se miraron. De pronto les parecía muy importante dar con el coche sin tardanza. Los aullidos con perros ya eran bastante malos, pero los aullidos sin perros no mejoraban las cosas.

Zora respiró hondo y, con la bella cornamenta por delante, se internó en la oscuridad del granero.

Se oyó un susurro.

—Venid —llamó Zora desde dentro—. No pasa nada.

Heide estornudó, desconcertada.

Maude sacudió la cabeza.

—Pero tú misma has dicho... —baló Heide.

—He dicho que ahí dentro hay un coche —respondió Maude—, no que tengamos que entrar. No quiero entrar ahí.

«Querer es poder», pensó Heide, y cerró los ojos, dio un salto bastante corderil hacia delante y abrió los ojos.

Maude volvía a estar a su lado.

—Pero si acabas de decir que no querías entrar —objetó Heide.

—Pues ahora quiero —replicó la otra, poniendo cara de turbación.

Por primera vez Heide entendió un poco el verdadero significado de querer es poder: no se trataba sólo de una misma, sino también de las demás. Todo estaba estrechamente relacionado, como los lomos de las ovejas en el establo. Si una quería, la otra también. Cualquiera podía verlo, y sin embargo representaba un gran secreto.

Heide echó un vistazo alrededor.

Por una serie de rendijas en la pared entraba una fría luz de invierno. La oscuridad no era excesiva, aunque sí a rayas. El polvoriento suelo era a rayas, al igual que las enormes cosechadoras que tenían delante y las sierras y las segadoras y los ganchos y las cadenas que colgaban del techo. A su lado Maude parecía un gran gato atigrado. ¿Y Zora? ¿Dónde estaba Zora? En el granero entró aire, y las cadenas que había sobre la cabeza de Heide tintinearon ligeramente.

—¿Zora? —baló Heide con un hilo de voz—. ¿Zora?

Maude se puso a olisquear.

—Ahí detrás —dijo, y salió trotando. Unas rayas se proyectaron sobre su lana.

Encontraron a Zora en un rincón del granero, justo delante del coche gigantesco. Parecía satisfecha.

—Ahora sólo nos queda convencerlo —afirmó.

—¡Naturalmente! —exclamó Maude aliviada.

—¡Sobrenaturalmente! —añadió Heide.

Las otras la miraron con perplejidad.

De pronto el hombre estaba delante de la caravana; ninguna de las ovejas lo había oído llegar. Quizá estaban demasiado ocupadas comiendo hierba para así olvidar al Garou, al corzo y, por si acaso, también el armario.

El hombre llamó y Rebecca abrió la puerta.

—*Bonjour* —saludó ésta al tiempo que se secaba las manos en un delantal.

Tess recordó sus labores de perro guardián y pastor y ladró sin mucho entusiasmo.

—Buenos días, mademoiselle —repuso el hombre. Era extraordinariamente alto y corpulento, llevaba un abrigo y unas botas marrones y tenía unos bigotes elegantemente ensortijados. En un abrir y cerrar de ojos se plantó en el escalón superior de la caravana y le entregó una tarjetita a Rebecca—. Permítame que me presente —añadió—. Soy Malonchot, policía.

A Rebecca se le iluminó el rostro avinagrado.

—De modo que ha venido —comentó—. Flock. Rebecca Flock.

El hombre asintió.

—Ésta es la caravana —informó Rebecca—. Y esa de ahí es mi madre. Aquí es donde pasó. No cierro con llave, así que no forzaron la puerta. Salí temprano, a eso de las ocho tal vez, me fui al bosque a buscar a una oveja. Y mi madre... se estaba duchando en la hostería del castillo.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Malonchot mientras sacaba una libreta.

—De nueve a doce —se oyó decir en la caravana.

—¿Tres horas? —inquirió Malonchot.

A las ovejas les gustaba que el hombre fuese breve. Era como un lago. Un lago en calma, muy en calma.

—Tres horas —confirmó Rebecca, tajante—. Y cuando volví (eran alrededor de las doce, creo), me di cuenta en el acto. Alguien había estado en la caravana y me había destrozado la ropa. Con unas tijeras o algo similar.

—¿Sólo la ropa? —quiso saber Malonchot.

—Sólo ropa roja —precisó Rebecca.

Malonchot levantó la cabeza.

—¿Toda? —inquirió.

—Toda menos una pañoleta que no encontraron. Estaba entre la ropa sucia. El rojo es mi color preferido. Ha sido algo... retorcido.

Las ovejas no acababan de entender por qué se ponía así Rebecca. Al fin y al cabo, también tenía un gorro marrón (muy bonito, incluso, que recordaba vagamente a una hogaza de pan) y jerséis y pantalones azules y verdes y el querido jersey de lana. Para

ser sinceras, a ellas nunca les había hecho gracia tanto rojo. Hacía cosquillas en los ojos y lo ponía a uno nervioso.

—¿Encontró a la oveja, mademoiselle?

—Sí. Enredada en un alambre. —Rebecca, enfadada, arrugó la frente.

—Y ¿encontró alguna cosa más?

—Más ovejas —respondió ella, y no pudo contener una risita.

Malonchot se pasó un dedo por el helado bigote que le cubría el labio superior.

—¿Recuerda dónde encontró a la oveja?

—No. Fue cuestión de suerte. —Rió de nuevo y dirigió una mirada cómplice a las ovejas—. En un claro, cerca del camino. No se puede imaginar usted la suerte que tuve.

—Yo creo que sí —dijo el policía, y sacó del bolsillo una tableta de chocolate con almendras que ofreció a Rebecca. Aquel tipo alto empezaba a granjearse las simpatías de las ovejas.

La pastora rehusó con la cabeza.

—Usted... usted no ha venido por lo de mi ropa, ¿verdad?

—No —admitió Malonchot—. Pero tal vez podamos... cómo se dice en su idioma, ¿matar dos pájaros de un tiro?

Rebecca palideció.

—¿Pretende decirme que el que maltrató de esa forma al corzo estuvo aquí?

Malonchot señaló hacia el interior de la caravana.

—¿Me permite? A estas alturas ya estará al corriente de cuál es la situación aquí, mademoiselle. Pasan cosas increíbles.

—No —repuso, y se hizo a un lado para que Malonchot entrase—. La verdad es que no.

La puerta de la caravana se cerró detrás de ambos.

Las ovejas se retiraron a la trasera del establo, ofendidas. A nadie se le había ocurrido ofrecerles chocolate a ellas. Y mientras Rebecca se lamentaba por la pérdida de su ropa roja, ellas realizaban valiosas labores detectivescas allí fuera, en la nieve.

—Ojalá pudiéramos preguntarle a la cabra. —Maple escarbaba en la nieve con impaciencia—. Tenemos que pensar en lo que nos contó en el bosque. ¿Os acordáis de lo que nos contó?

Mopple the Whale alzó orgulloso sus acaracolados cuernecillos. ¡Era el carnero memorioso! ¡Pues claro que se acordaba!

—El Garou es un lobo que se puede transformar en un hombre —empezó—. O un hombre que se puede transformar en un lobo. Según el caso.

Las ovejas trataron de imaginarlo. Nunca habían visto a un hombre transformarse en nada, ni siquiera en un caniche. El asunto se les antojaba un tanto rebuscado, y sin embargo...

—Para transformarse tiene que quitarse la ropa y untarse un ungüento. Sin el ungüento la cosa no funciona. Él se transforma, pero sus ojos no. Sus ojos siguen siendo ojos de lobo.

Tampoco eso resultaba precisamente prometedor. En rigor, los ojos de la mayor parte de las criaturas se parecían bastante. Los de Tess se parecían a los de mamá, y George incluso había dicho una vez que los ojos de ellas eran como los de un calamar que vivía en el fondo del mar. Las ovejas tenían claro que los ojos no serían de gran ayuda. ¿Y el olor? Allí había algunas personas que despedían un fuerte olor, como Yves y el cabrero y, a veces, también el jardinero. Pero ¿cómo olía exactamente un lobo?

—Caza corzos y personas y cabras y ovejas —prosiguió Mopple—. Lo caza todo.

Sin duda ésa era la parte menos agradable de la historia.

—No puede cruzar una corriente de agua... —Mopple miró al resto —. Yo sí puedo cruzar una corriente de agua —añadió con orgullo.

—Así es —confirmó Maple—. Eso tampoco nos ayuda. No podemos quedarnos sentadas junto al arroyo esperando a que alguien no lo cruce.

—Le tiene miedo a la plata... ¡y al agua bendita!

Ninguna de las dos había visto esa agua —¿sería un agua bonachona?—, pero la plata sí la conocían. Era clara, fría y brillante, relucía como el cielo en los días grises, crujía, reflejaba la luz y olía un poco a metal. Rebecca solía envolver los bocadillos en ella.

—Algo es algo. —Maple parecía satisfecha—. Buscaremos un trocito de plata y veremos quién le tiene miedo.

Al resto también le gustó la idea de ponerse a buscar un trozo de papel de plata que oliese a pan, quizá hasta dieran con uno que aún tuviera pan. Echaron a andar decididas hacia la caravana.

Por regla general Rebecca era muy cuidadosa con el papel de plata, pero no hacía mucho se le había escapado un trozo. Aleteando como una mariposa metálica, había permanecido un rato entre las ruedas de la caravana y al final había desaparecido bajo nieve y más nieve. Las ovejas comenzaron a excavar con decisión: una buena oportunidad para pastar un poco mientras investigaban.

Nieve, tierra húmeda, hierba de invierno, más nieve, piedras mojadas y frías, una colilla reblandecida, nada apetitosa, que debía de habérsele pasado por alto a Rebecca, una rama mohosa, más

hierba de invierno, hielo sucio, un corazón de manzana olvidado, una galleta pastosa.

Empezaban a cogerle gusto a las labores detectivescas.

Más nieve, mejor hierba y —justo junto a las ruedas de la caravana— metal. Pero no era el adecuado, sino un tornillo herrumbroso de la cicatriz de la rueda. Y, de repente, mantequilla. Sólo una pizca, más un recuerdo que otra cosa. Pero ahí estaba. Mopple siguió excavando hasta que oyó un crujido bajo la nariz. ¡Un pedazo de papel de plata en toda regla! Lo sacó con cuidado de la nieve.

¿Y ahora?

El cordero de invierno, que un tanto apartado del rebaño rondaba el viejo roble, se acercó a mirar presa de la curiosidad.

—¿Qué estáis haciendo? —quiso saber.

—Hum... —repuso Mopple, con el papel en la boca.

—Es plata —explicó Miss Maple.

—¿Por qué no se la come? —inquirió el cordero de invierno.

—Hum... —repitió Mopple.

—No sabe a nada —dijo Maple—. Pero sirve para luchar contra el Garou.

—Quizá debiéramos comer todas un trocito —propuso el cordero de invierno con valentía—. Aunque no sepa a nada.

—No —dijo Maple—. Lo dejaremos allí donde todo el mundo pueda verlo y después observaremos quién le tiene miedo.

—Nadie le tendrá miedo —vaticinó el cordero de invierno—. Ni siquiera los niños.

Sin embargo, se unió a las ovejas cuando éstas empezaron a buscar un buen sitio para dejar el papel. En cualquier caso, tenía

que ser no muy lejos de la cerca, donde lo viera la mayor cantidad de personas posible. En un sitio donde no se lo llevara el viento.

Con cierto esfuerzo consiguieron pinchar la plata en la rama de un avellano pelado, no muy lejos del portón de la finca y el cercado de las cabras. El papel flameaba y crepitaba con el viento, y las primeras cabras se acercaron con curiosidad.

—Atrevido —opinó la primera cabra, una con manchas marrones y blancas.

—Vanguardista —aseguró la segunda, rojiza y con cara de saber de qué hablaba.

—Sin pan —comentó la tercera.

—Sólo son imaginaciones nuestras —observó la cabra con un solo cuerno mientras cabeceaba.

Las ovejas no dijeron nada.

Se aproximaron más cabras.

—Qué aburrido —dijo una de la segunda fila.

—¡Queremos a Ritchfield! —gritó Megära Shub-Niggurath desde el sofá.

—¡Queremos a Ritchfield! —corearon las demás.

Por suerte, Sir Ritchfield se hallaba inmerso en una conversación con el comedero y no se enteró de nada. Las cabras siguieron llamándolo un rato y después empezaron a ordenarse por colores: primero Megära, después dos grises, las manchadas, las rojizas y finalmente las marrones.

—Tal vez todas ellas sean imaginaciones nuestras —se planteó Miss Maple.

El cabrero cruzó la finca con paso firme, sin dar muestra alguna de que el papel le inspirara temor. Las cabras se calmaron un poco,

pero, en cuanto él hubo desaparecido, volvieron a alinearse junto a la cerca y probaron a ver cuál conseguía sacar más la lengua. Todas podían sacarla bastante.

Al cabo, Cloud se hartó.

—Vuestro pastor apesta —les dijo a las cabras.

Las demás ovejas se quedaron de piedra. Nunca habían visto a Cloud empezar una pelea, pero desde la noche que pasó en el bosque se les antojaba algo más irascible y —apenas se atrevían a pensarlo— menos lanuda.

—¿Quién lo dice? —preguntó una cabra marrón.

—¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién teme al lobo? —cantaron las otras cabras.

Cloud se paró a pensar.

—Nuestra pastora —repuso por fin, esponjándose. No era verdad, pero quería impresionar a las cabras.

—¡Vuestra pastora! —se mofó la cabra—. Vuestra pastora no tiene olfato.

Eso era cierto.

—Sí que lo tiene —porfió Cloud.

—Y tampoco sabe hablar —apuntó la de manchas marrones y blancas.

Cloud la miró perpleja.

—Pues claro que sabe hablar, es vuestro pastor el que no sabe.

—Sí que sabe —replicó la manchada.

—¡No! —insistió Cloud.

—¡Sí! —baló la cabra.

—¡No!

Maple empezó a sopesar otro sitio donde colocar la plata contra el hombre lobo.

—¡Sí! —repitió la cabra.

—¡No! —afirmó Cloud.

—¡No! —exclamó la cabra.

Cloud calló, confuso.

—Ahora tú tienes que decir sí —explicó la cabra—. De lo contrario es aburrido.

Cloud siguió callado, pero de pronto Miss Maple parecía vivaracha y alerta de nuevo.

—¿Vosotras entendéis lo que dice el pastor?

—Claro —respondió la cabra.

—Y menudas cosas dice —puntualizó otra al tiempo que sacudía la cabeza con aire reprobador.

—¿Y también entendéis a las demás personas?

La cabra adelantó la barba caprina.

—Entendemos lo que dicen todos. Menos a vuestra pastora y a la cabra vieja, a ésas no las entendemos.

Las sombras de los troncos eran cada vez más alargadas, y de pronto el bosque se pobló de sonidos. Sonidos menores. El viento arrastraba hojas olvidadas. La nieve crujía. Los animalillos buscaban un lugar donde guarecerse. Los pájaros se posaban en las ramas haciendo un ruido que más se sentía que se oía, un balanceo seco, bronco, en el aire.

En la oscuridad de un abeto aguardaba una cabra pequeña, tan negra que sólo se le veían los ojos, unos ojos caprinos titilantes, un

tanto abombados.

Estaba hundida en la nieve.

Madouc tiritaba. Había seguido el rastro del Garou, subiendo y bajando pendientes, en línea recta y en zigzag, girando y revirando y serpenteando, sin ton ni son. Era evidente que el Garou estaba de buen humor. De no haber sabido cómo eran las cosas, lo habría tomado por una cabra traviesa. Pero lo sabía. Lo sabía perfectamente. En una ocasión, a orillas del arroyo, el Garou había estado a punto de escapársele. Madouc buscó arroyo arriba y luego arroyo abajo, y finalmente encontró de nuevo el rastro. El Garou era listo, pero no tanto como ella.

Al otro lado de los abetos se alzaba una vieja cabaña medio en ruinas. El rastro se adentraba en ella... y no volvía a salir. Había otros rastros, sí, pero ninguno era el del Garou.

Madouc olisqueó. Nada. Sólo un poco de madera helada.

Un zorro pasó por delante.

Madouc le dirigió una mirada hostil.

Después se atrevió a acercarse más a la cabaña, con cautela. La negrura que se veía al otro lado de la puerta entreabierta la atraía como un dulce y fatal susurro. Madouc se volvió. Detrás de ella, en el sitio que acababa de dejar, oculta entre las sombras que proyectaba el abeto, había una cabra pequeña y negra. Era la que siempre la seguía. La cabra que sólo ella veía. Se alegró de que estuviera allí.

—Ven —dijo antes de apoyar los puntiagudos cuernos en la puerta de la cabaña.

De pronto se hallaba dentro. Allí el aire era rancio y sofocante, y aún más frío. En el suelo había mucha leña. Y ratas muertas. No,

muertas no, ¡dormidas! Todo estaba destrozado a excepción de una mesa situada en mitad de la estancia. Debajo de la mesa había botas. Botas muy distintas. Sobre la mesa se veía algo. Madouc se subió a ella de un salto y aterrizó sobre una cosa blanda. Sorprendida, comprobó que se trataba de un saco medio abierto lleno de comida. Contenía pan y nabos. Lo que menos esperaba encontrarse allí era comida. Junto al saco había un vaso con unos polvos. Despedía un olor amargo, como a medicina.

Un susurro hizo que Madouc levantara la vista. La pequeña cabra negra la había seguido hasta allí y miraba la comida. Madouc se disponía a comer, pero la otra sacudió la cabeza en silencio. ¡No!

Madouc le dio una coz al vaso, que cayó al suelo y se hizo añicos con un sonido similar a un grito. Se levantó un polvo como nieve amarga, y Madouc contuvo la respiración cuanto pudo.

—Con esto debería bastar —observó cuando el polvo se hubo asentado. Se sentía mareada.

—Lo dudo mucho —contestó la pequeña cabra negra desde abajo.

—Ya lo verás —aseguró Madouc—. Ése era su ungüento. El ungüento del lobo.

—No era un ungüento —objetó la cabra.

—Eso no importa —contestó Madouc meneando el rabo con orgullo.

De pronto, en la parte de atrás de la cabaña descubrieron una abertura donde antes no la había, y en ella vieron algo... que las miraba.

SEGUNDA PARTE

Casos

9

Las sombras de las ovejas, incluida la de Mopple, se habían vuelto más largas y delgadas, y el ambiente era más sombrío. Incluso Miss Maple hubo de admitir que las pesquisas no eran precisamente fluidas. Nadie parecía tenerle miedo al papel de plata. Ni los dos visitantes de invierno, uno alto y el otro bajo, que habían salido juntos a dar uno de sus numerosos paseos, ni Eric, que como de costumbre se ocupaba de sus quesos de cabra en el torreón del castillo; ni siquiera la gorda Fronsac. El jardinero, su secreto candidato ideal, también había pasado andando por delante de la cerca sin mostrar ni pizca de miedo, arrastrando un pequeño abeto que acabó junto a los muros del castillo, en un montón con otros abetos.

Una nubecilla regordeta se deslizó ante el sol y las sombras se esfumaron.

—Mañana empieza la primavera —comentó Sir Ritchfield con un optimismo que las demás no compartían.

La puerta de la caravana se abrió con estrépito y Malonchot salió. Rebecca se asomó y desde el último escalón le tendió la gorra marrón. Estaba pálida.

—*Au revoir* —se despidió Rebecca.

El policía se puso la gorra.

—Téngales un poco de miedo a los espíritus, mademoiselle; por desgracia, es todo cuanto puedo decirle a estas alturas de la

investigación.

—*Au revoir* —repitió Rebecca.

Malonchot hizo una reverencia que resultó un tanto ridícula —quizá se debiera únicamente a su elevada estatura—, dio media vuelta y echó a andar hacia el castillo.

Mamá y Rebecca lo siguieron con la mirada.

—Más corzos iguales —musitó ésta—. Y posiblemente no sólo corzos, de lo contrario la policía no enviaría a un inspector, ¿no? Pero es cuanto parece dispuesto a decir.

—De modo que has estado sola en el bosque, ¿eh? —dijo mamá.

—No. —Rebecca sacudió la cabeza—. Sólo quería que dejara en paz a Zach. Seguro que están buscando a un loco. Algo así sólo pudo hacerlo un loco. Y cuando averigüen lo que Zach... Aunque tenga una coartada, probablemente lo encierren en otro sitio.

—¿Y si fue Zach? No volvisteis juntos, ¿no?

Rebecca suspiró.

—Nos encontramos a Yves. Bueno, en realidad no lo encontramos, más bien lo vimos de lejos, con un hacha al hombro. Y de repente Zach se empeñó en seguirlo. Para observarlo. Zach es así, no hay forma de disuadirlo. Se puso mi gorro para camuflarse y de pronto me vi sola en el bosque, sin gorro. Me enfadé un poco, la verdad.

—¿Y si fue él? —insistió mamá.

—Zach no ha sido, eso seguro. Zach lleva aquí una eternidad.

Mamá resopló con desdén.

—Quienquiera que lo hiciese —dijo—, lo más probable es que lleve aquí una eternidad. Ésta no es precisamente una zona donde los forasteros pasen inadvertidos. Y, ¿sabes qué?, si yo llevara aquí una eternidad también estaría loca. —Levantó los brazos con ademán

teatral y después consultó el pequeño y brillante reloj que llevaba en la muñeca—. ¿Ya es tan tarde? ¿Tan tarde? Es que me desespero.

Por regla general mamá sólo desesperaba a Rebecca. Las ovejas miraron con atención, pero mamá desapareció en el interior de la caravana haciendo ruido.

—Y ¿quieres que te diga otra cosa? —gritó desde allí—. Que ése no era policía.

—Bobadas —espetó Rebecca—. Tú y tus teorías.

Y cerró la puerta de la caravana.

Hasta ese momento las negociaciones no habían sido lo que se dice fructíferas. Habían probado con halagos, con súplicas, con amenazas, incluso con una pequeña coz en el parachoques, pero el imponente vehículo se obstinaba en guardar silencio.

—Lo que pasa es que no quiere —dijo Maude—. Huelo que no quiere. —Deseaba volver al prado.

Las ovejas no eran ingenuas. Sabían que los coches no estaban vivos del mismo modo que las ovejas, los perros o las personas. Pero a veces se movían y a veces no se movían. Algo debía de incitarlos a moverse, pero ¿qué?

A Heide le vino a la cabeza que querer era poder y se esponjó un poco.

—Qué demonios, sólo tenemos que prometerle las cosas adecuadas.

Las ovejas se miraron: ¿acaso unos nabos, forraje y la posibilidad de pernoctar en el establo no eran cosas adecuadas?

—Y podrás recorrer nuestro prado siempre que quieras —añadió Heide.

Zora y Maude pusieron cara de susto. Heide estaba yendo demasiado lejos.

Por suerte, el coche tampoco se mostró interesado.

—Qué raro —dijo Zora—. Yo creo que una excursión debería alegrarlo, ¿no? Tiene que aburrirse como una ostra, siempre solo en el granero.

—Seguro que se aburre —convino Maude, que también se aburría.

—Tal vez le gusten las historias —aventuró Heide.

Así que decidieron contarle una historia. Una historia protagonizada por coches. A las ovejas les gustaban las historias en que aparecían ovejas. Por desgracia, esto no era habitual; casi siempre las ovejas sólo ocupaban un segundo plano. Se imaginaban que a los coches les gustarían las historias de coches. Sólo que no sabían ninguna historia de coches. Pero quizá pudieran adaptar un poco alguna de las románticas historias de Pamela, aquellas que se contaban en los tiempos de George.

—En una finca lejana... —empezó Heide.

—En un granero —la corrigió Zora.

—En un granero lejano vivía una familia de coches pobre pero noble. Todos los coches eran bonitos, pero el más joven era el más bonito. Tenía... esto... tenía un color especialmente bonito...

—Blanco —sugirió Maude.

—... Y era indómito y amaba la libertad.

—Y le gustaba sacar de paseo a un rebaño de simpáticas ovejas —añadió Zora. La historia también debía ser un tanto pedagógica.

—Eso —baló Maude.

—Eso —dijo Heide.

Miraron el coche esperanzadas, pero si había captado la indirecta no se le notaba.

—El pequeño coche vivía feliz y contento hasta que un día un misterioso desconocido llegó al pueblo...

—Al granero —volvió a corregirla Zora.

De pronto mamá estaba otra vez en los escalones de la caravana, con una ropa oscura que ondeaba al viento y un cigarrillo en la mano. Y —no cabía duda— ahí estaba la buena cara. Y la buena mano. ¿O buenas manos? En cualquier caso, eran manos con las uñas de un rojo brillante. La buena cara de mamá resplandecía. Tenía las mejillas rojas y una boca roja y ancha y unos ojos perfilados de negro, como los de una oveja de la raza Kerry Hill que las ovejas habían conocido en Irlanda, en un concurso de ovejas. La oveja Kerry Hill resultó la ganadora.

El viento de frente le pegaba la ropa al cuerpo y por primera vez las ovejas comprobaron lo flaca que era su silueta bajo todas aquellas prendas anchas. Flaca y frágil. Después el viento sopló en otra dirección y mamá volvió a parecer grande e imponente. En la caravana, Rebecca tosió.

—Qué peste —dijo.

—Incienso —repuso mamá como si nada.

También las ovejas lo olían, incluso allí fuera, en el prado. Sin duda era uno de los misteriosos olores de mamá, como si ardiese algo. Algo de un país lejano.

—No lo soporto —se quejó Rebecca—. ¡En un espacio tan pequeño!

—Ya que lo mencionas —comentó mamá mientras lanzaba la colilla al prado sin que Rebecca la viera—. Mis clientes necesitan un poco de... bueno, de privacidad.

—Quieres que me vaya —contestó Rebecca—. Que abandone mi caravana.

—Tampoco es para tanto. Puedes dar un paseo mientras recibo a mis clientes. ¿No te gusta tanto pasear?

—Genial. Por aquí anda un asesino suelto y yo tengo que ir a dar un paseo, sola e indefensa, para que tú puedas dedicarte a tus supercherías —añadió, pero ya se había puesto el gorro-hogaza marrón y la pañoleta roja al cuello y llevaba un anorak verde en la mano—. De todas formas, tengo que ocuparme de las ovejas.

La gran boca roja de mamá se ensanchó en una sonrisa.

—Esas supercherías son la mejor forma de averiguar qué está pasando aquí. Porque en condiciones normales nadie habla con nosotras. Aquí hay un secreto y yo voy a... —Se interrumpió y miró hacia el castillo. Junto a la cancilla del prado había un hombre. Un hombre de espaldas anchas y cabello oscuro. Un hombre que llevaba la camisa abierta incluso en invierno, lo cual permitía atisbar un vello oscuro en el pecho. Yves.

—¿Ése? —bufó Rebecca—. ¿Tengo que aguantar que ése entre en mi caravana? Seguro que sólo quiere fisgar.

Mamá se encogió de hombros.

—Un cliente es un cliente. El destino no hace distinciones.

—El destino puede que no —repuso Rebecca—, pero yo sí.

Cogió el cubo de la comida y pasó sin mediar palabra por delante de Yves, que le dirigió una sonrisa dejando a la vista un montón de dientes. Después miró a mamá, que seguía en la puerta de la caravana fumando, la ropa ondeando al viento, y la sonrisa se esfumó. Por un instante dio la impresión de que tenía miedo. Después sonrió de nuevo, entró en la oscuridad de la caravana y la puerta se cerró.

—«Ven», dijo él. «El futuro nos espera.» Y se fueron juntos...

—Y rodaron —la corrigió Zora.

—... Rodaron juntos hacia el ocaso.

Zora, Maude y Heide miraron el gran coche expectantes. Tal vez la parte central fuera algo confusa, ya que nunca habían visto a un coche llevar a otro coche en sus fuertes brazos —¿brazos?—, y tampoco eran capaces de imaginar a un coche hembra disfrazado de coche macho. De hecho, ni siquiera eran capaces de imaginarse a una mujer disfrazada de hombre. «Eso se tiene que oler. ¡Eso se tiene que oler!», baló Maude la primera vez que George les contó la historia en los escalones de la caravana.

Pero lo cierto era que había sido una historia en toda regla, con prados verdes y relucientes carreteras asfaltadas y un duelo —«un accidente», según la adaptación de Zora— y mucho sol y, desde luego, ovejas en segundo plano.

Y de repente al coche se le iluminaron los ojos.

—¡Se apunta! —exclamó Heide, aliviada. Bien mirado, había sido una historia muy buena.

—¡Viene alguien! —baló Maude.

Las demás también lo oyeron: pasos en el granero. Unos pasos que se dirigían hacia ellas.

—Precisamente ahora —masculló Heide.

Se escondieron detrás del coche y vieron, por debajo de la barriga de éste, que dos botas de goma amarillas avanzaban entre las máquinas y al cabo se detenían ante el coche extragrande.

Y se quedaban paradas.

Y seguían paradas.

Por fin las botas se pusieron de nuevo en movimiento: ¡iban directas a ellas! Las ovejas buscaron otro sitio donde ocultarse. Detrás tenían la pared del granero, a la izquierda una gran sierra les cortaba el paso y por la derecha las botas estaban rodeando el enorme coche.

—Adentro —sugirió Zora al tiempo que saltaba hacia una paca de paja y de allí a un banco de herramientas y desde allí directamente a la trasera hueca del coche. Heide y Maude la siguieron. Dentro olía igual que la vez anterior, a nervios rancios y paja aún más rancia.

Se oyó un sonido metálico. Luego, silencio.

—Lana —dijo Heide.

Tenía razón. En un gancho de la pared del coche se había quedado prendido un mechón de lana blanca.

—¡Ritchfield! —baló Heide, y se puso a olfatear—. No: Willow. ¿O Maple? ¿Mopple, quizá?

Maude, la oveja con el mejor olfato del rebaño, hundió la nariz en la lana.

—¿Y bien? —la urgió Zora—. ¿De quién se trata? —Esperaba que la lana fuese de Mopple.

—No lo sé —reconoció Maude—. Nadie. Nadie a quien conozcamos.

El coche extragrande se estremeció y se puso en movimiento lentamente.

Rebecca había echado paladas de paja nueva en el establo y heno en el pesebre. También había vertido en el comedero una buena cantidad de forraje en toda regla y había revisado la cerca. Las ovejas miraban con nerviosismo. Sabían lo que vendría a continuación: el recuento. Rebecca averiguaría que faltaban Maude, Heide y Zora. Sin embargo, justo cuando estiraba el dedo para contar, la puerta de la caravana se abrió de nuevo y salió Yves. Rebecca esperó a que se hubiera ido del prado, relajó el dedo contador y echó a andar con naturalidad exagerada hacia la caravana.

—¿Té? —preguntó mamá.

Rebecca asintió.

—¿Y? ¿Te has enterado de algo?

Curiosas, las ovejas se acercaron.

Mamá encendió un cigarrillo.

—La verdad es que no lo he entendido del todo. Y probablemente él a mí tampoco.

—Eso podría habértelo dicho yo. ¿Ha pagado al menos?

—Bueno... es que no tiene dinero, va a pagar en... eh... en especie —contestó mamá y exhaló humo al aire—. Espera y verás.

En efecto: a los pocos minutos, Yves reapareció portando una caja pequeña pero aparentemente pesada. La dejó en uno de los

escalones de la caravana, miró a Rebecca y sonrió. Ella le devolvió una sonrisa glacial.

Las ovejas olisquearon para averiguar si la caja contenía algo comestible, pero sólo percibieron metal, plástico y un poco de cristal.

—¡Un televisor! —exclamó Rebecca, impresionada, cuando Yves se fue del prado por segunda vez—. ¿Es que le has vaticinado algo bueno?

—La verdad es que no. —Mamá puso cara de sentirse culpable—. Francamente, sus cartas eran bastante malas. No recuerdo haber visto unas tan malas en mi vida. Un gran cambio: eso fue lo mejor que me dijeron las cartas. Pero puede que él no lo haya entendido.

—No crees en nada de eso, ¿verdad? —inquirió Rebecca—. ¿En serio piensas que las cartas pueden predecir el futuro? No es posible...

Mamá daba caladas al cigarrillo.

—Si no creyera en ello, no sería buena. Y si creyera demasiado, tampoco. Es un término medio.

Las ovejas estaban confusas: lo de echar las cartas no parecía que se tratara de decir lo que había pasado, y desde luego tampoco de decir la verdad. Más bien se trataba de todo lo que podía pasar. Rebecca le había preguntado a la carta en que aparecían las carreteras: «¿Adónde?», y la carta más o menos le había dado una respuesta fiable. Mamá les preguntaba a sus cartas «¿Qué?», y las cartas respondían diciendo cosas. No cosas que habían pasado, sino cosas que pasarían. Las cartas de mamá eran una especie de carta de carreteras para el futuro.

—Ésas son las cartas que tienes que comerte —le susurró Cordelia a Mopple.

Éste asintió, consciente de su deber.

Después apareció la siguiente persona en la cerca del prado, expectante, y Rebecca, con la pañoleta ondeando al viento, se fue hacia el castillo, en cuya biblioteca leería un libro dando la espalda a las ovejas. Éstas lo habían descubierto hacía tiempo.

La siguiente persona fue el jardinero. ¡Precisamente el jardinero! Era el enemigo natural del rebaño: vigilaba el manzanar y las zarzamoras, los guisantes y la huerta, es decir, todo lo que sabía bien. Las cabras afirmaban que tenía una casa en que siempre era verano y donde al parecer cultivaba lechugas a escondidas.

Las ovejas lo observaron con desagrado mientras cruzaba el prado. Todo en él era blanquecino, y nada en él era claro. A las ovejas les parecía un nabo incomible y blancuzco, y siempre miraba demasiado al suelo. Se alegraron cuando finalmente desapareció dentro de la caravana con la buena cara de mamá.

Las ovejas intentaron relajarse. Othello se batió en un duelo de broma con Sir Ritchfield, Lane se afiló los cuernos en una estaca, Cloud se propuso querer y Mopple se puso a comer. El cordero de invierno empezó a probar nombres, Linton, Hannibal, Summerfield, pero ninguno le venía bien.

En un momento dado Hortense cruzó el portón con los dos niños. Hortense solía salir con ellos, aunque no eran hijos suyos.

Los niños jugaban en tierra de nadie, entre el portón de la finca y el prado. Primero jugaron al escondite y después, cuando empezaron a aburrirse, ya que entre el cercado y el portón sólo

había dos escondrijos posibles, un arbusto y un pozo, a ser Zach. Se pusieron a dar vueltas, a examinar el suelo y a hablarle a la muñeca.

Hortense tiritaba. Miró a un lado y otro, como si esperase a alguien.

Ni Hortense ni los niños le tenían miedo a la plata.

Los niños empezaron a lanzarse bolas de nieve. Resultaba un poco injusto, porque Jean era mucho mejor tirador. Luego el pequeño Jules encontró una piedra redonda y se la metió en el bolsillo.

Hortense, que continuaba tiritando, se apoyó contra la cerca y miró de soslayo hacia la caravana. Una sombra mayor y más oscura apareció en el portón de la finca y observó unos instantes cómo ella se estremecía. Era Malonchot.

Jules se aproximó a la cerca e intentó cogerle la mano a Hortense, pero ésta la movió como si espantara algo. De pronto Jules sacó la piedra del bolsillo y la lanzó hacia el prado de las ovejas. Le dio a Mopple en la ijada. Asustado, Mopple soltó un balido y se refugió detrás de la caravana. También Jules pareció asustarse.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Cloud.

—No lo sé —respondió Lane.

A juzgar por la cara de sorpresa de Jules, se veía que ni él mismo sabía por qué había arrojado la piedra. Las ovejas se apartaron del cercado, un tanto confusas. A Mopple empezó a dolerle un poco la ijada, y nadie en el mundo sabía por qué.

El mayor de los dos niños gritó y lanzó una bola de nieve, pero el más pequeño no imitó el grito, sino que siguió mirando a las ovejas atentamente y un poco asombrado. Luego se puso a cuatro patas, dio unas vueltas, escarbó en la nieve y arrancó unas briznas de hierba. A veces incluso balaba: poco y mal, de forma nada

profesional. A Jean pareció gustarle, ya que de pronto se puso también a cuatro patas y hundió la nariz en la nieve como su hermano menor.

—Creo que están pastando —dijo Cordelia en tono de aprobación.

Las ovejas miraron con simpatía a los niños. Siempre era bonito ver hacer cosas razonables a las personas. Bonito y poco habitual.

—¿Por qué no se comen la hierba? —quiso saber Mopple. Por lo visto, a los niños parecía escapárseles la parte más importante de pastar.

—Están aprendiendo —razonó Cordelia—. Hortense debería enseñarles a hacerlo bien.

Pero Hortense seguía allí plantada sin hacer nada, tiritando. Cuando Malonchot se apoyó en la cerca a su lado, ella se sobresaltó. Él volvió a hacer una de sus breves y ridículas reverencias y empezó a graznar. Ella también graznó.

—¿De qué estarán hablando? —preguntó Ramses.

—Necesitamos a una cabra —dijo Maple, agitada—. Ahora mismo.

Mopple se negó a acompañarlas, pero Sir Ritchfield y el cordero de invierno volvieron con Maple a la cerca de las cabras.

La marrón desgreñada, la manchada y una joven cabra gris las miraron con curiosidad.

Maple respiró hondo.

—Seguro que quieren algo —le dijo la manchada a la marrón.

La marrón asintió con gravedad.

—¿Entendéis lo que dicen las personas de la cerca? —inquirió Maple.

—Claro —balaron a coro las tres cabras.

—¿Y bien? —preguntó el cordero de invierno—. ¿Qué dicen?

—Desde aquí no lo oímos —contestó la cabra marrón—. Están demasiado lejos.

Maple escarbó en la nieve con impaciencia.

—Necesito saber qué dicen —dijo finalmente.

Las cabras se dirigieron sendas miradas significativas, sacudieron la cabeza y pusieron barba larga.

—Lo haré yo —se ofreció de repente la joven cabra gris, y salvó deprisa la cerca.

—Está loca —musitó la manchada, y la marrón asintió en señal de conformidad.

Maple, el cordero de invierno y la cabra gris cruzaron ágilmente el prado en dirección a las dos personas. Ritchfield se quedó junto a la cerca, dirigiendo cumplidos a las cabras. Éstas se reían.

—Me llamo Amaltée —se presentó la joven cabra gris mientras trotaba—. ¿Y tú?

El cordero de invierno no dijo nada.

—¿Y bien? —preguntó Maple cuando se vieron a tiro de piedra de Malonchot.

Amaltée ladeó la cabeza y aguzó el oído.

—Él dice que ella huele como una manzana de otoño a mediodía, caliente y madura, y que lo vuelve loco... Ella dice que desea su poderoso cuerno, que su lomo es sólo para él... Él dice que ganará todos los duelos por ella... Ella no quiere esperar, lo desea ahora mismo, en la pocilga.

—¿De verdad? —preguntó fascinado el cordero de invierno. ¿En invierno? Lo cierto era que los dos no parecían especialmente

dispuestos a aparearse.

—No. —Amaltée dejó caer el belfo inferior—. En realidad han estado hablando del tiempo, de que seguirá nevando. Eso hasta la gallina más tonta lo sabe. Menudos plastas.

—Si no dices lo que dicen... —la interrumpió Maple, enfadada.

—Digo lo que deberían decir. Licencia poética.

A Maple no le apetecía preguntar qué era eso de la licencia poética. Seguro que alguna locura caprina. El cordero de invierno tampoco sabía qué era la licencia poética, pero de pronto estaba ebrio de dicha. La licencia poética era importante. Algo así como un sitio. Un sitio donde las cosas que había eran como querían y debían ser. Nombres, por ejemplo. Y las cabras sabían dónde estaba.

—Ahora hablan del pastor —continuó Amaltée—. Dicen que no hablará con la policía. Que después de lo que ha sufrido ya no es el que era.

Las ovejas sabían qué era lo que sufría el cabrero, día tras día: cabras. No era de extrañar que no dijese esta boca es mía.

Amaltée ladeó la cabeza.

—Pero si ya no es el que era... entonces ¿quién es?... —Y prosiguió con su traducción—: Él quiere saber dónde duerme ella... En el castillo, responde ella... Adónde da su ventana, pregunta él. —Soltó una risita—. Nunca he visto una ventana que dé nada. —De pronto pareció abstraída.

—Sigue —la apremió Miss Maple, nerviosa.

—Su ventana da al prado —continuó la cabra—. ¿A vuestro prado da una ventana? Al nuestro no. ¡Está mintiendo!... Él le pregunta si ha visto algo raro en el prado por esa ventana... Ella no dice nada. Él tampoco. Ella sigue sin decir nada.

—Ya, ya —intervino Miss Maple—. Eso también lo oímos nosotras.

—Yo no lo oigo —afirmó la cabra.

Al cabo Hortense dijo algo en voz muy baja.

—Dice que últimamente no —prosiguió la cabra—. Antes sí.

Hortense siguió hablando, deprisa y en voz queda.

—Hace dos inviernos... —La cabra enmudeció.

—¿Sí? —inquirió Miss Maple con impaciencia.

—Nada —respondió la cabra—. Nada de nada.

—¡Pero están hablando! —baló Maple.

—Yo no oigo nada —musitó Amaltée, y salió trotando hacia el cercado de las cabras.

Hortense hizo un gesto amplio que abarcaba el prado de las ovejas y se estremeció y habló y habló, hasta que Jules, que había renunciado hacía tiempo a sus pobres tentativas de pastar, se acercó nuevamente a ella y le tendió una rama con un pequeño carámbano transparente. Hortense dejó de hablar, se agachó y abrazó a Jules.

La gorda Fronsac salió por el portón de la finca y se quedó esperando a cierta distancia hasta que Malonchot se hubo despedido de Hortense. Después ambas mujeres se dirigieron a la caravana sin pronunciar palabra. Las ovejas supusieron que Hortense era algo así como la cabra traductora de la señora Fronsac. De lo que se deducía que aquello era importante para la señora Fronsac.

Cuando mamá abrió la puerta para dejar salir al jardinero y entrar a Hortense y la Morsa, de la caravana no surgieron solamente aromáticas nubes de humo. Las ovejas también vieron una cosa de papel que revoloteó un instante en el aire y después se quedó pegada en la fría nieve.

La curiosidad hizo que se pusieran en movimiento. A diferencia de la carta de las carreteras, ésa no tenía dibujos. Era más pequeña, más dura y más brillante, y en ella se veía una imagen.

—Una persona que se cae de un árbol —explicó con aplomo Sir Ritchfield, que seguía siendo el que mejor vista tenía del rebaño, de eso no cabía duda.

Acto seguido la carta desapareció entre los dientes de Mopple, que, consciente de su deber, mascó y tragó y, por si acaso, mascó de nuevo.

Las ovejas estaban impacientes por saber qué sucedería a continuación.

10

El zorro iba tras ella. Había crecido tanto que podía mirarla bajando la cabeza, y sus ojos emitían un intermitente brillo verde por el bosque. A veces iba a cuatro patas, a veces a dos, y siempre tras ella.

Madouc cambió de dirección repentinamente. El zorro pasó sin más entre los árboles. Acababa de comerse a su cabritilla espíritu —¡otra vez!—, luego se zampó su sombra, y ahora se la comería a ella.

Madouc sabía que en aquello había algo que no encajaba. Nunca había visto unos troncos de árbol que se doblaran como hierba e intentaran atraparla con unos dedos cubiertos de ramas. Quizá se hubiera vuelto loca definitivamente, pero quizá la culpa fuera del polvo lobuno que se le había metido en la nariz en la cabaña.

Por otra parte... por otra parte no cabía duda de que alguien la seguía.

Aminoró la marcha y dio un traspié. Delante de ella el suelo se onduló como un charco nervioso. Volvió la vista atrás un instante y divisó manos y el resplandor de un cuchillo y algo rojo, pero no el rojo del zorro. En el bosque reinaba un silencio absoluto.

De repente oyó algo. Un bramido y el sonido de un cencerro. El bramido estaba bien. Madouc sacó fuerzas de flaqueza y se sacudió la niebla de la cabeza. El suelo volvió a alisarse y ella salió a galope.

Llegó a la carretera justo cuando pasaba un vehículo grande. El portón trasero acababa de abrirse e iba arrastrando ruidosamente

por el suelo, enlenteciendo la marcha del coche.

Entonces Madouc tuvo una idea. Una idea alocada que se le antojó agradable. Salió en pos del coche todo lo deprisa que fue capaz.

—Es por el frío —dijo Sir Ritchfield—. El frío es malo para la cabeza.

—Falta de comida —opinó con un suspiro Mopple the Whale—. La falta de comida puede volverlo loco a uno.

—La culpa la tienen las cabras —resolvió Cloud.

Soplaba un viento frío, los pájaros permanecían posados en las ramas, gordos y altivos, y todas las cosas arrojaban sombras largas y estrechas. Las ovejas se habían reunido bajo el viejo roble y miraban fijamente el ramaje, escandalizadas.

—Baja —pedían—. Las ovejas no se suben a los árboles.

«De eso se trata —pensó el cordero de invierno—. Si trepo a un árbol dejaré de ser una oveja.»

En efecto, quería dejar de ser una oveja. Así que siguió trepando por el tronco del viejo roble, afirmando las pezuñas con cuidado.

A decir verdad no era muy difícil. El tronco, que estaba ladeado, casi horizontal, constituía un sendero cómodo y ancho que ascendía hacia el cielo. Cualquier oveja resuelta habría podido subir un poco.

Pero las ovejas no se suben a los árboles.

Las cabras sí. Cuando el cordero de invierno fuera mayor, quería ser una cabra. «Tú nunca serás mayor», le habían advertido las otras ovejas, y a decir verdad el cordero de invierno era más pequeño y paticorto que el resto. Sus cuernecillos eran minúsculos y puntiagudos, y seguía sin tener nombre.

—Vuelve —dijeron desde abajo. Para entonces ya desde bastante abajo.

El cordero de invierno hizo caso omiso. La licencia poética era un sitio caprino.

El tronco del viejo roble se volvía más angosto y empinado, más torcido e inclinado. Abajo se extendía el prado, blanco y llano, detrás el bosque, oscuro y agitado como el mar. ¿Había peces en el bosque? Por encima de su cabeza, en una rama muy delgada, una ardilla roja lo miraba con cara de asombro. El cordero de invierno vaciló. Y ahora ¿qué? Tal vez hubiera dejado de ser una oveja, pero desde luego no era una ardilla. A unos pasos de distancia el tronco se dividía, y en la bifurcación crecía una ramita. Una ramita con yemas pequeñas y rojizas.

El cordero de invierno avanzó torpemente. Un paso. Y otro. La ardilla escapó a una rama más alta. Un paso. El tronco tembló. Dos, tres. El cordero estiró el pescuezo y le hincó los dientes a la rama.

—Está comiendo algo —balaron desde abajo.

Él mascaba con fruición el verano que se avecinaba, adormecido en las yemas, dulce y amargo a la vez. Mascaba y mascaba.

Había superado el invierno.

«Heathcliff —pensó—. Me llamo Heathcliff.» De lo más satisfecho, soltó un balido triunfal que atravesó el prado y llegó al castillo, al bosque incluso.

Después se quedó callado y miró la espesura con los ojos muy abiertos.

Miró y miró.

Una ráfaga de viento sacudió las ramas del roble. Sobre las ovejas cayó nieve y hojarasca. El cordero de invierno también cayó, pero no

como una hoja sino más bien como una piedra: atravesó el ramaje seco y aterrizó con estrépito en el suelo helado.

Las ovejas enmudecieron, horrorizadas. La ardilla roja, en lo alto de las ramas, hizo un ruidito.

El cordero de invierno se quedó quieto. Tenía un aspecto extraño. Más que una oveja semejaba un montón de lana greñuda y deshilachada.

Al cabo de un momento se movió, con cuidado, primero las patas traseras, luego las delanteras, hasta que volvió a ponerse en pie, temblando, tan pequeño y desgarbado como siempre.

Las demás ovejas se tranquilizaron. Las ovejas no trepan a los árboles y, si lo hacen, se caen. Ya lo habían prevenido.

Sólo Miss Maple se acercó con curiosidad al cordero de invierno.

—Has visto algo, ¿verdad? Has visto algo en el bosque.

—A una persona —repuso Heathcliff—. A una persona subida a los árboles.

—¡Es Madouc! —baló Heide de pronto.

Las ovejas miraban desde el coche la carretera, que se deslizaba debajo de ellas a una velocidad de vértigo. No cabía duda: allí, pequeña, negra y decidida, venía Madouc. A galope tendido.

Ya se habían acostumbrado un tanto a ir en coche. Mientras no pensaran en lo que se acercaba por delante ni en lo que quedaba atrás, y desde luego tampoco en el rebaño, que en algún lugar lejano pastaba sin saber nada, la cosa no era tan mala. Con algo de fantasía podían imaginar que estaban en un rincón especialmente oscuro y aireado del establo. Luego el portón del coche se abrió y el

arrastre y el cencerreo truncó las ilusiones de hallarse en un establo. A cambio el coche empezó a ir más despacio.

Y ahora Madouc corría tras ellas.

—Creo que quiere subir —dijo Heide.

Madouc pugnaba por acercarse al coche, echando espumarajos por la boca, con un brillo demencial en los ojos. Pronto estuvo tan cerca que Maude pudo olerla incluso con el viento en contra.

Era emocionante.

—¡Salta! —exclamaron las ovejas—. ¡Salta, Madouc!

La cabra saltó, y como en ese momento el vehículo fue más despacio aún, de repente se vio en la caja junto a las ovejas, con cara de cierta sorpresa.

En el bosque se oyó un chasquido.

Zora miró a Madouc, que estaba en la paja, a su lado, con las patas temblorosas.

—¿Ha sido el Garou? —preguntó.

Madouc no respondió. Miraba galopar tras ellas por la nieve su negra cabritilla espíritu —el zorro debía de haberla escupido en un momento dado—, que finalmente se salvaba también subiéndose a la trasera del coche con un salto demencial.

—Ha sido el zorro —contestó al cabo, y se estremeció.

Cuando la tarde ya empezaba a volverse gris y deslustrada, Rebecca regresó del castillo y miró la ventanilla de la caravana, que despedía una luz misteriosa.

—Que le den —masculló enfadada.

Subió la pendiente hacia la linde del bosque y se sacó el aparato de hablar. Allí, junto al cercado, donde un bonito arbusto extendía los dedos hacia el prado, se encontraba el mejor sitio para que el aparato hablara.

Las ovejas la siguieron con curiosidad, pero Rebecca volvía a graznar en europeo.

«*Bon yugo*», graznó, y «*Vitiriner*».

A las ovejas no les hizo ni pizca de gracia. ¿Un yugo a esas alturas? Y *vitiriner* tampoco les gustó mucho, aunque no sabían por qué.

Rebecca graznaba y graznaba.

—¡Comida! —baló Mopple a modo de prueba.

Pronto todas las ovejas balaban pidiendo comida.

Rebecca levantó un instante la vista del aparato.

—El veterinario está enfermo —les explicó a las ovejas—. Lo que me faltaba.

Las ovejas procuraron ocultar su súbita alegría. Mopple puso cara de manzano y Cordelia soltó unas coces.

Rebecca escuchaba de nuevo el aparato de hablar.

—Estoy intentando encontrar a otro —les susurró a las ovejas—. Tenemos que irnos de aquí. Y necesitamos que el veterinario nos encuentre un sitio nuevo.

El buen ambiente se esfumó.

—No queremos un veterinario nuevo —se quejó Ramses.

—¡No queremos un veterinario nuevo! —coreó el resto del rebaño con vehemencia. Una y otra vez.

Entretanto, Rebecca había empezado a hablar como era debido con el aparato, y lo llamaba Franca. El aparato a veces se llamaba

Franca y a veces Mark o madame o monsieur. A veces mister Spike. Para el gusto de las ovejas, Rebecca hablaba demasiado con el aparato.

Otra vez los trapos rojos, mamá, las cartas y la patraña. Las ovejas no oían bien.

—No queremos un veterinario —balaron de nuevo.

A veces Rebecca las entendía cuando balaban lo bastante alto.

Cloud fue la primera en dejar de balar: en el aire flotaba algo. Se puso a olfatear; el prado olía a prado, a tierra debajo de hierba debajo de nieve, a vastedad y viento.

Las cabras olían a cabra... por desgracia.

—Vamos, hombre —le dijo Rebecca al aparato—. Quieren librarse de mí. No me soportan. Tendrías que haberlos visto cuando descargué a las ovejas: como si hubiera traído un camión lleno de fantasmas. ¿Por qué? Eso me gustaría saber a mí.

El castillo olía a castillo, a piedra y humo, provisiones secretas, moho en las profundidades. El bosque olía a bosque.

—Pero el establo estaba vacío desde hacía años... Un establo perfecto.

¿El bosque olía a bosque? No del todo.

El bosque olía a bosque con algo dentro. A bosque y una mata de espliego. La mata de espliego avanzaba entre los troncos en dirección a ellas.

—Pues claro que antes tenían ovejas.

Cloud, la oveja que mejor ejemplificaba el lema de que querer es poder, tenía suficiente sensatez para no temer a una mata de espliego, pero algo allí no cuadraba. No era la época del espliego, y menos aún la del espliego errante. Las demás ovejas callaron

también. Espliego y especias, menta, piel y cabello. Botas de cuero. Y... pelo.

Uno de los guantes de lana de Rebecca cayó a la nieve. Ella estaba tan absorta en el aparato de hablar que ni siquiera lo advirtió.

—... Como si esto fuese una especie de paraíso de las ovejas. Tendría que haberme dado cuenta de que algo no casaba. Me refiero a que la tipa fue tan simpática y tan amable, la muy viborona. Y ahora casi ni me habla, y los demás se quejan. Que si las ovejas apestan. Que si las ovejas balan demasiado. Que tienen que irse. Menuda tontería. Aquí hay cabras, ésas sí que apestan, pero a nadie le molesta, claro...

Crujido de nieve. El chasquido de una rama. Rebecca se apoyó contra la cerca, de espaldas al bosque, escuchando el aparato.

—¿El propietario del castillo? A ése le importa todo una... bueno, ya sabes.

Una figura oscura había surgido entre los árboles. Un ser peludo que avanzaba despacio hacia Rebecca, que seguía de espaldas a él. Despacio, cojeando un poco. Las ovejas miraban embobadas. Ninguna pensaba en escapar.

—Me da igual que tenga buena facha. Abrigo y corbata. Lo más probable es que sin corbata ni lo reconociera.

Una mano enfundada en un guante negro se apoyó en el tronco de la hermosa haya. Un brazo peludo se extendió despacio hacia la nuca de Rebecca.

—Ya lo he hecho. No estaba. Casi nunca está.

El brazo parecía alargarse y afinarse, como una rama creciendo vertiginosamente. Las ovejas contuvieron la respiración. La mano

llegó al hombro de Rebecca y le dio un golpecito.

Rebecca soltó un grito y dejó caer el aparato de hablar.

—*Pardon, mademoiselle* —se disculpó el Arrendajo. A continuación saltó la cerca, no con demasiada elegancia, pero tampoco con torpeza.

Las ovejas lo miraban sin dar crédito: el Arrendajo llevaba uno de los legendarios abrigos de pieles del libro. Era la cosa más rara que habían visto en su vida. Tenía la forma de un abrigo, con solapas y botones y mangas, pero era peludo como un animal.

Rebecca clavó la vista en el Arrendajo y después se agachó para coger el aparato, pero el Arrendajo fue más rápido y se le adelantó. Y el guante. El aparato de hablar crepitaba agitado. «... Ekka —decía —, Ekka... te pa... al?» El guante no decía nada.

—*Pardon* —repitió el Arrendajo—. En realidad sólo quería pedirle que no vuelva a asustar a mi gente.

Rebecca respiró hondo.

—Es su gente la que me asusta a mí —repuso—. Y usted también.

Le quitó de la mano el aparato, que balaba como un poseso.

—No pasa nada, Franca —dijo—. Ahora no.

El aparato enmudeció obediente.

—Lo siento —se disculpó el Arrendajo—. Pero tiene que entenderlo: nosotros dos, usted y yo, somos personas instruidas, personas del siglo veinte. Mi gente, en cambio... —Hizo una pausa y se puso a juguetear con una cosa pequeña y brillante—. Este sitio tiene muchos años. Es un sitio solitario. Un sitio con historia. Nada de lo que usted diga cambiará nada. Se lo ruego, tenga en cuenta las supersticiones de estas gentes. A veces se comportan como niños, pero no lo hacen con mala intención.

—¿Supersticiones? —respondió Rebecca—. Yo lo llamaría vandalismo.

El Arrendajo se acercó deprisa a Rebecca y por un instante dio la impresión de que se abalanzaría sobre ella. Pero sólo le cogió la mano y le entregó algo plateado.

—Ah —dijo Rebecca.

—Mi tarjeta. Si vuelve a tener algún problema, no hable con el personal. Llámeme a mí. A la hora que sea. Lo digo en serio. Usted es mi invitada y quiero que se sienta a gusto.

Rebecca soltó una risita nerviosa.

—Nunca había visto una tarjeta así. Por un momento pensé que me estaba dando un amuleto o algo por el estilo. Contra los malos espíritus. —Miró la cartulina—. *Chirurgie esthétique*?

—Es mi carta de presentación y a la vez un espejo —explicó el Arrendajo—. A mis clientes les gusta. *Au revoir*.

—¿Cree usted que habrá más problemas?

—*Au revoir, mademoiselle*.

—Rebecca —dijo Rebecca.

—Maurice.

El Arrendajo hizo una reverencia y después dio media vuelta y cruzó el prado en dirección al castillo. Pasó entre las ovejas sin asustar a ninguna. Con tiento. Despacio. Con una leve cojera que hacía que el rebaño se sintiera seguro en su presencia.

«Como un encantador de serpientes», pensó Othello, que conocía el mundo, el zoo y el circo. El encantador de serpientes del zoo no encantaba sólo serpientes enormes, gordas y heladas, sino también cocodrilos. Se paseaba entre sus fauces abiertas y nunca a ninguno se le ocurrió intentar cogerlo, tal era la cautela con que se movía el

encantador de serpientes. Era la cautela del cazador. Lo contrario del miedo.

En ese momento se abrió la puerta de la caravana y Tess salió disparada. Primero rodeó la caravana olisqueando y se rascó una oreja como una loca; después descubrió al Arrendajo, en medio del prado, y echó a correr hacia él gruñendo no con excesivo entusiasmo, sino por obligación.

El Arrendajo se detuvo y levantó despacio las peludas mangas. De repente ya no olía a espliego, sino a miedo.

Tess, entusiasmada con su éxito, se puso a saltar alrededor de él dando ladridos triunfales hasta que Rebecca la llamó con un silbido.

El Arrendajo bajó los brazos, pero seguía sin moverse del sitio.

—Veo que le dan miedo los perros —observó Rebecca, que se había acercado corriendo.

El Arrendajo rió con nerviosismo.

—Mi padre tenía perros. Unos monstruos. Si los hubiera visto, usted también los temería.

—Por eso aquí no hay perros —dedujo Rebecca.

—¿Le importaría llevárselo? —pidió el Arrendajo.

—Llevársela —lo corrigió Rebecca—. Es hembra. —Cogió a Tess por el collar y la llevó de regreso a la caravana.

El Arrendajo se fue corriendo. Ya no parecía un encantador de serpientes, sino más bien un roedor asustado.

—De modo que existen —musitó Cordelia—. Los abrigos de pieles.

Las ovejas se estremecieron. Tal vez la historia del armario tuviera su miga.

Oscureció deprisa. Las nubes cubrían la luna y las ovejas ya no veían sus sombras.

Rebecca entró en la caravana y la señora Fronsac salió y echó a andar hacia el castillo arrastrando los pies, con la mirada gacha.

Pero ¿qué había sido de Hortense?

La ventana de la caravana se abrió y Miss Maple se acercó a curiosear. Por la ventana salía un olor indescriptible. A incienso, perfume de violetas y tristeza de la señora Fronsac.

—¿Té? —preguntó Rebecca en el interior de la caravana.

Se oyó un ruido metálico y el borbotar de un líquido.

—*Merci* —respondió Hortense, y guardó silencio. Probablemente bebiera.

—¿Y ahora? —inquirió Rebecca al cabo de un rato.

—Quiere contarnos algo —dijo mamá.

—Porque si no nadie se lo contará —afirmó Hortense.

—Muy bien —convino Rebecca.

Hortense cogió aire, tanto que hasta se pudo oír fuera de la caravana.

—Becca, el corzo que encontraste... A menudo aparecen corzos así. Desde hace años. Siempre en invierno. Siempre en la nieve.

—¿Tienes frío? —preguntó Rebecca.

Hortense no dijo ni mu, pese a lo cual Rebecca cerró la ventana.

Miss Maple suspiró y a continuación pegó la testuz a la pared de madera de la caravana. De ese modo podía oír lo que decían dentro aun con la ventana cerrada. La pared estaba fría. Fría como el hielo.

—... Siempre corzos —estaba diciendo Hortense—, y a veces una liebre y en una ocasión un jabalí. El jabalí le dio miedo a todo el mundo. Es un animal tan grande y fuerte, y aun así... Pero la gente se ha acostumbrado. Y... antes aquí había ovejas, ¿sabes? Hace tres años aún las había. Unas bonitas ovejas.

—¿Y después? —susurró Rebecca.

—Y después, un buen día desaparecieron. El rebaño entero fue aniquilado en una noche. Como los corzos. Todas, aquí, en el prado. *Mon Dieu*, Becca, cuando desperté y me asomé a la ventana por la mañana... *Mon Dieu*! Y nadie oyó ni vio nada. *Personne*! Hoy se lo conté al inspector y pensé que era importante para ti y que tenía que contártelo. Tenía que hacerlo, diga lo que diga Plin... —Hortense calló.

Rebecca no pronunció palabra.

Maple tiritaba, todavía con la fría testuz contra la caravana. ¡Ovejas! Muertas y bien muertas, como los corzos.

—Y no sólo ovejas, ¿no es así? —preguntó Rebecca al cabo de un rato.

—¿Qué? —Hortense dio un respingo.

—También personas, ¿no? —insistió Rebecca—. Zach hizo alusión a algo así.

Hortense soltó una risa irónica.

—¿Cómo puedes creer lo que dice Zach? Está loco.

—Quizá, pero no creo que se invente cosas porque sí. Creo que, a su manera, es bastante listo. ¿Sabías que todo el inglés que sabe lo ha aprendido viendo películas?

—Películas de espías —espetó Hortense con desdén.

—Ha habido personas, ¿no? —terció mamá con voz más grave. Su buena voz, supuso Miss Maple.

—Tres —admitió Hortense en tono bajo.

Maple apretó más la frente contra la madera.

—Primero *un petit garçon*, un niño, en el bosque. Luego vino la policía, claro. No encontraron nada, *rien*! Más tarde fueron una

madre y su hija. No estaban en el bosque. A ellas vino a buscarlas.

—¿Quién? —inquirió Rebecca—. ¿Alguien de aquí?

Hortense no respondió.

—No —dijo por fin, demasiado tarde y con voz demasiado aguda —. De aquí no... de... un pueblo vecino.

—¿Y después? —quiso saber Rebecca.

—La policía no encontró nada. Y después... no pasó nada más. Durante dos años. Ni siquiera un corzo. Y ahora... ahora has encontrado un corzo, y la gente está a la espera. *Voilà*!

—¿No pasó nada durante dos años? —musitó Rebecca—. Qué raro.

—No tanto —arguyó Hortense—. Dos años sin nieve. Siempre pasa cuando hay nieve.

—Pero ahora ha nevado. Y vuelve a haber ovejas. Y un corzo muerto. No me extraña que la policía viniera tan deprisa. ¿Más té?

Un líquido borbotó.

Hortense exhaló un suspiro.

—No encontrarán nada, Becca. Nunca encuentran nada.

—Entonces ¿por qué me invitó? —susurró Rebecca—. Me gustaría saber por qué me invitó.

—¿Plin? —Hortense rió con suavidad—. Es una persona fría, sólo le interesa el dinero.

—Pero conmigo y con mis ovejas no gana lo que se dice una fortuna.

—Es la administradora. El patrón tiene deudas, todo el mundo lo sabe. Hasta Eric ha de pagar alquiler por un par de habitaciones desiertas en el torreón, donde guarda los quesos. Ésa coge lo que puede, y Eric consiente en ello como un perro.

Hortense suspiró, y Rebecca sorbió té ruidosamente. Luego se hizo el silencio. Un silencio largo.

Maple despegó la testuz de la caravana y aguzó el oído. Era como si hubiese percibido algo allí fuera, al otro lado de la caravana. Se puso a olisquear, pero el aire era demasiado frío. Maple se estremeció y volvió a apoyar la testuz. Dentro las voces habían subido de tono.

—Es que no es tan sencillo —estalló Hortense—. A los corzos no les dispararon, ¿sabes? ¿Cómo puede alguien atrapar un corzo así sin más?

—Así sin más, no —contestó Rebecca—. Pero quizá con un alambre...

—No hubo lazos —la interrumpió Hortense—. Becca, yo tampoco sé mucho. Sólo soy la niñera, y ¿quién habla de semejantes temas delante de los niños? Pero sé que las cosas no son tan sencillas.

Maple volvió a apartar la testuz. Esta vez estaba segura: había oído un ruido al otro lado de la caravana. Como si alguien escarbase en la nieve. Miss Maple buscó a las otras ovejas. Nada. El prado estaba oscuro... y desierto. Probablemente llevaran tiempo en el establo. De pronto lo único que quería Maple era estar haciéndoles compañía —de ser posible al lado de Cloud— y olvidar lo de las ovejas muertas en la nieve. Aun así, se deslizó con cuidado hasta el extremo de la caravana. Olisqueó. Pero el viento no quiso revelarle nada.

Maple respiró hondo, estiró el pescuezo y se asomó. Allí estaba Othello, con la cabeza apoyada contra la caravana y escarbando en la nieve con una pezuña delantera.

Delante, en el extremo opuesto, se abrió una puerta con suavidad y los pasos de Hortense se alejaron.

—¡Un hombre lobo! —exclamó mamá en la caravana—. Debería habérmelo figurado. Quizá logremos fotografiarlo.

—Creía que los hombres lobo no se pueden fotografiar —dijo Rebecca con una pizca de irritación.

—No seas tonta —refutó mamá—. Ésos son los vampiros.

La puerta se cerró de nuevo.

Othello se apartó y volvió la cabeza hacia Miss Maple. Ambos se miraron y supieron que no le contarían al rebaño lo de las ovejas muertas en la nieve. Mejor no hacerlo. Todavía no. Después trotaron en silencio hacia el establo, donde las esperaban el calor y el resto de sus compañeras.

Todas salvo una. Sir Ritchfield seguía fuera, en la oscuridad, oteando el castillo. Era el que tenía mejor vista del rebaño. Siempre la había tenido. Y cuanto más silencioso se volvía el mundo que lo rodeaba, tanto más le gustaba mirar, lo que fuera. Imágenes pequeñas y coloridas en movimiento, rebosantes de vida, y a veces incluso veía a Melmoth. En ese momento le interesaban las ventanas del castillo. Durante el día eran anodinas y oscuras, pero al llegar la noche se iluminaban igual que ojos y comenzaban a contar cosas. Aunque por lo general se trataba de historias de hombres, a Ritchfield le interesaba cualquier bicho viviente.

Por ejemplo, el mayor de los dos niños, que estaba sentado absorto e inmóvil ante una caja titilante, o el niño pequeño, que, envuelto en una sábana blanca, correteaba por la habitación como si

fuera un espíritu y a todas luces se divertía. Plin iba de ventana en ventana, como de costumbre. El Arrendajo hablaba con un aparato de hablar.

De pronto, dos plantas más abajo se iluminó una ventana y en mitad de la habitación apareció Hortense con cara de sorpresa. La Morsa fue hacia ella y ambas empezaron a hablar gesticulando con los brazos, señalándose y llevándose las manos a la cabeza, hasta que Hortense se puso el abrigo y se fue.

Sir Ritchfield soltó un suspiro de satisfacción. Le gustaban las personas pequeñas detrás de las ventanas pequeñas. Y allí arriba, en la tercera planta del castillo, en una ventana débilmente iluminada, había alguien, poco más que una sombra. ¿Era posible que lo estuviese mirando a él? A pesar de su buena vista, no habría podido asegurarlo. Ya había visto bastante por ese día, y regresó trotando al establo, pasando por delante del viejo roble, a cuya sombra, como casi todas las noches, se había apostado Yves para alegrarse la vista como Ritchfield con las ventanas iluminadas.

Sobre todo con la de Rebecca.

11

—No es un verdadero problema —aseguró Lane—. Al menos en invierno.

Las demás asintieron.

En verano la cosa habría sido muy distinta. El hedor. Las moscas. Ojos zorrunos en la oscuridad. Pero en invierno...

Era un amanecer inusitadamente rosado y las ovejas estaban junto al viejo roble contemplando asombradas a Yves, que yacía boca abajo, con las piernas muy abiertas, y casi no olía debido al frío. Con un poco de suerte pronto habría desaparecido bajo una capa de nieve.

—A no ser que lo encuentren —apuntó Ramses—. Si lo encuentran, volverán los hombres de las gorras y los perros pastor. Y querrán saber por qué ha muerto.

Ellas sabían por qué había muerto Yves. En medio de la espalda había una mancha roja que aún olía, y esa mancha era la responsable del estruendo que las había asustado en mitad de la noche. ¡El estruendo de la pistola! Pero los hombres tardarían lo suyo en hallar esos nexos tan sencillos. Y entonces...

—¡Se llevarán a Rebecca! —baló Cloud de súbito.

Lo sabían por las numerosas horas de lectura policiaca ante la caravana. El día anterior Rebecca había sacado la pistola a pasear por el bosque, Yves le daba «grima», y además sospechaba que había sido él quien en otoño le había robado una prenda de ropa

interior roja del tendedero. Ahora que las cosas rojas escaseaban, era probable que Rebecca hubiese disparado sin más. Por si acaso. Las ovejas entendían a la pastora, pero los hombres de las gorras no la entenderían.

—No pueden encontrarlo —dijo Cordelia—. Tiene que desaparecer de aquí.

Othello bajó la cornamenta e intentó apartar un poco a Yves, pero éste era obstinado, ya estaba algo rígido y se defendía con la fría terquedad de los muertos. Las ovejas se miraron desconcertadas. Lo cierto era que el muerto, un manchón oscuro sobre la blancura arrebolada de la nieve, no pasaba inadvertido.

—Si al menos estuviera bajo la nieve —suspiró Lane—. Entonces la cosa no sería tan mala.

—Podríamos abrir un agujero y meterlo dentro —propuso Ramses —. Quizá...

Las ovejas intentaron escarbar en la nieve, pero estaba demasiado dura, e Yves era demasiado grande.

—O esperar a que caiga más nieve de arriba. —Miss Maple miró con picardía a las ovejas. No era mala idea. La nieve de arriba se les antojó una solución sumamente elegante al problema.

—¿Y cuándo va a caer más nieve de arriba? —preguntó Mopple con nerviosismo. ¡Rebecca tenía que quedarse allí!

—Pronto —respondió Cloud mientras olisqueaba el aire gélido—. Mucha nieve. Ya la huelo.

Ahora que lo decía, las demás también la olían.

—Pronto no es lo bastante pronto —se lamentó Lane.

Tenía razón. En el castillo ya se veían las primeras luces, y alguien podía asomarse a la ventana de un momento a otro y reparar en el

extraño bulto oscuro junto al viejo roble.

El portón se abrió y el cabrero salió con un gran saco al hombro. Probablemente se tratara de un saco con comida. En otras circunstancias a las ovejas les habría interesado sobremanera ese saco, pero ese día lo único que esperaban era que el cabrero desapareciese con él tras la tapia de la finca lo más deprisa y lo más cegato posible.

El cabrero no desapareció. Echó a andar junto al cercado hacia la derecha, en dirección al prado de las cabras, con la vista clavada en el suelo. Una corneja se posó en la rama más alta del viejo roble. Se desprendió nieve. El cabrero seguía caminando con determinación a lo largo de la cerca. Las primeras cabras lo habían visto e iban hacia él dando saltos por el prado.

La corneja lanzó un triunfal graznido cornejil y el cabrero miró a las ovejas. Sus ojos eran tan azules que ellas los vieron incluso desde lejos.

Sorprendidas rodeando a Yves, bajaron las orejas.

La corneja soltó un graznido todavía más fuerte.

El cabrero volvió la cabeza y siguió andando junto a la cerca, con el saco al hombro. A continuación volcó el contenido del saco —¡nabos y zanahorias!— al otro lado de la cerca y se quedó mirando cómo comían sus cabras. Detenidamente. A cada una de ellas. No parecía del todo satisfecho con lo que veía, y sus ojos vagaron de nuevo por el prado. Arriba y abajo, a un lado y otro.

—Está buscando a Madouc —dijo Miss Maple.

Pero el cabrero no la vio. Finalmente volvió al portón, que se cerró con un crujido.

Las ovejas se miraron.

—Tiene que ser muy corto de vista —supuso Mopple—. Más que yo. O eso, o no le interesa Yves.

—No —negó Miss Maple—. Es sólo que su vista no puede atravesarnos. Mientras estemos delante, no conseguirán ver a Yves desde el castillo.

Las ovejas decidieron permanecer en torno a Yves hasta que la prometida nieve lo cubriera por completo.

Una segunda corneja se posó en la rama del viejo roble. Y una tercera.

Las ovejas procuraron sacar partido de la situación y comenzaron a pastar un poco. Junto al árbol, en aquella mancha umbría, hacía frío y no había nada culinariamente interesante. Había clareado y unos nubarrones grises se deslizaban por el cielo.

Se levantó viento.

La ventana de Rebecca se iluminó. Las ovejas dirigieron una mirada sombría a la caravana, donde estaban la pastora y mamá, calentitas y desayunando pan con miel, mientras ellas tenían que pagar por su celo con la pistola. Los primeros copos de nieve descendían sobre el prado. Yves había dejado de oler.

Entretanto, la copa del viejo roble estaba repleta de cornejas que se frotaban el pico, graznaban y sacaban de quicio a las ovejas. Al único que le caían bien aquellos pájaros era a Ritchfield. Sobre Yves comenzó a formarse una leve pelusilla, aún no lo bastante gruesa, pero sí muy prometedora. Las ovejas seguían alrededor de él con determinación, esperando.

Algunas cornejas abandonaron las ramas del árbol y se posaron en el prado. Estiraron el pescuezo, corretearon con curiosidad entre

las patas de las ovejas y observaron al muerto con sus negros ojos cornejiles.

—Así no hay manera —bufó Othello—. En cuanto empiecen a subirse encima de él, toda esa nieve no servirá de nada.

Othello se puso a galopar en zigzag entre sus compañeras, a la caza de cornejas. No fue sencillo, ya que éstas eran listas. Se metían bajo el vientre de las ovejas, se les subían al lomo y dieron la impresión de pasárselo en grande cuando Othello estuvo a punto de arrollar a Ramses. Éste comenzó a balar histérico, y Lane, Cloud, Mopple y Cordelia se unieron a él.

—¡Basta! —gruñó Othello—. Si sois vosotras mismas las que armáis tanto jaleo... —No pudo decir más.

De repente el aire se volvió blanco. Blanco y cortante. El castillo y la caravana desaparecieron. Todo desapareció.

Sir Ritchfield se hallaba en mitad de la nada y se sorprendió. Precisamente acababa de... Y ahora ¿dónde estaba todo? Y ¿por qué era tan blanco? A Ritchfield le gustaba el blanco. Blanco como una mariposa, blanco como la leche, blanco como un cordero, blanco como un rebaño... Por cierto, ¿dónde estaba su rebaño? A saber. Resuelto, escudriñó la blancura y vio... ¡algo gris! ¡Por fin! Muy lejos al principio. En un primer momento pensó que eran imaginaciones suyas, pero después se tornó más grande y más nítido y cada vez más gris. Tenía cuernos. Ritchfield experimentó una sensación de calor y tranquilidad. Oía cosas que llevaba tiempo sin oír: el silbido del viento, el crujido de los copos. El sonido de pezuñas en la nieve.

Melmoth se detuvo a cierta distancia y miró a Sir Ritchfield. Éste permanecía allí como un pasmarote, perfectamente dichoso. Le entraron ganas de salir trotando hacia su gemelo, como antes. ¡Todavía no! Alzó la cornamenta y le dirigió una mirada severa. También Ritchfield levantó los cuernos un tanto y...

—Ahí está Ritchfield —dijo alguien.

El viejo manso pestañeó para quitarse la nieve de los ojos. Cuando hubo terminado de hacerlo, Melmoth se había desvanecido. A Ritchfield no le preocupaba demasiado. Melmoth volvería. Melmoth siempre volvía.

De pronto el sol brillaba de nuevo.

Ahora Yves estaba bien escondido, había que reconocerlo. La nieve les ponía las cosas difíciles a las ovejas, pero poco a poco consiguieron reunirse en el lado del establo que quedaba al abrigo del viento. Echaron un vistazo alrededor. Todo había desaparecido: la cerca, el comedero, hasta las cabras... ¡algo era algo! La caravana era una seta blanca y vellosa; el arroyo, el rastro de una serpiente helada y susurrante en medio de la nada. Todo aquello era verdaderamente excesivo.

Estaban un poco enfadadas con Miss Maple, que con su propuesta había incitado a la nieve. Y estaban enfadadas con Yves: ¿por qué no había podido mantener las manos apartadas de la ropa interior de Rebecca? También con ésta estaban enfadadas.

El ambiente era malo.

El sol hacía resplandecer el hielo. Las ovejas, malhumoradas, vieron que las cabras poco a poco iban surgiendo de la nieve,

pegaban botes y brincos, con los ojos y el pelaje brillantes, como si no hubiera pasado nada. Claro, ¿por qué no iban a hacerlo? Ellas no tenían una pastora de gatillo fácil a la que había que proteger de los hombres de la gorra.

De pronto, en la nieve se movió algo más, algo que estaba en su lado del prado, inquietantemente cerca. La nieve se abombó y se resquebrajó y apareció una cabeza. Era la cabeza del carnero peludo. Ahora que debido a la cantidad de nieve apenas se veía que no estaba esquilado, parecía una oveja normal y corriente. Por primera vez repararon en lo marrones y vivaces que eran los ojos del extraño.

—¡Tourbe! —baló de buen humor—. ¡Aube! ¡Gris! ¡Marcassin!

El peludo se abrió camino entre las ovejas y cruzó la nieve en dirección al cercado, sin mirar una sola vez hacia ellas. Pese a todo, las ovejas tenían la sensación de que se alegraba de haber vuelto. Y ellas —con mucha, mucha cautela— también.

Zora, Maude, Heide y Madouc pasaron la noche en una parada de autobús. Una casita las había protegido del viento y la abundante nieve, pero hasta el momento no había pasado ningún autobús. Reinaba de nuevo la claridad, una claridad extraordinaria debido a la reciente nevada.

Madouc sacaba la cabeza con regularidad de la casita y olisqueaba.

—¡Por ahí! —baló con seguridad, mirando a ambos lados de la carretera. Las demás se mostraban escépticas. Con la cantidad de

nieve que había ni siquiera Maude era capaz de oler por dónde habían ido.

Las ovejas miraron fuera con nerviosismo. Querían regresar. Tenían que regresar. Pero ¿por dónde? El hecho de querer marcharse no servía de mucho si no se sabía por dónde.

Mientras miraban fijamente la blancura sin saber qué hacer, en la carretera apareció una señora mayor que llevaba un pañuelo de lana en la cabeza y una bolsa de plástico en la mano. Caminaba con mucho cuidado, y tan despacio que las ovejas no la vieron hasta que estuvo muy cerca. No les quedó más remedio que replegarse en las sombras de la casita del autobús y esperar a que la mujer pasara por delante como un caracol hipnotizado.

Sin embargo, con tanta agitación Heide golpeó con una pezuña la pared de chapa de la casita y se oyó un sonido metálico. La mujer volvió la cabeza hacia ellas. Sus ojos, rodeados de sendos cristales, eran tan grandes como los del búho. La mujer les graznó y después siguió su camino, increíblemente despacio.

—Dice que será mejor que vayamos a pata —tradujo Madouc—. Con este tiempo no vendrá ningún autobús. En realidad nunca viene ninguno.

Del dicho al hecho había un gran trecho. Pese a todo debían volver, y lo antes posible. Las demás tenían que saber lo que habían oído el día anterior en la casa del bosque, antes de que fuera demasiado tarde.

Después de que Madouc se subiera con ellas al coche de un intrépido salto, continuaron avanzando un rato, cada vez más despacio. Por fin el coche soltó un suspiro y se detuvo.

Las ovejas miraron fuera de mala gana; se hallaban en medio del bosque. El coche extragrande no era sólo demasiado celoso, sino, además, tonto. Se oyó el sonido de una puerta al abrirse y unos pasos que se aproximaban. Las ovejas se apiñaron en el rincón más oscuro, pero el dueño de las botas de goma amarillas se limitó a subir el portón abierto. ¿Quién era? Las ovejas no pudieron ver más que un anorak verde con capucha. Después siguieron adelante, y ellas confiaron en que el coche fuera lo bastante inteligente para saber volver al castillo.

Sin embargo, cuando se detuvo por segunda vez fuera sólo había árboles. Árboles y una casa.

Los pasos se alejaron y Madouc, que durante el breve trayecto se había recuperado por completo y empezaba a poner a las ovejas de los nervios con sus saltitos injustificados, abrió con el morro un cerrojo que había en el portón del coche. El portón se abrió ruidosamente y Madouc bajó de un salto.

—Venid conmigo —baló—. No hay nadie.

A ninguna le apetecía seguir en un coche tan lerdo, pero en cuanto se vieron al aire libre un gran perro negro se abalanzó hacia ellas gruñendo y no les quedó más remedio que cruzar atropelladamente la oscura puerta de la casa para guarecerse. El perro continuó ladrando un rato, pero no fue tras ellas. Dentro todo era bastante oscuro y confuso, lleno de mesas y sillas. En la pared había botellas y del techo colgaban muchas jarras.

El dueño de las botas de goma amarillas, que se encontraba ya en el extremo opuesto de la habitación, se retiró la capucha. Al descubierto quedó un pelo tirante con algunos mechones encrespados. Era Plin. La mujer retiró una silla con un gesto de

impaciencia y se sentó a una mesa. A ésta ya estaban sentados los dos visitantes de invierno, uno alto y gordo; el otro bajo. Eran las únicas personas en la estancia, y ambos estaban bebiendo cerveza.

Plin comenzó a graznar alterada.

—¿Qué estarán diciendo? —comentó Madouc—. ¿Vosotras no queréis saber lo que dicen? —Salió del hueco que había junto a la puerta, cruzó la habitación en dirección a las personas y se escondió debajo de una mesa cercana.

A Madouc le gustaba hallarse de nuevo en una casa. El prado, el bosque y la cabrera estaban bien, pero ella se había criado en una casa, y como mejor se sentía era en la penumbra, entre muebles inútiles. La pequeña cabra olió satisfecha el familiar aroma a cerveza que procedía de la mesa debajo de la cual estaba. A su lado las personas conversaban.

—... Me he traído el camión —explicó Plin—. Yves suele cogerlo. No llamará la atención.

El más bajo de los visitantes de invierno suspiró. Sus pies golpeteaban con impaciencia el suelo de madera.

—A pesar de todo es arriesgado. ¿Qué es eso tan importante, madame?

—Mademoiselle —lo corrigió ella—. ¿Importante? Ya lo creo. Esta mañana miré el calendario de Maurice (que no cunda el pánico, todavía no sabe que tengo la llave) y mañana está marcado con una equis. Y todos sabemos lo que significa esa equis. Pensaba que habíamos acordado que el asunto se llevaría a cabo dentro de dos semanas, cuando yo esté de vacaciones.

—El jefe es un hombre muy ocupado —afirmó el bajito—. E imprevisible.

—A mí eso me da lo mismo, quiero que espere a que me haya ido.

—Pues váyase antes de vacaciones —propuso el bajito, impacientándose. Su voz no era baja, sino más bien el gruñido de un mastín malhumorado.

—No puedo adelantar las vacaciones ahora, levantaría sospechas. Yo nunca cambio de planes. Maurice sospecharía.

—Ése, madame, es su problema.

—¡Mademoiselle!

—A su edad —farfulló el bajito.

—No fue eso lo que acordamos —dijo Plin con amargura—. Yo he cumplido con mi parte, alojamiento para ustedes dos y las ovejas, y no fue fácil conseguir que vinieran ovejas a este sitio después de lo ocurrido. He gastado saliva en balde, y ahora...

—Ha recibido su dinero, ¿no es así?

—No se trata de eso —arguyó ella.

El alto aún no había dicho ni pío, pero su pie izquierdo no paraba de dar golpecitos en la madera. *Tap, tap, tap*. De pronto el martilleo se detuvo.

—Siempre se trata de dinero —espetó el alto en voz baja—. No sea usted complicada, madame.

—¿Complicada? De manera que es eso. —Mademoiselle Plin se alisó el cabello con la mano—. ¿No es demasiado pronto? —preguntó al cabo—. ¿No hacen falta más preparativos?

—Tenemos un corzo —respondió el bajito—. Ya lo han encontrado, y tal vez mañana por la mañana nos carguemos a otro, y detrás irán las ovejas, y si no me equivoco la gente se morirá de miedo. La policía ha ido y da palos de ciego. La pastorcita se ha enterado de

todo. La gente cree que el loco anda suelto otra vez. ¿Qué más queremos?

—Tres —espetó Plin con aspereza—. Tres corzos.

—Uno —contestó el bajito—. No creía que costara tanto coger a esas bestias y prepararlas, y eso que tenemos lazos por todas partes. Bueno, con las ovejas será más fácil.

—El cabrero ha encontrado otros corzos en el bosque —insistió Plin.

—Bueno, pues nuestros no son —replicó el bajito con fingida indiferencia. Miró enfadado al alto con disimulo. El alto no le devolvió la mirada—. Sin embargo, lo que nos preocupa un poco es la vieja —admitió—. Una persona de fuera, bien, pero con dos será un poco...

Calló. En la habitación había entrado alguien, un hombre con los ojos entornados y un delantal. No entró por la puerta, sino por un lateral de la casa, y llevaba una bandeja.

Mademoiselle Plin soltó una risita desagradable.

—No se preocupen, está sordo como una tapia. Miren.

Acto seguido tiró de la mesa el vaso de cerveza del alto, que cayó al suelo y se hizo pedazos. Las ovejas se estremecieron en su escondite, pero el de los ojos entornados ni siquiera levantó la vista de la bandeja. El alto miró enfadado su vaso y dijo:

—Estupendo.

Madouc probó un poco de cerveza del suelo.

—Esa espantajo es completamente inofensiva —aseguró Plin en voz bien alta—. Hoy he ido a que me eche las cartas. Está como un cencerro, se cree todo lo que le dicen, con que sea un poco místico. Será la primera que grite hombre lobo.

—Quiero otra cerveza —dijo el alto.

En ese instante Madouc estiró el pescuezo para lamer un charquito de cerveza y rozó la rodilla de Plin. Ésta se volvió y le soltó un bofetón al visitante bajito. Un segundo después el alto tenía un cuchillo en la mano. Madouc se escabulló hacia la entrada y, una vez ahí, las ovejas la siguieron.

Las cuatro salieron corriendo para escapar del perro negro y acabaron en la parada de autobús. Madouc cantaba canciones caprinas y olía raro. Pero después, en plena noche, les contó a las ovejas lo que había oído bajo aquella mesa. Y ahora tenían que regresar para advertir al rebaño de los planes de los dos visitantes.

—Creo que es por ahí —dijo Zora de pronto, y abandonó decidida la casita del autobús para enfilar la carretera a través de la copiosa nieve. Heide, Maude y Madouc fueron detrás.

Rebecca salió de la caravana o, mejor dicho, al principio no consiguió salir de la caravana, ya que delante de la puerta había demasiada nieve. Después abrió de golpe y, con el impulso, bajó rodando los escalones y aterrizó en la nieve.

Las ovejas se esperaban que estuviera de mal humor, pero Rebecca rió, se sacudió la nieve del abrigo y se enderezó el gorrohogaza. Luego se abrió camino hasta el almacén, dio con el comedero, quitó con una pala la nieve que lo cubría y vertió dentro una cantidad sumamente generosa de forraje. Canturreaba, saltaba y, a modo de prueba, le arrojó una bola de nieve a Mopple. Éste era un blanco fácil, pero aun así no le acertó. Para ser alguien que tenía a Yves sobre su conciencia estaba de excelente humor.

—De día todo parece distinto, ¿no? —les dijo a las ovejas—. Para vosotras tampoco es fácil, con este tiempo. Pero no os preocupéis, yo cuidaré de vosotras.

¡De eso nada! Eran ellas las que cuidaban de Rebecca, con la nieve, la plata y todo lo demás.

—¿Queréis heno?

Ellas balaron: pues claro que querían heno.

—A mamá y a mí nos han invitado a cenar esta noche —les explicó mientras les echaba heno en el pesebre—. En el castillo. Maurice. —Sonrió—. ¿Vaya lujo, eh?

Heathcliff se paró a pensar si merecía la pena ir hasta el comedero o si lo apartarían hasta que en él no quedara ni un mísero granito. Desde que se había caído del roble se lo pensaba muy bien antes de actuar.

Le dolía todo, en especial las costillas, el lomo y cuanto había en medio. Le dolía entre las orejas, la pata delantera y la pezuña trasera izquierda. Le dolía cada paso que daba y, cómo no, allí donde algo lo rozase. Se mareaba sólo de pensar en abrirse paso entre las demás ovejas hasta el heno.

Además, no necesitaba heno. Se las había arreglado con menos leche que cualquier otro cordero, podía vivir de la pastosa hierba de invierno todo lo que quisiera.

El obstinado Heathcliff pegó una coz y esperó con cara de despreocupación a que los dolores se fueran. Las demás no debían darse cuenta.

Nadie debía darse cuenta. Era una oveja como las demás, ni más débil ni más lenta. No se quedaría atrás si el rebaño huía de una fiera. No era presa fácil.

Cuando volvía del pesebre, Rebecca descubrió la plata y se asustó.

Las ovejas también se asustaron. ¿Rebecca era el Garou?

—¿Qué hace esto aquí? —dijo—. Y eso que pongo cuidado.

Fue hasta el avellano y quitó el papel de la rama. En un principio las ovejas se sintieron aliviadas: la pastora no parecía tenerle miedo al papel. Pero luego cogió la plata con dos dedos y la llevó al cubo de la basura que había junto al cercado, al otro lado del prado. La arrojó dentro, tapó el cubo y se sacudió las manos en el abrigo con aire satisfecho.

—No quiero ni pensar lo que habría pasado si os lo hubierais comido —dijo volviéndose hacia el rebaño.

Las ovejas la miraron frustradas. Desde luego que no se habrían comido la plata del hombre lobo, ¿cómo podía pensar Rebecca que eran tan tontas? Y ahora, en el fondo del cubo, ¿cómo iba a decirles la plata quién era el Garou?

Dirigieron una mirada de reproche a la caravana, donde la pastora —todavía de excelente humor— se ponía otros zapatos, se colocaba la pañoleta roja sobre los hombros y echaba a andar hacia la cancilla.

—¿Creíais que se me había olvidado lo de la ropa? —inquirió—. Pues de eso nada.

Las ovejas apenas podían creerlo. Mientras ellas escondían a Yves y perseguían al Garou, su pastora no pensaba más que en la ropa.

—Tenemos que recuperar la plata del cubo —afirmó Mopple. Le gustaba la plata, era él quien la había encontrado, y se sentía orgulloso. Además, hacía tiempo que quería echarle un vistazo al cubo de la basura. Si mal no recordaba, no hacía mucho Hortense

había tirado media manzana que se le había caído en la nieve al pequeño Jules.

En cuanto Rebecca hubo cruzado el portón, el rebaño salió trotando hacia el cercado. La cosa tenía su intríngulis. El cubo se hallaba a una distancia tentadora, pero fuera, junto a la cerca, y tenía una pesada tapa de metal. Las ovejas intentaron apoyarse en la cerca como las cabras, pero en vano.

—Así no se puede —confirmó Othello—. Una de nosotras tiene que salir. —Se paró a pensar un instante—. Lo haré yo —dijo al cabo. Intentó saltar la cerca primero, pero con tanta nieve era imposible coger el impulso necesario—. Iré por el prado de las cabras —decidió finalmente.

—¿Y si las cabras no quieren? —planteó Heide.

—Me da lo mismo lo que quieran las cabras —contestó Othello, y echó a andar hacia el cercado.

Por suerte, las cabras se encontraban inmersas de nuevo en uno de sus extraños rituales y demasiado ocupadas para querer nada. Estaban alrededor de la cómoda, formando una especie de círculo, y no repararon en Othello, que se escurrió por la ripia suelta de la cerca. El asunto parecía importante. Después, la mayoría de las cabras se retiró de la cómoda, todas salvo dos. Esas dos se irguieron sobre las patas traseras y entrechocaron los cuernos. Othello se escabulló entre el alambre flojo y se vio en la linde del bosque. Ahora tenía que rodear el prado de las cabras.

Las ovejas observaban inquietas a su manso, que se había convertido en un puntito negro en el extremo opuesto del prado de las cabras. Pero después Othello comenzó a crecer y al cabo se

reunió a tamaño natural con su rebaño, sólo que en el lado malo de la cerca. O en el bueno, según se mirara.

Othello desplazó la tapa sin esfuerzo, se levantó sobre las patas traseras y, con las delanteras apoyadas en la cerca, se puso a rebuscar en el interior del cubo. No tardó en aparecer con el papel de plata entre los dientes. Se lo pasó a Maple por encima de la cerca.

—¿Y bien? —preguntó Mopple the Whale—. ¿Hay algo dentro? Me refiero a algo interesante.

—No —respondió Othello—. Nada interesante. —E inició el camino de vuelta, a lo largo de la cerca de las cabras.

Las ovejas llevaron nuevamente el papel hasta el avellano en una marcha triunfal y volvieron a clavarlo en la misma rama: sería una advertencia para todos los hombres lobo del mundo.

Justo cuando terminaron se abrió el portón de nuevo y salió Paul, el cabrero, vestido con mucha ropa y con una cuerda en la mano. Las cabras alargaron el pescuezo, expectantes, pero esta vez no se ocupó de ellas, sino que fue directo al bosque. Las ovejas temieron que pillara a Othello en el prado de las cabras... pero a Othello ya no se lo veía.

12

Othello vaciló.

En realidad sólo se había adentrado un poco en el bosque para que no lo descubriese el cabrero, pero de pronto oyó una voz. Sonaba enfadada, ahogada y nerviosa, e iba unida a un rastro que se abría paso entre la nieve, cerca de allí, y desaparecía en una hondonada. Aquel rastro resultaba atractivo. Othello quería seguirlo y no quería. Lo que en realidad quería era estar con su rebaño y protegerlo del Garou. Siempre. Pero ese rastro era importante. Alguien había rodeado el prado por fuera, como él mismo, al amparo del bosque. Othello bufó. Nadie utilizaba su prado para merodear. ¡Nadie!

El carnero negro miró de nuevo a su rebaño. Se encontraba a salvo. Por el momento. Era una sensación, o más bien una especie de recuerdo. Algo que había dicho la pequeña cabra acerca de la luna... Othello bufó y desapareció entre los troncos, siguiendo el rastro. No era un rastro de lobo, eso saltaba a la vista, sino un simple y burdo rastro humano.

A diferencia de las otras ovejas, Othello había visto un lobo una vez en el zoo, hacía mucho tiempo. Bueno, seguro no estaba. Othello era muy joven —acababan de salirle cuatro cuernecillos puntiagudos—, y más negro y curioso que un cuervo. Por eso no salió corriendo como el resto del rebaño cuando el olor subió por el camino. El olor seguía a un vehículo ronroneante en el que iban dos

personas delante y una jaula detrás. Y en la jaula había una criatura cuya visión hizo que a Othello se le erizara la lana, hasta el último vellón. La criatura era grande, grande y hermosa, un poco como un perro, pero a la vez muy distinta de un perro. Patilarga, vivaz y gris como un espíritu. Miró a Othello con unos ojos de espíritu grises y encendidos, y Othello entendió que se le erizara la lana, del calor y el pasmo, pues se dio cuenta de que se conocían desde hacía mucho...

Othello se detuvo en seco.

En la hondonada, medio oculto por unas zarzas peladas, había un hombre arrodillado. Era uno de los que siempre salían a pasear. El más gordo y alto de los dos. En esa ocasión no había ido a pasear, sino que graznaba enfadado a la manera europea. Delante de él había un corzo muerto, extrañamente retorcido, con la cabeza metida en un lazo de alambre. El hombre tenía las manos muy blancas (¿o acaso eran guantes?). Con una sostenía un cuchillo, con la otra un recipiente. Clavó el cuchillo en el pescuezo del corzo. Ya lo había hecho un par de veces. No pasó nada. Graznó enojado. De vez en cuando el gordo volvía la cabeza. Othello comprendió por qué estaba tan nervioso: justo encima había un camino que pasaba por la hondonada, y cualquiera que viniese por él los vería. Al gordo y al corzo que no quería sangrar. Era un lugar absurdo. Cualquier depredador respetable se habría llevado a su presa de allí, al menos hasta el matorral más cercano.

Al final el gordo desistió del corzo. Le echó nieve encima y se alejó deprisa, hacia las profundidades del bosque, dejando tras de sí un burdo rastro humano.

Othello permaneció a la sombra de un árbol caído, extrañado. No se había imaginado así al Garou.

De pronto, un chasquido lo hizo estremecer. Quería salir corriendo, pero no sabía adónde ni de qué. Entonces vio la rama que había cedido al peso de la nieve y caído al suelo. Era tan grande como la cabeza de Othello.

El manso oyó los crujidos de los árboles, el lamento de la madera helada y el silencio ominoso de la nieve. Comprendió que las ramas gemían por todas partes a causa de la nieve. Y que algunas se romperían.

El bosque en invierno era un lugar peligroso.

Zora, Maude, Heide y Madouc se detuvieron en un cruce. Hasta entonces habían seguido la carretera, y como habían pasado por delante de una señal angulosa con un corzo pintado, en cierto modo estaban seguras de que iban bien. La señal ya les había llamado la atención a la ida, en el coche, pero ahora había tres caminos y numerosas señales puntiagudas que señalaban todas las direcciones posibles. Señales con signos. Blancos y amarillos, azules y marrones.

Maude olisqueó con presunción a un lado y otro, pero allí no había nada, sólo nieve y bosque, bosque y nieve. Zora buscó el sol entre los árboles. Heide prefería decidir al azar. Sólo Madouc ladeó la cabeza y miró las señales.

—Tantas señales... —comentó—. Estoy seguro de que hay una razón para que estén aquí.

—¿Qué razón? —baló Heide—. No hay ninguna razón para que estén los árboles.

—Sí que la hay —contestó Madouc—. Los árboles están aquí porque esto es un bosque.

Era verdad. Las ovejas miraron con mayor atención aquellas coloridas cosas metálicas. La mayoría eran puntiagudas por un lado y planas y angulosas por el otro. En todas había signos, unos signos que encerraban historias, pero sólo una tenía además un dibujo.

—Ésa —afirmó Madouc—. Es la torre.

Tenía razón. El torreón del dibujo era más pequeño y gordo que el del castillo, pero ambos tenían los mismos dientes.

—Ya —dijo Maude al tiempo que olisqueaba la señal—. No huele como el torreón.

—Ahí está la nariz —observó Heide mientras miraba la parte puntiaguda de la señal—. El tornillo es el ojo, y el torreón significa que mira al torreón.

Una teoría osada, pero era la única que tenían. Las ovejas giraron a la derecha y siguieron la nariz de la señal marrón, adentrándose en el bosque.

Heide tenía frío y ni siquiera se atrevía a balar para quejarse. Entre las ovejas el frío no era un tema que gozara de popularidad. Se suponía que no representaba ningún problema, ya que querer era poder. Así rezaba la teoría. La práctica era otra cosa.

Maude estaba deprimida, pues no olía más que bosque y nieve, hasta ahí llegaba su buen olfato. ¿Cómo iba a saber si aún podía oler si no olía nada?

Madouc avanzaba en zigzag.

Zora pensaba.

—¿Y bien? —le preguntó a Madouc al cabo.

La cabra dejó de zigzaguear.

—¿Y bien qué?

—¿Tú has visto al Garou?

—Entero no —repuso la pequeña cabra—. Sólo partes.

—¿Partes? —repitió Maude—. ¿Qué partes?

—Las manos.

—¿Los lobos tienen manos? —quiso saber Heide.

—Éste sí —afirmó Madouc—. Dos. Las necesita para untarse el ungüento de hombre lobo. Sólo que el ungüento son unos polvos. —Dio una coz con aire teatral y levantó una nube de nieve.

—¿Cómo es que sabes todo eso? —le preguntó Zora—. Lo del ungüento, me refiero, y lo de la bala y la plata y la luna y todo lo demás sobre el Garou.

—Me lo ha contado el cabrero. El cabrero no habla de otra cosa.

—¿El cabrero habla contigo?

—El cabrero sólo habla conmigo —repuso Madouc con orgullo—. Con los demás hace mucho que ha dejado de hacerlo.

—¿Por qué? —se interesó Heide.

—Porque son idiotas. Ser idiota y estar loco no es lo mismo, ¿sabéis? El cabrero lo entiende. —Madouc hizo una pausa y continuó —: Antes estaban todos locos. El castillo entero. Y ahora sólo hay un par de locos. Locos a escondidas, por así decirlo.

—¿Quién dice eso? —preguntó Zora.

—El cabrero. Hasta hace poco vivíamos todos juntos.

—¿Quiénes son todos? —inquirió Heide.

—Bueno... él y yo.

—¿De veras? —preguntó Heide—. ¿En el prado?

Intentaron imaginarse al cabrero pastando y arrancando hierba y dando saltos, pero no pudieron.

—En el prado no —dijo Madouc—. En una casa de piedra y madera y fuego.

—¿Y eso por qué? —baló Heide.

Pero la cabra no quiso decírselo.

Las ovejas habrían seguido extrañándose de la desaparición de Othello de no haber aparecido en el prado Eric, que el otoño anterior había maltratado un instrumento musical delante de la ventana de Hortense. Las ovejas lo miraron con escepticismo. Alguien que se pasaba día tras día haciendo quesos de cabra no podía estar bien de la cabeza.

A diferencia de las demás personas, Eric sí reparó en el papel de plata. Se paró y contempló un instante cómo jugueteaba con el viento y relucía con el sol y crujía. Las ovejas contuvieron la respiración, pero no parecía que Eric le tuviese mucho miedo. Sonrió y después se pasó una mano por el rubio cabello, siguió hasta la caravana y llamó educadamente a la puerta. Ésta se abrió y mamá apareció en los escalones envuelta en ondeantes prendas azules, con una banda brillante en la frente. Ese día llevaba otra buena cara, con los labios rosa y mucho azul en los ojos, como si se hubiera estado pegando con alguien. El viejo George se había pegado una vez, por diversión, y después sus ojos tenían más o menos el mismo aspecto.

La aparición de mamá habría llamado menos la atención si en ese momento Tess no hubiese salido de la caravana y ejecutado una pequeña danza perruna alrededor de Eric. A Tess le caía bien Eric. Y a Eric le caía bien Tess. Él se agachó y se puso a rascarla detrás de

las orejas, bajo el pescuezo, en el vientre y las ijadas. Tess se revolcó en la nieve emitiendo gorgoritos de entusiasmo mientras mamá, con los brazos dramáticamente extendidos, parecía un poco descolocada.

Luego Eric se acordó de mamá, se sacudió la nieve de los pantalones y le entregó un paquetito. Las ovejas olisquearon con interés, pero debajo del papel no había más que queso de cabra. Ni siquiera a Mopple le entusiasmaba el queso de cabra. Mamá sonrió y señaló con las rojas uñas el interior de la caravana, Eric sonrió también y los dos entraron. Con Tess detrás.

Las ovejas pacían e intentaban no pensar en Yves, que yacía repulsivamente sobre la hierba y bajo la nieve. El único que no pastaba era Mopple. Estaba junto al desconocido peludo, al lado de la cerca, mirando el castillo con cara de preocupación.

—No puede ser tan difícil encontrar un coche de ese tamaño —decía—. Ya tendrían que estar de vuelta.

—¡Tourbe! —exclamó el desconocido—. Gris. Tache. Marcassin.

Ambos suspiraron. Ese día Mopple entendía perfectamente a la oveja desconocida.

Hortense salió del castillo con pasos elásticos y una generosa rociada de perfume de violetas y entró con mamá y Eric en la caravana. Al cabo de un rato salió, cogida del brazo de Eric. Ambos cruzaron el prado en silencio, rubios y dorados, y en silencio desaparecieron entre las edificaciones del castillo.

Rebecca volvió hacia mediodía, con la pañoleta roja ondeando orgullosa al viento.

—Bueno —les dijo a las ovejas—, es la hora de comer, de modo que vamos a... —De pronto clavó la vista en el avellano—. Pero ¿qué...? ¿No lo había quitado? Habría jurado que... —Fue hasta el avellano, arrancó el papel de plata de la rama y lo tiró por segunda vez al cubo de la basura—. Qué raro —comentó.

A las ovejas no les resultaba nada raro.

Rebecca volvió a la caravana y llamó.

Mamá asomó su tercera buena cara por la puerta.

—¿Ya se han ido? —preguntó Rebecca.

Mamá asintió y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Quieres uno?

Los cigarrillos de mamá eran más largos y finos que los de Rebecca, y por regla general ésta hacía una mueca de asco cada vez que los veía. Pero no en esta ocasión.

Las dos mujeres se sentaron en los escalones, con las extrañas barritas humeantes en la boca, y de repente fueron muy parecidas.

—No hay manera de dar con el veterinario —dijo Rebecca—. Ayer su auxiliar me dijo que estaba enfermo y hoy no hay nadie. No lo necesito, las vacunas pueden esperar, sólo quiero saber dónde encontrar otro sitio para las ovejas.

—¿Ayer? —preguntó mamá.

—Ayer —confirmó Rebecca.

—Qué curioso. Juraría que ayer por la mañana lo vi hablando con Plin, antes de... bueno, antes de las cartas.

—Qué curioso —repitió Rebecca sin especial interés.

Las dos mujeres echaron humo al aire.

—¿Y? —preguntó Rebecca al cabo—. ¿Te has enterado de algo importante con tus sortilegios?

—Puede. —Mamá chupaba con fruición la barrita.

Rebecca la miró con cara de curiosidad, pero no dijo nada.

—Sé de dónde ha salido el armario —soltó mamá.

—Bueno, ahora mismo no es que sea nuestro mayor problema —observó Rebecca.

Mamá calló y dirigió una mirada crítica a sus uñas rojas.

—¿De dónde? —inquirió Rebecca por fin.

—¿De dónde? —balaron las ovejas. El asunto también les interesaba. Si sabían de dónde había salido el armario, tal vez lograran convencerlo de que volviese allí moviendo sus patitas, con su misteriosa vida interior de bosques y abrigos de pieles y medias cabras, y de ese modo, además, ganarían más terreno de pasto.

—Del castillo —respondió mamá.

—Eso lo sabe todo el mundo. ¿En qué otro sitio iba a haber esos armarios de madera de roble tallada con herrajes y patas de león?

—Si tanto sabes, ¿para qué preguntas? —dijo mamá mientras echaba ceniza en la nieve—. Pero no es una mala historia.

Las ovejas, incluido el carnero desconocido, que posiblemente no entendiera ni jota, se acercaron.

—Cuenta —pidió Rebecca.

—¿Tú sabías que esto antes era una clínica psiquiátrica? —inquirió mamá.

—Pues claro.

No era un buen comienzo. Mamá aspiró el humo del cigarrillo un tanto mosqueada y no dijo nada.

—¿Por qué no me lo has contado? —preguntó al cabo.

—No quería alimentar aún más tu fantasía. Por otra parte, eso se acabó, ¿no? Ahora sólo es un castillo.

—Bueno, la historia viene de cuando aún era una clínica —explicó mamá—. Y, dicho sea de paso, de eso tampoco hace tanto. Cinco años más o menos. El padre de ese lechuguino era neurólogo...

—No es un lechuguino —afirmó Rebecca.

—Vaya si lo es. Nunca había visto a un hombre con pieles... pero da lo mismo. En cualquier caso, era la clase de sanatorio donde los parientes no se sentían tan mal cuando ingresaban a sus ancianos padres, con su castillo y sus jardines y con una habitación individual para cada paciente. Muy fino. Sólo que en las habitaciones no había nada. Nada de nada, ni mesa ni silla, nada, sólo una cama de metal. Y en un momento dado alguien se quejó de que ya ni recordaba cómo eran los muebles y de que tenía derecho a una mesa. Y entonces el médico dispuso que sacaran muebles, el armario y el sofá y la cómoda, los muebles más exquisitos, al prado para que todos los pacientes pudieran verlos cuando miraran por sus ventanas de la tercera planta. Dijo que era terapéutico. ¡Terapéutico! ¿Te imaginas cómo debía de sentirse la gente cuando veía a las cabras en el sofá? En mi opinión era un sádico.

—Es una buena historia —admitió Rebecca, y aplastó el cigarrillo en la nieve para a continuación metérselo con cuidado en el bolsillo —. ¿Y quién te la ha contado?

—Eric. Bueno, Hortense, pero a ella se la contó Eric. Por aquel entonces ella aún no estaba aquí. Eric ayudó a llevar los muebles al prado. Se ve que antaño tenían un macho cabrío con un humor de perros. —También mamá aplastó el cigarrillo, pero no supo qué hacer con la colilla—. Hay algo que no cuadra con ese Eric.

Rebecca suspiró.

—A ver, ¿qué es eso que no cuadra?

—Bueno, le eché las cartas y no mostró el mínimo interés. Ni se inmutó. Nada. Como si no se tratara de su vida.

—A lo mejor no cree en ello. Hortense lo obligó a venir porque está enamorada de él, eso es todo.

—¿De quién si no iba a enamorarse, la pobre? —Mamá abrió un agujero en la nieve con el pie y, cuando Rebecca no miraba, echó la colilla—. La señora Fronsac me preguntó si podía ponerme en contacto con los muertos —añadió.

—¿Y? —preguntó Rebecca—. ¿Puedes?

—No seas tonta —respondió mamá al tiempo que tapaba disimuladamente el agujero en la nieve.

Rebecca no dijo nada. Mamá miró el paquete de tabaco.

—El televisor no funciona —se quejó.

Rebecca soltó una risita.

—Eso podría habértelo dicho yo.

—Ah, no creo que esté estropeado —replicó mamá, muy digna, al tiempo que se colocaba bien la banda de la frente—. Y la gente tampoco lo cree. Pero la antena debería estar en el tejado, y si ayer no entendí mal el galimatías de Yves, esta mañana iba a ocuparse de ello, pero no se ha presentado. Tienes razón, ese tío da grima. Tuve un mal presentimiento en el acto.

—Tú y tus presentimientos —resopló Rebecca, y se levantó. Miró el prado de las cabras; en el sofá, tres de éstas daban un pequeño recital de balidos—. Qué raro que los muebles sigan ahí, ¿no? Yo me habría desecho de ellos hace tiempo.

Mamá asintió.

—Eso mismo dije yo. Hortense lo tradujo y Eric me miró atónito, como... como si aún le tuviera miedo al viejo señor.

—Quizá se pase una o dos veces al año y ponga reparos —aventuró Rebecca.

—Ése ya no pone nada. Está muerto. Pero nadie quiere decirme cómo murió. —Miró hacia el castillo con expresión de disgusto.

—Puedes ponerte en contacto con él —propuso Rebecca—. Mientras, llamaré a Yves. Creo que la señora Fronsac me dio su número una vez, por si necesitaba alguna reparación. Le preguntaré si va a colocarnos la antena en el tejado. Me gustaría ver una película. No estaría mal, ¿eh? Una película sobre un hombre lobo, para que sepas lo que tienes que fotografiar. ¿Qué te parece? —Le dio al aparato de hablar con el índice y el aparato graznó enfadado.

—Deberías tomártelo un poco más en serio. Y ahora vamos a comer algo —dijo mamá, que también se levantó, con una elegancia asombrosa—. Cocino yo.

Rebecca no pareció muy entusiasmada, pero asintió y siguió a mamá dentro de la caravana. En cuanto hubieron cerrado la puerta, al pie del viejo roble, bajo un montón de nieve, sonó un aparato de hablar.

Las ovejas contemplaban el humo negro que surgía de la caravana, primero sólo de la pequeña chimenea cubierta, después también de la ventana y finalmente de la puerta. Rebecca y mamá salieron a los escalones, tosiendo, y Tess se restregó el morro en la nieve.

—Macarrones con tomate —rezongó Rebecca—. ¡Macarrones con tomate! ¿Qué podía salir mal?

—No estoy acostumbrada a tu cocina —se excusó mamá.

—Llevas aquí más de tres semanas y todavía no te has acostumbrado a mi cocina... Y no fumes más. ¿Cómo puedes fumar ahora? Yo lo había dejado, ¿sabes?, y vas y te presentas tú. ¿Al menos has averiguado algo de mi ropa con tus artes adivinatorias?

—Todavía no. Pero probablemente fuera ese Yves. Me da en la nariz. Lo creo capaz de cualquier cosa.

Rebecca rió.

—No, para variar no fue Yves. El tipo es daltónico, no podría distinguir las cosas rojas. Me di cuenta cuando cogíamos manzanas en otoño. No paré de decirle: las verdes no, y él... uf, casi me vuelve loca.

—Esta tarde, con las cartas... —dijo mamá, no muy convencida.

—Déjate de cartas. Probaremos con otra cosa. Todavía tengo una pañoleta roja. —Rebecca esbozó una sonrisa torcida—. Y tú también puedes hacer algo. Quiero que esta tarde desaparezcas del prado. Ve a ducharte. Y llévate a Tess.

En efecto, esa misma tarde mamá obedeció inesperadamente y fue a ducharse, con Tess.

Rebecca las siguió con la mirada y poco después colgó la pañoleta roja, la última prenda de ese color que le quedaba, de un gancho en el exterior de la caravana.

—Para que se airee —dijo, guiñándoles un ojo a las ovejas, que formaban corro e intentaban parecer relajadas y al completo. Hasta entonces se habían librado milagrosamente del recuento.

La pañoleta roja tremolaba al viento como una llama.

Rebecca se puso el gorro-hogaza marrón, se envolvió en una pañoleta azul y cerró la caravana armando mucho jaleo. Después se

fue y desapareció por el portón de la finca. Las ovejas la siguieron con la mirada.

A los pocos minutos reapareció por una pequeña puerta que se abría en un lateral de la tapia. Desde lejos las ovejas casi ni la reconocieron, pues no llevaba nada rojo encima. Rebecca avanzó con cautela pegada al muro y después, protegida por los árboles frutales, se dirigió a la linde del bosque y desapareció en la espesura. Sin embargo, las ovejas aún la olían. El olor de Rebecca se acercaba al prado al amparo del bosque y finalmente se asentó cerca de la hermosa haya.

Las ovejas se miraron, movieron las orejas y se pusieron de nuevo a pastar.

Monsieur Fronsac recorrió la finca hasta la mitad, se dio en la frente con la mano y giró sobre los talones. En la tapia se abrió una puerta y apareció el jardinero, con un haz de leña en las manos. Madame Fronsac cruzó la finca y echó un vistazo a las ovejas. Un zorro se deslizó a lo largo del cercado. Aún era demasiado temprano para que nacieran corderos, a pesar de lo cual las ovejas no lo perdían de vista. Madame Fronsac cruzó la finca una segunda vez. Y una tercera. Miró deprisa a izquierda y derecha y hacia arriba, en dirección al castillo.

Se limpió en el delantal las manazas enrojecidas por el frío, se acercó corriendo a la cancilla y cruzó el portón hacia la caravana. Las ovejas empezaban a extrañarse. Tras echar más miradas de reojo a todas partes, la Morsa cogió la pañoleta y desapareció con ella detrás de la caravana, donde no se la podía ver desde el castillo. Pero Rebecca, que estaba escondida en alguna parte cerca de la hermosa haya, posiblemente viera sin problema a la Morsa.

Luego ocurrieron más cosas al mismo tiempo.

Hortense salió de la finca con el pequeño Jules de la mano, la Morsa sacó un cuchillo de pelar patatas y Rebecca dejó el bosque como un jabalí delicado pero decidido.

Esa vez no tenía que ver con el hambre. Antes Mopple había recibido una porción de forraje en toda regla. ¿Se debería al frío? ¿A la nieve quizá? Tanta blancura por todas partes podía aturdir por completo a una oveja.

Mopple seguía pastando sin más, con la cabeza hundida en la nieve, e intentaba pasar por alto la retama.

—Eh —silbaba la retama—. Ven aquí. Ven aquí, Mopple the Whale.

Mopple no miró. ¿Un arbusto de retama europeo, pelado a causa del invierno, que sabía su nombre? El asunto no le hacía ninguna gracia. Primero cabras imaginarias y ahora retamas parlanchinas. ¿Qué sería lo siguiente? Ya se veía enredado en vehementes discusiones con un matojo de hierba morruda. Mopple suspiró. Iba siendo hora de que acabara el invierno.

La retama empezó a arrojarle nieve, y Mopple poco a poco se fue enfadando.

—¡Para! —le ordenó al arbusto.

—Sólo paro si vienes —musitó la retama.

Ahora Mopple estaba seguro de que aquello era producto de su imaginación.

—Voy si luego te vas —repuso él con osadía.

—Hecho —contestó la retama. Tres cabras jóvenes, una gris, una rojiza y otra con manchas marrones, asomaron la alargada cabeza

entre las ramas.

—Yo soy Amaltée —se presentó la gris.

—Yo Circe —dijo la rojiza.

—Y yo Kalliope —dijo la de manchas marrones.

Mopple se sentó sobre los cuartos traseros de pura sorpresa.

—¿De verdad queréis hacer algo para acabar con el Garou? —quiso saber Kalliope—. Porque no bastará con un poco de brillo.

Mopple asintió valientemente.

—Pues entonces, ven —susurró Circe.

Las tres cabras dieron media vuelta y salieron al trote, meneando el rabo, hacia la ripia del cercado de las cabras. Mopple vaciló un instante, pero luego pensó en Zora y las otras expedicionarias, que tal vez se hallaran en apuros. Mopple quería hacer algo para acabar con el Garou. En la caravana parecía haber revuelo, y en un momento en que nadie lo veía se escurrió por la ripia y siguió, resuelto, a las tres cabras.

La Morsa chillaba, temblaba y sollozaba, Rebecca bufaba: «*Pourquoi? Pourquoi*?», Hortense exclamaba: «¡Becca! ¡Becca!», y las ovejas estaban pasmadas.

Rebecca había pillado a la Morsa. In fraganti. Con las manos en la masa. Eso estaba bien claro.

La pañoleta rescatada y el cuchillo se hallaban en la nieve, y todos estaban nerviosos.

—Me gustaría saber por qué —balbuceó Rebecca, demasiado furiosa para su pobre europeo—. Yo nunca le he hecho nada, ¡nunca! Si no me dice por qué, llamo a la policía.

—¡Becca! —exclamó Hortense en tono de reproche, pero después se puso a hablar con la Morsa.

La Morsa temblaba tanto que al principio fue incapaz de decir nada, ni siquiera en europeo.

Finalmente empezó a graznar, sollozar y sorberse la nariz, y lo único que las ovejas entendieron fue la palabra Garou.

—Quería ayudarte —afirmó Hortense.

—¡Y un cuerno! —replicó Rebecca—. ¿Es que cree que el rojo no me sienta bien o qué?

—El rojo es un mal color —explicó Hortense bajando la vista al suelo—. Aquí nadie lo lleva. —Respiró hondo, miró a Jules, que estaba junto a la cerca y miraba hacia la caravana con los ojos muy abiertos, y se acercó a Rebecca—. *Écoute*, Becca —añadió en voz baja—. El rojo es un mal color porque atrae al Garou. Puedes creerlo o no, pero es así. El pequeño del bosque llevaba una chaqueta roja, la mujer una falda roja y la niña un gorro rojo. Y como ella sabía que no la creerías, lo hizo, porque no quería encontrarte en la nieve. Y *le petit* era pariente suyo. Su nieto, que estaba de visita. Y ella le regaló la chaqueta. *Voilà*!

Rebecca bajó los brazos, miró fijamente a Hortense y a la Morsa y no dijo ni mu. La Morsa se enjugaba las lágrimas con la punta del delantal. Ahora que había arrancado a graznar no había quien la parara.

Cogió de una mano a Rebecca y siguió graznando y graznando.

—¿Qué ha dicho ahora? —susurró Rebecca.

—¡Becca! —suspiró Hortense.

—Quiero saberlo —insistió Rebecca en voz muy baja.

—Dice que no cenes con el *patron* esta noche —tradujo Hortense —. *Voilà*! Y ahora basta de tonterías. Tengo que ocuparme de Jules.

Dejó plantadas a la pastora y la Morsa y se fue con el pequeño. Jules le ofreció un peluche gris con trompa.

La Morsa siguió graznando un rato insistentemente mientras le acariciaba la mano a Rebecca. Después la abrazó (Rebecca se puso tiesa como un ajo) y acto seguido se fue a toda prisa al castillo.

Rebecca cogió la pañoleta roja de la nieve y le dirigió una mirada larga y crítica.

—Es absurdo —musitó—. Absurdo.

Las ovejas no creían que fuera absurdo. Habían visto el corzo en la nieve. No cabía duda: al Garou le gustaba el rojo.

Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo. Mopple no podía apartar la vista del animado movimiento de los rabos de las cabras. Como si esperaran algo ilusionadas. Se preguntó qué podía ilusionar a alguien allí, en esa tierra de nadie entre el bosque y la tapia de la finca. Se habían escabullido en silencio del prado y trotaban en silencio a lo largo del muro, las cabras delante, formando un pelotón, y Mopple detrás. A éste no le gustaba el silencio, y ahora reinaba un silencio excesivo, en la nieve y las piedras del muro, en el sendero, la retama y las zarzamoras pardas, hasta en su propio estómago. A Mopple le gustaban los ruidos que hacía su estómago, sobre todo los de la digestión, tan satisfechos. Pero su estómago no decía nada.

Bajó la vista hacia el borde del camino en busca de posibles hierbas, y cuando volvió a alzarla las cabras habían desaparecido.

Baló asustado y una cabra gris asomó la cabeza por una esquina de la tapia.

—No bales —le pidió Amaltée—. Ven.

Mopple recordó la cabeza negra y lista de Zora y giró en la esquina con resolución. Las cabras se habían detenido delante de una puerta de madera blanqueada por la inclemencia del tiempo. Circe pegó los puntiagudos cuernecillos a la puerta, que crujió y se abrió.

Mopple entró resignado.

Allí no había nada más que paredes. Un caos de muros, callejuelas, cubículos y boquetes. Y por todas partes olía sospechosamente a personas y máquinas, incluso a cerdos.

El gordo carnero se dio cuenta de que temblaba como un cordero lechal.

—No te preocupes —le susurró Circe—. Tenemos un plan. Cada cabra tiene un plan. Tenemos tres planes. Un plan B y un plan F, y si todo lo demás sale mal, un plan Z.

Mopple estaba a punto de sufrir otro ataque de hipo. Amaltée aguzó el oído, Circe aguzó la vista y Kalliope aguzó el olfato. Las tres cabras pensaban.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Mopple, nervioso.

—A Bernie —respondieron las cabras a coro—. Estamos buscando a Bernie.

13

—Por eso supo que no había nadie en la caravana —contó Rebecca —. Porque le llevaste a Tess.

—De modo que dejó sola a la vieja Tess —repuso mamá.

Rebecca fumaba y mamá revisaba las cartas una y otra vez. Tess estaba sentada y movía la cola cada vez que oía su nombre.

—No lo entiendo —dijo mamá al cabo—. Falta el Ahorcado.

—Vaya, pues me alegro. Me refiero a que es una historia triste, pero por lo menos no fue furia destructora ni nada parecido. Lo hizo porque le caigo bien.

—Falta el Ahorcado —repitió mamá—. Sin el Ahorcado ¿cómo voy a...?

Rebecca se encogió de hombros.

—Sin la Justicia tampoco puedes hacer nada.

—Eso es distinto —espetó mamá—. Muy distinto. El Ahorcado representa el sacrificio y el conocimiento. ¿Cómo se pueden leer debidamente las cartas sin sacrificio ni conocimiento?

Las ovejas se encontraban en el lado de la caravana por el que no daba el viento e intentaban no prestar atención a Rebecca. Desde que la pastora había arrojado la plata al cubo de la basura por segunda vez estaban enfadadas con ella.

—Seguro que no era la carta adecuada —aventuró Cordelia, tiritando—. Ahora Yves está debajo del roble, pero ¿de qué se supone que sirve?

—Mopple debería comerse otra carta —propuso Cloud.

—¿Dónde está Mopple? —preguntó Ramses.

Las ovejas echaron un vistazo. No estaba en ninguna parte.

Se arrimaron más las unas a las otras. Saltaba a la vista que eran menos. Primero Zora, Heide y Maude, la oveja centinela. Luego Othello. Ahora Mopple. Parecían más flacas, como si las hubieran esquilado. Hasta el momento todos sus planes contra el Garou no les habían proporcionado más seguridad, sólo habían conseguido que cada vez fueran menos ovejas. Esa vez nadie quería salir del prado para recuperar el papel de plata.

—¡Marcassin!

El peludo se había acercado a ellas, no lo bastante para rozarlas pero sí para que lo olieran. A nadie le importó. Una oveja más era una oveja más, y transmitía una sensación de calor y bienestar.

—¿Y qué me pongo esta noche? —preguntó mamá, clavando la vista en las cartas.

Rebecca respiró hondo.

—Te propongo algo —dijo—. Yo me encargo de que la antena acabe en el tejado y tú te quedas en casa esta noche.

—Te avergüenzas de mí, ¿verdad? —contestó mamá.

—No quiero dejar solas a las ovejas. Sobre todo después de lo que ha pasado. Pero me gustaría ir. Hasta ahora sólo conozco del castillo la cocina y la biblioteca.

—Consultaré las cartas —propuso mamá.

Rebecca, enfadada, lanzó el cigarrillo a la nieve. Las ovejas se olvidaron por un instante de no hacerle caso y quedaron asombradas.

—Siempre consultando las puñeteras cartas. ¡Siempre! ¿Qué demonios crees que hay en esas cartas que no haya aquí fuera, en el mundo?

—Nada. Pero a veces nos ayudan a ver.

Miss Maple miraba con curiosidad.

Rebecca no pronunció palabra.

—Me quedaré —añadió mamá.

Rebecca continuó sin pronunciar palabra.

—Por cierto, ha estado aquí Hortense —dijo por fin—. Con el niño... ya sabes, el más pequeño.

—Jules —repuso mamá—. Y no es tan pequeño.

—Quiere que le eches las cartas. ¿Lo harás? Pero no le cuentes ninguna estupidez.

Mopple the Whale estaba más que harto de las cabras, tanto de las reales como de las imaginarias. Le había bufado un gato atigrado amarillo y gordo y le había gruñido un cerdo apestoso, había estado a punto de hundirse en un estercolero y casi se había quedado atascado entre dos toneles enormes. Incluso había visto el coche extragrande dormido en un rincón. Pero por el momento ni rastro de Zora, Heide y Maude.

—Quiero volver —baló Mopple, pero de pronto las tres cabras parecían más sordas que Sir Ritchfield.

Finalmente se detuvieron, parapetadas tras un montón de leña.

—No está aquí —dijo Kalliope con un suspiro.

—Aquí no está —confirmó Amaltée.

—Ya sabéis lo que eso significa —terció Circe.

Las otras dos asintieron.

—Tenemos que dar una vuelta.

Su forma de decir «vuelta» no le hizo ninguna gracia a Mopple.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por dónde?

—Por ahí —respondieron las tres cabras al tiempo que miraban arriba. Muy arriba.

Mopple las imitó.

—¿Por el castillo? —inquirió en voz baja.

Circe asintió. Abandonó con cautela el cobijo de la leña y se dirigió al castillo. Detrás fue Amaltée. Luego Kalliope. Y, muy a su pesar, Mopple cerró la marcha.

Bordearon el foso que circundaba el castillo y dejaron atrás arbolillos tiesos y pelados y un cisne de piedra. El foso olía a agua. Mopple se arriesgó a mirar y se asustó: allí abajo trotaban otras tres cabras y un carnero. Un carnero bastante rollizo. A Mopple le habría interesado saber dónde encontraba tanta comida con la cantidad de nieve que había. Las cabras estaban más flacas y parecían más osadas. El carnero gordo miró apocado a Mopple. A éste le dio pena. Con tres cabras en el foso no había diversión que valiera. Por lo menos él estaba allí arriba, al aire libre, podía oler el viento y ver en todas las direcciones. El carnero gordo siguió trotando con valentía.

De repente salieron de la sombra del castillo y se vieron en una especie de meseta de piedra. Y detrás...

—¿Qué es eso? —preguntó Mopple.

—Eso —dijeron las cabras a coro— es el laberinto.

—Más a la izquierda —dijo Rebecca.

—Más a la derecha —la corrigió mamá.

Zach estaba en el tejado de la caravana, moviendo a un lado y a otro unos cuernos de metal. Las ovejas observaban.

Todas salvo Miss Maple. Al igual que de cordera le robaba a George jarabe de arce, ahora se disponía a robar una de las cartas de mamá de los escalones de la caravana. Tal vez esas cartas no funcionaran como la de carreteras, pero ayudaban a ver, había dicho mamá, y Miss Maple quería ver: la verdad y, en caso necesario, incluso al Garou. En la primera carta que se encontró había algo que se parecía un poco al castillo. Se veía gente volando por el aire. No resultaba especialmente apetecible, pero Maple no tenía tiempo de ser exigente, de modo que le dio un mordisco, masticó y masticó y por fin tragó. Era dura y seca. Y un poco amarga. No entendía qué les veía a las cartas Mopple.

Se apartó un poco de la caravana y miró alrededor. ¿Ya veía mejor? Veía a Zach, a mamá y a Rebecca, al rebaño y al peludo, a las cabras al otro lado de la cerca, el bosque y el castillo. Nada nuevo. Las cartas de mamá servían tan poco como el aparato de los ojos saltones. De repente Maple tenía la extraña sensación de que ni siquiera tenía que ver. De que ya había visto pero seguía sin entender. Tenía en la cabeza el rastro del Garou, en alguna parte, al alcance de la pata.

Cerró los ojos y continuó mirando. Esta vez no vio ni el castillo ni el prado. Sólo el mar. Y un río. No, en realidad no un río sino una carretera, con un cielo sombrío que anunciaba tormenta, el sol delante y el asfalto mojado, reluciente como un río. Ya no estaban en la carretera, porque la mujer del pelo tirante las había invitado. ¿Por qué las había invitado? Una araña que pugnaba por retirar de

su tela una hoja de abedul extraviada. El prado a la luz sesgada, amarillenta, momentos antes de que el sol desapareciera tras el castillo. E incluso cuando ya se había escondido detrás de éste se podía intuir la presencia del sol por los bordes luminosos. También se debía de poder intuir la presencia del Garou en su escondite humano. Pero ¿dónde estaban los bordes de una persona? Maple no lo sabía, y siguió mirando. El corzo en el bosque. La mirada de la pequeña cabra antes de seguirle la pista al Garou. ¿Por qué estaba tan empeñada en dar con él? A las otras cabras no parecía molestarles. Zach en el bosque. Hortense con el pequeño en el prado. El cabrero allí y el cabrero en el bosque. Yves bajo el viejo roble. ¿De qué servía eso? Tenía que servir de algo. De pronto Miss Maple supo con total seguridad que Rebecca no sentía remordimiento alguno en relación con Yves. De lo contrario, antes no habría intentado buscarlo con tanto ahínco. De manera que había sido otra persona, y esa persona debía de tener un motivo. Quizá la presencia de Yves bajo el viejo roble sirviera de algo. Pero ¿de qué?

Maple abrió los ojos.

—¡Ahí! —exclamaron a coro mamá y Rebecca. La pequeña cornamenta metálica en la caravana resultaba absurda.

—Por ahí —dijo Circe.

—Por ahí —repitió Amaltée.

—Por ahí —baló Kalliope.

Las tres cabras miraron en tres direcciones distintas, y Mopple the Whale lo hizo a derecha e izquierda.

—¿No hay otro camino? —se quejó.

Se habían metido en un laberinto de setos y detrás de cada uno aguardaba un rincón y otro y otro y otro y luego otro seto. Nada salvo rincones y setos. Era de lo más antinatural.

—Sí —repuso Amaltée—. Pero éste es más interesante. Por ahí.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que queréis? —Mopple estaba hasta la punta de los vellones de rincones y setos.

De repente las tres cabras le dirigieron una mirada reprobadora.

—Nosotras somos cabras —dijo Circe con afectación—. Nosotras no queremos nada.

—Pero no nos quedaremos sentadas cuando ronda el Garou —aseveró Amaltée.

—Digan lo que digan las ancianas.

—Las ancianas dicen mucho.

Las tres pusieron los ojos en blanco.

—¿Qué dicen las ancianas? —quiso saber Mopple.

—Que el Garou nunca se ha llevado a una cabra. Que el Garou deja a las cabras en paz.

—Y ¿qué hacemos aquí? —inquirió Mopple.

—Vosotras las ovejas queréis —aclaró Amaltée.

—Vosotras las ovejas queréis hacer algo para detener al Garou —añadió Kalliope.

—Nosotras las cabras sabemos dónde se esconde el Garou —aseguró Circe.

—Quizá —puntualizó Kalliope.

—Por lo menos sabemos quién es el que quizá sepa dónde se esconde el Garou —corrigió Amaltée.

—Por ahí —sugirió Circe.

—Por ahí —baló Kalliope.

—Quiero volver —dijo Mopple.

—Esto es un laberinto —explicó Circe en voz baja—. Aquí no se puede volver. Para volver hay que continuar. Por ahí.

—Creo que sabemos algo que no sabemos —explicó Miss Maple.

Las otras ovejas la miraron preocupadas. Había tenido mucho mérito por parte de Maple comerse una de las cartas de mamá, pero al parecer no le había sentado muy bien.

Se habían retirado a la trasera del establo para poner en común las averiguaciones, y Maple desvariaba.

—Creo que sabemos algo del Garou —comenzó de nuevo—. Algo que no nos ha contado la pequeña cabra. Algo que hemos visto... o que casi hemos visto. ¿Qué sabemos del Garou?

Las ovejas se devanaron los sesos. Plata y balas y ojos abrasadores y ungüento de lobo, todo ello puros disparates caprinos. Todo salvo el corzo. El corzo había sido real: estaba muerto y bien muerto.

—Debe de ser muy gordo —soltó de pronto Ramses—. Los corzos son grandes y pesados, y si se ha comido muchos corzos...

Se miraron. ¡Muy gordo! En ese caso el único escondite posible era la señora Fronsac.

Ensimismada, Maple miró un instante la caravana, donde Rebecca, Zach y mamá se tomaban de la mano.

—No —dijo al cabo de un instante con aire pensativo—. No, no tiene por qué.

—¿Por qué? —quiso saber el cordero de invierno.

—Porque no se come los corzos —respondió Miss Maple—. Y eso es... interesante.

De pronto no pudo por menos de pensar en los niños que jugaban en el portón de la finca a ser una oveja. Las ovejas arrancaban hierba y se la comían. Los niños arrancaban hierba pero no se la comían. Porque no eran ovejas de verdad. Porque sólo fingían serlo.

—Los lobos devoran corzos —razonó—. Y personas. Y... —suspiró, pero había que tenerlo en cuenta— ovejas. Sin embargo, el Garou no se comió el corzo, sólo lo... descuartizó. Como los niños la hierba. Los niños no sabían qué hacer con la hierba porque no son ovejas. Y el Garou no se come los corzos porque no es un lobo de verdad. Es un falso lobo. Un lobo producto de la imaginación de alguien.

Las ovejas mascaban. Tenían alguna experiencia con cabras imaginarias, pero con lobos imaginarios...

—Entonces ¿qué come? —inquirió Cordelia.

Lane se estremeció.

—Quizá se coma a la persona en que vive. Por dentro.

Circe quería ir a la izquierda, Amaltée y Kalliope optaban por la derecha y, cómo no, ninguna de ellas habría admitido que quería algo. Mopple también quería algo, irse, pero a nadie parecía interesarle.

—Megära también iría a la derecha —aseguró Kalliope para convencer a Circe—. Y Xantippe, y Arachne, también Io.

—Y Madouc —añadió Mopple. Lo más importante era continuar.

De pronto las tres cabras le dirigieron una mirada penetrante.

—Ah —baló Kalliope—, no tengas en cuenta lo que haga Madouc.

—Madouc no es una cabra —apuntó Amaltée—. Me refiero a una de verdad.

—¿Por qué? —preguntó Mopple.

—Hizo algo —repuso Amaltée.

—Horrible. Horrible —musitaron Circe y Kalliope.

—¿Y entonces? —quiso saber Mopple—. ¿Qué es entonces?

Las tres cabras se pusieron a cuchichear entre ellas.

—Tampoco es una persona —razonó Kalliope.

Circe volvió la cabeza y miró a Mopple por encima de su rojizo lomo.

—No sabemos qué es Madouc.

—El pastor la crió con una botella —contó Kalliope.

—La malcrió.

—Fue una imprudencia, una imprudencia —dijeron Circe y Amaltée.

—Y con la leche absorbió todas las necedades humanas.

—Fue una pena, una pena —comentaron Circe y Amaltée.

Las cabras rieron.

—Por ahí —baló Circe, y giró a la izquierda. Las demás la siguieron.

De repente el maldito laberinto estaba a sus espaldas.

Por fin, pensó Mopple.

Y luego pensó: ¡el Garou!

Acto seguido supo que tenía que haberse equivocado, ya que el Garou era uno y aquellos animales eran dos. Estaban sentados uno a cada lado de una puerta, en sendos pedestales, y gruñían calladamente.

Mopple y las cabras retrocedieron. Eran fieras, eso estaba claro, con garras largas y curvas y numerosos y afilados dientes afilados en las fauces. Permanecían agazapadas, pétreas, dispuestas a saltar.

—Por ahí —dijo Circe de pronto, con resolución, y dio un paso hacia la puerta.

—¿Estáis seguras de que son inofensivas? —preguntó Mopple.

—Seguras, no —respondió Amaltée.

—¿Qué es estar seguro? —preguntó Circe.

—El macho cabrío de un solo cuerno acierta en el medio —terció Kalliope.

Las otras dos cabras la miraron como si acabara de pronunciar una sentencia que revelaba una gran sabiduría.

—La piedra es una cosa y siempre, siempre, será una cosa —musitó Circe, pero Mopple advirtió que ante la mirada de los pétreos ojos de las fieras se les erizaba el pelo.

La cabra rojiza soltó una breve coz y cruzó la puerta al galope. La siguió la gris. Después la manchada. Ahora las dos fieras podían concentrarse por completo en Mopple.

Éste cerró los ojos, pensó en la bonita cornamenta de Zora y salió al galope.

Al otro lado de las fieras de piedra descubrieron un sitio precioso: una tentadora superficie abierta que en verano sin duda proporcionaría buenos pastos, rodeada de arbustos y abedules jóvenes, y más allá una casita blanca con algunas construcciones anejas. Lo único que turbaba la apacible estampa eran dos distantes manchas marrones en la blancura de la nieve: los dos hombres que siempre salían a pasear cruzaban el prado en dirección al castillo.

Mopple y las cabras se escondieron entre la retama y permanecieron a la espera.

Los hombres hablaban, no de muy buenas maneras. Resultaba extraño que dos personas que no se caían nada bien pasaran tanto tiempo juntas. Quizá les diese miedo ir solos al bosque. O quizá sí se cayeran bien, ya que de repente los dos rompieron a reír. Rieron y rieron y rieron hasta que, de la emoción, el gordo tuvo que sonarse en un vistoso pañuelo.

—¿Qué han dicho? —inquirió Mopple cuando los dos paseantes pasaron de largo resoplando.

Amaltée ladeó la cabeza.

—«Esta vez no tiene por qué parecer un accidente», ha dicho el bajito. ¿Es divertido?

—No lo sé —contestó Mopple—. ¿Y ahora?

—Aquí vive Eric; hace quesos de cabra —explicó orgullosa Kalliope.

—Antes también hacían quesos de cabra —añadió Circe en tono consolador—. Y si tenemos suerte aquí también vive Bernie.

—¿Quién es Bernie?

Las tres cabras se estremecieron.

—Bernie está loco.

Los cuatro echaron a trotar ágilmente hacia la casa blanca, de modo que no vieron al carnero negro que seguía a los hombres a cierta distancia.

—¿Cómo es que Madouc sabe tantas cosas del Garou si nunca lo ha visto, si nadie lo ha visto aún?

Maple seguía detrás del establo, pensando. Las demás ovejas, a las que el asunto se les antojaba demasiado complicado, se habían dispersado para pastar. Sólo la más taciturna del rebaño continuaba a su lado escuchando ensimismada.

—¿Y cómo es que mamá y la señora Fronsac saben que existe el hombre lobo?

La oveja más taciturna no sabía qué decir.

—Por Madouc no, en cualquier caso —prosiguió Maple—. De modo que debe de ser al revés: Madouc oyó la historia de boca de una persona. ¡Una historia humana! El Garou es un lobo inventado. Por eso puede vivir en una persona. ¡Vive en su cabeza!

La oveja más taciturna le dirigió una mirada inquisitiva.

Maple asintió.

—La cuestión es: ¿quién contó la historia humana? Y ¿cómo salió el lobo de la historia?

De repente olisqueó una pista importante. Clara y vasta como un camino. Como interlocutora, la oveja más taciturna era una fuente de inspiración sorprendente.

—¿Sabes lo que eso significa? —baló entusiasmada—. Significa que la persona no se transforma de verdad. Sólo piensa que se convierte en lobo. Y eso significa que quien ha visto al Garou puede reconocer a la persona. Pero nadie ha visto al Garou...

La oveja más taciturna bufó. Maple intuyó una especie de leve objeción.

—Tienes razón —afirmó—. Hay alguien que sí lo ha visto.

Miró hacia la retama, donde el peludo tomaba el sol tranquilamente.

—Y luego heredamos. Y después nos vinimos a Europa. Pero en Europa la cosa no ha salido bien. Luego me comí la carta de carreteras y ahora estamos aquí. —Mopple the Whale miró con orgullo a las cabras. Había decidido dar un poco de conversación para no pensar en tantas puertas abiertas... y en lo que pudiera acechar detrás de ellas. Alrededor de la bonita casa blanca había un montón de cobertizos y cabañas y establos menos bonitos, y las cabras iban olisqueando de puerta en puerta a modo de comprobación—. Pero ahora queremos marcharnos. En el coche. Por el lobo. Zora fue a buscar el coche y...

Las tres cabras lo miraron un tanto compasivas.

—¿Quién cree hoy en día en los lobos? —Pusieron cara de ser animales instruidos.

—Los lobos son una invención de los pastores —explicó Amaltée.

—Para poder someternos mejor —baló Circe.

—Porque no es fácil someter a las cabras.

Las tres estiraron el pescuezo en señal de rebeldía.

—Sin embargo, Kassandra opina que los pastores son una invención de los lobos —terció Kalliope.

—Qué sabrá Kassandra —espetaron Circe y Amaltée.

Las cabras siguieron trotando, enzarzadas en una disputa a media voz sobre pastores y lobos. Mopple iba detrás.

Pasaron por delante de una puerta metálica entreabierta. Dentro había claridad y olía raro, a leche y acidez y un poco a cabra.

—Mira —dijo Circe—. Qué interesante.

Mopple no quería mirar, pero acabó mirando. Dentro estaba Eric, atareado con sus quesos de cabra. Los metía en un líquido y luego los sacaba. A la luz blanca y fría los quesos relucían igual que lunas.

—Quesos de cabra —aclaró Amaltée entre burlona y orgullosa.

Mopple no tenía ojos para los quesos.

—El perro —musitó.

¡Y qué perro! Mopple nunca había visto uno así. Tan grande. Tan gris. Tan patilargo y greñudo. El perro dormitaba satisfecho, no muy lejos de la puerta, y sus patas perseguían criaturas en sueños por la nieve: carneros blancos y rollizos, supuso Mopple.

—No puede olernos —susurró Amaltée—. Dentro apesta demasiado a queso.

—Antes había muchos —cuchicheó Circe—. Para que los pacientes no se escaparan.

—Ah —respondió Mopple—. Ah.

14

—Más deprisa —pidió Zora.

—No puedo —se quejó Heide.

Maude no dijo nada, pero apenas era capaz de tenerse en pie para olfatear. En eso se veía lo cansada que estaba.

Y, milagrosamente, desde hacía algún tiempo Madouc ya no saltaba.

Habían seguido la nariz de la señal con el torreón, siempre por la carretera, hasta que Madouc afirmó ver algo a lo lejos, entre los árboles, tal vez el castillo, sin duda un edificio, y Maude dijo que olía cabras. Zora y Heide no vieron ni olieron nada, pese a lo cual decidieron investigar el asunto.

Sin embargo, el edificio desapareció de pronto, Maude ya no olía nada y una fuerte nevisca borró todas sus huellas. Desde entonces daban vueltas por el bosque y a esas alturas estaban demasiado cansadas hasta para tener miedo.

—¡Huellas! —exclamó Madouc, súbitamente agitada.

Así era: alguien había pasado por allí. Nítidas en la nieve, las huellas subían por una pendiente.

Maude las olisqueó con atención. Por fin había algo que oler.

—Una cabra —aseveró—. Y tres ovejas... —Aspiró hondo—. Ovejas de nuestro rebaño.

Heide soltó un balido triunfal. Si había más miembros del rebaño en el bosque, pronto podrían formar un gran rebaño, y así todo sería

la mitad de malo.

—¿Quiénes? —preguntó Heide nerviosa. Esperaba con todas sus fuerzas que Othello o, si era preciso, Sir Ritchfield estuviera con las ovejas.

Maude husmeó de nuevo.

—¡Zora! ¡Heide! ¡Y... una oveja desconocida!

—Ésas somos nosotras —apuntó Zora—. La oveja desconocida eres tú.

—No soy yo —negó indignada Maude.

Siguieron adelante, a la cabeza Zora, seguida de Heide, Madouc y, a cierta distancia, Maude, ofendida porque Zora la había llamado oveja desconocida.

De pronto Zora sintió una patada. Miró alrededor. Nada, sólo Heide detrás de ella, demasiado cansada para trotar y sin duda para dar coces. Y otra vez. Una patada en el vientre. Acto seguido supo de dónde procedía: ¡de su interior! Era una patada enérgica, vigorosa. La primera. Zora se sintió orgullosa de su cordero.

Se paró a pensar. Su cordero quería decirle algo. Zora echó un vistazo. La nieve volvía a empaparse de un azul nocturno, el bosque era negro y en las sombras se concentraba el frío. Su cordero tenía razón: debían comer algo antes de que oscureciera. Necesitaban descansar y un sitio protegido del viento donde pasar la noche.

—«¿Y qué?», dijo el anciano. «Pero cuando algo es real, siempre está ahí.» «¿Estás seguro?», preguntó el anciano, y se sonó ruidosamente la nariz. —Rebecca, pensativa, levantó la vista del extraño libro.

También las ovejas estaban pensativas. El Garou no siempre se encontraba ahí. A veces desaparecía en su persona. Pese a todo ¿era real? Rebecca se sonó ruidosamente la nariz. La puerta de la caravana se abrió y le dio en la espalda.

—¡Ay!

—¡Funciona! ¡Funciona! —dijo mamá, asomando la cabeza—. Y no se ve nada mal. El tal Yves probablemente no sea tan malo.

—Ya —repuso Rebecca, y añadió—: Me pregunto dónde se habrá metido. Es raro, no he vuelto a verlo desde ayer.

—Bah —dijo mamá, restándole importancia—. Tiene una mujer aquí, otra allá, en los pueblos, parece ser. En algún sitio andará.

Rebecca rió.

—Hay que reconocer que eres capaz de sentir cómo crece la hierba. A mí nadie me cuenta nada. Y eso que casi ni los entiendes. ¿Cómo consigues sacarle a la gente esas cosas?

Las ovejas pusieron cara de envidia. ¡Sentir crecer la hierba! Tenía que ser una bonita sensación, lozana y verde y joven y susurrante. Más bonita incluso que las historias, aunque no tanto como los balidos. Lane, Cloud y Cordelia se retiraron a un rincón tranquilo del prado para sentir crecer la hierba. Pero por mucho que lo intentaron, no lo sentían. En cambio, de la caravana salía música... y graznidos.

—No suena nada mal, ¿eh? —observó mamá—. Hoy voy a pasar una noche de lo más agradable.

—Pero si no entiendes nada —repuso Rebecca.

—De la película no —admitió mamá—, pero los anuncios sí. Los anuncios los entiende todo el mundo. Deseos, sueños, imágenes... Es la mejor forma de perfeccionarme, créeme. Además, hay un reproductor de DVD. Si también funciona, un día de éstos podemos

ver una película del hombre lobo, ¿no? La antigua, ésa es buena. ¿Conoces esa del jovencito guapo al que le crecen pelos por todas partes? Horripilante.

Las ovejas se miraron: no veían nada horripilante en los pelos. Al contrario, con algo más de pelo los jovencitos guapos saldrían ganando. Lo horripilante de las personas era precisamente que tenían muy poco pelo.

Rebecca suspiró.

—Por Dios, mamá, déjate ya de hombres lobo.

—Ya verás —insistió mamá, asomando la cabeza por la puerta—. Ya... anda, el lechuguino.

Rebecca levantó la cabeza. Junto a la cerca estaba el Arrendajo, saludándola. Luego abrió la cancilla y cruzó el prado hacia ella. Rebecca le devolvió el saludo.

Mamá cerró la puerta de la caravana y susurró:

—Dile que no estoy.

—Ya te ha visto —dijo Rebecca.

—Me da igual.

Durante un instante la pastora pareció enfadada, pero luego, cuando el Arrendajo se acercó, esbozó una sonrisa.

Las ovejas se apartaron un tanto de la caravana. Ya podían irse olvidando de la lectura.

El Arrendajo se detuvo a unos pasos de la caravana e hizo una pequeña y elegante reverencia.

—Perdone la intromisión, mademoiselle...

—Rebecca —dijo Rebecca.

—Rebecca —repitió el Arrendajo—. Sólo quería preguntar si esta noche podría venir media hora antes... La cocinera libra mañana.

—Claro —repuso Rebecca—. Sólo que, por desgracia, mi madre no va a poder ir. —Sonrió.

—Ah. —El Arrendajo no pareció alegrarse mucho—. Qué lástima. Bueno...

—¿De verdad es usted cirujano plástico? —inquirió Rebecca cuando él estaba a punto de irse—. Entonces ¿agranda o reduce las narices de las ricas? ¿Y... la pechuga?

El Arrendajo sonrió.

—Las narices son el pan nuestro de cada día, me temo —dijo. Las ovejas se dirigieron miradas significativas—. Pero lo interesante es dotar de una nueva forma a una cara. Caras desfiguradas en accidentes o caras deformes de nacimiento. Ésa es mi especialidad.

»Créame, de los pechos de las ricas me mantengo alejado. *Au revoir, mademoiselle*...

—Rebecca —insistió Rebecca—. *Au revoir* —añadió con una sonrisa, y en cuanto el Arrendajo le dio la espalda, se levantó de un salto y entró con el libro en la caravana.

—Mal —se quejó Willow, la segunda oveja más taciturna del rebaño, en un inusitado arrebato de locuacidad, y sus compañeras tuvieron la sensación de que no se refería únicamente al brusco final de la lectura.

—En realidad no es culpa suya —apuntó Cloud—. Rebecca es un poco como un cordero: curiosa. Se distrae con una mariposa y olvida las cosas importantes. Igual que las historias.

Cloud era una oveja madre con experiencia. Sabía de esas cosas.

—¿Mariposas? —baló entusiasmado Sir Ritchfield, que también era un poco como un cordero: le gustaban las mariposas.

Las ovejas bajaron la cabeza. Cabía la duda de si Sir Ritchfield volvería a ver mariposas.

—¿Tú lo hueles? —susurró respetuosamente Amaltée.

Las tres cabras se habían escondido detrás de un bidón para recoger agua de lluvia y olisqueaban.

—Sí —se lamentó Mopple. Un penetrante hedor a cabra envolvió de repente la bonita casa y su pequeño rebaño de establos, cabañas y cobertizos. Era distinto del de las otras cabras que Mopple había olido hasta entonces. Más viejo. Más intenso. Más maduro.

—Sí, es aquí —dijo Circe en voz queda. Por primera vez parecía preocupada... y un poco asustada.

Mopple siguió oliendo.

—Viene de ahí detrás —aseguró. Más allá, algo alejada de los demás edificios, se alzaba una torcida cabañita de madera. Apestaba y tenía un aspecto siniestro—. Yo espero aquí —dijo al tiempo que se ocultaba más en la sombra del bidón.

—De eso ni hablar —espetó Amaltée.

—¿Acaso crees que te hemos traído por gusto? —inquirió Circe.

—¡Vamos, muévete! —exclamó Amaltée.

—No es que no nos agrade tu compañía —lo consoló Kalliope—. Pero estás aquí para grabarte algo en la memoria.

—Y contárselo a las otras lanudas —apuntó Circe.

—A ti te creerán —baló Amaltée—. Eres su oveja memoriosa.

Mopple suspiró, pensó en las pezuñas seguras de Zora y salió trotando con resignación en pos de las cabras.

Acto seguido se vieron delante de una puerta entreabierta. El hedor era casi insoportable, y las cabras titubearon.

—¿Y ahora? —quiso saber Mopple.

—Silencio —silbaron las cabras—, o de lo contrario nos oirá.

—Entonces ¿cómo queréis preguntarle algo sin que nos oiga? —susurró Mopple.

—Todavía no lo sé —admitió Amaltée—. Tampoco sé por qué está abierta la puerta. Debería estar cerrada.

—Mejor —afirmó Mopple—. Podemos entrar sin más y preguntarle.

—Y él puede salir sin más —repuso Circe.

Mopple se paró a pensar un instante. Empezaba a anochecer y lo último que quería era topar en la oscuridad con el perro lobuno de antes.

—Echaré un vistazo —se ofreció y, conteniendo la respiración, metió la cabeza por la puerta. Sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra. Sacó la cabeza y aseguró—: Ya sé por qué está abierta la puerta. Mirad.

Las cabras metieron la cabeza por la puerta y miraron, arriba Circe, que era alta y larguirucha, en el medio Kalliope y abajo Amaltée, la más pequeña. Paja amarilla en el suelo y un olor maravilloso, rico, tan denso que casi se podía ver, como humo o niebla o un velo de secretos y telarañas. Y tras ese velo, durmiendo, con la barba de chivo hasta el suelo, había un macho cabrío. ¡Qué viejo era! ¡Qué viejo debía de ser! ¡Tenía que haber vivido muchas vidas! Y la cornamenta...

Las cabras sacaron la cabeza.

—Con esos cuernos no puede salir por la puerta —dijo Kalliope—. Pero no lo despertéis.

—Dormido es imposible preguntarle nada —dijo Mopple, que empezaba a impacientarse. Era hora de estar en el establo, y lo que quería era estar en el establo.

—El gordo tiene razón, cabras —dijo de repente una voz, tan baja que Mopple y las cabras tardaron un momento en saber de dónde procedía.

Volvieron a asomar la cabeza: Bernie había despertado y las miraba con unos ojos jóvenes y luminosos.

—¿Por qué no pasáis? —las invitó—. Podemos comer un poco de heno, heno fresco, y las señoras pueden hacerme todas las preguntas que quieran. Me gustan las preguntas. Y las cabras de una belleza tan deslumbrante me gustan aún más.

Las tres rieron tímidamente.

Mopple no se hizo de rogar. Una pezuña ya había cruzado el umbral e iba directa al heno.

Las cabras dejaron de reír en el acto.

—¡No vayas! —advirtió Amaltée aterrorizada—. Bernie ataca a todo lo que entra por esa puerta. ¡A todo! ¡Hasta al viento! ¡Hasta al sol!

La pezuña de Mopple se congeló en el aire.

—Por desgracia la señora tiene razón, gordo —admitió Bernie con amabilidad—. Una lástima, porque el heno es muy bueno.

Mopple dio un paso atrás.

—Está loco —dijo en voz baja y reverente—. Completamente loco.

—Y no vayáis a salir corriendo ahora por esta nadería —espetó Bernie desde la penumbra del establo—. Supongo que las señoras

también pueden formular sus preguntas desde ahí fuera. Aunque lo del heno es una lástima. —Era la cabra más amable que Mopple había conocido en su vida.

Circe se puso a bailotear nerviosamente.

—Venga, preguntad. —Mopple quería volver a casa.

—Es una pregunta de hace muchos, muchos años —musitó Amaltée.

—Por lo menos cinco —precisó Kalliope.

Las jóvenes cabras se estremecieron al pensar en semejante cantidad de tiempo.

—Tú aún estabas en el prado —terció Circe—. Solo en un prado, porque ya entonces lo atacabas todo.

—Lo dice Kassandra —apuntó Amaltée.

—Ah, el prado... —Bernie suspiró—. Y las cabras. Cabras de hermosos cuernos, de pelaje fragante, de ojos vivarachos. ¿Crees que el cercado me habría mantenido alejado de las señoras, de sus aromáticos lomos? ¡Bah! —Las pezuñas delanteras de Bernie trazaban misteriosos dibujos en la paja.

Los ojos de las cabras brillaban de admiración.

—Kassandra también dice que por aquel entonces en invierno parió una cabra.

—Fuera.

—En la nieve.

—Pero el parto salió mal y la cría murió y la cabra madre sangró y sangró.

—Un cabritillo blanco —puntualizó Amaltée.

—Una cabra madre blanca —añadió Kalliope.

—Y luego llegó el Garou, el joven Garou, aún inexperto en la caza, y persiguió a la cabra madre por la nieve —contó Circe.

—No podía evitarlo —aseveró Kalliope.

—Y todo era rojo —continuó Amaltée, y se estremeció.

—Y luego llegaste tú.

—Saltando la cerca, como si él no estuviera.

—Y ahuyentaste al Garou.

—Según Kassandra.

—Kassandra estaba presente.

—Kassandra se acuerda.

—Pero entonces Kassandra ya estaba ciega y no vio al Garou —explicó Amaltée.

—Pero tú, cuernibello, tú sí viste al Garou, hace muchos, muchos inviernos —lo halagó Circe.

—¿Quién, trotapastos? —susurraron las tres cabras a coro—. ¿Quién era el Garou?

—Ay —musitó Bernie—, señoras, señoras. No seáis tan impetuosas. La juventud es una extraña pulga. —Alzó la vista y miró hacia la puerta, más allá de Mopple y las cabras, a lo lejos—. Me acuerdo... —empezó, ensimismado—. Me acuerdo de tantas cosas... De la forma de las nubes ese día, formas bellas, alargadas como juncos en invierno, y de la multitud de luces. Entonces el castillo tenía más ojos que ahora. Me acuerdo de que Calypso estaba en celo, en pleno invierno, menudo placer, y yo sólo pensaba en ella. Pero del rostro del Garou no me acuerdo.

—Ah —musitaron las cabras.

—Era como una persona —continuó Bernie—. Igual que una persona. Eso me extrañó, al menos entonces. Las personas no son

buenas, pero las personas son distintas. ¡Caminan sobre dos pies! ¿Cómo distinguirlas con tanto pelaje?

Bernie enmudeció, y el aullido intenso, estridente de un perro rompió el silencio. ¡El perro lobuno! Había encontrado su rastro. Las cabras se volvieron y salieron corriendo en tres direcciones distintas, de acuerdo con el plan B, el plan F y el plan Z. Mopple no tenía ningún plan y no supo a cuál de las tres seguir. Le daba la sensación de que el perro lobuno no iría al establo de Bernie, pero por otra parte...

Vaciló demasiado. Entre los establos ya había aparecido una masa oscura y espumeante que iba directa a Mopple. Si echaba a correr estaba perdido. De modo que cogió aire, todo el que le cupo en el rollizo cuerpo, y se refugió en la oscuridad resinosa del establo de Bernie.

Othello se detuvo. El viento bufaba, demasiado cortante y frío para oler debidamente, y demasiado ruidoso y aullador. Pese a todo estaba seguro de que a la vuelta de la esquina había alguien.

Aguardó un momento para recuperarse. Había sido un día largo y confuso. Primero había seguido al paseante en su paseo. El paseante no paseó, sino que fue dando grandes saltos por la nieve, a diestro y siniestro, hasta el arroyo. Entonces se metió en el agua con sus botas altas y oscuras y fue un rato aguas abajo. En un principio a Othello le pareció una forma de avanzar particularmente absurda, pero después lo entendió: el paseante quería borrar su rastro. No era tan absurdo como parecía. Y mientras lo seguía por la orilla, Othello tenía la impresión cada vez mayor de que el hombre

era mucho menos tonto de lo que había creído. Se movía poco, de manera precisa, y a pesar de su gordura con una elegancia sorprendente. E incluso más tarde, cuando el paseante salió del agua, Othello observó que tampoco era que fuese gordo de verdad. El hombre no salió por la orilla, sino trepando por la raíz de un árbol, y desde allí se subió a un roble, muy arriba, se acomodó en una rama gruesa, se quitó las botas oscuras, las metió en una bolsa y escondió ésta en un agujero del tronco. De ese mismo agujero sacó otras botas muy parecidas, pero que a Othello se le antojaron más pequeñas. A continuación pasó del roble a un haya y de ahí a otro roble, y finalmente, casi sin hacer ruido, se dejó caer en la nieve, en un punto donde ya había huellas, de distintos tamaños, que iban arriba y abajo. En el corazón del bosque se oyó de nuevo el chasquido de una rama, y Othello supo que el hombre debía de ser muy valiente para subirse a los árboles con el tiempo que hacía.

A continuación el hombre se puso a pasear con fingida inocencia hasta que topó con el paseante más bajo. Éste le preguntó algo, y el gordo graznó cohibido.

El bajito respondió sulfurado.

El alto contestó en el mismo tono.

Estuvieron graznando un rato y después siguieron paseando, juntos, como siempre.

Othello los siguió. No fue fácil, ya que para ser personas los dos parecían extraordinariamente ágiles y despiertos. Una vez estuvieron a punto de descubrir a Othello en la sombra de los árboles. Éste no acababa de entender lo que estaba pasando, pero sí sabía que aquellos dos individuos eran peligrosos. Y no sólo para los corzos.

Maple lo entendería; Othello sólo tenía que limitarse a mirar.

Siguió a los hombres en su paseo, que en realidad no era un paseo, por anchos senderos del bosque, bordeando un pequeño lago, dejando atrás una bonita casa blanca, atravesando una pradera y cruzando una puerta de piedra flanqueada por dos animales. Los hombres se reían.

Othello observó precavido a los animales. Son leones, pensó, pero no leones de verdad, claro. Los verdaderos leones olían a truenos y pelo quemado, y esos de ahí estaban cubiertos de nieve. Othello franqueó la puerta.

Nada más rodear el castillo, los dos hombres se arrebujaron más en su manto de inocencia, cada movimiento una mentira.

En el zoo Othello había vivido junto a un viejo chacal que se hacía el cojo hasta que los pardales del zoo se movían por su recinto tan tranquilos y picoteaban la carne que a él le echaban de comer. Cuando estaban lo bastante cerca, el chacal aprovechaba la oportunidad. Los pajarillos siempre lo olvidaban. Esos hombres también fingían. Era evidente que se disponían a cazar. Y no sólo corzos.

El carnero negro los siguió hasta que desaparecieron en una de las construcciones más grandes de la finca. Dentro ardía un pequeño fuego y olía a comida. Madame Fronsac les abrió la puerta y los saludó amablemente graznando. Othello ya había visto bastante. Sabía más o menos dónde estaba el prado, y quería volver a cuidar de su rebaño. Tenía que hacerlo.

Pero ahora, tras una esquina de la tapia, alguien lo acechaba. Othello se había pasado el día entero persiguiendo a los dos hombres y no tenía ninguna gana de jugar al escondite. El carnero

negro bajó sus cuatro cuernos puntiagudos y dobló la esquina a galope, describiendo un amplio arco.

—¡Othello! —exclamó Mopple.

—¡Mopple! —baló Othello, y se detuvo justo a tiempo.

A Mopple le temblaron las patas de alivio. También había notado que había alguien a la vuelta de la esquina, y cerró los ojos con la esperanza de que se tratara de algo inofensivo. El gordo gato atigrado, quizá, o a lo sumo la señora Fronsac. Pero Othello era mucho mejor. No era inofensivo sino el manso, y protegería a Mopple, al que le venía bien algo de ayuda.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Othello.

—Las cabras... el macho cabrío... yo ya no sé... —Mopple estaba al borde del ataque de nervios.

En un primer momento Bernie no se movió y el perro pastor se quedó en la puerta echando espumarajos, con los ojos encendidos y el pelo erizado. Mopple temblaba.

—No entrará aquí —afirmó al cabo Bernie con cierto pesar.

Fuera alguien silbó y el perro soltó un gañido. Después, por la puerta sólo entró oscuridad.

El viejo macho cabrío sacudió la cabeza y estiró el pescuezo.

—He... he pensado que voy a probar un poco de ese heno —dijo Mopple con un hilo de voz.

Bernie retrocedió unos pasos y tomó impulso.

—¿Por qué eres tan agresivo? —preguntó Mopple.

—No lo sé —repuso Bernie con suavidad—. Las cosas son como son.

Bajó su enorme cornamenta acaracolada y despacio, muy despacio, tanto que Mopple pudo ver cada uno de los pelos de su

barba de chivo, se abalanzó hacia él.

Mopple se echó a un lado cuanto pudo. Los cuernos se estrellaron contra la madera y el cobertizo se sacudió. Mopple se tambaleó. Esperaba sentir dolor, pero el dolor no llegó.

—Ahora abre los ojos —pidió Bernie en tono amable.

Mopple parpadeó y volvió a cerrar los ojos deprisa. A un paso de él el vetusto rostro caprino de Bernie flotaba en la oscuridad. Mopple, que seguía con los ojos cerrados, esperaba a que pasara algo terrible, pero no pasó nada. Abrió de nuevo los ojos. Tardó un rato en comprender por qué no pasaba nada: Bernie y su poderosa cornamenta se habían quedado atascados entre la pared del establo y el pesebre.

—Ah —dijo Mopple, extrañamente afectado.

—Estas cosas pasan —contestó Bernie como si tal cosa—. No hay de qué preocuparse. Nos da la oportunidad de charlar un poco. —Y lo miró expectante.

A Mopple no se le ocurrió nada.

—Eres una oveja, ¿no? —preguntó Bernie.

Mopple asintió.

—Y fuera hay más ovejas, ¿no? Y queréis hacer algo, ¿no?

Mopple volvió a asentir.

—Hay algo que deberíais saber del Garou —continuó Bernie, y movió de tal modo los cuernos que la cabaña se tambaleó—. El anciano sentía debilidad por los animales peligrosos. Tenía a sus perros y me tenía a mí y... es probable que también criara al Garou. Debéis preguntaros dónde habría escondido el anciano al Garou. En alguien que no se marchase, diría yo. En alguien que se quedara aquí.

—¿Quién es el anciano? —Mopple se imaginaba a una persona con cuernos y una imponente barba de chivo.

Bernie sacudió la cabeza. El pesebre tembló.

—El anciano no es. El anciano era. Pero dejó trampas puestas. Trampas en las cabezas, trampas lazo y trampas golpe. Estaba más loco que todos sus locos juntos. A mí me daba azúcar, así de loco estaba. Será mejor que te vayas antes de que me suelte.

A Mopple no le hizo falta que se lo dijera dos veces. Se deslizó torpemente por delante de Bernie y salió por la puerta. Después se quedó allí plantado sin más, respirando. ¡Qué bien olía el aire! ¡Qué claro era el cielo! ¡Y qué bella era la vida!

A partir de ese instante todo fue huir: de las casas bonitas, del olor del perro lobuno y la peste a cabra, de la oscuridad del bosque y las voces de las personas, adelante, adelante, por la nieve endurecida, que le mordía los corvejones. Mopple acabó encontrando el camino de vuelta al castillo, al que rodeó hasta la esquina tras la cual acechaba alguien.

—Nos vamos —dijo Othello—. Ahora mismo.

Pero antes de que les diese tiempo a dirigirse hacia el portón oyeron pasos... y voces.

Ambos volvieron a situarse tras la esquina, en esa ocasión los dos en el mismo lado.

—... Y qué lástima que su mamá no pueda venir —decía el Arrendajo.

—Bueno, es que se acuesta temprano —repuso Rebecca—. No hay nada que hacer. Duerme como un tronco.

—Haré que alguien le lleve un buen vino —propuso el dueño del castillo.

—Ah, no —se apresuró a decir Rebecca—. No... no creo que sea buena idea. El vino es...

—¿Un problema?

—Perjudicial para su salud —puntualizó Rebecca—. ¿A usted no le preocupa? —añadió.

—¿Su mamá? —inquirió el dueño del castillo con un deje de satisfacción.

—El asunto del corzo. Es antinatural.

—Lo cierto es que tenemos demasiados corzos, ¿sabe usted? Y, estrictamente hablando, tampoco es que sea algo antinatural.

—¿No? —preguntó Rebecca—. ¿Por qué?

—Bueno, los primeros organismos eran unicelulares. Los organismos unicelulares no envejecen, sino que se dividen una y otra vez. Esos organismos son inmortales. —E hizo una pausa dramática. Era evidente que aquello le divertía—. Pero, como es natural, también hay organismos unicelulares que mueren: cuando son devorados por otros organismos unicelulares. La evolución devora a sus hijos. La primera muerte fue una muerte violenta; a decir verdad, la muerte violenta es la más natural.

Rebecca permaneció en silencio, pero Othello y Mopple, que conocían bien a su pastora, oyeron que pensaba: estupendo.

—Desde luego, estoy colaborando con la policía para que este asunto se esclarezca cuanto antes —aseguró el Arrendajo. Algo en su forma de decir «policía» despertó la curiosidad de Othello, que asomó la cabeza con cautela.

Rebecca y el Arrendajo se habían detenido a la luz de un farol. Rebecca sonreía. Tenía los labios muy rojos. El Arrendajo estaba de

espaldas a Othello, muy cerca de Rebecca. Demasiado cerca, para el gusto de Othello.

—Miente —afirmó Mopple.

Othello asintió. El Arrendajo no quería ayudar a la policía. En absoluto. Pensar en la policía lo ponía nervioso.

Othello se despegó de la sombra del muro y echó a andar hacia Rebecca y el Arrendajo.

—Espera —pidió Mopple—. Creía que nos íbamos.

Othello se volvió.

—Es nuestra pastora —afirmó—. Y él miente.

Mopple pensó un instante. ¿Pasar otra vez por los oscuros edificios de la finca solo? ¡No! Prefería ir con Othello. A donde fuera. Intentó no pensar mucho en ese «a donde fuera» y salió trotando detrás del manso.

—¿Es eso un lobo que le aúlla a la luna? —preguntó Rebecca en la puerta del castillo—. ¿El escudo de la familia?

El Arrendajo soltó una risita.

—Mi familia no tiene escudo. Mi padre compró el castillo. Para su clínica. A veces pienso que por desgracia. Aunque es un edificio imponente. No, de ser un escudo, sería el de Eric.

—¿De Eric?

El Arrendajo asintió.

—Su padre le vendió al mío el castillo y conservó únicamente el pabellón.

—No lo sabía —repuso Rebecca—. Y ¿qué pone debajo?

—*La lune n'est pas trop loin*. La luna no es inaccesible. Mi padre... —El Arrendajo calló.

—¿Su padre? —lo animó Rebecca.

—Bueno, es que acabo de recordar que mi padre siempre lo traducía de otra manera: «La locura no está lejos.» ¡Y cuánta razón tenía! Espero que le guste el pescado.

—Hum... pescado —dijo Rebecca—. Me encanta.

También mentía.

15

—Las narices son su pan —dijo Ramses, y se estremeció.

—Y la ha invitado a comer —añadió Cloud.

Las ovejas dirigieron una mirada adusta al castillo, donde Rebecca y el Arrendajo habían desaparecido entre las edificaciones anejas.

El plan del Arrendajo era más que transparente, y si Rebecca hubiese pensado un poco más en las historias y un poco menos en sus labios rojos, seguro que habría adivinado sus intenciones. Pero así... Las ovejas miraban perplejas. Una pastora sin nariz no sería lo mismo.

Estaban a punto de volver al establo cuando monsieur Fronsac llegó al prado. Iba deprisa, con una botella en la mano. Llamó a la puerta de la caravana, graznó, metió la botella por la abertura y regresó al castillo. Tess se escabulló y se revolcó en la nieve.

Poco después llegó al prado un ronroneo. Un ronroneo suave, metálico, como de un enorme gato mecánico.

—Un coche —aventuró Lane.

Las ovejas otearon la carretera, por donde solían parar los coches, pero allí no había nada. Sólo oscuridad.

Al cabo de un rato sí llegó un coche. Se deslizó cauteloso por la finca con los ojos cerrados y, tras estremecerse, enmudeció. Se apearon dos hombres oscuros y una mujer de cofia blanca que debido a las sombras parecía azul. El hombre más bajo (tampoco es que fuera especialmente bajo) mostraba movimientos bruscos,

violentos. El coche le tenía miedo. Los otros dos tal vez le tuvieran un poco de miedo también.

Los tres se encaminaron hacia el portón que llevaba directamente a la torre, y el coche siguió su camino aliviado, con los ojos cerrados por la oscura carretera, alejándose del castillo.

Todo transcurrió de manera silenciosa y suave y sólo duró unos instantes, pese a lo cual a las ovejas les causó un extraño desasosiego. Estaban seguras de que acababan de presenciar algo que podía definirse como subrepticio. Pero ¿de quién? Y ¿para qué?

Cuando por fin estaban a punto de ponerse cómodas en el establo, los balidos airados de Ritchfield las devolvieron al prado.

Ritchfield estaba en la nieve, intranquilo.

—¡Rebecca! —balaba—. ¡Rebecca tras las ventanas! ¡Ninguna oveja puede abandonar el rebaño!

—A menos que vuelva —añadió Cloud en tono tranquilizador.

Las ovejas se pararon a pensar. A veces el viejo manso podía estar un poco confuso, pero seguía teniendo la mejor vista. Y Rebecca era importante.

—¿De verdad ves a Rebecca? —preguntó Lane.

Ritchfield le dirigió una mirada interrogativa.

—¡¿Ves a Rebecca?! —chilló Lane.

El viejo manso asintió nerviosamente.

—Está... —Pero se puso a estornudar—. Está... —Resollaba y tosía —. Va... —Jadeaba y estornudaba. Después levantó la cornamenta y dirigió una orgullosa mirada de manso hacia las ventanas iluminadas. Las ovejas lo observaron con admiración.

—¿Y bien? —quiso saber Miss Maple.

—Y bien qué —bufó impaciente Ritchfield.

—¿Qué hace?

Ritchfield reflexionó un instante.

—Nada —repuso.

—¿Nada? —repitieron las ovejas, incrédulas.

—Está ahí sin hacer nada —confirmó Ritchfield—. Y el Arrendajo tampoco hace nada. Lleva una cinta roja al cuello. Pero sin campana. —No quería dar la impresión de que no distinguía las cosas. Dirigió otra mirada escrutadora al castillo—. Y ahora... —Baló asustado—. ¡Él acaba de morderle la mano!

Las ovejas se miraron; aquello confirmaba sus peores sospechas.

—Rebecca debería marcharse —sugirió Ramses—. ¿Se marcha?

—No —respondió Ritchfield—. Pero tiene la cara roja. Van hasta la ventana siguiente, y... —Otro balido de sorpresa—. ¡Pero si ahí está Othello! ¡En otra ventana!

El rebaño lo miró con escepticismo.

—¡Y Mopple!

—¿Mopple? —dijo Cordelia—. ¿En el castillo?

—Comiendo flores —precisó Ritchfield.

Las ovejas se lanzaron miradas significativas: en invierno no había flores. Estaba claro: ¡Ritchfield fantaseaba!

—Y frutas —aseguró—. En una mesa.

—Y hierba de verano, ¿verdad? —lo puso a prueba Heide.

—No —repuso—. Hierba de verano no. Pero sí un trozo de tela. Y Othello está junto a un jabalí. —Suspiró. Estaba a punto de perder lo que quedaba de su credibilidad de manso, pero... ¡cómo olía el aire! Como un día de su juventud, un día claro, frío, bello...

—¿Y Rebecca? —quiso saber Miss Maple.

—George está en la caravana —respondió Sir Ritchfield, abismado en sus meditaciones.

Por fuera el castillo parecía mayor que el establo. Mucho mayor. Pero por dentro era más pequeño. Una habitación y otra y otra, y todas pequeñas y acechantes. No tenía sentido. ¿Para qué una cosa tan grande si dentro había tan poco sitio entre tantos recovecos y paredes y cosas?

Antes las ovejas envidiaban un poco a los moradores del castillo la agradable sensación que debía de producir tener el cielo encima, pese al tejado, en un edificio tan alto. Ahora a Othello le extrañaba que los habitantes del castillo no las echaran del establo para instalarse en él, donde se podía ver el cielo a través de una ventana y respirar copos de nieve. No es que él fuera a dejarse echar así como así. Y menos para instalarse en un sitio semejante. Allí sólo se respiraba polvo y aire enrarecido, demasiado calor y un poco de ceniza. Ni agua ni hierba. ¿Por qué quedarse en un lugar donde no se podía oler la hierba? Paredes. Recovecos. Aberturas. Othello se paró a pensar qué clase de criaturas debían de ser las personas si se sentían bien allí. Animales de pastoreo desde luego que no. Animales de rinconeo. Seres de resquicios, hendiduras y rendijas. Mopple pensaba menos. Trataba de sacar el mayor partido de la historia del castillo y probaba todo lo que le parecía medianamente comestible. El que comía no temía. Al menos no tanto.

Habían seguido a Rebecca y al Arrendajo a las entrañas del castillo, recorriendo baldosas resbaladizas, sonoras losas y gruesas

alfombras aterciopeladas, y las cosas cada vez eran más extrañas. Calor veraniego y flores y frutas en invierno, pequeños fuegos cautivos que crepitaban enojados y ahora una pared llena de rostros humanos. Los rostros tenían los ojos cerrados y no eran de verdad.

—¿Obras de arte? —preguntó Rebecca, titubeante.

—Más bien lo contrario —respondió el Arrendajo—. Naturaleza. Libertad. El fin de la civilización.

—Es arte, entonces —insistió Rebecca.

—No creado por el hombre, en cualquier caso. No verdaderamente. Son máscaras funerarias.

Rebecca, en el extremo opuesto de la habitación, dio un paso atrás, nerviosa.

—¿Máscaras funerarias?

—Las llamamos máscaras, pero en verdad lo que estamos viendo aquí es el momento en que caen todas las máscaras. Observe lo bellos que son los rostros una vez desprovistos de la maraña de pensamientos. Como si la condición humana fuese una enfermedad y de pronto volvieran a estar sanos e íntegros. Completamente distendidos. Cuando me planteo cómo modelar una cara suelo venir aquí.

—Son bonitas —comentó Rebecca en voz baja—. ¿Lo hace a menudo? Rostros íntegros, me refiero.

—De vez en cuando —respondió el Arrendajo—. Siempre es algo muy especial. Un nuevo rostro es una vida nueva. Por aquí.

Ambos continuaron despacio, pero Mopple y Othello permanecieron un instante ante la pared de los rostros.

—Hace caras —dijo Othello, cuya imaginación casi superaba la de una oveja—. ¿Habrá sido cosa suya la buena cara de mamá?

Mopple había descubierto un jarrón con flores y mascaba desconcertado.

Estaba oscuro. Demasiado oscuro. De pronto, Maple tuvo la certeza de que ya no se encontraba en el establo. Soplaba el viento. Olía a abetos y más nieve.

Soltó un balido quedo y desapacible.

Oscuridad.

Silencio.

Estaba sola.

Pero de repente vio algo. Algo muy luminoso que salió del bosque, salvó la cerca como si no existiese y fue directo a ella. Una luz. Una oveja. Parecía el peludo desconocido, pero sin musgo. Era de un blanco radiante y una palidez lunar.

Maple supo que se trataba de la oveja luna.

Dejó de mascar —hasta ese momento estaba mascando— y se enderezó. Uno no topaba con la oveja luna todos los días.

—Hola —la saludó ésta, que era muy grande.

Maple sintió alivio cuando la oveja luna le habló. El carnero desconocido no le había dirigido la palabra cuando ese día le preguntó por el Garou.

Ahora que la luminosa oveja luna estaba a su lado, Maple volvía a ver algo. Se hallaba en mitad del prado, entre el bosque y el castillo. En éste estaban encendidas todas las luces, y en todas las ventanas había una persona mirándola. Demasiados ojos clavados en su pelaje. Maple desvió la mirada deprisa. Allí donde solía alzarse la caravana había un pedrusco, y el establo había desaparecido por

completo. A cambio Yves había vuelto a surgir de la nieve y estaba, corpulento y enorme, bajo el viejo roble.

—Una víctima —afirmó la oveja luna—. En favor del conocimiento. No habría que perderlo de vista.

El armario que descansaba junto al viejo roble despertó y abrió y cerró sus puertas igual que un insecto las mandíbulas.

Diseminadas por el prado había ovejas durmiendo, cada una por su lado. Ritchfield, Maude, Cloud... Pero también corderos y otras ovejas que Miss Maple no conocía.

Quería preguntarle a la oveja luna qué había sido del establo; sin embargo, en su lugar preguntó:

—¿Qué es eso?

La oveja luna tardó un instante en entender a qué se refería. Los ruidos. Chasquidos y crujidos de algo que se arrastraba.

—Ah —repuso—. Es él.

—¿Quién? —quiso saber Miss Maple.

—¡El Garouuu! —chilló Mopple. La última flor se le cayó de la boca a medio mascar.

—Eso es un hipopótamo —suspiró Othello.

—¿Y lo de detrás, con esa bocaza?

—Un cocodrilo.

—¿Un cocoqué? ¿Es peligroso?

—Mucho —aseguró Othello—. Aguarda bajo la superficie del agua, allí donde hace tanto calor que no hay ovejas nube, y cuando vas a beber, te coge la cabeza y te arrastra debajo del agua hasta que te ahogas.

—¿De veras? —Mopple retrocedió unos pasos y se llevó por delante un búfalo de agua. El búfalo no se quejó.

—De veras —confirmó Othello—. Por lo menos eso decían en el zoo las ovejas de Camerún. Pero éste no es de verdad. Nada aquí es de verdad. Y tampoco hay agua.

—Aquí la hierba es roja —observó Mopple—. Y muy corta. Y no sabe a nada.

—Es una alfombra —le explicó Othello.

—Y no hay cielo —dijo Mopple, mirando hacia arriba.

Era cierto.

Maple miró hacia arriba, al cielo. Sin la oveja luna le pareció muy vacío.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Doy luz —repuso la oveja luna—. Soy luz para existir.

Maple lo entendió. La oveja luna daba luz para que ella pudiera ver algo. Algo concreto. La criatura que acababa de salir del armario, tal vez. La criatura de los chasquidos y crujidos. Maple vio que tenía demasiadas caras... y demasiadas patas.

—¿Es...? —preguntó.

La oveja luna asintió.

—En realidad viene por mí. Pero nunca me atrapará. Soy demasiado reluciente y rápida.

Y dicho eso salió al galope, aunque su luz permaneció.

Maple no era reluciente ni rápida.

Volvió la mirada hacia el armario, donde el Garou olisqueaba con sus numerosas caras.

—¡Eh! —susurró Mopple.

Rebecca y el Arrendajo, que se habían instalado en una de las innumerables habitaciones, estaban sentados en unas cosas aterciopeladas y bebían un líquido mal fermentado.

—Qué trágico —observó ella.

—Zach fue el único paciente que no consiguió salir de aquí cuando la clínica cerró —contó él—. Es un hombre extraño, pero un contable excelente.

—Creo que es muy listo. A su manera.

—Mucho —coincidió el Arrendajo—. Ojalá no se pasara el tiempo viviendo una película de James Bond.

—¡Eh! —insistió Mopple.

—¿Qué? —inquirió Othello.

—Agua —dijo Mopple, y tras ponerse a olfatear salió disparado.

La habitación del agua era todavía más pequeña que casi todas las demás. En ella reinaba una oscuridad desagradable y tenía el suelo liso como el hielo y caliente como algo vivo. Buscaron primero en el suelo, pero no encontraron el agua. Al cabo Mopple la vio, en un recipiente blanco y profundo que crecía de la pared.

¡Agua! Los dos carneros se sintieron mejor en el acto.

Mopple acababa de meter el morro en el recipiente para probar el agua cuando de pronto se hizo la claridad. Algo se movía en el vano de la puerta.

Las ovejas tuvieron suerte y consiguieron ocultarse a tiempo detrás de una curiosa cortina de plástico. Vieron que el Arrendajo entraba en la habitación, se ponía a hurgar en los pantalones, sacaba algo rosado y... si no lo hubiesen visto, no lo habrían creído. Se oyó correr agua. El Arrendajo olisqueó el aire y torció el gesto.

Después cogió un vistoso bote y pulverizó en el aire una niebla que olía como si alguien hubiese hecho un fragante prado de plástico.

Mopple y Othello arrugaron la nariz.

A pesar de sus numerosas patas el Garou no avanzaba especialmente deprisa, aunque sí medianamente deprisa. Maple podía salir corriendo, pero no así las ovejas dormidas que la rodeaban. ¡Tenía que despertarlas!

Emitió un potente balido de alarma. Ni una sola oveja se movió.

Maple baló con más fuerza, y esta vez el Garou alzó sus numerosas cabezas y le sonrió, dejando al descubierto numerosos dientes.

De repente la luz se desvaneció, como si alguien se la hubiese tragado. Maple comprendió que pronto se vería de nuevo rodeada de oscuridad y que tenía que hacer algo de inmediato. Galopó hacia Cloud, que era a quien tenía más cerca, le dio con la nariz y baló y baló.

Pero Cloud no quería despertar.

Desde el asunto del agua Othello y Mopple tenían atravesado al Arrendajo. Podría haber orinado en cualquier otra parte, en cualquiera de los muchos rincones inútiles del castillo, pero lo hizo en la única fuente que ellas habían descubierto hasta el momento. Era de locos.

El Arrendajo hablaba mucho de distintas cosas. De cosas de madera con patas que no andaban, de cosas de piedra que estaban

sobre las cosas de madera, de cosas de tela en las paredes y de cosas brillantes que colgaban del techo. Todo parecía muy viejo, y Rebecca decía «oh» y «ah» y en una ocasión bostezó disimuladamente. Pero no lo bastante. Othello y Mopple, que miraban detrás de una de aquellas cosas de madera tan viejas, vieron que el Arrendajo se detenía un instante como para olisquear.

Después abrió una puerta a la que acababa de darle la espalda.

La habitación que había tras la puerta era, de nuevo, más pequeña de lo que les habría gustado a las ovejas. Las paredes estaban revestidas de telas brillantes y claras, y en medio había otra cosa vieja con patas.

—Vamos a entrar en la parte más privada del castillo —informó el Arrendajo—. Aquí, en este canapé, mi madre sorprendió a mi padre y la doncella en una actitud comprometedora. Al fondo, en la alfombra de seda india, de finales del siglo dieciocho, intentó abrirse las venas. Con unas tijeras para cortarse las uñas, *la pauvre*. Mi madre era una persona muy poco práctica. Naturalmente, se salvó. Hasta la alfombra salió indemne. No así la doncella... —De repente se volvió hacia Rebecca, que estaba escuchando en la puerta, algo pálida—. ¿Le interesa esto?

Rebecca esbozó una sonrisa prudente.

—Bueno, sí y no —respondió—. Desde luego, es muy personal, pero...

—¿Sí o no?

—¡Sí! —exclamó Rebecca, y ambos sonrieron.

De pronto a Othello le dio la impresión de que el Arrendajo hablaba de todas esas cosas viejas y pasadas para que la pastora no reparara en otra cosa. En algo que estaba ocurriendo.

—¿Qué ocurre? —susurró a Mopple—. ¿Qué está ocurriendo?

Éste lo miró con expresión de sorpresa, pero después dejó la cortina, un tanto seca, y aguzó el oído. Othello lo imitó. En el castillo reinaba el silencio, pero de alguna parte llegaba el sonido de platos. En alguna parte cantaba una voz infantil. En alguna parte unos pasos subían una escalera. Se detenían. Seguían subiendo. Pasos tras los muros. Luego se oyó un portazo.

Tan fuerte que Rebecca también lo oyó. Se veía que ni siquiera sabía que había oído algo, pero su cara se volvió en la dirección en que provenía el portazo.

—¿Qué hay ahí detrás? —inquirió.

—El torreón —contestó el Arrendajo.

—¿Se puede ver?

—No —dijo el Arrendajo, inusitadamente parco.

Rebecca arrugó la frente.

—Tampoco hay nada interesante que ver —añadió el Arrendajo—. Sólo quesos.

—¿Quesos?

—Los quesos de Eric. Son excelentes, por cierto. ¿Ya los ha probado? El clima favorece la maduración. Es como una cueva. —Y rió con suavidad—. Seguro que el viejo barón jamás imaginó que su hijo acabaría haciendo quesos. Pero después de todos los problemas que tuvo, debería alegrarse.

—¿Problemas? —se interesó Rebecca.

—Drogas —repuso el Arrendajo, que abrió otra puerta y siguió enseñándole cosas, alejándose del cuarto del torreón.

—¿Adónde da? —preguntó Rebecca señalando una puerta.

—Ah, a la escalera de servicio que conduce a la tercera planta. Antes en la tercera planta estaban los pacientes, y por esta escalera mi padre podía observarlos a hurtadillas.

—Unos métodos poco ortodoxos —señaló Rebecca.

El Arrendajo volvió a reír, esta vez amargamente.

—Es posible, sí. Mi padre estaba obsesionado con investigar la naturaleza de la locura. Probablemente aprendiera más de lo que le habría gustado.

Rebecca miró con curiosidad la puerta que daba a la escalera de servicio.

—En la actualidad la tercera planta está cerrada —dijo el Arrendajo—. Por cierto, ésta es la parte más antigua del castillo, de principios del siglo dieciséis. Fíjese en el maravilloso parquet de madera de roble.

—Qué espejo más raro —observó Rebecca.

—Sí. En verdad es raro, sí. Mi padre lo trajo de uno de sus viajes a Oriente, y veinte años después se pegó un tiro delante de él. Con una bala de plata. Sin duda se imaginará el revuelo que eso produjo. Algunos dijeron que seguramente no había tenido bastante para una bala de oro. Otros dijeron... otra cosa.

Maple se hallaba de nuevo en medio de la oscuridad, pero aún percibía la fragante lanosidad de Cloud. Cloud, a la que tenía que salvar del Garou. Cloud, la que no quería despertar.

Desesperada, Maple le dio un fuerte puntapié en la barriga.

Cloud baló aterrorizada.

Confusión y empujones.

De repente balaron ovejas por todas partes.

Maple se alegró de que su rebaño por fin despertara.

—Me ha pateado la barriga —se quejó Cloud, furiosa—. Mientras dormía. ¿Por qué me ha pateado la barriga?

—¿Por qué le has pateado la barriga? —inquirió Sir Ritchfield con severidad—. Ninguna oveja...

—Tenía que advertirla —repuso Maple, contenta—. Tengo que advertiros a todas. Creo que debemos mantenernos alejadas de la oveja luna, pero Yves significa algo, y el Garou...

Se interrumpió en seco al comprender que la oveja luna había ido a su encuentro en el prado de los sueños, y también comprendió el motivo: el rebaño no debía estar durmiendo cuando llegara el Garou. Así pues, debía contarles de una vez la historia que había escuchado la noche anterior en la caravana. La historia del otro rebaño. El rebaño que murió en la nieve. Ahora. ¡Ya mismo!

No sería fácil.

Y arrearle una patada en la barriga a Cloud había sido un malísimo comienzo.

Mopple miró a Othello.

—¿Qué es un espejo?

—No lo sé —reconoció el manso, pero quería saberlo.

Abandonó la protección que le ofrecía la sombra de la cosa de madera vieja, fue hasta la puerta pisando mullidas alfombras y echó un vistazo a la habitación. Dentro estaban el Arrendajo y dos

Rebeccas. Othello, que de tan sorprendido olvidó esconderse, se quedó como un pasmarote en el vano de la puerta, estupefacto. ¡Dos pastoras! ¿Eso era bueno o malo? Othello imaginó dobles raciones de heno y forraje, pero también doble vigilancia y doble enfado por las camisetas destrozadas. ¿Llamarían dos Rebeccas a dos veterinarios? ¿Les leerían a la vez libros distintos?

—¿Con una bala de plata? —preguntaron las dos Rebeccas con una sola voz.

—Espero no haberla asustado —dijo el Arrendajo.

Las dos Rebeccas se encogieron de hombros.

—A mi padre lo encontraron en los pastos. Con una pala clavada en el pecho. A veces se lo pueden poner muy difícil a uno.

El Arrendajo asintió con gravedad y a continuación esbozó una inesperada sonrisa. Una sonrisa auténtica. La primera cosa auténtica que Othello le veía hacer.

Una de las Rebeccas lo miró y sonrió a su vez.

—¿Cenamos? —propuso él con voz más cálida.

Las Rebeccas asintieron.

El Arrendajo echó a andar hacia una puerta situada en el extremo opuesto de la estancia, y las Rebeccas aprovecharon ese instante en que él no miraba para inspeccionarse. Se atusaron las cabelleras, se pasaron las manos por las cejas y fruncieron las rojas boquitas.

Después una de las dos alzó la vista y vio a Othello, que se metió detrás de un colgajo de tela.

—¿Qué ocurre? —inquirió el Arrendajo.

—Una... una oveja. Creo... haber visto una. Una de mis ovejas. Aquí, en la puerta.

—Lees demasiados cuentos, Rebecca.

—Es que... la he visto con absoluta claridad. Estoy segura. Me marcho: tengo que contarlas. Dios mío, llevo sin contarlas desde ayer por la mañana.

Unos pasos veloces se acercaron a la cortina detrás de la cual estaba Othello.

—No es posible —afirmó el Arrendajo—. Rebecca, ¿cómo iba a llegar hasta aquí una oveja? Éste es un lugar antiguo, un lugar con historia. No es de extrañar que veas cosas. Las personas sensibles ven cosas aquí.

Los pasos cesaron.

—Pero ¿ovejas? —dijo Rebecca, dubitativa—. Era muy real. Nunca me había pasado algo así.

Los pasos se oyeron de nuevo, esta vez más ligeros.

—¿Qué historia tiene este lugar? —preguntó Rebecca.

—Una larga historia —contestó el Arrendajo.

Pero no la contó.

Othello asomó la cabeza con cuidado desde su escondite y vio a Mopple, que también se había atrevido a salir de detrás de la gruesa cosa de madera y se hallaba en medio de la habitación, rollizo, blanco y bien visible, e intentaba arrancar a mordiscos algo de una cosa de tela que se encontraba sobre una cosa de madera sobre la cual había una cosa de piedra. La cosa de tela era obstinada, y Mopple tiraba de ella. Cuanto más tiraba, más se acercaba la cosa de piedra al borde de la cosa de madera.

Othello se acercó a toda prisa sobre alfombras silenciosas.

Mopple vio llegar a Othello y trató de arrancar un pedazo de la cosa de tela con un último tirón enérgico. La cosa de piedra salió volando de la cosa de madera y se hizo pedazos estrepitosamente

contra el único pedazo de suelo de piedra de aquella estancia. La cosa de tela fue detrás y, sedienta de venganza, envolvió a Mopple the Whale.

Mopple dio vueltas y bufó y soltó coces hasta librarse de la tela. En la puerta de la habitación contigua apareció la cabeza del Arrendajo. Su expresión pasó de la incredulidad más absoluta a algo parecido al enfado; era más que evidente que no le hacía ninguna gracia ver a dos ovejas y una cosa de piedra rota.

Mopple y Othello, sorprendidos, miraron atrás.

—¿Qué sucede? —inquirió Rebecca.

—Nada —mintió el Arrendajo—. Sólo ha sido el viento...

Othello y Mopple no oyeron más. Salieron corriendo, pisoteando piedra y madera y terciopelo y seda, dejando atrás muchas cosas viejas, como el viento.

Una vez superada la indignación inicial, el rebaño se apiñó en torno a Maple.

—No ha sido más que un sueño —zanjó Cloud—. No me extraña que tuvieras miedo.

Se oyeron murmullos tranquilizadores.

Maple callaba. ¿De verdad lo había soñado todo? La oveja luna seguro que sí. La oveja luna nunca bajaba del cielo. Pero ¿y el Garou? ¿Y el rebaño de ovejas muertas del que habló Hortense? Ojalá lo de ese rebaño hubiese sido un mero sueño.

Sin embargo, la oveja luna se parecía al peludo desconocido. Y el peludo era real. Eso todo el mundo podía verlo. El peludo hablaba

con ovejas. Aube y Tourbe y Pâquerette. Ovejas que ya no estaban allí. ¿Dónde estaban esas ovejas?

—¿Qué hay del carnero desconocido? —inquirió Miss Maple—. ¿Qué hay de sus ovejas? ¿Dónde están?

—Delira —contestó Ramses—. Ha estado solo demasiado tiempo y ahora delira.

Las otras emitieron balidos de aprobación.

—¿Y por qué? —preguntó Miss Maple—. ¿Por qué hay una oveja sola? ¿Qué tuvo que pasar para que una oveja esté sola?

Algo terrible, estaba claro.

—Debéis creerme —suplicó Maple—. Debéis creerme, tanto si queréis como si no.

—Pues claro que queremos —afirmó Cloud con gravedad.

Y las ovejas empezaron a tener miedo, primero todas juntas, luego cada cual por su lado.

Mopple y Othello se encontraban de nuevo entre el cocodrilo y el jabalí.

Y a escasos pasos de distancia se movía la señora Fronsac, que se disponía a pasarle un plumero al hipopótamo. Los dos carneros respiraban entrecortadamente e intentaban parecerse al resto de los animales que había allí. Inmóviles. Con los ojos vidriosos. Como cosas.

Mientras la mujer pasaba el plumero y el polvo revoloteaba alrededor del hipopótamo, una horrible sensación se enredó en la cornamenta de Othello: la sensación de que los animales eran reales... sólo que estaban muertos. Lo único falso en ellos eran los

ojos y el hecho de hallarse en ese lugar. ¿Por qué? ¿Por qué quería alguien tener animales muertos en su castillo? ¿Qué hacían allí? Othello se imaginó al Arrendajo recorriendo las filas y distribuyendo rostros de escayola. ¡Naturaleza! ¡Libertad! ¡Anda ya! Estaba claro que al Arrendajo no le había gustado ver a dos ovejas trotando por su castillo y probando cosas de tela. Y aun así no le había dicho nada a Rebecca. ¿Por qué? Porque no quería que se marchara a contarlas a ellas, las ovejas. Tenía que quedarse allí. ¿Por qué? ¿Qué estaba pasando fuera que Rebecca no debía ver?

La señora Fronsac parecía satisfecha con el hipopótamo. Abrió una puerta de cristal —un maravilloso aire helado, real, envolvió a ambos carneros— y arrojó el polvo fuera.

Fuera era... ¡fuera! ¡El mundo! El mundo de verdad, con animales vivos. ¡Querían salir fuera!

En ese momento oyeron nuevamente el aullido, claro, solitario y frío como las estrellas. La señora Fronsac dejó caer el plumero, se llevó las manos al pecho y musitó algo. Después cogió el plumero, suspirando, y empezó a hacerle cosquillas al cocodrilo. El cocodrilo, con sus vidriosos ojos de cristal, no se movió. Haciendo gala de una increíble osadía, Mopple pasó por detrás de la señora Fronsac a toda velocidad y salió por la puerta. Ella no lo vio, pero notó la corriente de aire, sintió frío y, ante los ojos de Othello, cerró la puerta de cristal. La frustración hizo que al manso le entraran ganas de darle una coz en la cabeza al antílope que tenía detrás, pero en ese preciso instante vio algo inesperado: dos pies. Humanos. Detrás de una cortina. Al principio pensó que se trataba de una persona muerta que también formaba parte de ese singular rebaño, pero después reparó en que más arriba aparecía una mano y apartaba un

poco la cortina. Un rostro con gafas de sol observó a la señora Fronsac, que, de rodillas, intentaba hacerle cosquillas al cocodrilo en el vientre. Othello estaba pasmado.

Después del cocodrilo iba Othello y, a diferencia del resto de los animales, él no estaba dispuesto a consentirlo.

Estornudó.

La señora Fronsac se quedó helada.

Miró a izquierda.

Y a derecha.

Othello, prudentemente, se hizo un poco a un lado.

La Morsa se volvió hacia él y se sorprendió al ver que pasaba el plumero por el aire. Después se acercó más.

Othello baló indignado.

El plumero cayó al suelo y el mango tableteó en la lisa madera. La mujer soltó un chillido y acto seguido recobró la compostura y fue hacia Othello con los brazos extendidos.

El manso vaciló un instante. La señora Fronsac era miedosa y nadie la creía capaz de mucho, pero era una persona alta y robusta, corpulenta y pesada, y posiblemente también fuerte. El suelo era liso. Todo estaba en contra de Othello.

Echó a correr.

La señora Fronsac le fue detrás.

Hundido en la nieve, el establo estaba oscuro y fragante, sumamente agradable. Reinaba un silencio tal que era como si el mundo exterior, incluidos el castillo, las cabras y el bosque, se hubiera desvanecido, y esa noche ésa era una bonita idea.

Habían forjado y desechado planes de fuga, intentado identificar al Garou empleando papel de plata, habían escapado juntas al bosque para impedir que las esquilaran y se habían escondido en el almacén. Todo tenía un pero. Algunos planes, como el del gran rastrillo para las hojas, prácticamente sólo tenían peros.

Ahora se hallaban en medio de la oscuridad y no sabían qué hacer.

Y de nuevo se oía aquel aullido. Las ovejas trotaron hacia la entrada del establo y escudriñaron a disgusto la noche.

—¿Creéis que es él? —preguntó Ramses.

—No lo sé —contestó Maple—. Pero lo oímos antes de que Rebecca encontrara el corzo en la linde del bosque. Y antes de que nosotras encontráramos el corzo en el bosque lo oímos de nuevo, al amanecer. ¿Os acordáis?

Por suerte, las demás ovejas habían olvidado hacía tiempo el horrible aullido, y negaron con la cabeza.

Después oyeron otro ruido, menos inquietante pero aún más extraño, muy ajeno y muy familiar a la vez. Tess, la vieja perra pastora, estaba en medio del prado, con el morro levantado hacia las estrellas, aullando con su buena y conocida voz de perra pastora. ¡Tess y el Garou aullaban a la vez! Tess, a la que conocían de toda la vida...

Después la perra dejó de aullar y se puso a gañir, y finalmente se hizo un ovillo bajo los escalones de la caravana y empezó a oler cada vez más fría y cada vez menos a Tess. Las ovejas supieron que la muerte había acudido a su prado y se apartaron con tino de la puerta.

Pero el Garou seguía aullando, y sonaba más triste que antes.

Zora estaba en el bosque, a cierta distancia de Maude, Heide y Madouc, y oyó aullar al Garou. Echaba de menos el mar. Quería enseñárselo a su cordero. Era importante que una oveja viese el mar.

Era su segunda noche lejos del rebaño, y en esta ocasión la pasaron bajo las ramas protectoras de un gran abeto. Hasta Madouc, que el día anterior se había quedado dormida como un tronco —un tronco roncador— en el cobertizo del autobús, estaba inquieta ese día. Con las pezuñas trazaba dibujos en las agujas de abeto escarchadas que cubrían el suelo, y a veces murmuraba: «¡No, a mí no! ¡Llévatela a ella! ¡Llévatela a ella!» Zora, Maude y Heide estaban completamente despiertas, con los ojos muy abiertos clavados en la oscuridad.

Después a Zora se le ocurrió un plan. En el acto supo que era alocado: había pasado demasiado tiempo con esa cabra. Pero era un plan.

—Nos vamos —dijo—. Ahora mismo. Vamos hacia donde se oye el aullido.

—Querrás decir lejos del aullido —apuntó Heide.

—No. ¿Es que no lo entendéis? El aullido nos llega del prado, lo que significa que no está muy lejos de él. Si seguimos el aullido, tal vez nos conduzca a casa.

—¿Y si ahora está aullando en otra parte? —inquirió Heide.

—Es posible —concedió Zora—, pero no lo creo.

A Madouc le gustó el plan —¡cómo no!—, con lo cual las peores sospechas de Zora quedaron confirmadas.

Las otras estaban demasiado cansadas para protestar debidamente.

Abandonaron el amparo del viejo abeto y echaron a andar, Zora delante y el resto detrás.

Y cuando el aullido cesó, ellas continuaron.

Othello atravesó al galope habitaciones y más habitaciones, pasó por delante de fuegos y ventanas, rodeó columnas y zigzagueó entre cosas viejas. En una ocasión saltó por encima de un caballito de piedra.

Al principio no se preocupó demasiado, ya que la señora Fronsac era vieja y torpe. Sin embargo, conocía el castillo y seguía a Othello con una tenacidad y una agilidad asombrosas. La respiración del manso se tornó más agitada. Demasiados suelos lisos. Demasiados recovecos. Othello se metió sin querer en un armario abierto, se atascó y consiguió salir, con un trozo de tela enganchado en un cuerno. Luego recorrió a la carrera un pasillo largo al que daban muchas puertas, siempre con la señora Fronsac detrás.

Todas las puertas estaban cerradas. Dobló una esquina. Más puertas cerradas y después, de pronto, una abierta. Sin pensárselo dos veces, la franqueó y la puerta se cerró tras él. Othello se volvió en redondo: allí estaba Zach con sus gafas de sol, sonriéndole. Fuera, la señora Fronsac pasó de largo. Zach abrió otras dos puertas, una para él y la otra para Othello, saludó con la cabeza al carnero y desapareció.

Othello siguió trotando, en busca del cielo.

No encontró el cielo, pero sí una oveja. En una de las numerosas estancias en que olisqueó en su búsqueda del cielo, vio en la penumbra a un carnero negro, mudo y amenazador. Un rival que

defendía su territorio. Othello tenía el corazón desbocado. De todas las cosas extrañas que había en el castillo, ese carnero solitario que vivía en la oscuridad de aquella estancia se le antojó la más rara y espeluznante. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué comía y qué bebía? ¿Dónde estaba su rebaño? ¿Quién lo había encerrado allí? Y ¿por qué permanecía inmóvil junto al umbral como si fuese un extraño?

Othello bufó. El carnero desconocido permaneció callado. Othello se acercó con cuidado y el otro salió de la sombra del umbral a la luz, silencioso como un espíritu.

Othello se detuvo, desconcertado. Conocía a aquel carnero, lo conocía desde hacía mucho. Era la oveja de los días sin viento, la oveja del fondo de los charcos, los estanques y los abrevaderos. Othello lanzó un balido inquisitivo. La oveja del fondo de los charcos siguió muda. No era de extrañar: jamás había visto una oveja tan taciturna, más incluso que la oveja más taciturna del rebaño. Othello siempre había pensado que esa oveja le pertenecería, como su sombra. Nunca contó con encontrarse cara a cara, cuerno a cuerno con ella, y menos aún allí, en el mundo de piedra de las personas.

El carnero negro sacudió la cabeza y vio que la oveja del fondo de los charcos estaba atrapada en una forma oval. Debía de ser una especie de charco. Un charco claro y liso que se había colado en la habitación y ahora estaba en la pared, como una araña. Era un comportamiento sumamente antinatural, pensó Othello, y miró con mayor atención: en el duro charco también había un fuego. Ardía con la misma intensidad que el otro fuego de la estancia, pero era frío. Frío y mudo. En el fondo del charco había luz, pero ésta no

emitía calor. Eso era algo que había que saber de la oveja del fondo de los charcos.

Una corriente de aire agitó las cortinas de terciopelo. La pesada tela se deslizó por el suelo de piedra con la misma suavidad que las patas de un gato, pero con un barrunto de garras escondidas. El sonido inquietó a Othello, que miró hacia las ventanas. Las cortinas se hinchaban, burlonas y silenciosas, las garras habían desaparecido. Cuando alzó la vista, Othello se percató de que la oveja del fondo de los charcos ya no estaba sola. Detrás de ella había aparecido un pequeño espíritu blanco.

Othello se volvió con la esperanza de que la oveja del fondo de los charcos hiciera lo mismo. No quería tener sus ojos clavados en su cerviz cuando se dirigiera al espíritu.

El espíritu era pequeño, de una altura similar a la de Othello, olía a joven y a vivo, tenía la cabeza tapada con una sábana blanca y sostenía en brazos un peluche gris.

Es un elefante, pensó Othello. Pero, naturalmente, no era un elefante de verdad.

El pequeño espíritu levantó la sábana blanca, se acercó con los pies descalzos y empezó a hablar.

Othello no entendió gran cosa de lo que decía, pero sí un poco. Que el elefante se llamaba Earl Grey. Y que al pequeño espíritu le gustaba mucho. Realmente era difícil de entender, espíritu y persona y tela y oveja, pero Othello entendió.

El pequeño espíritu lo saludó y empezó a abrir puerta tras puerta. La de la habitación contigua, la que conducía a un largo pasillo en el que olía mucho más fresco y al que daban muchas puertas. Pegada a una de esas puertas se hallaba Plin. Tenía la oreja contra la

madera y el rostro inexpresivo, como el del Arrendajo. Sus manos crispadas asían su falda con fuerza, y por primera vez Othello vio que las uñas de Plin también eran rojas, como las de mamá.

—Yo soy el propietario del castillo —dijo una voz detrás de la puerta—. Usted es la bella pastora. ¿Cómo no iba a enamorarme de usted? Es lo que mi gente espera.

—Si siempre hace lo que espera su gente, no tardará en recorrer el bosque matando cuando haya luna llena. Eso es lo que espera su gente —afirmó Rebecca.

El pequeño espíritu dio un paso atrás para que Plin no lo viera, abrió otra puerta y luego otra, una importante, la que daba al cielo. Antes de franquearla, Othello volvió a oler el castillo. Olía a cosas, a pescado y luz de velas.

Salió al frío claro de la noche y permitió que los dedos del pequeño espíritu le acariciaran tímidamente la lana. Le produjo una extraña sensación.

16

Lane estornudaba, Ritchfield escarbaba, Cordelia olfateaba, Ramses mascaba nervioso, Cloud revolvía la paja. El cordero de invierno estaba bajo el pesebre, algo apartado del resto, muy alerta y muy quieto. La oveja más taciturna del rebaño arrojaba una sombra larga. La luz de la luna, excesiva, se colaba por el ventanuco abierto que se abría encima y trazaba un recuadro blanquecino alrededor de Miss Maple.

Ninguna oveja dormía ya. Fuera reinaba el silencio. Un silencio extremado. Un silencio que incluso Sir Ritchfield podía oír. El silencio se había metido por las rendijas y ranuras y las había despertado, una tras otra. De pronto las paredes del establo se les antojaban muy delgadas.

Entonces, como si lo hubiesen esperado, un ruido recorrió el establo: el de algo que crujía, se arrastraba y respiraba. Un ruido como el del sueño de Maple.

—¿Creéis que es...? —musitó Cordelia.

Lane, Cloud y Ramses asintieron.

—Primero alejaron a Rebecca y ahora... —susurró Lane.

El crujido se acercaba lentamente a la puerta del establo.

—¡Lo embestiremos! —propuso Ramses—. ¡Vamos! ¡A la puerta! ¡Todas!

La idea no era nada mala, sobre todo porque no tenían otra.

Se agruparon tras la puerta, mudas y resueltas, todas, incluidos Willow, la oveja más taciturna y hasta el cordero de invierno.

En un abrir y cerrar de ojos Ramses se hallaba en medio de un rebaño dispuesto a atacar.

—¿De veras? —musitó—. ¿Vosotras creéis? ¿Y si...? ¿Cuándo?

—¡Ahora! —baló Cloud, y sacudió la lana con temeridad.

Sir Ritchfield no acababa de entender aquel revuelo, pero sí entendía lo bastante de rebaños para apiñarse con el resto. Si todas hacían algo, pues debía de estar bien. Un roce en la ijada le reveló que a su lado se encontraba Melmoth, fuerte, hermoso y gris, con la cornamenta baja dispuesto a atacar. También Ritchfield bajó la cornamenta. Algo en él cantaba.

Delante, Cloud se detuvo, y a Ritchfield le propinó un empujón en el lanudo lomo la oveja que venía detrás. Fue un poco molesto. Todas las ovejas balaban, tan alto que él las oía perfectamente. Las de detrás exclamaban: «¡Al ataque!» y «¡Todas a una!» y «¡Heno!» y cualquier otra consigna alentadora que se les ocurría, pero las de delante balaban: «¡Oh!» y «¡Uy!» y «¡Ay!».

Después todas enmudecieron. La oveja desconocida estaba ante la puerta del establo. A la luz de la luna parecía aún mayor, más peluda, más pétrea y... mucho más sabia.

—¡Aube! —exclamó con amabilidad, y pasando al trote ante ellas se fue a dormitar a un rincón agradable del establo. Por regla general el fuerte olor de la desconocida las habría sacado de quicio, pero en esta ocasión lo encontraban tranquilizador. Era un poco como si la oveja luna las protegiera. Aliviadas, se apartaron de la puerta y se relajaron... hasta que de nuevo se oyeron crujidos y chasquidos.

—¡Al ataque! —exclamó Ramses.

Las demás volvieron a agruparse ante la entrada del establo. El carnero desconocido había abierto los ojos y las miraba un tanto divertido.

—¡Lana! —dijo Cloud.

Y las otras gritaron: «¡Heno!», «¡Rebaño!», «¡Forraje!», «¡Hierba!», «¡Cordero!» y demás cosas buenas.

Heathcliff baló:

—¡George!

Ritchfield baló:

—¡Verano!

En la primera fila Miss Maple baló:

—¡Alto!

—¿Todavía estáis despiertas? —preguntó Othello en la puerta del establo, negro y sólido a la luz de la luna, con el lomo cubierto de hielo y los ojos brillantes.

Más tarde, cuando la luna estaba un poco más llena, las ovejas seguían despiertas en la paja, mudas de asombro tras oír el relato de Othello. Ramas partidas y paseantes que no lo eran, dos Rebeccas, animales con ojos de cristal, la oveja del fondo de los charcos, un espíritu descalzo y el Arrendajo, que orinó en el agua.

—Está loco —opinó Cordelia, y se estremeció.

—Él es el Garou —sugirió Lane—. Tiene que serlo.

—¡El Garou! ¡El Garou! —exclamaron las ovejas. Lane tenía razón: orinar en el agua... eso era como despedazar corzos y no comérselos. Algo impropio y demencial.

—Tiene muchos rostros —aseguró Othello—. Hace caras.

Recordó al Arrendajo ante la pared de las caras, que consideraba bellas. Pero el Arrendajo estaba equivocado: una cara nueva no era una vida nueva. Una cara nueva sólo era un escondite nuevo.

—¡El Garou! ¡El Garou! —repitieron las ovejas, entre horripiladas y aliviadas, pues por fin sabían cómo era el Garou. Y que cojeaba ligeramente.

—Él no es el Garou —objetó Miss Maple—. No puede serlo.

—¡El Garou! —insistieron las ovejas con tozudez. Cada vez que entendían algo venía Miss Maple a liar de nuevo las cosas.

—No puede ser el Garou —repitió, testaruda, Miss Maple.

—¿Y por qué no? —preguntó un irritado Ramses.

—Por la plata. Le dio a Rebecca una tarjeta de plata, ¿os acordáis? Si fuera el Garou le tendría miedo a la plata.

—Tal vez lo de la plata no sea cierto —aventuró Lane—. Tal vez la pequeña cabra delire.

—La pequeña cabra delira —corearon Ramses, Cloud y Cordelia.

—Pero Mopple se acuerda —arguyó Maple.

Los balidos cesaron. Cabras aparte, cuando Mopple se acordaba de algo, seguro que acertaba. Además, el hecho de que Mopple no hubiera vuelto dotaba de mayor importancia a sus recuerdos.

—Si el Arrendajo no es el Garou, entonces es otra cosa —aseveró Othello—. Le tiene miedo a la policía. No quería ovejas en el castillo.

Algunas ovejas balaron indignadas.

—Y pese a todo, no nos ahuyentó. No quería que Rebecca nos viera y nos trajese de vuelta al prado. Había algo que no quería que Rebecca viese. Algo importante. Algo que ha pasado. ¿Ha pasado algo?

Las ovejas reflexionaron.

—¡El coche! —exclamó Cordelia—. Ha pasado el coche.

—Y Tess... —musitó Lane.

Le contaron a Othello lo del coche furtivo y lo del hombre sospechoso del torreón. El hombre al que nadie, salvo ellas, había visto llegar.

—¿De verdad hay flores en el castillo? —quiso saber Cordelia.

Othello asintió.

—Flores y fuego. Y cosas viejas por todas partes. No es sitio para una oveja.

—Tal vez debiéramos liberar a la oveja del fondo de los charcos —sugirió Ramses, todavía un tanto envalentonado debido a su breve experiencia de manso.

—A la oveja del fondo de los charcos no se la puede liberar —repuso Othello—. Sólo se la puede encontrar. Creo que vive debajo del agua.

—¿Como un cocodrilo? —preguntó Heathcliff, que había escuchado atentamente.

Othello asintió.

—Un poco.

—¿Y es un carnero negro como tú? —se interesó Lane.

Othello asintió.

Cloud carraspeó. No era fácil contradecir a un manso tan experimentado. Othello conocía el mundo y el zoo, incluso cocodrilos. Y a pesar de todo...

—Creo que la oveja del fondo de los charcos es blanca —dijo con cautela—, y muy lanuda. —Nunca se había parado a pensar en ello, pero que recordase sólo una vez había visto en el agua a una oveja

muy lanuda. Un carnero negro con cuatro cuernos como Othello le habría llamado la atención.

—No —negó el manso—. Seguro que no.

—Pues... yo creo que la oveja del fondo de los charcos es pequeña y greñuda como yo —aventuró el cordero de invierno—. Me llamo Heathcliff —añadió—. Y creo que la oveja del fondo también se llama Heathcliff.

Las ovejas sacudieron la cabeza. ¿La oveja del fondo de los charcos una criatura tan pequeña y desgreñada? ¡Ridículo!

—La oveja del fondo es blanca y bonita —dijo Cordelia.

De repente todas las ovejas sabían algo de la oveja del fondo de los charcos y balaban como locas.

Othello calló, sorprendido. Melmoth, el gris, le había enseñado hacía tiempo a la oveja del fondo de los charcos. La mayoría de las ovejas no se fijaban en ella, y Othello siempre se había sentido un tanto orgulloso de que fuera, como él, un carnero negro con cuatro cuernos. Sin embargo, de repente daba la impresión de que el asunto no estaba muy claro.

Fuera, en el prado, se oyó un chapaleo. No parecía el Garou, sino más bien un albaricoque podrido que hubiese caído del árbol. Valerosas, las ovejas echaron un vistazo. La luna bañaba el prado en una claridad antinatural, y delante de la caravana mamá estaba sentada en la nieve.

—¡Uy! —dijo. Intentó levantarse, pero no lo consiguió y soltó una risita—. Bueno, vamos a ver —añadió al tiempo que sacaba algo del bolsillo. Desde aquella distancia, las ovejas no pudieron distinguir

qué era—. ¡El Mago! —exclamó—. Ese lechuguino. No lo soporto. Un día de éstos lo cambio por otro Diablo. A ver quién me gana entonces. Y la culpa de todo la tiene el Diablo.

Por lo visto mamá seguía enredando con las cartas. Las ovejas entendieron lo que pasaba: la patraña. Allí fuera, delante de la caravana. ¡Por fin podían verla!

—La culpa es del diablo —musitó Cordelia—. Creo que tenemos que comérnoslo.

Las demás asintieron.

—Tres —dijo Lane—. ¡Tres diablos! Todos no pueden tener la culpa de todo.

—Pero sí cada uno de un poco —apuntó Cloud.

—¡El Loco! —exclamó mamá mientras depositaba una segunda carta sobre la nieve—. Caminando sin más por el borde de un precipicio. ¿Qué se cree que es, un pájaro? ¿Acaso te imaginas que yo no lo pensé de vez en cuando, George? Un trago de la botella adecuada y que cada cual apechugue con lo suyo, vaya. Pero siempre tuve bastante amor, un amor que me unió a la vida. El amor une a la vida, tanto si uno lo quiere como si no... y yo no siempre quise... no vayas a pensar que siempre quise... y que tú no la tuvieras, es... deberías haberla tenido... te lo habrías merecido.

Mamá empezó a sollozar.

Se palpó la ropa en busca de un pañuelo, dio con uno y se sonó.

Después levantó la cabeza. Delante estaba Rebecca, callada, con los brazos cruzados.

—El vivo retrato de tu padre —observó mamá, y sonrió.

—No lo creo —repuso Rebecca—. Lo habría... ¡Levanta de ahí! ¿Cuánto llevas sentada en la nieve? ¡Leches!

Las leches eran una leche muy especial que Rebecca sólo mencionaba en ocasiones importantes. Las ovejas nunca las habían visto, pero se las imaginaban perfectamente: densas, abundantes, blancas y aromáticas.

Rebecca ayudó a mamá a levantarse. No fue sencillo. Mamá se balanceaba y no parecía tomarse aquello muy en serio. Finalmente consiguió que la cantarina mamá subiera los escalones.

—Prepararé té —dijo Rebecca—. ¿Dónde está Tess?

—¡En el cielo! —vociferó mamá desde la caravana.

—Bobadas —replicó Rebecca, y tras bajar los escalones profirió el agudo silbido de pájaro con que llamaba a Tess, y que a ésta gustaba especialmente.

Pero la perra no acudió.

—¿Tess? ¡Tess, Tess, Tess!

Iluminó el prado con una luz en dirección a la finca, el armario y el establo, y después, por último, debajo de la caravana.

—Ahí estás —dijo Rebecca—. Tess, pequeña.

A continuación estuvo un buen rato sin decir nada.

Por fin sacó la perra de debajo de la caravana, la acomodó en su regazo y le acarició el pelaje, negro y blanco, negro y azul a la luz de la luna. La acarició largamente.

Después se levantó y subió los peldaños con la perra en brazos.

—Necesito llamar —dijo en tono perentorio—. ¿Dónde está el número? —añadió, y sonó a chillido.

—¿Llamar para olvidar? —inquirió mamá.

—No —repuso Rebecca con voz ahogada—. Por desgracia, no. El número de ese inspector. Voy a llamarlo. Voy a llamarlo ahora mismo. Esta mañana estaba sana como una manzana. ¡Como una

manzana! La han envenenado. Sé que alguien la ha envenenado, lo sé.

La puerta de la caravana se cerró de golpe.

Las ovejas se encontraban a la entrada del establo. Aún no habían empezado a echar de menos a Tess. Por la noche no había Tess. Sólo había Tess durante el día, con sus orejotas, su estridente voz perruna y su alegría en el cuerpo, sobre todo en la punta del rabo. Lo más increíble de Tess era que George siempre estaba un poco en ella. Cuando Tess las guardaba, las ovejas lo veían, una figura espectral en la linde del prado, con su sombrero de pastor, su cayado y una sonrisa que podían sentir.

Al día siguiente por la mañana echarían mucho de menos a Tess.

—¿De verdad la han envenenado? —inquirió Cordelia.

—¿Quién ha sido? —preguntó Lane.

—¡El Garou! —baló estridente Ramses.

—Bobadas —intervino Cloud—. Los lobos muerden, no envenenan.

—Puede que sí —dijo Maple—. Puede que el Garou les tenga miedo a los perros. Puede que haya envenenado a Tess para que nadie nos cuide.

Era una idea inquietante. No todas las ovejas se atrevieron a analizar sus implicaciones, pero algunas sí.

—Sabemos quién tiene miedo a los perros —dijo Lane despacio.

—¡El Arrendajo! ¡El Arrendajo! —balaron Cordelia y Cloud.

—Sí —dijo Maple—. Pero el Arrendajo no le tiene miedo a la plata.

Maple recordó la tarjeta de plata en las manos enguantadas del Arrendajo y después no pudo por menos de pensar en las

acariciadoras manos de Rebecca.

Las manos.

Las manos eran el problema.

Las personas creían que pensaban más que las demás criaturas. Y era un error. También las ovejas pensaban sin descanso, pensamientos ovejunos, profundos, lanudos. Pero las personas tenían manos para asir sus pensamientos, retenerlos, darles forma, bajarlos del nebuloso mundo de los pensamientos al prado de la vida, anotarlos y pasarlos de una cabeza a otra, de mano en mano. El Garou era un pensamiento al que alguien había dado forma. Pero ¿por qué? Y ¿para qué?

—¿Y si el Garou no existe?

Muchos ojos ovejunos se clavaron en Maple, que volvía a ocupar su mancha luminosa y se asemejaba un tanto a la oveja luna.

—¿No?

Maple se acercó al rebaño, abandonando la luz para sumirse en las sombras.

—¿Recordáis lo que os contó Othello del paseante? ¿Del corzo al que quería hacer sangrar? ¡Y en un sitio tan absurdo, donde sin duda alguien lo encontraría! Tal vez quisiera que lo encontraran. Tal vez quisiera que la gente creyese que el Garou existe. Al principio pensé que el Garou era una persona que hacía de lobo, pero ahora creo que es una persona la que hace de Garou.

—¿Por qué iba a querer alguien hacer de Garou? —soltó Lane—. Es una estupidez.

—Quizá sea divertido —apuntó Heathcliff.

—¡Divertido! —Las demás ovejas miraron enfadadas a Heathcliff.

El cordero de invierno pareció un tanto cohibido.

—Hacer de manso es divertido. Hacer de cabra es divertido. Puede que hacer de Garou también lo sea. —Se paró a pensar un momento —. Si alguien es el lobo, ya no hay que tenerle miedo al lobo, ¿no? —añadió en voz queda.

Maple comenzó a trotar arriba y abajo, muy concentrada, como probablemente sólo pudiera hacerlo la oveja más lista de Europa y quizá del mundo.

—Los hombres quieren que dé la impresión de que existe un Garou. ¿Por qué? Porque al Garou nadie puede atraparlo... ¡y menos la policía! Se inventan una historia y luego se encargan de que parezca real. Los hombres quieren endilgarle algo al Garou. Pero ¿qué? O ¿a quién?

—¿Yves? —sugirió Cloud.

—Tal vez —admitió Miss Maple.

Mopple ni siquiera sabía cómo había ido a parar al bosque. De pronto volvía a estar fuera, ante el castillo, y un animal de piedra, titilante y vivo a la luz de la luna, lo había asustado. ¿Y ahora? Árboles, demasiados árboles. Árboles y un aullido lejano. Y entre los árboles, sobre la nieve, un bulto oscuro que respiraba.

Mopple tardó un instante en entender que el corzo sólo dormía, esbelto, ileso e iluminado por la luna. Sin embargo, algo no cuadraba. Ninguna oveja dormiría así, estirada cuan larga era y desvalida en el suelo, y un animal salvaje del bosque como un corzo sin duda tampoco.

Se oyó un susurro entre los árboles y Mopple se volvió de repente.

—¿Zora? —preguntó.

Una sensación de calidez invadió el pecho de Mopple. En efecto, allí estaba Zora, con sus bellos cuernos, su negra cabeza y sus ojos grandes y abiertos. Quizá se hubiera adentrado en el bosque para ir en su busca.

Mopple estaba a punto de salir de la maleza, feliz y contento, cuando Zora volvió la cabeza horrorizada, tropezó, sacó fuerzas de flaqueza y emprendió una huida frenética.

En ese mismo instante, detrás de Mopple algo grande surgió de la espesura y fue tras Zora dando grandes saltos.

Zora corría.

¿De verdad acababa de ver a Mopple? ¿El Mopple gordo, amable y tan miope que de noche no distinguía las estrellas? ¿Mopple the Whale en el bosque?

Acto seguido dejó de pensar y se limitó a correr a la velocidad del viento.

Al principio no le dolía nada. Sólo un repentino pinchazo en la pezuña al volverse, pero tras dar un par de saltos se dio cuenta de que a la pata le pasaba algo. Con cada paso cedía un poco, y una leve punzada de dolor se instalaba profundamente en su pezuña. De repente todo se volvió muy ruidoso, luego muy silencioso. Los árboles se arrimaron a ella, le hablaron al oído y se desvanecieron ante sus ojos. Zora oyó un galope cada vez más cercano y tardó un rato en comprender que el que galopaba era su propio corazón.

Tropezó con una raíz, dio un traspié y cayó al suelo. Se levantó a duras penas e hizo ademán de continuar, cojeando inútilmente a través de la espesura, adelante, lejos de las inmensas sombras que

se extendían bajo los árboles, los pasos aterciopelados, apenas audibles y el largo y acechante silencio. Tropezaría otra vez, caería de nuevo y, con suerte, volvería a levantarse.

Luego, de pronto, bajo su corazón palpitante oyó otro latido, silencioso como un pensamiento pero firme. Tranquilo. Regular. Imperturbable como una oveja que camina junto al abismo con pasos seguros, hacia la vida.

Espera, decía el latido. Respira. Huele. Somos dos.

Zora respiró. Se oyó el chasquido de una rama, no muy lejos. Permaneció a la espera. Respiró hondo de nuevo. Eran dos. Por eso tenía que salir airosa. Ella, Zora, debía salir airosa por los dos. El pánico descendió por sus pezuñas y se hundió en el frío suelo del bosque. También el dolor desapareció. El lobo, el Garou, la perseguía, y a Zora le harían falta más que cuatro patas aterrorizadas para escapar de él. Necesitaría la nariz, los ojos y las orejas, la cabeza, el corazón y, de ser preciso, la cornamenta. Porque eran dos.

Zora aguzó el oído. Los chasquidos habían cesado. Cerca, en alguna parte, se hallaba el Garou, aguzando también el oído en busca de una oveja que, medio loca de miedo, cruzaba la espesura. Zora retrocedió unos pasos con cuidado, adentrándose en las sombras. Olisqueó. ¿Por qué no olfateaba el Garou? Sólo tenía que guiarse por el inconfundible olor a pánico que ella desprendía.

Impávida, Zora bajó los elegantes cuernos y aguardó.

Sólo cuando los primeros, mortecinos rayos del sol iluminaron a las ovejas, cayeron éstas en la cuenta de que debían de haberse

quedado dormidas, profundamente y a pata suelta, bien juntas, y el peludo en medio de ellas.

—¡El sol! —exclamó el peludo, y salió trotando hacia una temprana mancha de luz que se veía en la paja. Era la primera vez que decía algo sensato. Las ovejas lo entendieron bien. El sol había vuelto a expulsar la noche y calentaba el mundo como una oveja madre. Sucedía a diario, y sin embargo representaba un gran milagro. Sobre todo en invierno.

Como tantas otras veces, se apelotonaron ante el establo para contemplar a la oveja sol en sus primeros pasos cautelosos por el cielo.

Rebecca, que ya se había despertado —o, a juzgar por su palidez, seguía despierta—, estaba apoyada contra la puerta de la caravana, fumando.

Una niebla matutina se cernía sobre el arroyuelo, y el prado se veía hermoso. Cuando Rebecca hubo terminado el cigarrillo, se dirigió al establo y comenzó a repartir forraje debidamente. Las ovejas no cabían en sí de dicha.

—Cuidaré de vosotras —aseguró la pastora en voz baja—. Esta vez lo haré.

Se disponía a extender el índice para contar las ovejas cuando a su lado se oyó un carraspeo. Rebecca y las ovejas se asustaron. Estaban tan concentradas en alimentar y ser alimentadas que no repararon en la persona que había aparecido junto a la pastora en medio de la niebla matinal.

—Buenos días, mademoiselle —dijo Malonchot—. He venido en cuanto he podido. Lamento mucho lo que ha pasado.

—¿Quiere verla? —preguntó Rebecca.

—Me gustaría llevármela —repuso Malonchot—. Se la dejaré al veterinario, y espero que él pueda decirme de qué murió. Me temo que a nuestros forenses no les haría mucha gracia ocuparse del cadáver de un perro. El caso, en opinión de mis compañeros, está muerto y enterrado. No quieren movilizarse otra vez por un animal.

Rebecca suspiró.

—Ya.

—Lo que me gustaría saber —continuó Malonchot— es si estuvo todo el tiempo con usted, si a alguien se le presentó la ocasión de darle algo.

Rebecca asintió.

—Eso mismo me pregunto yo. La cuestión es que ayer mamá se la llevó a madame Fronsac cuando fue a ducharse. Nos duchamos en la hostería del castillo, donde se alojan los turistas en verano. Madame Fronsac suele estar en la cocina, y delante de la cocina hay una antecocina, y ahí es donde a Tess le gusta... le gustaba quedarse. Pero en esa antecocina puede entrar cualquiera, cualquiera. Y sé que madame Fronsac no estuvo todo el tiempo con ella. Y todo por el maldito asunto de la ropa. Lo lamento tanto. —A Rebecca se le humedecieron los ojos.

—¿Habría aceptado comida de algún extraño?

—Sí, claro.

—Veré qué puedo hacer —afirmó Malonchot. Sacó una tableta de chocolate con almendras y se la ofreció a Rebecca, que esta vez se partió un buen trozo—. Además —añadió—, he venido porque se me ha ocurrido una cosa. A decir verdad, dos. Estas cosas pasan.

Rebecca asintió mientras masticaba.

El corpulento inspector puso la cara al sol y pestañeó.

—Tengo una amiga... —empezó—. Una mujer lista.

Rebecca dejó de masticar.

—Es crítica de arte y tiene una galería en Mauriac. Si alguna vez visita Mauriac, vaya a verla, mademoiselle, es muy bonita.

Rebecca siguió masticando.

—Ayer me dio una sorpresa y vino a verme. Bueno, no una sorpresa en toda regla, pero sí una sorpresa, y precisamente yo tenía encima de la mesa las fotos que saqué aquí. Las fotos del escenario del crimen. De ahora y de antes. Y ella entró y lo primero que dijo fue: *Magnifique. Magnifique*! Como es natural, me sorprendió, pero entonces comprendí que ella no veía escenario alguno, sino sólo imágenes. Y las imágenes le gustaron mucho. Todas salvo una. El corzo que usted encontró, mademoiselle, le pareció *null*. Estaba segura de que se trataba de una falsificación. De que no era del mismo artista.

Rebecca tragó el último trozo de chocolate y asintió.

—Desde entonces el asunto me ha merecido diversas consideraciones. Por un lado creo que, en efecto, su corzo no es obra del mismo artista, por así llamarlo, sino una copia. Además, había otras cosas que me parecieron extrañas: el lugar del hallazgo, tan expuesto, en la linde del bosque. Muy poco habitual. Y ese corzo fue atrapado con un lazo. Los originales, en cambio, no, de eso estoy bastante seguro. Que nosotros sepamos, los originales fueron acosados.

—¿Acosados? —repitió Rebecca—. ¿Los corzos? ¡Dios mío!

—Después mi amiga preguntó: «¿Dónde expone?», y yo repuse: «En ningún sitio», y en ese mismo instante supe que era así. El autor original no expone. Los escenarios del crimen están

resguardados. Aislados. Son los lugares que elegiría un animal. A excepción del rebaño. Supongo que habrá oído hablar de las ovejas, ¿no?

Rebecca asintió.

—Sin embargo —Malonchot sacó de nuevo la tableta de chocolate —, tengo la sensación de que el copista sí expone.

—Ah —contestó Rebecca.

—No quiero asustarla —dijo Malonchot—. Le cuento esto, mademoiselle, porque creo que usted y sus animales son unas víctimas sumamente atractivas... tanto para el autor original como para el copista, y ahora, después de lo del perro... Creo que debe saber que existe una especie de falsificador. Lo que representa un doble peligro.

Rebecca asintió, pálida.

—De acuerdo.

Lane sacudió la cabeza.

—A veces uno los escucha y no entiende ni palabra.

—Hum —murmuró Miss Maple—. Creo que él también ha averiguado que alguien hace de Garou. Y no sólo eso: dice que hay dos Garous, uno verdadero y el otro falso. Y creo que tiene razón.

Malonchot sonrió y le besó la mano.

—Me gustaría proponerle un plan, mademoiselle.

Un aparato de hablar resonó en el prado. El inspector y la pastora se miraron expectantes.

—¿Es suyo? —quiso saber Malonchot.

TERCERA PARTE

Causas

17

—¡Todo es culpa tuya! —se quejó Heide.

—No, no lo es —se defendió Maude—. La culpa es de la cabra.

—Pero si yo no he hecho nada —saltó Madouc.

—Las cabras siempre tienen la culpa —zanjó Maude, implacable.

Desde la noche que habían perdido a Zora en el bosque porque Maude se había parado demasiado tiempo a olfatear, la relación entre los miembros restantes de la expedición no era demasiado buena. Siguieron trotando un poco más en dirección al aullido y luego, para variar, y ya que en realidad nadie quería tropezarse con el inquietante aullador, hacia otro lado. Habían pasado la noche todas juntas al pie de un haya, habían comido hierbas estropajosas del bosque y por la mañana se habían puesto un rato al sol en un claro. Desde que Zora no estaba con ellas, la disciplina iba de mal en peor.

—Al contrario —objetó Madouc—. Las cabras nunca tienen la culpa. Nosotras contamos con un chivo expiatorio que siempre es el culpable de todo, pero nadie lo conoce.

—Bobadas —espetó Maude.

—Chist —susurró Heide.

Las dos ovejas y la cabra se retiraron a la sombra de un tronco cubierto de hiedra y atisbaron pendiente abajo, donde dos puntos oscuros se abrían paso entre la abundante blancura.

¡Los paseantes! ¡Los enemigos de las ovejas!

—Deberíamos largarnos —musitó Heide.

—Deberíamos seguirlos —propuso Madouc.

—¿Y eso por qué? —Las dos ovejas miraron estupefactas a la pequeña cabra.

—Bueno, viven en el castillo, ¿no? Y en algún momento querrán volver.

—Para ducharse —convino Heide—. Mamá dice que no paran de ducharse.

Ducharse era un proceso extraño mediante el cual el olor natural era sustituido por uno artificial. Ellas nunca habían visto cómo funcionaba exactamente, pero una cosa estaba clara: en el bosque uno no podía ducharse.

—Exacto —aprobó Madouc—. Los seguiremos y nos llevarán a casa.

No era un plan alocado. Y superaba al del aullido. Salvo por...

—¿Y si nos descubren? —inquirió Maude.

La pequeña cabra ladeó la cabeza, sacó la lengua y la dejó colgando.

—Esto —respondió.

Heide tragó saliva.

Las tres siguieron a los dos visitantes de invierno con mucho cuidado.

Nevaba. En el bosque nada se movía.

Los dos hombres anduvieron un rato en silencio, después el más alto y gordo se detuvo para sonarse.

—Esperemos que termine pronto —dijo. Madouc paró las orejas—. Todo esto me está desquiciando. Me refiero a que aquí no hay nada. Ni siquiera un café en condiciones. Sólo esa tasca rara del bosque.

El bajito soltó una risa burlona.

—A ti lo que te pasa es que te faltan las mujeres. Pero no te preocupes. Hoy operan al jefe y mañana, si todo va bien, se largará de aquí. Después actuaremos. Cuanto antes, mejor. El fin de semana hay una batida, según he oído. Vendrá gente de todas partes. Es perfecto. Y no me digas que no te atrae una batida. Todos esos animales muertos. Bueno, ¿qué me dices?

—Tendrá un aspecto distinto, ¿no?

—De eso se trata —dijo el bajito—. Más favorecido. No como en las fotos de la pasma. Sin un agujero en la jeta.

—Pero... si tiene un aspecto distinto, ¿cómo sabremos que es el jefe?

—Lo sabremos, pierde cuidado. El jefe es el que paga. —El bajito apretó un tanto el paso—.Vamos.

—¿Crees que esa bruja nos causará problemas?

El bajito negó con la cabeza.

—No causará ningún problema. Tiene muchas más ganas que nosotros de librarse del médico. Mujeres.

—Mujeres —repitió el gordo. Y sonó un tanto nostálgico.

El aparato de hablar de Yves había dejado de sonar hacía tiempo, pero Malonchot seguía cavando. Primero liberó una pierna, con cuidado, luego un brazo, después la cabeza.

A las ovejas les recordaba un tanto a los dos pequeños cuando hacían personas de nieve: el mismo ensimismamiento, el mismo brillo en los ojos.

Nerviosas, las ovejas se habían retirado al otro lado del prado. Sabían que Rebecca no tenía a Yves sobre su conciencia, pero ¿lo entendería así Malonchot?

—¿Lo reconoce? —le preguntó el policía.

Rebecca se hallaba a unos pasos de distancia y estaba blanca como la nieve.

—Es Yves. Era una especie de chico para todo. Antes probablemente se lo llamara mozo. Sólo Yves lleva esas camisas tan espantosas.

Malonchot asintió.

—Lo interrogué anteayer. No es que fuese muy listo. Quiero decir, ¿lo conocía usted bien? ¿Hay algún motivo por el que esté aquí, en el prado? ¿Debía reparar alguna cosa o algo por el estilo?

—Tenía... tenía que ponernos una antena en el techo, pero no se presentó.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer por la mañana. ¿Cree que era el...?

Malonchot sacudió la cabeza.

—¿Lo ve? No me refiero a él, sino a la herida. Un único disparo, nada más. Apenas hay sangre. No; me extrañaría mucho. Pero ¿sabe usted lo que no me extrañaría?

Rebecca no parecía muy deseosa de saberlo.

Malonchot profirió un suspiro.

—Vamos a ver. Será mejor que le dé la vuelta.

—¿No sería mejor que llamáramos a la policía...? —propuso Rebecca.

Malonchot le dirigió una mirada ceñuda.

—Mademoiselle, yo soy la policía. Y se lo ruego, no me pida que espere hasta que mis colegas de Homicidios se hayan cargado este magnífico escenario del crimen. ¿Sabe cuánto tardarán en venir? Con toda esta nieve, ¡horas! Las carreteras están cortadas. Y ¿qué me dirán? ¿Que estos pelos de aquí son de sus ovejas? Bah, eso también lo sé yo. —Se puso unos guantes finos y dio la vuelta al muerto con un movimiento delicado.

—Oh —musitó Rebecca, extrañamente afectada.

—Hum. —Malonchot se ubicó debajo del viejo roble, allí donde debía de encontrarse Yves antes de desplomarse, y miró a todas partes. A la derecha, el tronco del roble. A la izquierda, el prado de las cabras. Hacia atrás, el bosque. E incluso arriba, a las ramas del roble, desde donde dos días antes el cordero de invierno había lanzado un balido triunfal y donde ahora se había posado la primera corneja, que semejaba un fruto negro y extraño. Finalmente miró al frente, directamente hacia la ventana de la caravana de Rebecca.

—Me... me espiaba, ¿no? —De repente Rebecca tenía lágrimas en los ojos—. Era un mirón.

El inspector le pasó una mano por el hombro con delicadeza. Las ovejas no habrían creído que el alto y ancho Malonchot fuese capaz de realizar un movimiento tan delicado.

—No le dé mayor importancia, mademoiselle —intentó tranquilizarla—. Al menos ahora sabemos por qué estaba aquí. ¿Quiere entrar un momento?

Rebecca negó con la cabeza.

—Mejor no. Mi madre está dentro durmiendo la mona.

—Veamos. —Malonchot desabotonó la rígida camisa de Yves y profirió un gruñido de satisfacción—. Ajá. Mire, la bala salió por aquí,

lo que significa que le dispararon a bocajarro. Lo que a su vez quiere decir que la bala no andará muy lejos. A veces se quedan incluso en la ropa... —Palpó la camisa—. ¡Ajá! —exclamó de nuevo, sacando una cajita brillante del bolsillo de la prenda—. Se incrustó en la pitillera. Nunca había visto nada así... ¡Como en una película! Salvo por el hecho de que la bala no entró por el lado habitual. Esto sí que es extraordinario. —Dirigió una mirada radiante a Rebecca. Tenía las mejillas rojas y parecía muy feliz—. Ya veremos —musitó—. Hay que... —Sostuvo algo pequeño ante la cara y cerró un ojo—. En cualquier caso, en ninguna armería se puede comprar esta clase de munición. Esta bala la ha fabricado alguien por su cuenta, y el material... —Sopesó la pequeña cosa en la mano—. Me extrañaría que no fuese plata.

Las ovejas escuchaban. ¡A Yves lo había matado la plata! Lo que significaba...

Rebecca se tapó la boca con una mano.

—¿Cree usted que era el...?

—Ésa es una cuestión distinta —la interrumpió Malonchot—. Completamente distinta.

—¡El Garou! —exclamó Ramses.

Las ovejas miraron expectantes a Miss Maple.

—Puede... —repuso.

—Puede... —repuso también Malonchot.

—¿Puede? —preguntó Rebecca.

—Puede que alguien esté vigilándola, mademoiselle.

—Lo que me faltaba.

—A propósito de vigilar —añadió el policía—. Ésa es la razón de mi presencia aquí. Éste puede esperar un poco, me figuro. —Echó un

poco de nieve sobre el muerto y Rebecca lo miró escandalizada—. ¿Lo encuentra poco convencional? Ya. Pero así al menos se conservará fresco. Antes de que se conozca su muerte me gustaría interrogar a algunas personas. Y hablando de poco convencional... Espere un momento, por favor. Aquí no. Tal vez... junto al cercado. ¿Le importa? Iré por el coche, lo tengo al otro lado. Me gustaría enseñarle algo, ¿conforme?

—Conforme —accedió Rebecca.

El coche, que era muy patilargo y cariancho, se deslizó por la nieve con facilidad, dejando atrás a algunos congéneres durmientes, y fue directo a la cancilla del prado.

Malonchot se bajó e invitó a Rebecca a que se aproximara. A continuación ésta fijó la vista en la ventanilla trasera del coche y el policía la miró expectante.

—Tal vez le resulte un tanto duro, considerando que ha pasado tan poco tiempo desde que... —empezó—. Pero he pensado lo siguiente: supongamos que nos las vemos con un lobo de verdad (y algo de verdad habrá en esa posibilidad). ¿Por qué no nos comportamos como si en efecto lo fuese? Antes los lobos constituían un problema. Y para los problemas hay soluciones. Y ésta... en fin, ésta es la mejor solución que se me ocurre.

—¿Dónde es delante y dónde detrás? —quiso saber Rebecca.

El inspector sonrió.

—Buena pregunta. Digna de la Policía Judicial. Y, como tantas otras veces, sólo puede responderse viendo las cosas en movimiento.

Malonchot abrió el maletero y removió algo. Se oyó un sonido agudo y débil, un sonido que a las ovejas les erizó los vellones. Algo

blanco y lanudo salió agitándose del maletero como si fuese una pequeña tormenta de nieve.

—Creo que es una oveja —baló Sir Ritchfield, nervioso.

El resto del rebaño miró con escepticismo hacia la cancilla. En efecto, la criatura era lanuda. Pero aun así... algo no cuadraba. Algo no cuadraba en modo alguno. Sus movimientos... Era demasiado silencioso para tratarse de una oveja. Demasiado silencioso y demasiado rápido.

—Parece un... —dijo Rebecca.

—*Exactement* —confirmó Malonchot—. Y eso supone una ventaja. Ah, un lobo cuadrúpedo lo olería deprisa, no cabe duda, pero ¿y si en realidad nos las vemos con un lobo bípedo? En ese caso quizá podamos darle una sorpresa.

Poco a poco también las ovejas olieron algo desde la distancia.

—No es una oveja —aseguró con firmeza Cloud—. Es... —Olfateó el aire sin dar crédito, una y otra vez.

Ahora también las demás ovejas lo olían, pero tampoco acababan de creérselo.

—¿Un perro pastor? —dijo Rebecca.

—Un komondor —puntualizó Malonchot—. Una antigua raza húngara de perros guardianes. No es un perro pastor propiamente dicho, sino un perro que cuida del rebaño. Aunque también puede hacer de pastor. Pero sobre todo lo vigila. Día y noche.

—No sé tanto de perros —reconoció Rebecca—. Soy nueva en esto.

Un risueño Malonchot le tendió el silbato.

—Pero él sabe mucho de ovejas. Me lo ha dado un pastor de los Pirineos amigo mío que hace unos meses dejó el oficio. Desde

entonces el perro está de morros, así que logré convencerlo de que nos lo prestara. Creo que al animalito le hará mucha ilusión volver a tener un rebaño. Se llama Vidocq.

—¿Vidocq?

—Acabo de bautizarlo —aclaró Malonchot—. Le gusta el nombre. Su pastor lo llama perro, sin más.

—Pero ¿está seguro de que no les hará nada? —inquirió Rebecca.

—Es un perro guardián adiestrado —afirmó Malonchot—. Preferiría morderse el rabo antes que tocarle un solo vellón a una oveja.

Vidocq se echó unas carreras por la finca, arriba y abajo, zigzagueando, con movimientos fluidos y ágiles. Era como si quisiese ir a todas partes a la vez. Entonces vio a las ovejas, se tranquilizó y se sentó a mirar.

Las ovejas lo miraron a su vez, recelosas.

Rebecca hizo sonar el silbato. Las ovejas se quejaron. El perro no se movió.

—Es cabezota —reconoció el policía.

—Yo también lo soy —replicó Rebecca, y probó de nuevo—. Y ellas... —Señaló las ovejas—. No se imagina usted lo cabezotas que son.

Al cabo Vidocq dejó de mirar a las ovejas y fue trotando hacia Rebecca a regañadientes. Ella se puso en cuclillas y extendió una mano. Vidocq la olisqueó. Rebecca rió bajito y a continuación su mano desapareció en las espesas y blancas greñas del chucho. Unas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Vidocq inclinó la cabeza a un lado y otro.

—Le cae usted bien —dijo Malonchot.

—Seguro que es un glotón —comentó Rebecca.

—Para eso hay solución —repuso el inspector—. Tengo el asiento trasero lleno de comida.

¡El asiento trasero lleno de comida! Las ovejas miraron con envidia.

—¿Qué pretende con esto? —preguntó Rebecca—. Me refiero como policía.

—Ver las cosas en movimiento, entender dónde es delante y dónde detrás, por así decirlo. Si de verdad alguien ha envenenado a su perro, tal vez signifique que los perros suponen un problema para quien lo haya hecho. Bueno, pues creémosle algunos problemas.

—¿Y si también lo envenenan? —inquirió Rebecca.

—Este perro no acepta comida de desconocidos. Aceptará la suya en cuanto entienda que usted forma parte del rebaño. Punto.

Vidocq ladró a modo de confirmación. No fue un ladrido nervioso, sino unos sonidos graves, desafiantes. Resultaron más comprensibles que los graznidos de los europeos.

—Me gustaría que observara atentamente los cambios que se operan debido a Vidocq —pidió Malonchot—. Quién se interesa por él, quién le tiene miedo, a quién le cae bien, a quién no, quién no le cae bien a él. Por regla general la policía se limita a observar. —Resopló con amargura—. Yo intento intervenir, modificar variables, crear nuevas situaciones para los responsables. En situaciones nuevas cometemos errores fácilmente. ¡Todos! Hasta un *loup garou*, si lo quiere así. Podría llamarse criminalística invasiva. ¿Que es un método controvertido? Pues ésa es la idea.

Vidocq volvió a ladrar.

—Creo que quiere conocerlas —aventuró Malonchot al tiempo que abría la cancilla del prado.

Vidocq, como una bola de nieve dichosa, salió disparado hacia las ovejas.

Antes de conocerlo, éstas oyeron decir a Rebecca:

—Espero que no las vuelva locas.

Las ovejas tardaron un rato en entender que estaban corriendo, todas juntas, pendiente arriba, a lo largo de la linde del bosque, hacia el castillo, con Rebecca, a lo largo del cercado de las cabras, algunas de la cuales las miraban con sumo interés, y de nuevo hacia el bosque. La nieve salía volando y las orejas aleteaban. Vidocq estaba en todas partes y en ninguna.

Pendiente, linde del bosque, castillo, Rebecca, cercado caprino, pendiente.

Linde del bosque, castillo, Rebecca, cercado caprino.

Para entonces junto a la cerca ya había un montón de cabras.

—¡Es Vidocq! —Les anunció a galope Heathcliff—. Nos va a volver locas.

Las cabras pusieron cara de envidia.

Heide, Maude y Madouc se encontraban en la linde del bosque y miraban a ambos hombres con frustración.

—Ha salido mal —se lamentó Heide.

—La cabra tiene la culpa —musitó Maude.

No cabía duda de que ambos hombres se dirigían a un castillo, pero ¡no al adecuado! El torreón estaba al otro lado, las ventanas no cuadraban y no había prado que valiese.

Maude olisqueó el aire.

—Huele al castillo bueno —aseguró.

De pronto Madouc empezó a reírse.

—El castillo es el bueno —baló—. Somos nosotras las que estamos mal. Sólo tenemos que rodearlo y todo encajará, prado y rebaño y pastor. Hemos llegado. ¡Enhorabuena, enhorabuena!

—¡Heno! ¡Heno! ¡Heno!

También Heide y Maude profirieron un breve balido triunfal. Siguieron a Madouc por una superficie blanca y pelada, a lo largo de los muros del castillo y entre los edificios anejos, como en los viejos tiempos. Un gato atigrado asustó a Heide. Heide asustó más aún al gato atigrado.

De pronto, Maude comenzó a olisquear con nerviosismo.

—¡Ahí detrás! —exclamó—. ¡Una gallina!

—Hemos vuelto —dijo Heide, entusiasmada—. ¿Os acordáis de cuando nos fuimos? ¿Os acordáis? Hace mucho...

En realidad sólo era media gallina a la que la nieve había chupado toda la sangre. Y otra. Y otra más. Una gallina negra viva pasó a toda velocidad por delante de las ovejas y desapareció entre las construcciones.

—¿Qué...? —dijo Heide, y enmudeció.

Madouc pareció no oírla. Miraba fijamente, embobada, la puerta entreabierta del gallinero. Dentro había más gallinas muertas. Muchas más. En medio, con el rojizo pelaje perlado de plumas blancas, estaba el zorro. Sonreía como sólo puede sonreír un zorro.

Madouc sólo veía al zorro, sólo oía al zorro y sólo olía al zorro. El mundo desapareció.

En una ocasión había habido un zorro. Una muerte rojiza en la nieve. El zorro fue lo primero que ellas vieron en el mundo: una sombra huidiza de ojos luminosos. En alguna parte baló una cabra...

una cabra que Madouc nunca llegaría a conocer. Ellas tampoco se conocían, pero conocían al zorro. El zorro era más grande, más rápido y más listo que ellas. Él era el final, y Madouc sentía curiosidad. Se puso en pie, por primera vez, para verlo, para ver su cerco, y su primer paso tambaleante en esta vida la dirigió hacia él.

Madouc se sacudió como entonces, de frío e ira. Cuando la muerte ponía su cerco había que levantarse. Había que ver el cerco con los claros y amarillos ojos de las cabras, y después, una vez entendido, había que escapar de él. Daba igual cómo. Daba igual a qué precio.

Tanto antaño como ahora.

El zorro ya no representaba un peligro.

El lobo sí...

La pequeña expedición continuó en silencio, pasó por delante de la hostería y se dirigió al portón de la finca.

—Ni siquiera quería comérselas —comentó Heide—. No podría comérselas a todas. Entonces ¿por qué?

—Porque es zorro. No puede evitarlo. —Madouc parecía no prestar mucha atención—. Casi hemos llegado.

Las ovejas se encontraban entre el establo y el almacén, aún algo agitadas de tanto correr, e intentaban rumiar los últimos acontecimientos: Malonchot, Yves, la bala de plata y el nuevo perro pastor. Vidocq estaba sentado junto a la caravana, con la rosada lengua fuera, y dejaba que Rebecca lo acariciara. Aunque debajo de tantas greñas apenas se le veía la punta de la nariz, se lo notaba dichoso.

—Al Garou tiene que matarlo una bala de plata —dijo de pronto Lane.

—Y a Yves lo mató una bala de plata —recordó Ramses—. Está más claro que el agua. Si no hubiese sido el Garou, no habría muerto. Una cosa tan pequeña... La plata es inofensiva, ¿sabéis? Mopple se la metió en la boca.

De repente prácticamente todo el rebaño opinaba que Yves era el Garou, incluso la oveja más taciturna, que asentía ostensiblemente a todo. Un resultado satisfactorio. Las ovejas se alegraban de haberse librado con tanta facilidad de él. Yves, que seguía muerto junto al viejo roble, ahora boca arriba, era el mejor Garou posible.

—No sé —musitó Miss Maple en medio del entusiasmo generalizado—. Hay algo que no encaja.

Las demás ovejas la miraron enfadadas. Ahora que habían resuelto el caso venía Maple a decir que algo no encajaba. Maple no era una oveja detective, más bien al revés: sólo averiguaba lo que no existía.

—¡Ahí está Heide! —baló Heathcliff—. ¡Heide y Maude y la cabra! Junto al portón.

—¡Ninguna oveja puede abandonar el rebaño! —exclamó Sir Ritchfield con severidad, pese a lo cual se unió a las ovejas cuando éstas trotaron hacia la cerca para saludar a las recién llegadas.

—¿Y Zora? —preguntó Cordelia.

—La... la hemos perdido —repuso Heide.

—La culpa la tiene el chivo expiatorio —explicó Maude.

Madouc no dijo nada, se limitó a dar saltos caprinos por el prado y balar de nuevo:

—¡Enhorabuena!

Las ovejas se contagiaron de su entusiasmo y no tardaron en balar al unísono pidiendo heno. Empezó a nevar de nuevo.

Su corazón latía con fuerza. Latía como... No lo sabía. Deprisa, en cualquier caso. Demasiado deprisa. De un modo anormal. La nieve caía despacio, poco a poco y en copos. Le gustaba cómo caía la nieve. Los latidos de su pecho podían seguir el ejemplo. *Pom, pom, pom*, ligeros como el viento.

La nieve se asentaba, fría y lisa, alrededor de sus patas, borrando las huellas como... Daba igual, se le antojaba extraño. La nieve no debería ser tan lisa a su alrededor. Al contrario: la nieve debería decirle de dónde venía. ¿Venía de alguna parte? No se acordaba. Experimentaba una sensación de vacío. Bajó la cabeza y resopló en la nieve. La nieve caía del cielo. ¿También había caído él del cielo? La idea lo entristeció, quizá.

Quería volver. Quería volver a toda costa.

Algo iba hacia él. No desde arriba. Desde un lado. Un crujido.

Crunch, crunch, crunch.

Pumpum-pumpum. Su corazón había vuelto a desbocarse, galopaba más deprisa que los copos de nieve. Entonces vio a la criatura. Alta, oscura y a dos patas avanzaba por la nieve dejando huellas. La criatura no había caído del cielo. Se detuvo no muy lejos y movió la cabeza a un lado y otro. El modo en que lo hacía no le gustó. Debía alejarse. Sobre todo de sus ojos. Sus ojos eran más fríos que la nieve. Pero la nieve era su aliada, bailoteaba y revoloteaba alrededor de la oscura criatura, le daba en la cara, de forma que los ojos no podían mirar mucho tiempo en la dirección en

que él se encontraba. El viento bufaba, y finalmente echó de allí a la criatura.

Crunch. Crunch. Crunch.

Pumpum. Pum. Pum.

La nieve seguía cayendo, y de pronto dejó de caer, sin más.

Las sombras dibujaban manchas en el suelo, y eso tampoco era bueno. Dio un paso, con cuidado, abandonando las sombras. Sentía las patas rígidas y ajenas, como si nunca las hubiera utilizado. En el cielo no hacen falta patas. Aquí sí. Pasó junto a los árboles con cautela, siempre hacia la luz. Al poco dejó de haber árboles y apareció una cerca. Detrás había alguien.

Otra criatura. Blanca y algodonosa como la nieve. Esa criatura le gustaba más.

—Hola, Mopple —lo saludó la criatura.

—Hola —repuso Mopple the Whale.

18

Mopple the Whale había vuelto del bosque.

Y Mopple the Whale no había vuelto del bosque.

Mopple se parecía a Mopple. Era amable como Mopple y glotón como Mopple. Olía como Mopple y se movía como Mopple.

Pero Mopple the Whale era la oveja con mejor memoria del rebaño.

La oveja memoriosa.

Una vez que memorizaba algo, nunca lo olvidaba.

Y la oveja que había vuelto del bosque lo había olvidado todo.

Todo.

Irlanda. Europa. El prado y el castillo. Sir Ritchfield. Miss Maple. Heide. Incluso su nombre.

Mientras el sol avanzaba resuelto hacia el castillo y los hombres de las gorras quitaban de en medio a Yves, las ovejas rodeaban al carnero gordo como para darle calor. Tal vez algunos de sus recuerdos pasaran a Mopple... como si de pulgas se tratase. Lo cierto era que Mopple daba una impresión muy satisfactoria: pastaba con jovialidad, mascaba y tragaba, parpadeaba a veces cuando miraba al sol y se dejaba enredar por Sir Ritchfield en largas conversaciones unilaterales. De vez en cuando se detenía y parecía aguzar el oído, como si buscara un ruido, el ruido de una manzana al caer, suponían las ovejas.

Observaron aliviadas a Yves desaparecer por la cancilla, con los pies por delante, envuelto en plástico, igual que un queso de cabra.

Ya no había nada que se interpusiera entre ellas y el pacer relajado.

Hortense fue a abrazar a Rebecca y envolverla en una nube de violetas.

—Ay, Becca —dijo—. *C'est terrible*! Tienes que estar muy asustada. Y tu pobre perro. Y los pobres corzos. Todo esto es terrible.

—Era vieja —repuso Rebecca en voz baja—. ¿Qué corzos?

—Paul los ha encontrado esta mañana. El pastor. Dos de golpe y porrazo. En una noche. Nunca habíamos encontrado dos en una noche.

—Puede que los dos no sean de anoche —aventuró Rebecca.

—Estaban los dos en la nieve —dijo Hortense.

—Ah —musitó Rebecca, muy pálida.

—Creo... creo que deberías relajarte un poco. —Hortense le puso una mano pequeña y blanca en el brazo—. Vamos a la cocina a tomar un chocolate caliente, ¿quieres?

Aun cuando daba la impresión de que no le iría mal un chocolate caliente, Rebecca negó con la cabeza.

—No quiero moverme de aquí —respondió—. Las ovejas...

—Seguro que tu *maman* puede ocuparse por un rato.

Rebecca se paró a pensar un instante.

—Voy a despertarla —dijo. Rascó a Vidocq detrás de las orejas (o allí donde ella suponía que tenía las orejas) y subió los escalones de la caravana.

Vidocq y Hortense se miraron con escepticismo. La nieve caía, y Maple pensaba.

Nieve.

La nieve caía de arriba y separaba cosas.

La hierba de la luz. El frío del calor. Los vivos de los muertos.

—Necesitamos más plata —espetó Maple de pronto.

—Pero Yves... —dijo Ramses.

—¿Para qué necesitamos ahora la plata? —quiso saber Heide—. ¿Crees que hay más hombres lobo?

¿Más hombres lobo? Las ovejas pusieron cara de susto. Un hombre lobo ya era bastante malo. Ninguna de ellas tenía ganas de cruzarse con más de uno.

Maple ladeó la cabeza como si quisiera oír la nieve o tal vez incluso la hierba debajo de ésta. Pero la nieve no dijo ni pío.

—Yves no era el Garou —afirmó.

—Pero la plata lo mató —arguyó Cordelia.

—Yves estaba bajo la nieve —prosiguió Miss Maple—. Y los corzos de los que habla Hortense estaban sobre la nieve.

Las ovejas se lo imaginaron: Yves, rígido e inodoro, intentando estirar las peludas manos a través de la nieve para coger a los corzos. Imposible. La nieve era como un cercado en el tiempo.

—Quizá... quizá fuera el otro —apuntó Lane con tono de vacilación —. El paseante. El que simula que es el Garou.

Todas tenían tantas ganas de que Yves fuese el Garou...

Maple sacudió la cabeza.

—No lo creo. ¿Os acordáis de lo que contó Othello? El paseante no hace muy bien de Garou. Y dos corzos en una noche... no es

sencillo. No creo que lo haya hecho él. Además, Yves era daltónico, ¿os acordáis? Lo dijo Rebecca.

—¿Qué es daltónico? —quiso saber Heathcliff.

—Cuando uno ve, pero no ve los colores. Y creo que los colores son muy importantes para el Garou. Ver es muy importante.

Maple lo imaginaba perfectamente. El blanco y el rojo. El blanco, el rojo y el negro. Flores en la nieve. Por eso la plata era peligrosa para él. Porque brillaba y relucía. El Garou quería ver. Cazaba con los ojos. Cazaba para sus ojos, no para su estómago. Pensó en la ventana de Hortense, que daba al prado. Estaba segura de que el Garou también tenía una ventana así. Una ventana desde la que asomarse a ver. Ver constituía la mitad de la caza.

—El Garou vive en el castillo —vaticinó.

Las ovejas miraron asustadas en dirección al castillo, que de nuevo extendía sus dedos umbrosos hacia el prado. El Garou... ¡tan cerca!

—Creo que es importante averiguar quién mató a Yves —continuó Maple—. Creo que han confundido a Yves con el Garou. Lo que significa que alguien persigue al Garou. Tenemos que averiguar quién. Tal vez la próxima vez podamos ayudarlo a dar con el verdadero.

Rebecca salió de la caravana. Por el modo en que tomó del brazo a Hortense y las dos desaparecieron por el portón, Vidocq debió de prometerle que cuidaría bien de las ovejas.

Vidocq las siguió con la mirada y acto seguido se levantó, se estiró y subió trotando la pendiente hasta la cerca. Desde allí contempló el bosque un buen rato, con cierta expresión de melancolía.

Por fin el terreno estaba despejado, o todo lo despejado que podía estar teniendo de vecinas a las cabras.

Las ovejas se disponían a ir en busca de un nuevo pedazo de plata cuando descubrieron a tres cabras junto al cercado. Una de ellas carraspeó. Pareció un balido. Tal vez lo fuese.

Las ovejas hicieron caso omiso.

La segunda cabra tosió ligeramente.

—Hemos pensado que... —empezó la primera.

—... queremos... —siguió la segunda. Las otras dos la miraron enfadadas—. Nos gustaría... —se apresuró a corregir— que nos volviera...

—... locas —concluyó la primera cabra.

Las ovejas las miraron sin entender nada.

—Vuestro perro —aclaró la tercera.

Las tres bajaron la vista.

—Si no es mucha molestia —musitó la segunda.

—Aunque sea mucha molestia —la contradijo la tercera.

—No tenemos tiempo —repuso Heide, mordaz—. Necesitamos plata. Y hemos de averiguar quién asesinó a Yves.

—¿Yves? —preguntó la primera cabra—. ¿A quién le interesa Yves? ¿Es importante?

Las ovejas se pusieron serias.

—Pero eso no es ningún problema —aseguró la tercera cabra—. Podemos averiguarlo nosotras. No tardaremos nada. Y después... la locura, ¿de acuerdo?

—Puede —contestó Lane con gravedad—. Si el perro tiene tiempo. Intercederemos por vosotras.

La delegación caprina volvió balando a su prado y pronto todas las cabras estuvieron alrededor de la cómoda. Sacudían la cabeza muy serias, con expresión inquisitiva. A continuación se libró un duelo entre la de la oreja negra y una cabra marrón. Ganó la de la oreja negra.

Las ovejas no daban crédito a lo que veían.

Al cabo de un rato la joven y gris Amaltée se escurrió por la ripia y pasó al prado de las ovejas.

—Madame Fronsac —anunció.

Las ovejas la miraron con respeto.

—¿Cómo lo habéis averiguado tan deprisa? —preguntó Cordelia.

—Lo hemos sometido a votación: tres votos a favor del patrón, dos para el pastor, porque ayer nos dio muy pocos rábanos, uno para Yves. Yo voté al jardinero, porque siempre le huele el aliento, y Circe a monsieur Fronsac, porque nunca hace nada. Y Megära votó a madame Fronsac. La cosa está más que clara.

—Pero ése no es modo de decidir... —Maude miró con recelo a Amaltée. Algo no cuadraba.

—¿Por qué? —preguntó Amaltée—. Alguien ha de hacerlo.

—Muy astuto —dijo Maude.

—Las cosas no funcionan así —objetó Cordelia—. Ahí fuera está el mundo y... es grande... y no se puede votar sin más.

—Pues claro que se puede —insistió Amaltée—. ¿Qué sería el mundo sin cabras?

—¿Y dices que sólo Megära votó a madame Fronsac? —inquirió Maple—. Y aun así...

—Megära era la que contaba con más votos —explicó Amaltée—. Cada cual tiene todos los votos que quiere. Así son las normas. La

que se sabe el número más alto es la más lista. Y ésa decide.

—¿Y cuál fue el número más alto? —preguntó Heide, picada por la curiosidad.

—El verde —repuso Amaltée.

—El verde no es un número.

—El verde es un número tan alto que nunca nadie ha oído hablar de él.

—Entonces puede que el azul sea aún más alto —espetó Heide con ojos centelleantes.

—Eso mismo dijo Penelope —admitió Amaltée.

—¿Y?

—Lo dirimieron bajo el árbol, con los cuernos. Como hacemos siempre. Lo llamamos «democracia». Fácil, ¿no? Y cuando ése tenga algo de tiempo... —Amaltée miró con ansia a Vidocq, que se revolcaba satisfecho sobre la nieve, en la linde de bosque.

—Hablaremos con él —le prometió Lane, muy seria.

—Puede que no sea tan tonta —se planteó Miss Maple cuando la cabra se hubo ido.

—¿La votación? —inquirió Cloud con escepticismo.

—¿La locura? —preguntó Cordelia.

—No —dijo Maple—. Madame Fronsac.

—Muy lista no es —opinó Heide.

—Pero tiene un motivo para cazar al Garou —repuso Maple—. ¿Os acordáis del niño de que habló Hortense? ¿El niño al que mató el Garou? Era de su familia. Ella tiene un buen motivo para perseguir al Garou. Y si creía que Yves era el Garou...

La oveja más taciturna del rebaño bufó para dejar bien claro que tenía serias dudas al respecto.

—Lo sé —reconoció Maple—. Es gorda y miedosa. Yo tampoco me la imagino rondando de noche con un arma. Y dando en el blanco. —Imaginó a Yves junto al viejo roble y la oscuridad que había tras él. No veía a madame Fronsac en esa oscuridad. De hecho, no veía nada. Y sin embargo...—. Hubo más personas, ¿no? Una mujer y una niña. ¿De quién eran la mujer y la niña?

Zora avanzaba cojeando por la carretera. Se alegraba de que volviese a haber una carretera. Ojalá fuera la buena. Tenía frío, se sentía mal y estaba demasiado nerviosa para comer. Pero había escapado del Garou, en el corazón del bosque, ella sola. Ahora que todo había pasado, Zora deseó haberlo visto un poco mejor. Sin embargo, en su memoria no había nada, sólo una sombra difusa. ¿Un bípedo? Zora ni siquiera estaba segura de que se tratara de un bípedo.

La carretera subía hasta una loma, y cuando hubo llegado al punto más alto, Zora vio algo grande, gris y muy alto entre los árboles. ¡El torreón! ¡El torreón del castillo! ¡Lo había conseguido!

Acto seguido oyó un ruido. Detrás de ella un coche ascendía por la pendiente en dirección al castillo.

Corrió a ocultarse entre unos abetos jóvenes y se dispuso a esperar a que el coche pasara. Pero no pasó. Se detuvo en la carretera y un hombre se apeó. Algo en su olor hizo estremecer a Zora, que asomó la cabeza entre los densos abetos y reconoció al veterinario. Éste se había apartado unos pasos del coche y, nervioso, daba vueltas en torno a una tosca mesa de madera que estaba sin

más en el bosque. Hasta ese momento Zora no había reparado en aquella mesa.

¡Precisamente el veterinario! Se ocultó aún más en la sombra que proyectaban los abetos.

El veterinario caminaba arriba y abajo, fumando, farfullando y al parecer de mal humor. Por fin se detuvo, sacó un aparato de hablar de la chaqueta y se puso a darle con un dedo.

Mientras el veterinario graznaba al aparato, Zora se escabulló de su escondrijo y, dando un gran rodeo alrededor del hombre y el coche, se dirigió a casa.

Cuando Rebecca volvió del castillo, mamá estaba sentada en los escalones de la caravana. Tenía mala cara y fumaba.

—Hola —la saludó Rebecca.

—Hola —repuso mamá un tanto compungida—. ¿Ha pasado algo?

Rebecca respiró hondo.

—Podría decirse que sí. Dame uno.

Mamá le ofreció uno de sus finos y largos cigarrillos y Rebecca empezó a hablar. De Tess, de Yves, de Malonchot, de los corzos y otra vez de Tess.

A mamá no le impresionó especialmente la muerte de Yves —«Tenía malas cartas», aseguró—, pero sollozó por Tess.

—¡Todo es culpa mía! —gritó—. Yo y mi maldita borrachera.

Rebecca no dijo que no.

Mamá, que probablemente esperaba que dijese que no, dejó de sorberse y la miró con ceño.

—Hay algo más, ¿no?

—¿Qué más iba a haber? —preguntó Rebecca.

—Algo —porfió mamá—. Hay algo.

—¿Por qué la vida no es fácil? Para variar. La de ayer fue una noche agradable, ¿sabes? Primero... primero él quizá se comportara como un lechuguino, pero luego fue de lo más agradable. Romántico incluso. Y de repente se puso nervioso, hosco, raro, y me di cuenta de que quería librarse de mí. No... pegaba con el ambiente. No pegaba nada. Y después te envía una botella y yo encuentro a Tess y hoy Hortense me cuenta lo de los corzos. ¿Te acuerdas del miedo que le tenía a Tess? Y a juzgar por lo que me contó, tuvo una infancia bastante encorsetada, por llamarla de algún modo. Sé que no siempre se trata sólo de la infancia, pero aun así creo que... — Pero prefirió no decir lo que pensaba.

—Deberías decírselo a ese policía —advirtió mamá.

—¿A Malonchot? —Rebecca soltó una carcajada irónica—. Es amable, no lo niego, y nos ha traído a Vidocq, pero en realidad está usándonos de cebo para atrapar al Garou. Tendrías que haberlo visto hoy con Yves. Estaba de un humor excelente porque tenía una pista nueva. Y también estará de buen humor cuando nos desentierre de la nieve. No, hemos de irnos de aquí.

—No te preocupes, hija. Donde hay oscuridad también hay luz.

Era evidente que no podía estar más equivocada. Donde había oscuridad no había ninguna luz.

—El veterinario acaba de llamarme —dijo Rebecca—. Quiere verme. A solas. En el bosque. Bueno, no en el bosque en sí, sino en el área de descanso que hay arriba, en la carretera. No quiere venir a la finca. Ha dicho que es importante. Suena extraño, ¿no? Pero

creo que voy a ir. Quiero que nos encuentre otro establo. Ya he esperado bastante.

—Te acompaño —se ofreció mamá.

—Ni hablar. Tú te quedas a cuidar de las ovejas. Le he dicho que te diría adónde voy. Me refiero a que sería rematadamente estúpido si... Lo cogerían en el acto.

—¿Estás segura de que era el veterinario?

Rebecca asintió.

—Me está esperando. Me voy. Ahora mismo.

—¿No será mejor que primero consultásemos las cartas y...?

—No. Si no he vuelto dentro de media hora, llama a la policía.

Las ovejas, Vidocq y mamá vieron a Rebecca internarse en el bosque tocada con el gorro-hogaza. Después mamá volvió a la caravana, Vidocq a la linde y las ovejas se concentraron de nuevo en la búsqueda de la plata. La del cubo de la basura podían darla por perdida, estaría en el fondo, después de que el día anterior Rebecca echara al cubo dos latas de conservas y un periódico viejo arrugado, pero tal vez hubiese restos de papel alrededor de la caravana.

Se pusieron a hurgar y pastar hasta que Ramses encontró algo en la nieve, delante de la caravana. Pero no era plata, sino una de las cartas de mamá.

Un grupo de ovejas miró la carta con curiosidad.

—¿Será el diablo? —aventuró Cordelia.

—No lo creo —repuso Cloud.

Ese señor risueño con cuernos y pezuñas de oveja no podía ser el diablo. A las ovejas les sorprendió lo atractivas que eran las

personas con cuernos. Lamentaron un tanto que Rebecca no tuviese cuernos y después dejaron la carta en paz y siguieron buscando la plata.

El jardinero volvió a atravesar la propiedad con otro abeto pequeño, que también fue a parar a un montón junto con otros abetos.

—Sé dónde podemos encontrar plata —anunció Lane.

Últimamente las personas habían empezado a interesarse mucho por los abetos. Habían metido en casa abetos pequeños, y hasta la propia Rebecca había llevado uno muy pequeño a la caravana. Sin embargo, a los pocos días se habían hartado de los árboles y habían comenzado a reunirlos junto a los muros del castillo en un montón seco y quebradizo en el que el viento se reía y por el que los ratones se deslizaban... A veces, en aquel montón brillaba algo metálico, como el sol en el fondo de un lago.

A esas alturas ninguna oveja quería abandonar el prado sola, pero finalmente Lane, Maple y Cloud se mostraron dispuestos a buscar la reluciente plata en los abetos desechados. Acababan de llegar a la abertura del cercado de las cabras cuando, de repente, Vidocq se plantó delante como una pequeña montaña blanca y profirió un grave «¡Guau!».

Nada más. Sólo un guau.

Las ovejas estaban impresionadas.

—Los lobos son una invención de los perros pastor —dijo Mopple de pronto—. Para que les cueste menos cuidarnos.

Las demás se miraron: Mopple había recordado algo... pero ¡era una estupidez!

—Tenemos que distraerlo —propuso Heide—. O no dejará que se marchen.

Poco después un grupo de ovejas ostentosamente independientes empezó a galopar arriba y abajo delante de Vidocq. Tras evaluar un rato la situación soltó otro guau y echó a correr tras las ovejas mientras Lane, Maple y Cloud se escabullían del prado para hacerse con otro trozo de plata.

Volvieron con una estrellita reluciente, e iban a pincharla de nuevo en el avellano cuando Maple sacudió la cabeza.

—Si Rebecca la encuentra, la tirará. Tenemos que poner la plata en un sitio al que Rebecca no llegue.

—¿Nosotras? —preguntó Heide.

—Nosotras —respondió Miss Maple.

No era tan sencillo. Las personas, gracias a sus manos y esas dos piernas suyas ridículamente largas, llegaban prácticamente a todas partes.

—Eso no es una oveja —musitó Sir Ritchfield sacudiendo la cabeza mientras miraba a Vidocq, que seguía cumpliendo entusiasmado con sus obligaciones de perro pastor.

—¡Ya sé dónde! —exclamó Miss Maple.

Poco después, en la imponente cornamenta de Ritchfield se asentaba una pequeña estrella que las protegería a todas del Garou.

—¡Zora! —baló Mopple.

Las ovejas lo miraron y después volvieron la cabeza hacia la linde del bosque, donde Zora observaba en silencio a través de la cerca. Se sintieron tan aliviadas con el regreso de Zora que ni siquiera

repararon en los dos paseantes, que aparecieron de súbito en el extremo más bajo del prado. Sin embargo, Madouc, que había vuelto a hartarse del prado de las cabras y hurgaba en el comedero de las ovejas en busca de restos de forraje, los vio.

—Están pasando cosas —dijo el paseante bajito mientras meneaba la cabeza y se apoyaba contra la cerca.

Madouc aguzó el oído. Le gustaba que pasaran cosas.

Los paseantes alzaron la vista hacia el viejo roble, alrededor del cual la nieve estaba muy sucia y pisoteada.

—¿Quién sería? —añadió el bajito—. Interesante, ¿no? Normalmente lo sabemos.

Los dos soltaron una risita.

—Con una bala de plata, dice la gallina gorda.

El gordo resopló.

—¿Cómo lo sabe?

El bajito se encogió de hombros.

—En cualquier caso, no fue un mal trabajo —dijo—. Sencillo y limpio. Ésos son los mejores. —Suspiró—. Y si de verdad fue una bala de plata... ¡brillante! Simple pero genial. ¿Tú qué dices? Podríamos habernos ahorrado toda esta carnicería.

—La gallina gorda habla mucho —repuso el otro.

El bajito no prestaba atención.

—Parece que esto te divierte de lo lindo. Otros dos corzos. *Merde*. Yo creo que exageras. Cada vez es un riesgo, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo? Con el del prado de las ovejas y uno más habría sido suficiente. Sé un poco profesional para variar. Maldita sea, por los bichos no nos pagan.

El gordo arrancaba astillas de la cerca y las tiraba al suelo.

—Ya te he dicho cien veces que no fui yo.

—Entonces ¿quién ha sido? ¿El Garou? ¡Ja! Sé de sobra lo que te divierte, y me da igual siempre y cuando el trabajo no se vea perjudicado.

—Pero es que no he sido yo. —El gordo se clavó una astilla y contempló impasible cómo unas gotas de sangre caían sobre la nieve—. Y, ¿sabes qué?, si no fui yo, fue otro. Sé el trabajo que cuesta, y no me huele bien. Y me digo: ¿y si de verdad existe? Al fin y al cabo he estado todo el tiempo en el bosque.

El bajito le ofreció un pañuelo al gordo para el dedo.

—¡Qué Garou ni qué ocho cuartos! Sería un perro salvaje o un loco. Y te diré una cosa: si de verdad todavía anda suelto el loco ese de antes, es lo mejor que podría pasarnos.

Los hombres guardaron silencio.

En lo alto de la pendiente las ovejas habían rodeado a Zora, felices de ser de nuevo un rebaño completo.

—Míralas —dijo el gordo—. ¿Alguna vez te has parado a mirar las ovejas? Se pasan el día zampando. No hacen otra cosa. ¿Qué crees que harían si nos cargásemos a un par de ellas?

De pronto el gordo tenía algo de metal en la mano. Madouc aguzó el olfato. Olía a calor y sudor rancios, y a algo más: miedo.

El bajito suspiró.

—El sentido de todo esto es ocuparnos de que la gente se crea la historia del maldito Garou. Así podremos endilgárselo al doctor y nadie lo relacionará con el jefe. Y, *voilà*, la gente cree en el Garou, así de simple. Maldita sea, si hasta tú crees en él. Las ovejas la palmarán con el médico, según lo planeado. Y ¿sabes qué? Me haré con unas balas de plata. Sería una buena alternativa. Sencilla.

Efectiva. Elegante. Y sin necesidad de ninguna carnicería. Hablaré con el jefe.

—No hablo de algo profesional, me refiero a así porque sí.

Obstinado, el gordo se quedó junto a la cerca y apuntó con la cosa metálica al prado. ¡Qué silencio reinaba! El mediodía era el momento más silencioso del día. Vidocq había dejado a las ovejas y dormía debajo de la caravana. El portón de la finca bostezaba. El castillo callaba.

—Anda ya, tío —repuso el bajito, aunque no muy enérgicamente.

—Sólo una o dos —rezongó el gordo—. Con esta joya de silenciador nadie se enterará. Párate a pensar lo mucho que se extrañarían.

La cosa metálica, con su nariz puntiaguda, iba de oveja en oveja. A Madouc el asunto no le gustó. Una o dos ¿qué? Y ¿quién se iba a extrañar? El pastor también tenía una cosa metálica de ésas, grande, pesada y vieja. La limpiaba, la cuidaba y la acariciaba, pero la mayor parte del tiempo la cosa metálica se la pasaba durmiendo. Esperaba algo, a que llegase el momento adecuado, y esperaba en silencio.

Pero la cosa metálica del gordo no quería esperar más. Señalaba a las ovejas. Primero a ésta y luego a aquélla.

—¡Pum! —exclamó el gordo—. ¡Pum! ¡Pum y pum!

—Déjate de tonterías —dijo el bajito—. Tengo hambre. Vamos a ver qué ha preparado hoy la gallina gorda. Hay que admitir que sabe cocinar.

—¡Pum! —repitió el gordo.

—Como te vea alguien... Y probablemente ni acertaras.

—¡Pum! —insistió el gordo.

—Has pasado mucho tiempo sin practicar. Te has centrado demasiado en el cuchillo. Siempre te lo digo.

La cosa metálica giró y de pronto señaló a Madouc.

—¿Qué te parece esa de ahí? —preguntó el gordo—. Así por lo menos veremos algo bueno.

—¡Bah! Ésa es pan comido. ¿Ves la negra allí detrás, en lo alto de la pendiente? Ésa sí sería un desafío.

La cosa metálica se volvió insegura hacia donde estaba Othello. Acto seguido no pudo evitar estornudar.

—... Y luego fuimos hacia el lugar de donde procedía el aullido —contaba Zora—, y después las demás desaparecieron y vi a Mopple y al Garou y luego escapé. —Levantó la bonita y negra cornamenta.

—¿Y por qué fuisteis hacia el aullido? —preguntó Cordelia, estremeciéndose.

—Porque teníamos que volver. Teníamos que volver a toda costa, y deprisa, para advertiros.

—¿Advertirnos de qué? —inquirió Ramses con nerviosismo.

—Pues de... —Zora se detuvo y fulminó con la mirada a Maude y Heide—. ¿No se lo habéis contado?

—La cabra tiene la culpa —se excusó Maude.

Heide movía tímidamente las orejas.

—Queríamos hacerlo, pero es que...

—¡Las siguientes somos nosotras! —baló Zora—. ¡Nos harán lo mismo que a los corzos! Plin atrajo a Rebecca hasta aquí para que los dos visitantes de invierno... —Se interrumpió—. ¡Ahí están! ¡Abajo, junto a la cerca!

De pronto, las ovejas echaron a galopar en desbandada. Pero sólo por un momento, hasta que desaparecieron de la vista. Tres detrás del viejo roble, cinco detrás de la caravana, varias detrás del establo y dos detrás del almacén. La última oveja que seguía zigzagueando por el prado era Mopple the Whale, pero también acabó refugiándose detrás del establo tras oír los balidos frenéticos del resto. Madouc estaba de piedra.

—¿Tú has visto eso? —preguntó el gordo.

El bajito no respondió. La cosa metálica se irguió despacio y apuntó a Madouc, que mascaba con nerviosismo.

—Bah, qué tontería —dijo el gordo, y devolvió la cosa metálica al calor del abrigo—. ¿Sabes lo que necesito ahora? Un baño caliente.

—Tú y tus dichosos baños —masculló el bajito, y ambos echaron a andar hacia el castillo. En silencio.

19

Poco después de que los enemigos de las ovejas y su pistola abandonaran el prado, mamá se plantó en los escalones de la caravana fumando un cigarrillo tras otro y mirando en dirección al bosque. Sacó dos veces un aparato de hablar del bolsillo. Y dos veces se lo guardó.

Por su parte, Vidocq salió de debajo de la caravana.

Y empezó a mover el rabo lentamente.

Rebecca había aparecido en la linde del bosque. Tenía las mejillas rojas e iba directa a la caravana.

Aliviada, mamá aplastó el quinto cigarrillo en la nieve.

—¿Y bien? —preguntó cuando Rebecca hubo llegado.

—Quiere ayudarnos. Malonchot le llevó hoy a Tess para que le practicara la autopsia... y sí, alguien la envenenó, figúrate. ¡Lo sabía!

—Cabrones —espetó mamá.

—Por lo visto alguien le ha sugerido que no se entrometa. No ha querido decir quién, pero este sitio, con sus cabras, sus cerdos y sus gallinas, probablemente sea una de sus principales fuentes de ingresos, opino yo, y así se explica todo.

Mamá sacó otro cigarrillo y le ofreció uno a Rebecca, que sacudió la cabeza.

—A pesar de todo, ha dicho que nos ayudará. La última vez tenía que haberse llevado las ovejas, y ha dicho que no quiere volver a ver algo igual. Conoce una finca con un establo desocupado, un

centro de acogida de caballos, y si todo sale bien podremos irnos pasado mañana. Sólo hay que organizar el transporte. Y, desde luego, no anunciarlo a los cuatro vientos. No te imaginas lo mucho que me alegro. ¿Sabes qué? Dame uno.

También las ovejas se alegraron. Al parecer Mopple se había comido la carta adecuada. El gordo carnero fue rodeado y mordisqueado amistosamente y, aunque no recordaba la hazaña, puso cara de satisfacción.

Pero...

«Pasado mañana es después de mañana —pensó Cloud—. Hasta pasado mañana pueden suceder muchas cosas.»

Sin embargo, al menos al principio sucedieron las cosas adecuadas. Rebecca extendió de nuevo el dedo índice para contarlas. Contó dos veces. La primera incluyó también al desconocido, que pastaba no muy lejos del resto y conversaba con Aube y Pâquerette. A estas dos no las contó.

—Están todas —dijo cuando hubo acabado, y dejó en el suelo el cubo de la comida—. Tenía un mal presentimiento, pero están todas. Gracias a Dios.

A continuación aplicó a la pata de Zora, que aún cojeaba, una pomada apestosa, y todas las ovejas pastaron satisfechas. Todas salvo una.

Heathcliff se encontraba algo apartado del resto, mirando el comedero con expresión sombría. Aunque de la cabeza estaba un poco mejor y las costillas ya no le dolían cada vez que respiraba, en el pescuezo y las pezuñas sentía unas punzadas agudas con cada movimiento en falso. Y casi todos sus movimientos eran en falso. Lo único bueno era el nombre. ¡Heathcliff! Heathcliff era estupendo,

transmitía una sensación de calidez, de luminosidad, de saciedad interior. Pensó en lo bien que debían de sentirse las cabras con esos nombres tan bonitos.

Heathcliff fue al trote hasta la cerca de las cabras y miró anhelante más allá de las ripias.

De pronto, junto él, en el lado de las ovejas, estaba la pequeña cabra negra, con la cabeza apoyada en la cerca.

Heathcliff suspiró.

—Cómo me gustaría ser cabra —musitó.

—A mí también —dijo Madouc.

—¡Pero tú ya eres cabra!

Madouc sacudió la cabeza.

—El pastor es mi madre, por eso no resulta tan sencillo. Se mama leche materna, o no se mama. Si es que no, las cosas se complican.

Heathcliff pensó en cuánta leche materna había mamado. Toda la posible, eso estaba claro. Había ido de oveja madre en oveja madre robando leche allí donde podía. Pero luego llegó George y lo alimentó con una botella. ¿Qué habría en la botella? ¿Leche humana? ¿Leche de oveja? De pronto a Heathcliff se le ocurrió que en esa botella muy bien podría haber habido leche de cabra.

Heathcliff respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente. Volvía a sentirse como cuando estaba en el roble, mareado, inseguro y, pese a todo, bien. Había sacado su nombre de las ramas de un roble. Uno tenía que agarrar las cosas por los cuernos... aunque, como en el caso de Heathcliff, los cuernos aún fuesen cortos y romos.

—Yo mamé leche de cabra —dijo al cabo.

—¿De veras? —Madouc lo miró con envidia.

—Entonces las dos podríamos ser cabras —aventuró con cautela Heathcliff.

—¿Por qué no? —repuso Madouc—. Creo que talento no nos falta.

Tras pasar lista, Rebecca volvió al castillo, del que poco después regresó malhumorada.

—No hay forma de dar con él —informó a mamá—. Ni teléfono ni nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Puede... puede que haya ido a ver a algún paciente.

—¿Aquí? Creía que tenía la consulta en París.

—Y así es —corroboró Rebecca—. Pero... ayer en el castillo vi a un hombre. Yo iba al servicio y miré por la ventana, y abajo, en diagonal, en un balconcito que da al patio interior, vi a un hombre fumando. Y qué cara... En mi vida he visto una cara igual. Un lado había... prácticamente había desaparecido, diría yo. No había más que un agujero. Rojo y reciente. Me quedé helada, y pese a todo él estaba allí tan tranquilo, fumando. No sé por qué, me alegré de que no pudiera verme desde allí abajo.

—Ahí tienes —dijo mamá—. El lechuguino trabaja.

—Aun así podría dar señales de vida. Podría haber avisado, ¿no?

—¿Qué es lo que quieres de él exactamente? Con todo lo que me has contado, yo en tu lugar me mantendría bien lejos de ese tipo.

—Creo que quería darle una oportunidad —repuso Rebecca—. Para que se explicara. No sé.

—Pues no te ha dado fuerte ni nada —comentó mamá—. Está entrando frío —añadió, y cerró la puerta de la caravana.

Rebecca se puso a enredar en un bote de metal, y después de soltar varios juramentos logró abrirlo y verter el contenido en un recipiente.

Las ovejas estiraron el pescuezo, pero la comida era para Vidocq, que estaba debajo de la caravana y parecía triste.

Ningún miembro del rebaño acababa de entenderlo: era como una oveja, pero no era una oveja. Rebecca era su nueva pastora, pero él apenas la conocía. El nuevo perro guardián estaba bastante solo. Eso Rebecca parecía entenderlo. Le acarició amistosamente el flequillo greñudo, y Vidocq meneó débilmente el rabo. Después ambos se sentaron juntos delante de la caravana, con actitud melancólica.

—La vida —dijo Rebecca tras un suspiro, y el rabo de Vidocq golpeó la madera de los escalones de la caravana en señal de aprobación. Justo cuando la melancolía generalizada estaba a punto de contagiárseles a las ovejas, Rebecca se levantó de un brinco—. ¡Ya lo tengo! —exclamó, y se metió debajo de la caravana—. ¡Sí! ¡Un palo! ¡Un bendito palo!

El que sacó de debajo de la caravana era una rama bastante grande, y de pronto Vidocq se puso a saltar entusiasmado.

Las ovejas no entendían a qué venía tanto entusiasmo. Una rama, sí, ¿y? En el bosque las había a montones.

Rebecca la sostuvo sobre la cabeza y empezó a agitarla. Vidocq daba vueltas a su alrededor, ladraba y mostraba la rosada lengua. Después la rama salió disparada y Vidocq fue tras ella. La atrapó en el aire y echó a correr por el prado describiendo amplios arcos, se ocupó de un par de ovejas al pasar y regresó junto a Rebecca, que apenas contenía la emoción.

—Estupendo, buen muchacho, bien hecho. Trae el palo. ¿Dónde está el palo?

Las ovejas no daban crédito. Ellas se pasaban los días pastando de manera ejemplar en durísimas condiciones e incluso sacaban tiempo para proteger a Rebecca del Garou, ¡y ni una sola palabra de reconocimiento! Y ahora la pastora se ponía como loca porque un perro recogía un mísero palo.

Vidocq dejó la rama a los pies de Rebecca, que la cogió y volvió a lanzarla. Vidocq fue detrás. La rama no tenía nada que hacer.

Así estuvieron un buen rato.

Las ovejas se miraban, movían las orejas y ponían los ojos en blanco. Todas salvo Zora.

—Mirad cómo corre detrás del palo —comentó—. No puede evitarlo.

Cierto: Vidocq seguía la rama como un poseso, y eso que una vez que la tenía entre los dientes apenas despertaba su interés. Lo que le interesaba era el movimiento.

—Lo persigue —dijo Cordelia, y se estremeció.

De pronto la rama le dio en la cabeza a Mopple the Whale, que pacía en la pendiente ajeno a todo aquello. Mopple abrió mucho los ojos y cayó sobre la rama. Vidocq se abalanzó sobre el gordo carnero. Mopple baló presa del pánico, pero no podía levantarse, ya que tenía encima a Vidocq, que buscaba el palo y no lo encontraba.

—Mierda —masculló Rebecca, y echó a correr pendiente arriba para separar a Vidocq de Mopple. Después se acabó lo del palo.

Rebecca y Vidocq volvieron a la caravana y se sintieron nuevamente melancólicos.

Mopple se pasó un buen rato como estaba, con los ojos muy abiertos, sin hacer nada. Ni siquiera masticaba, algo nada propio de Mopple.

Finalmente pestañeó.

La memoria había vuelto, por completo, y Mopple se zambulló en ella como si de agua se tratara. Una vez, allá en Irlanda, lo habían metido en el agua a causa de un parásito dudoso, y de repente se acordó de todo: del frío y de la sensación de estar flotando. Frío y opresión. Frío y miedo.

Mopple cogió aire. Allí estaban Irlanda y el mar y George y el carnicero. Hierba dulce y heno y Rebecca, Europa y la sabrosa carta de carreteras. Mucho forraje. La historia del Garou y cabras y Bernie y el perro lobuno. El Arrendajo, flores y cocodrilos. Aire nocturno refrescante y frío, la luz de la luna y un aullido. Demasiados árboles y de pronto una sensación desagradable. Una sensación de ser acechado. Espiado. Luego un corzo en la nieve dormido... como muerto. De repente —como si fuera un milagro—, Zora, y luego un movimiento detrás de Mopple: un bípedo, aunque quizá no fuera una persona. El bípedo salió en pos de Zora y Mopple se quedó paralizado del susto.

Permaneció junto al corzo dormido. El corzo no era un rebaño, eso por descontado, pero sí mejor que nada. Sólo cuando el bosque empezó a volverse gris y arrebolado oyó de nuevo algo: el misterioso bípedo regresaba.

Mopple quería irse. Salir del bosque en el acto. Entonces se le ocurrió algo, algo que podía hacerse cuando uno quería salir de alguna parte. Y que distaba de ser sensato.

Mopple the Whale se desplomó en la nieve y se hizo el muerto. Inmóvil. Mudo. Muerto. El bípedo no le hizo caso. Quizá ni lo viera en medio de la nieve nocturna. Se agachó sobre el corzo y esperó. Y esperó. El tiempo pasó. Mopple seguía haciéndose el muerto. El bípedo apoyó una pálida mano en la ijada del corzo, y ambos empezaron a subir y bajar al mismo tiempo a la débil luz del crepúsculo. A Mopple aquello no le gustó nada. No sabía mucho de corzos, pero sí que eran salvajes. Libres. Nadie los alimentaba ni los esquilaba, ni les daba forraje ni pastillas de calcio. No les gustaban las manos. Apoyar una mano sin más en un animal salvaje mientras dormía y no podía defenderse... era propio de malvados. La pálida mano hizo que el corzo se fuera sintiendo cada vez más intranquilo, hasta que por fin despertó.

Entonces brilló un cuchillo a la luz de la luna. El corzo emitió un grito ahogado y se levantó de un salto, sobre tres patas, y salió corriendo por el bosque, tambaleándose con movimientos torpes, aterrorizados, inútiles. El Garou fue tras él sobre sus dos patas sanas. Poco después Mopple oyó otro grito amortiguado y luego nada más.

El carnero permaneció un buen rato echado en la nieve y al cabo se levantó con cautela. El bosque estaba más silencioso que antes. Mopple quería olvidar aquella mano blanca en el pelo salvaje y acto seguido, como por arte de magia, la olvidó. La mano y todo lo demás, mientras gruesos copos de nieve descendían sobre el bosque. Luego clareó de pronto y se hizo de día, y Mopple se sintió como si hubiera caído del cielo.

—¿Y bien? —preguntó Heide con impaciencia—. ¿Quién es?

—No lo sé —repuso Mopple tras pensárselo un instante—. No lo reconocí. —Hizo una larga pausa y añadió—: La Morsa no es.

—¿De verdad es un lobo? —quiso saber el cordero de invierno.

—No lo sé. Parecía una persona, pero los movimientos... Como una persona que hubiera olvidado que es una persona. O que quisiese olvidarlo.

—¿De veras no recuerdas su aspecto? —inquirió Miss Maple—. ¿Nada de nada?

Mopple movió tímidamente las orejas.

—Estaba oscuro y me había tumbado en la nieve. Sólo lo vi por detrás. Tenía un gorro. Pero... quizá oliera un poco a cabra. O quizá no.

¿A cabra? De repente Ramses albergó una nueva y terrible sospecha.

—¿Y si resulta que el Garou no vive en una persona sino en una cabra? —baló.

Era una idea aterradora. Todas conocían la espeluznante historia del lobo con piel de oveja, y aún podían imaginarse mejor a un lobo con piel de cabra, balando, oliendo, acechando y lleno de máximas absurdas.

—O en una oveja —apuntó Heide al tiempo que miraba con suspicacia al carnero desconocido, que tomaba el sol vespertino con los ojos cerrados—. Una oveja atraería a otras ovejas y...

Las ovejas estaban a punto de prorrumpir en balidos histéricos cuando Ritchfield, con la estrella de plata en la cornamenta, puso orden. El viejo manso se ubicó junto al desconocido y se irguió cuan largo era.

—Estoy seguro de que es una oveja —aclaró a todo el que quisiera oírlo.

De pronto las ovejas se sintieron tontas. Dirigieron al desconocido balidos amables y algo tímidos y pastaron pegadas a él como nunca antes lo habían hecho.

—¡Marcassin! —exclamó, bonachón, el peludo.

De pronto Maple dejó de pacer.

Allí, delante de sus mismísimas narices, había una pista. En realidad no creía que el carnero desconocido fuera el Garou. Pese a todo, Heide había dicho algo muy cierto: una oveja atraía a otras ovejas, de modo que muchas ovejas juntas... ¿a qué atraían?

Miss Maple miró alrededor. Tantas ovejas en la nieve. Y tan blancas.

Entonces se acordó de la gran araña que en otoño había tejido su tela en la retama. Un día, una hoja de roble quedó prendida en la tela, y Miss Maple vio que la araña la retiraba, a conciencia y con suma elegancia. Maple tardó un rato en entender por qué lo hacía, pero finalmente lo entendió: la hoja habría delatado la tela a la mosca... de modo que tenía que desaparecer.

—¡Es una trampa! —gritó—. Nosotras somos la trampa. E Yves era una hoja.

Las demás la miraron sin entender nada.

—Yves era demasiado grande para ser una hoja —razonó Cloud en tono apaciguador.

—Y no era lo bastante plano —apuntó Heide.

—Y no crecía en un árbol —señaló Mopple.

La cosa estaba más que clara, pero Maple sacudió la cabeza con gesto de obstinación.

—No estoy diciendo que fuera una hoja de verdad, pero era como una hoja. Por eso tenía que morir.

—Come algo —le sugirió, preocupada, Cloud.

Maple no pensaba en comer. Continuaba allí plantada rumiando, hierbas y pensamientos.

—La araña no teje la tela para atrapar hojas —dijo—. Lo que quiere es atrapar moscas, pero ocurre que a veces atrapa una hoja, y en ese caso tiene que quitarla para que no espante a las moscas. Y nosotras... somos como una telaraña para el Garou. ¿Os acordáis del cazador del hombre lobo? ¿Qué mejor sitio para acechar que aquí, en el prado? El bosque es grande e intrincado, pero el prado se puede vigilar con facilidad. Y todo el mundo sabe que en su día el Garou se interesó por las ovejas. Y entonces llegó Yves, como una hoja de roble, y comenzó a observar a Rebecca todas las noches. Y el cazador del hombre lobo quería librarse de él para que el Garou viniera y por eso le pegó un tiro: para que el Garou se acerque a nosotras. Debe de estar muy decidido a atrapar al Garou, lo que significa que casi es tan peligroso como éste.

Las ovejas buscaron intranquilas la gigantesca telaraña en que al parecer se había enredado Yves, pero no encontraron nada.

Al cabo de un rato Heide no pudo aguantar más.

—¿Y dónde está la tela? —preguntó.

—La tela somos nosotras —respondió Maple—. Pero ¿quién es la araña?

Mientras las demás ovejas buscaban la telaraña —¡y la correspondiente araña gigantesca!—, Madouc se acercó a Sir Ritchfield, que seguía pastando solidariamente junto al peludo y no se enteraba gran cosa de todo el jaleo.

Sólo cuando Madouc se plantó delante de sus mismas narices, el viejo manso alzó la cabeza y lo escrutó con expresión severa.

—¿Dónde está la otra negra? —inquirió implacable—. Ninguna cabra puede abandonar el rebaño.

Madouc miró detenidamente al viejo manso y preguntó:

—¿Tú la ves? —Hizo una pausa y agregó—: ¡Tú también eres dos!

—A veces —admitió Sir Ritchfield—. Bueno, en realidad siempre. Ahora me visita más a menudo. Se llama Melmoth.

—Nosotras nos llamamos Madouc —repuso Madouc—. Las dos.

—Ah, qué bien —dijo Ritchfield, aunque probablemente se refiriera al sol, que le calentaba el lomo con sus últimos rayos.

Cuando el sol ya había desaparecido hacía tiempo detrás del castillo y las ovejas ya estaban pensando en retirarse al establo, se oyó crujir la cancilla y Zach entró en el prado, con las gafas de sol sobre la nariz y una caja en las manos, que sostenía alejada del cuerpo. Se encaminó hacia la caravana con sumo cuidado y tan despacio como un caracol.

—Rebecca —dijo a media voz cuando finalmente llegó a la puerta de la caravana—. Rebecca.

Ella abrió la puerta y, al ver a Zach, pareció momentáneamente decepcionada.

—Tengo que pedirte un favor —dijo él, y las ovejas oyeron que la voz, por lo común serena, le temblaba—. El asunto es un tanto delicado.

Rebecca asintió.

—Pasa, Zach.

Él sacudió la cabeza con vehemencia, manteniendo el resto del cuerpo y la caja extrañamente inmóviles.

—Lo siento, pero ando con la pulga en la oreja: tengo motivos para sospechar que te han pinchado la caravana.

¿Pulgas? ¡Puaj! Rebecca siempre prestaba atención a la higiene de las ovejas, y en cambio a la de sus amigos... Las ovejas decidieron que en el futuro se mantendrían apartadas en la medida de lo posible de Rebecca y sus amigos con bichos.

Rebecca se arrebujó más en la pañoleta.

—Dios mío, Zach, con este viento hace muchísimo frío, pasa.

Pero Zach se quedó donde estaba, con sus gafas de sol, su abrigo y sus zapatos de agente negros y finos, sin moverse del sitio.

Rebecca suspiró.

—De acuerdo. Podemos ir al establo, por lo menos estaremos al abrigo del viento. No creo que ahí nos busquen las pulgas.

Las ovejas miraron arrogantes. ¡Desde luego que no! Rebecca podía tomar ejemplo.

Zach ladeó la cabeza y por un instante pareció sopesar la posibilidad de que en el establo hubiese bichos. Después asintió satisfecho.

—Voy para allá. Tú ve dentro de diez minutos.

—Zach... —dijo Rebecca, pero él ya se había alejado con su caja, de nuevo con sumo cuidado, como si caminara sobre hielo, y desapareció en el establo.

Pocos minutos después se abrió la puerta de la caravana otra vez y una figura con un gorro-hogaza, pañoleta, abrigo y guantes a la que sólo el olor identificaba como Rebecca salió en pos de Zach.

Cuando Rebecca fue al establo, las ovejas no pudieron por menos de acompañarla. No podían evitarlo. Rebecca en el establo significaba heno fresco en el pesebre y paja crujiente en el suelo. Y aunque sabían que en esa ocasión sólo acudía al encuentro de Zach, ya olían el heno: sol, polvo y veranos pasados.

Rebecca fue delante... y las ovejas detrás.

Zach ya estaba en un rincón, con la nariz roja debido al frío, inmóvil. Había quitado la tapa de la caja y la sostenía entre las manos con los brazos extendidos. ¿Sería comida? Las ovejas escudriñaron la caja con curiosidad, pero no se atrevieron a acercarse a Zach.

—He conseguido ponerlas a salvo en el bosque.

Rebecca le echó un vistazo a la caja.

—¿Piñas?

Zach soltó una carcajada extraña.

—Un camuflaje de primera, ¿eh? No, Rebecca, son cargas. Altamente explosivas. Rusas.

—Ah —repuso ella sin mucho entusiasmo—. ¿Y qué quieres que haga con ellas?

Zach miró con ansiedad hacia la puerta del establo.

—Me están siguiendo, Rebecca. Ya no se sienten a salvo conmigo. Pero aquí... ¿puedo... puedo dejarlas aquí? Sólo uno o dos días, hasta que pueda dárselas a mi contacto.

Ella asintió con impaciencia.

—De acuerdo. Déjalas aquí.

Con cuidado, con mucho cuidado, Zach depositó la caja en el suelo y con cuidado, con mucho cuidado, le puso la tapa. Después se acercó a la pastora y le cogió las manos.

—Te lo agradezco, Rebecca. Lamento... de veras exponerte a semejante riesgo, pero tengo que impedir que los rusos... Nunca lo olvidaré. —Una lágrima solitaria, brillante a la tenue luz del establo, resbaló bajo las gafas de sol de Zach.

—No es nada —dijo Rebecca, cohibida—. ¿Te apetece un té?

Zach negó con la cabeza.

—Debo irme. Contraespionaje.

Ambos se volvieron para marcharse.

—¿No tienes miedo de que las ovejas hagan saltar las cargas explosivas? —preguntó Rebecca, ya en la puerta.

—Qué va. Los animales son instintivos. Olerán en el acto lo peligrosas que son. El menor movimiento y todo saltará por los aires. Créeme, no las tocarán.

La nariz de Mopple, que estaba a punto de investigar la tapa de la caja, se quedó helada.

Las ovejas permanecieron un buen rato alrededor de la caja, en silencio, olfateándola.

No olían lo peligrosa que era. Ni siquiera Maude. La caja olía a cartón humedecido con piñas dentro. Eso era todo. ¿Pulgas? ¿Rusos? ¿Cajas explosivas? A su instinto le pasaba algo.

No les hizo gracia tener de pronto en el establo una caja llena de cargas explosivas. No querían salir volando por los aires como si fueran pájaros... u ovejas nube. Les gustaba observar desde abajo a las ovejas nube, y también les gustaba imaginarse que esas ovejas del cielo eran felices y libres. Pero ¿ir ellas ahí arriba, tan lejos de la hierba?

La idea les gustó todavía menos.

Decidieron esperar un poco en el prado. Tal vez las cargas explosivas saltaran por su cuenta, como pequeñas cabras.

Fuera sorprendieron al Arrendajo, que aguardaba delante de la caravana con los brazos caídos a los lados. Olía a lavanda y tenía pinta de resuelto. De resuelto y agotado.

Finalmente llamó. La puerta se abrió con cierta vacilación y por un instante las ovejas vieron la esbelta silueta de Rebecca recortada contra la agradable, rojiza luz del interior.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó el Arrendajo—. Sólo será un momento. Sé que estarás pensando sabe Dios qué...

—Aquí no. Mi madre está durmiendo.

—Eso mismo —se oyó procedente de la caravana.

—Saldré un minuto —anunció Rebecca, y al cabo de un momento ella y el Arrendajo caminaban arriba y abajo junto a los muros del castillo, hablando en voz baja.

Cuando él por fin la acompañó de regreso a la caravana, a las ovejas les pareció que una luz más suave iluminaba el rostro de la pastora. Más suave y más viva al mismo tiempo. Y también su voz era suave como la lana del vientre de un cordero.

—Gracias, Maurice —dijo—. Te agradezco que me hayas contado todo esto.

—No quería que pensaras mal —dijo el Arrendajo tras un momento de silencio. Rió con suavidad y añadió—: Aquí lo malo probablemente sea muy malo.

Rebecca se detuvo en el último escalón, mucho más de lo que habría sido necesario.

—Mira —observó—, se ve la luna. Y es roja. ¿Significará algo?

—El tiempo está cambiando —repuso el Arrendajo con voz aterciopelada—. Puede que pronto llegue el deshielo.

Ambos callaron y permanecieron allí sin pronunciar palabra.

También las ovejas levantaron la vista al cielo, donde la luna estaba suspendida como si fuese una fruta de un rojo, en efecto, inusitado. Se veía rosada y lozana como la última manzana del manzanar.

—¿Qué querrá decir? —inquirió Mopple.

—Nada —respondió Maude—. ¿Qué va a querer decir? Nosotras estamos aquí abajo y la luna está ahí arriba, tan lejos que ni siquiera se la puede oler.

—Si la luna fuera un queso de cabra se podría oler —comentó Heide—. Por más lejos que estuviera.

—No creo que esté tan lejos —opinó Mopple—. Y seguro que sabe bien. Si uno se sube a algo alto y estira el pescuezo, tal vez pueda darle un mordisco.

Miraron con renovado interés hacia la luna, que pendía en el cielo como una galleta de avena casi entera.

—¿Os acordáis de lo que la pequeña cabra de la luna dijo de la luna y del Garou? —inquirió Zora.

Las demás asintieron. El lobo necesitaba la luz de la luna para salir de su persona. Sin luna el Garou no podía transformarse.

Poco después las ovejas tenían un plan perfecto: Mopple se comería la luna y las liberaría de una vez por todas del fastidio del hombre lobo. Sin duda la echarían de menos, pero era por una buena causa. Una causa excelente.

—Creo que sabe como una manzana —aventuró Heide con entusiasmo—. Como una manzana muy grande.

—Seguro que sabe como una galleta —intervino Cordelia—. Como una galleta bañada en miel clara.

No hizo falta más motivación: Mopple salió corriendo a morder la luna, y Heide lo acompañó para ayudarlo. El mejor sitio sería abajo, junto a la cancilla, apoyando las pezuñas en el borde del comedero.

Mopple encontró una postura cómoda y se estiró.

—Alarga más el pescuezo —dijo Heide—. Más.

—Ya casi la tengo —gimió Mopple, y se estiró como nunca antes, tanto que ya casi ni parecía gordo—. Está muy cerca, muy cerca...

Entonces la nieve crujió, y Mopple perdió el equilibrio y cayó dentro del comedero. En ese momento, el Arrendajo cruzaba el prado en dirección al castillo. Mopple y Heide se olvidaron de la luna y lo observaron hasta que se hubo alejado, cojeando a su extraña manera de encantador de serpientes.

Cuando el Arrendajo abrió la cancilla, algo salió volando de uno de sus bolsillos. Algo que relucía y centelleaba a pesar de la oscuridad.

Mopple y Heide se miraron.

—¿Has visto eso? —preguntó Heide.

Mopple asintió.

—Es plata.

—Como la que le dio a Rebecca —apuntó Heide.

Mopple y Heide renunciaron a alcanzar la luna, ya que había resultado una empresa demasiado ambiciosa, y decidieron ponerle la plata nueva a Sir Ritchfield. Quizá más plata fuera útil incluso contra un número mayor de hombres lobo.

A diferencia de los otros papeles de plata, resultó fácil atrapar la tarjetita. Estaba sin más en el suelo, plana e inmóvil. Cogerla ya fue más complicado.

Mopple probó con los dientes.

Heide con los belfos.

Al cabo, Mopple consiguió separar la tarjeta del suelo y Heide la cogió con los dientes. A continuación la escupió.

—¿Qué pasa? —preguntó Mopple.

—Esto no es plata —baló indignada Heide.

Esa noche otras ovejas se acercaron a la pequeña y brillante tarjeta, que descansaba en la nieve. Le bufaron y la olieron. Mopple incluso la mordisqueó. Todas llegaron a la misma conclusión: la cosa parecía plata y reflejaba la luz como la plata, pero no olía como la plata, no crujía como la plata y, sobre todo, no sabía como la plata, sino que era insulsa, harinosa y seca como el papel. La plata del Arrendajo era falsa.

20

Las ovejas pasaron un buen rato alrededor de la engañosa tarjeta, cavilando.

—Algo que parece plata pero no es plata —musitó Miss Maple—. ¿Por qué?

—Quizá no tuviese plata de verdad —aventuró Cloud.

—Tiene un coche —afirmó Heide—. Puede comprar plata de verdad.

Las ovejas no sabían a ciencia cierta qué significaba «comprar», pero más o menos podían imaginárselo: la gente iba en su coche por la carretera y cuando veía algo que le gustaba, se lo llevaba. Ellas también habían visto muchas cosas bonitas en sus excursiones (una vez incluso un enorme saco de nabos), pero como no tenían coche, casi nunca les servía de nada. En el caso del Arrendajo, era distinto: con su gran coche podía coger toda la plata y los nabos que quisiera.

De pronto, tras ellas se abrió la ventana de la caravana y de ésta escaparon la voz de Rebecca y algunos de los misteriosos olores de mamá.

—... No es fácil —decía Rebecca—. Pero en realidad no pasa nada. Bueno, tal vez sí pase, es trabajo ilegal, pero no es eso, ya sabes. Y, además, hasta cierto punto lo entiendo. Me lo ha explicado todo. Su padre no le dejó más que deudas, y el castillo se devora una fortuna. Me alegro mucho de que me lo haya contado todo.

—Eso en caso de que sea verdad —repuso mamá—. Podría echar las cartas... Deja la ventana un poco abierta. Has de reconocer que este perro huele fatal.

—Ni la mitad de mal que tus cigarrillos —espetó Rebecca—. Y entra frío. ¿Por qué no iba a ser verdad?

—Si es un loco psicópata, puede que no lo sea.

La ventana de la caravana se cerró con un triste chirriar de bisagras.

Las ovejas miraron en dirección al castillo, que seguía allí como siempre y no parecía estar devorando nada. El Arrendajo había vuelto a agarrar a Rebecca por la nariz, pero por lo menos aún no se la había arrancado.

El cielo estaba cubierto y la luna se veía más blanquecina, clara y llena. En el plazo de una noche, a lo sumo dos, sería redonda, completamente redonda. Las ovejas notaron que la luz de la luna se filtraba por su lana como si fuese agua, haciéndoles cosquillas en la piel.

Maple pensó en el Arrendajo, en cómo le había dado a Rebecca una reluciente tarjeta de plata de mentira en la linde del bosque, y en el cazador del hombre lobo, que disparaba plata de verdad a quienes no debía.

—¡Es un truco! —exclamó de pronto.

—¿El qué? —preguntó Maude.

—El Arrendajo. Conoce el bosque. A su padre lo mató una bala de plata. Opina que hay demasiados corzos. Le tiene miedo a la policía. Le tiene miedo a Tess... y envenenan a Tess. El castillo está lleno de ventanas, y por esas ventanas puede observar el prado y ver cuanto quiera. Y para que nadie descubra sus manejos reparte plata de

mentira. Para que el cazador del hombre lobo no lo reconozca y pruebe con plata de verdad.

Las ovejas callaban, impresionadas. Ciertamente, Miss Maple era la oveja más lista del rebaño.

—¿Y ahora? —preguntó Cloud.

—Nos largamos —propuso Ramses.

—¿En el coche? —inquirió Lane.

—De eso nada —contestó Zora.

—¿Por el bosque pues? —preguntó Cordelia con incredulidad.

—¿Por el laberinto? —terció Heide.

Mopple les había hablado de ese sitio y, aunque ellas no lo habían entendido del todo, ninguna quería atravesarlo. Se quedarían allí hasta pasado mañana, ante las mismísimas narices del Garou.

—Si no nos vamos nosotras, tendrá que irse el Garou —baló audazmente Ramses.

El resto lo miró asombrado.

—Me refiero a que alguien tendrá que... —Miró alrededor algo asustado.

A las demás les gustó la idea de que el Garou desapareciera sin más. Por otra parte, ya había sido bastante difícil hacer desaparecer a Yves, y eso que éste por lo menos estaba frío, tieso e inmóvil. El Arrendajo iba por ahí con un lobo en el cuerpo, y ninguna oveja se habría atrevido a acercarse a él.

—Podríamos atraerlo hasta un agujero —propuso Zora—. Quizá se caiga dentro.

Sin embargo, las ovejas no tenían ningún agujero en el que cupiera el Arrendajo. El más grande que conocían estaba en el

descampado que había detrás de la caravana, y en él no cabía ni el cordero de invierno.

—Quizá haga falta que Mopple se coma otra carta —aventuró Lane—. La carta adecuada.

Pensándolo bien, el asunto de las cartas siempre había funcionado a las mil maravillas.

Maple recordó su propia y poco estimulante experiencia con las cartas de mamá —primero el sabor, fuerte y amargo, y luego la imagen, la torre y las personas que salían volando por los aires—, e iba a sacudir la cabeza cuando de pronto comprendió algo.

¡Mamá tenía razón! En efecto, las cartas ayudaban a ver.

—Tal vez no tengamos ese agujero —afirmó—, pero sí tenemos lo contrario de un agujero. Venid.

Las ovejas la siguieron hasta el establo —ya iba siendo hora— y, una vez allí, hasta el rincón donde estaba la caja de Zach.

En contra de lo que cabía esperar, hasta el momento las cargas explosivas no se habían movido de su sitio.

—Cargas explosivas —explicó Miss Maple—. ¿Recordáis lo que dijo Zach de las cargas explosivas?

—El instinto —musitó Maude.

—Los rusos —susurró Heide.

—El menor movimiento y todo saltará por los aires —citó Mopple.

Maple asintió.

—¡Exacto! Todo, ¡incluido el Garou!

Las ovejas se imaginaron al Arrendajo: primero amenazador, cojo y lobuno, y luego, de repente, flotando en el aire, desvalido, como una pompa de jabón. Y todo gracias a esas pequeñas cargas. Era una idea agradable. En una ocasión Rebecca lanzó pompas de jabón

por el prado, y Heide, Ritchfield y el cordero de invierno salieron trotando tras ellas hasta que el viento se las llevó, lejos, muy lejos, por el bosque. Eso mismo le pasaría al Arrendajo. Sólo que tras él no iría nadie, nadie daría ni un paso.

Las ovejas estaban encantadas. Para festejar el día, Mopple comió más heno del pesebre, Cloud se infló y de repente parecía aún más lanuda que de costumbre, Ritchfield se batió en duelo con uno de los pilares del establo, y el establo entero tembló. Maude, Cloud y Lane balaron a coro, a la oveja más taciturna del rebaño se le iluminó la mirada, Heide cantó: «Por los aires, por los aires, volando por los aires», y Heathcliff se puso a dar saltos caprinos de alegría por el lecho de paja, a pesar de los dolores.

—Aunque hay algunos... problemillas —añadió Maple.

Las ovejas dejaron de cantar, saltar y balar. Cloud se volvió algo menos lanuda. Sólo Ritchfield siguió dando topetazos contra el pilar, haciendo vibrar el establo.

—¿Qué problemillas? —se interesó Heide.

—Bueno, las cargas explosivas están aquí dentro, en la caja, y el Arrendajo está fuera —respondió Maple—. Tenemos que juntarlos. Y necesitamos una sacudida.

Las ovejas no sabían muy bien qué era una sacudida. Cuando algo se movía, eso estaba claro; pero ¿cuánto debía moverse? ¿Como la doble papada de la señora Fronsac? ¿Como el rabo de Heide cuando ésta estaba de buen humor? ¿Como la oreja de Megära?

Othello miró a Ritchfield y al pilar.

—Eso es una sacudida —dijo.

Las ovejas miraron expectantes a Maple.

—Sí —confirmó Maple, aunque vacilante—. Sólo que no es Ritchfield quien ha de salir volando por los aires, sino el Arrendajo. Ritchfield ha de quedarse aquí.

—¡Ritchfield ha de quedarse aquí! —corearon Ramses, Lane, Maude y Cordelia.

El antiguo manso supo que hablaban de él y, apartándose del pilar, bajó la cabeza con expresión de sentirse halagado.

—Necesitamos una sacudida sin ovejas —precisó Miss Maple.

Las ovejas se pararon a pensar, en silencio. No era tan sencillo. La mayoría de las cosas en su vida ocurría con ovejas.

—Cuando algo se cae de un árbol —apuntó Heathcliff de pronto—. Eso es una sacudida.

Miss Maple permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, sin decir ni mu.

Y justo cuando las demás estaban convencidas de que la oveja más lista del rebaño se había quedado dormida, ésta abrió los ojos y pareció despabilada y vivaracha. Y muy decidida.

—Tengo un plan —anunció.

—¿Tiene peros ese plan? —receló Heide—. ¿Como el del candado?

Las ovejas miraron a Maple, expectantes: el plan del candado no había dado muy buenos resultados.

—No. Peros no, aunque sí una cabra. Al menos una.

—¿Qué puede hacer una cabra contra un lobo? —preguntó Maude.

—Apestar —intervino Zora con aspereza.

Maple se tumbó con cuidado en la paja, mascó parte de una brizna y empezó a hablar. Las demás escuchaban. Era un plan complicado en el que intervenían Lane, Heathcliff, una carga

explosiva, cojeras, carreras, encaramamientos y... una cabra. Al menos una.

No acababan de entenderlo.

—Pero ¿por qué iba a ponerse el Arrendajo debajo del viejo roble? —preguntó Heide.

—Porque persigue a Lane —explicó Miss Maple.

—¿A mí? —dijo Lane.

—A ti —corroboró Maple.

—¿Por qué a Lane? —inquirió Heathcliff.

—Porque es la más rápida —contestó Maple—. En caso necesario es la que puede escapar más fácilmente de él. Y porque cojea.

—¡Yo no cojeo! —objetó la aludida.

—Lo fingirás —puntualizó Miss Maple—. Ningún lobo es capaz de resistirse a una oveja coja. Será como Vidocq con el palo. El Garou no podrá evitar salir corriendo tras ella. Y tú lo llevarás hasta el viejo roble.

—Y entonces la carga explosiva caerá del árbol y él saldrá volando por los aires, ¿no? —dijo Ramses.

Maple asintió.

—¡Enhorabuena! —balaron las ovejas.

Luego callaron.

—¿Cómo va a subir la carga explosiva al árbol? —quiso saber Othello.

—Heathcliff se encaramará al roble con ella —respondió Miss Maple—. Y cuando el Arrendajo esté bajo el roble, la dejará caer.

—¡Heno! ¡Heno! ¡Enhorabuena! —exclamaron las ovejas.

—¿Y cómo nos acercamos a las cargas explosivas con la tapa de la caja y sin producir ninguna sacudida? —inquirió Zora.

Miss Maple exhaló un suspiro.

—Me temo que para eso precisamente necesitamos a la cabra.

Tras un largo rato y muchas negociaciones agotadoras, las ovejas contemplaron con desagrado cómo tres cabras se colaban por la ripia floja de la cerca y cruzaban su prado en fila india. Eran tres cabras jóvenes de cuernos largos, puntiagudos y rectos, Amaltée, Circe y Kalliope, las cuales, para el gusto de Zora, se tomaban demasiadas libertades con Mopple.

A decir verdad, sólo les hacía falta una cabra, pero una cabra no era una cabra, explicaron las cabras, y dos cabras sólo eran media cabra. Lo cierto era que tres cabras de cuernos puntiagudos intentaban levantar la tapa de la caja de las cargas después de que las ovejas les prometiesen a Vidocq y la locura. Contraviniendo los acuerdos, Kalliope arrancó unos brotes del avellano; las otras dos rieron.

Después las cabras entraron en el establo y resoplaron fingiéndose admiradas.

—Una ventana —baló Amaltée—. Qué coqueto.

—Y paja —apuntó Circe al tiempo que se comía unas briznas.

—Al fondo —refunfuñó Othello.

Las cabras se acercaron con curiosidad a la caja y estiraron el pescuezo.

—¿Y ahora? —preguntó Circe con desfachatez.

—La caja tiene una tapa —aclaró Mopple the Whale, que lo había memorizado todo—. Hay que quitarla. Vosotras bajáis la cabeza, como para batiros en duelo, y metéis los cuernos en el espacio entre

la caja y la tapa, luego levantáis la cabeza con cuidado y adiós a la tapa. Pero lo que hay dentro de la caja no se puede mover. No se puede mover, o...

—O no habrá ni perro ni vigilancia ni locura —completaron, sumisas, las cabras.

—Eso es —confirmó Othello—. La gris primero.

Amaltée no pudo introducir los cuernos en el resquicio.

Circe sí los introdujo, pero se le atascaron y sólo pudo liberarse después de complicadas maniobras.

Kalliope bajó la cabeza, metió los cuernos en el resquicio, levantó la cabeza con cuidado y, ¡zas!, la tapa se abrió y cayó sobre el lecho de paja.

Las ovejas retrocedieron unos pasos y contuvieron la respiración. En cierto modo esperaban que las cargas explosivas saltaran de la caja trazando un amplio arco, como pulgas gordas. Pero lo único que saltó —o mejor dicho brincó— fueron las cabras.

—¡Piñas! —exclamaron las cabras—. ¡Piñas! ¡Piñas!

Las ovejas las miraron con aire de superioridad.

—Parecen piñas de abeto, en efecto —dijo Mopple—, pero son cargas explosivas. Rusas. ¿Es que no tenéis instinto?

Una de las cabras ventoseó y las otras dos soltaron una risita.

—No debéis creeros todo lo que os cuentan —les aconsejó Kalliope.

La cabra manchada estiró el pescuezo y le dijo algo al oído a Mopple.

—Dice que todas somos *indibichuos* —baló ofendido Mopple—. Sobre todo yo.

—No lo somos —corearon las ovejas.

—Somos ovejas —añadió Maude en tono solemne.

Iba siendo hora de que se deshicieran de las cabras.

A continuación las cabras trotaron en la oscuridad hacia el viejo roble para hacerse una mejor idea del asunto. Allí la rama ancha y horizontal, allá la carga explosiva, allí Lane, allá el Arrendajo.

Hasta ahí, perfecto.

Heathcliff miró largamente el viejo roble. A la luz de la luna parecía muy viejo, muy alto y un poco hostil.

—No pienso subirme a ese árbol —espetó de pronto—. Nunca más.

Probaron con súplicas, amenazas y halagos, pero Heathcliff se mantuvo en sus trece, y ninguna podía imaginarse a sí misma trepando a un árbol.

—Tal vez, si le preguntase a otra cabra... —propuso Heathcliff—. Por ejemplo a Madouc. Iré a buscarla.

Se levantó algo de viento, un viento que llevaría muy lejos al flotante Garou. Una buena señal. Mientras las ovejas dejaban que con el viento ondeara la esperanza de una vida sin el Garou, un coche oscuro y silencioso volvió a deslizarse por la carretera, entró en la finca, se estremeció y se detuvo. Por la puerta del torreón salieron tres personas: un hombre, una mujer y en el medio un tercer hombre al que aquellos sostenían. El rostro del tercer hombre estaba envuelto en vendas blancas y relucía, y aunque apenas podía caminar parecía aún más peligroso que antes. Las ovejas observaron con cierto alivio que el coche se alejaba con los tres y la luz del torreón se apagaba.

Heathcliff se acercó vacilante al cercado de las cabras. De día quería ser una cabra, pero de noche prefería la compañía de otras ovejas.

Pasó por delante del desconocido peludo, que dormía bajo la retama.

—¡Aube! —dijo en sueños el desconocido, y Heathcliff siguió camino de la cerca con mayor determinación.

Ni una cabra a la redonda, y desde luego ninguna cabra negra. ¿O sí? Allí, al fondo, en el sofá, estaba la cabra vieja y ciega, rumiando. Y rumiando y rumiando.

—Busco a Madouc —declaró Heathcliff con un hilo de voz.

—Mentira —baló la cabra vieja—. Nadie busca a Madouc.

—Yo sí —porfió Heathcliff con valentía.

—¿Ah, sí? ¿Te ha contado la historia del zorro? ¿El zorro del que escapó? —Sus ojos blancos brillaban como la luna llena.

Heathcliff asintió: había sido la primera lección en materia de naturaleza caprina. Entonces cayó en la cuenta de que la cabra ciega no podía ver que había asentido.

—¿Y cómo se las arregló para escapar? —preguntó la cabra—. ¿También te lo ha contado?

—Salió del cerco —musitó Heathcliff.

La cabra soltó un ruidito. ¿Una carcajada, tal vez? Sonó a tos y follaje seco.

—¿Y tú te lo crees, oveja? ¿Tú crees que un cabrito recién nacido puede escapar sin más del cerco de un zorro? Escapar escapó, esa cosita negra audaz, hay que admitirlo, pero no porque saliera del cerco. Lo que hizo fue alterar el cerco. Y ¿cómo se altera un cerco así, eh, pequeño?

Heathcliff no tenía ni idea. Su método probablemente hubiese sido comérselo.

—Buscándole un nuevo centro —se respondió la cabra, y tosió. De su boca salieron babas y comida rumiada—. Un pequeño y bonito centro negro. Un centro fijo. Un cabrito gemelo, quizá, una hermanita débil y tierna.

Heathcliff miraba a la cabra ciega con incredulidad.

De repente otra cabra, la de un solo cuerno, salió de detrás del sofá.

—Sólo son imaginaciones nuestras —le explicó a Heathcliff, y poniendo cara de superioridad le guiñó un ojo.

Heathcliff les dio la espalda y se alejó, despacio y con cautela, confiando en que no se les ocurriera seguirlo.

Sin embargo, la voz de la cabra ciega le dio alcance con facilidad.

—¿Qué crees tú, pequeño, que hará para escapar del lobo?

Fue como si lo susurrase el viento. Haciendo un ligero esfuerzo, Heathcliff logró convencerse de que en efecto eso había sido.

De pronto, alguien le dio un empujón.

Heathcliff se asustó.

—Hola, Heathcliff —lo saludó Madouc, y se puso a trotar a su lado, en dirección al viejo roble.

La pequeña cabra oyó las precisas explicaciones que había dado Maple y, cuando las hubo entendido, dijo:

—Vaya un mecanismo estupendo y alocado que habéis encontrado. No os preocupéis. Me subiré al árbol por vosotras. Y le daremos al Garou, al Garou, al Garou, tururú.

A las ovejas les alegró saber que podrían subir la carga al roble, aunque fuese con la ayuda de una cabra. Sin embargo, no les hacía

ninguna gracia que Madouc, además, la llevara por el prado; Madouc era incapaz de caminar diez pasos sin dar brincos, botes y sacudidas.

Al cabo Heathcliff, que desde que se había caído del roble sabía lo que era una sacudida, aseguró que estaba dispuesto a llevar la carga explosiva del establo al árbol.

Dicho y hecho: muy pronto el Garou se alejaría volando por el bosque, desvalido como una pompa de jabón, aunque no tan tornasolado.

Ahora sólo tenían que practicar.

21

El día siguiente era un gran día. Se barruntaba. Grande y extraño. El sol no brillaba. Tampoco nevaba. Soplaba el viento. El cielo era como el pelaje oscuro y alborotado de un perro lobuno. En el aire flotaba cierta agitación, las cornejas describían círculos sobre el bosque. Una gallina negra se había extraviado en el prado y corría despavorida entre las ovejas.

El rebaño se había levantado temprano para ensayar.

Lane era Lane; y Mopple, el Garou. Las demás daban buenos consejos.

Lane tenía que aprender a escapar del Garou.

Mopple debía intentar pillar a Lane.

Hasta el momento a ninguna de las dos le había ido especialmente bien. Mopple trotaba sin gran entusiasmo hacia Lane, que daba unos pasos cojeando y cuando veía que Mopple no la seguía, se paraba.

A Mopple le asustó la gallina negra.

—Así no hay manera —dijo Othello—. Eres el Garou, se supone que tienes que perseguirla. ¿Cómo va a correr debidamente si no la persigues como es debido?

—¿Perseguirla? —Mopple, ansioso, bajó la vista: allí, cubierta por una capa de nieve, aguardaba la hierba de invierno.

—Perseguirla, cogerla y comerla —precisó Othello.

Mopple miró a Othello con cara de asco.

—No pienso comérmela —replicó.

—Sí, eso es precisamente lo que quieres, ¡eres el lobo!

—No quiero —se obcecó Mopple.

—Quieres comértela como si fuera hierba.

—¿Como si fuera hierba? —Mopple pareció más interesado.

—Imagínate que no es Lane sino un matojo de hierba.

—¿Hierba de verano?

—Hierba de verano y hierba dulce a la vez. Pero tiene ojos para verte y patas para salir corriendo. Y no quiere que te la comas.

—No le servirá de nada —resolvió Mopple—. Si es hierba de verano, la cogeré. Esperaré a la sombra, muy, muy quieto, como una mata, como una piedra, sin respirar. Esperaré y miraré como un pájaro, con ojos atentos y brillantes. Sólo veré la hierba y sólo oiré la hierba y sólo pensaré en la hierba, y cuando llegue el momento, el momento adecuado, saldré corriendo y... —Echó a correr hacia el roble y le dio un buen mordisco a Lane en las nalgas.

Lane baló de dolor y sorpresa, y le arreó una coz.

Mopple empezó a arrancarle vellones de lana.

Lane salió disparada.

Las cabras se carcajeaban.

Y apoyado en la cerca estaba el Arrendajo, mirándolas con cierta curiosidad.

Sorprendidas, las ovejas se quedaron por allí como si tal cosa.

El Arrendajo abrió la cancilla. Parecía distinto, más verde. Llevaba un gorro verde y un abrigo verde. Y calzaba botas verdes. Por un momento las ovejas se quedaron de piedra, horrorizadas. Después se refugiaron con la mayor discreción posible en el rincón más remoto del prado, desde donde vieron que el Arrendajo llamaba a la puerta de la caravana.

Llevaba algo escondido a la espalda.

En la caravana Vidocq ladró, y el Arrendajo, asombrado, retrocedió unos pasos.

Rebecca asomó la cabeza por la puerta y sonrió.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo el Arrendajo al tiempo que sacaba un paquete alargado—. En realidad, dos.

—¡Uy! —exclamó Rebecca—. Pasa.

—Mejor no —repuso el Arrendajo, lanzando una mirada nerviosa a la puerta.

—De acuerdo. Ahora salgo. Un momento.

Las ovejas estaban en el prado sin saber qué hacer. No era eso lo que habían planeado. El Arrendajo no debía sorprender a Rebecca sino perseguir a Lane hasta el viejo roble echando espuma por la boca. Y después debía salir volando por los aires.

—Es precioso —aseguró Rebecca cuando, tras muchos «ah» y «oh», por fin abrió el paquete del Arrendajo y sacó algo rojo—. Gracias, Maurice.

—Es lo menos que puedo hacer después de lo que le pasó a tu ropa.

—Qué lana más suave —aprobó Rebecca.

—Cachemir —precisó el Arrendajo—. El cachemir se obtiene de la cabra. Es más suave que cualquier lana.

—Bah —baló desdeñosa Cloud desde lo alto de la pendiente.

Las ovejas dirigieron una mirada hostil al Arrendajo y a aquella cosa de cabra roja.

—Tenemos que librarnos de él —musitó Heide. No estaba claro si se refería al Arrendajo o al abrigo de pelo de cabra.

—En cualquier caso, es una sorpresa estupenda —afirmó Rebecca —. Me lo voy a poner ahora mismo.

—Ah. Ésa es la primera parte. Ven, vamos a dar un paseo, ¿quieres?

—¿Ahora?

—Ahora —insistió el Arrendajo.

—¡Ahora! —exclamó agitada Maple—. ¿Lo entendéis? Va a pasar ahora. Pretende apartarla de Vidocq. Irán al bosque y... ¡zas! Blanco y rojo. —Lo imaginaba vívidamente—. Tenemos que seguirlos —decidió—. Con Lane y la cabra y la cosa explosiva. Hemos de sorprenderlo antes de que él la sorprenda a ella.

—No podemos llevarnos el árbol —objetó Maude.

—No importa, elegiremos otro árbol —bufó con impaciencia Maple —. El bosque está lleno de árboles. Sólo hay que dar con el adecuado, y Lane lo llevará hasta él y Mopple lo memorizará todo. ¡Deprisa! ¡Se van! ¡Vamos!

Poco después, una pequeña y resuelta expedición ovejuna se adentraba en el bosque siguiendo las huellas de Rebecca y el Arrendajo. Al frente iba Maude, que, con su fino sentido del olfato, debía oler rastros... y peligros. Después iba Lane, la oveja reclamo. En tercer lugar Madouc, que tenía que trepar a un árbol. A continuación Heathcliff, que llevaba entre los belfos, con suma cautela, una carga explosiva. Después Othello, el manso, para defenderlas en caso de que fuese necesario. Y por último,

temblando y lanzando quedos balidos de protesta, Mopple the Whale. Éste volvía a ser el carnero memorioso. Había memorizado cada detalle del plan de Maple y las ayudaría a salir del bosque una vez hubieran cumplido la misión. Desde que Mopple se había comido la carta de carreteras se le daban muy bien los caminos.

El peludo se quedó un buen rato junto al cercado, observando a la expedición ovejuna. Deliberaba con Pâquerette, Gris y, sobre todo, Aube. Finalmente llegaron a una conclusión. El carnero desconocido abandonó el prado y fue en pos de las otras ovejas, hacia el bosque.

Poco después de que la expedición hubiera desaparecido, el cabrero cruzó el portón de la finca. Las cabras balaron, pero en esa ocasión el pastor no llevaba ningún saco de comida, únicamente el nudoso cayado. Se detuvo en la linde del prado y empezó a respirar hondo, como si olfatease. Olfateaba y esperaba. Después cogió el cayado y echó a andar... hacia el bosque.

Mientras tanto, en el castillo, los dos paseantes se disponían a pasear. Llevaban sendas cosas metálicas en los bolsillos, y en dichas cosas metálicas balas de plata. Prometía ser un paseo especial.

No resultó muy difícil seguir a Rebecca y el Arrendajo. Caminaban despacio, juntos, y Rebecca, de un rojo luminoso, se distinguía entre

los árboles. Se mantenían alejados de los caminos. El Arrendajo conocía bien el bosque. Las ovejas trotaban y se detenían, oteaban, olían y buscaban un árbol al que Madouc pudiera trepar. Hasta el momento la cosa no pintaba muy bien.

En el aire se respiraba inquietud, y los pájaros estaban demasiado callados. En algún lugar ladraban perros.

—¿Has participado alguna vez en una batida? —preguntó el Arrendajo.

Las ovejas no oyeron a Rebecca, pero quizá respondiera en voz muy baja.

—En realidad es muy sencillo —contó el Arrendajo—. Hay cazadores y batidores. Los batidores peinan el terreno formando una cadena, con o sin perros, dan golpes en los árboles, hacen ruido y espantan la caza. La ahuyentan. Y los cazadores se encuentran en el otro lado, a la espera.

—¿Cómo saben los cazadores a qué pueden disparar? —preguntó Rebecca—. Es decir, ¿cómo hacen para no darles a los batidores?

—Ah, esas cosas pasan. —El Arrendajo rió con suavidad—. No, en serio, no es nada peligroso. Los batidores van vestidos con colores chillones: amarillo, naranja, rojo. Cuando se ve ese color, no se dispara. A propósito... —Hizo un gesto con el gorro y de repente las ovejas distinguieron una mancha anaranjada entre los árboles.

Rebecca se echó a reír.

—Muy fino. Pero a pesar de todo me parece algo arriesgado.

—Es inofensivo —aseguró el Arrendajo—. Completamente inofensivo. Por aquí.

A continuación tomaron un desfiladero que discurría junto a un arroyuelo. A la izquierda se alzaba un talud y a la derecha otro, y

desde arriba los árboles dominaban el camino como dedos admonitorios. Las ovejas los siguieron con la mirada. Nada ni nadie habría podido convencerlas de que enfilasen ese camino.

Era un túnel. Una trampa. Una emboscada. Allí no había visibilidad ni escapatoria posible.

De manera que las ovejas continuaron desde lo alto del talud, entre la maleza, y desde allí atisbaban el camino, donde, entre árboles inclinados, resaltaban el rojo y el naranja.

—A un tronco así podría encaramarme —afirmó Madouc de pronto.

Poco después las ovejas urdieron un plan.

—¿Qué hay de Rebecca? —inquirió Othello—. Rebecca no tiene que salir volando por los aires.

Las ovejas se miraron. Sólo podían esperar que el Garou fuera más veloz que Rebecca. Mucho más veloz. Pero no tanto como Lane.

—Van por el desfiladero —observó el paseante bajito—. Me da que hemos tenido una suerte loca.

El paseante alto gruñó.

—Para ti no tiene mérito, lo sé —dijo el bajito—. Vamos.

«Un zorro», pensó Rebecca.

Se había detenido para atarse los cordones de los zapatos, unas botas viejas y gastadas que no pegaban nada con el exquisito abrigo de cachemir. Pero eran calientes.

Entonces lo vio, casi a la altura de los ojos, rojizo entre la espesura. Un hocico puntiagudo, grisáceo, y unos ojos de zorro intensos y amarillos. Rebecca no sentía simpatía alguna por los zorros cuando veía alguno en el prado, pero allí, en el bosque, le pareció muy hermoso.

Miró a Maurice, que iba delante por el camino, enfrascado en un monólogo sobre la caza antes de que se inventaran las armas de fuego, y probablemente no se hubiera dado cuenta de que ella se había detenido. Rebecca ya había oído hablar bastante sobre la caza ese día.

Se volvió y se acercó al zorro, con mucha cautela. El zorro la vio y, como si obedeciera un protocolo secreto, se volvió y echó a correr hacia las zarzas que festoneaban el camino. Pero ella aún lo veía.

Cuando también Rebecca se adentró en la maleza, el zorro desapareció como por arte de magia.

Rebecca suspiró y volvió al sendero.

Pero Maurice ya no estaba.

El Arrendajo salió corriendo tras la oveja, sin saber por qué. Probablemente porque las ovejas estaban fuera de lugar en el bosque. Porque la oveja cojeaba y parecía desvalida. Y porque quería darle una alegría a Rebecca, que sin duda se llevaría una sorpresa cuando lo viese volver con una de sus ovejas. Tal vez así creyera de una vez por todas que él no había tenido nada que ver con la muerte del perro.

Sin embargo, la oveja tropezó y cayó. Se levantó de inmediato, pero ya no corría. Se volvió y empezó a forcejear. De repente, el

Arrendajo tenía la boca muy seca. El corazón le latía deprisa. Por encima de su cabeza se movía algo. Aquello era muy extraño. La oveja pugnaba desesperadamente por escapar, pero no conseguía liberar la pata. El Arrendajo quiso emitir un sonido tranquilizador, pero todo lo que salió de su boca fue un gruñido gutural.

Desde arriba el Garou tenía un aspecto extraño: un punto luminoso anaranjado rodeado de verde y, abajo, dos pies que sobresalían del verde como alas cortas e inútiles.

—¡Ahora! —exclamó Heathcliff.

Madouc abrió con cuidado los belfos y soltó la carga explosiva.

La carga cayó y aterrizó justo delante del Arrendajo, en la nieve.

Plaf.

En lo alto del talud, Maude, Othello, Heathcliff y Mopple contenían la respiración y esperaban, pero nada salió volando por los aires. Ni nieve ni el Arrendajo, ni siquiera el chisme explosivo. El Arrendajo se sacudió algo de nieve del abrigo verde e iba a dar otro paso hacia Lane, que tiraba como loca del lazo, cuando, ahora sí, algo salió volando por los aires.

Madouc.

Cayó sobre los hombros del Arrendajo, que se desplomó en la nieve como un saco lleno de comida.

Madouc se levantó deprisa y soltó un balido triunfal. Después guardó silencio y aguzó el oído. Era como si en pleno salto hubiera oído el estornudo de una cosa metálica.

—¡Una pistola! —exclamó Maude, y Madouc oyó que algo se deslizaba y galopaba. Las ovejas echaron a correr igual que cuando

habían escapado de la pistola en el prado. Madouc sopesó si huir también o no.

—¿Has visto eso? —preguntó el paseante gordo—. ¿Qué demonios es eso?

—Una oveja, creo —repuso el bajito.

—Una cabra —lo corrigió el gordo—. Pero ¿qué comen ésas? Me la voy a cargar.

—¿Con balas de plata? ¿Te has vuelto loco? ¿Le has dado a él, por lo menos?

—Cayó al suelo justo cuando apreté el gatillo. Creo que todavía se mueve —dijo el gordo—. Pero no por mucho tiempo. —Se dispuso de nuevo a disparar. El silenciador era una maravilla.

La cabra también salió corriendo. Llevaba algo en la boca.

—Vaya, estupendo —rezongó el bajito—. Adelante.

—Que nadie se mueva —ordenó de pronto una voz a sus espaldas.

Era una voz glacial, serena y cortante.

Parecida a la del jefe.

—Tirad las armas —añadió la voz—. Las manos detrás de la cabeza.

Antes de que los paseantes tuvieran tiempo de pensar, las pistolas ya estaban en la nieve, lo cual al gordo le preocupó. Ese sitio, tan húmedo y frío, no era bueno para las armas.

Se volvieron con tiento y sin apartar las manos de la nuca. Nunca en su vida los habían obligado a nada semejante. Las manos arriba, sí, pero lo de la nuca sólo lo conocían por las películas.

—El fantoche —masculló el gordo. Habían visto a menudo a ese tipo, siempre acechando y trajinando, con sus ridículas gafas de sol —. Nuestro contable —añadió, y esbozó una sonrisa extraña, casi un poco triste.

¡Contable! ¡De eso nada! El tipo permanecía impasible en medio de la nieve con su ridículo traje negro. Empuñaba algo en el bolsillo del abrigo. Algo cuya embocadura posiblemente apuntara a uno de los dos. «Probablemente a mí», pensó el gordo.

—Liquídalo —le dijo el bajito al gordo—. A cuchillo, como a ti te gusta.

—Vale —accedió el gordo, pero no se movió. No sabía por qué. Quizá porque el tipo no tenía miedo. Ni pizca. No era normal. Cuando se hacía un trabajo así siempre se estaba un poco nervioso.

—Muy sensato por vuestra parte. —El de las gafas de sol sonrió—. Creedme, será mejor así. Y ahora, andando, las manos detrás de la cabeza.

—¿Quién te envía? —quiso saber el bajito.

El tipo raro rió suavemente.

—Será mejor que no lo sepáis. Venga, volvemos al castillo.

—Estoy seguro de que podríamos... —dijo el bajito.

—¡Chitón! —lo interrumpió el de las gafas de sol—. Ni una palabra. Moveos.

El gordo y el bajito se movieron, ¿qué remedio les quedaba? Estaba claro que el tipo era un profesional. Sabía lo que hacía.

De pronto Lane se vio completamente sola, atrapada en el pérfido lazo. Qué espeluznante. Ella era una oveja, la oveja más rápida del

rebaño. Tenía que correr, correr, correr. Mientras uno corría, estaba a salvo. Mientras uno corría, se sentía tranquilo y libre. Pero Lane no podía correr. Ya no era la oveja más rápida del rebaño. Estaba sola.

Y quizá dentro de poco también dejara de ser una oveja.

En la nieve, el Garou volvía a moverse. Lane se detuvo. Demasiado horrorizada para forcejear, se limitó a permanecer inmóvil, respirando. El Garou se incorporó con cuidado. Miró alrededor, luego a Lane, sin mostrar un interés particular, y se palpó la cabeza y los hombros con aire distraído. Le salía algo de sangre de la nariz. La visión de aquella sangre hizo que Lane se asustara. El Garou se tocó la nariz y se le manchó un poco la mano de sangre. Se miró largamente la mano y después intentó levantarse torpemente, como si las piernas no acabaran de responderle. «Como un cordero», pensó Lane.

Por fin se puso de pie y miró a Lane, que estaba completamente quieta. El Garou echó un vistazo en la nieve en busca de algo... que no era Lane.

Después el Arrendajo se fue por donde había venido, tambaleándose y con cautela, sin dignarse mirar de nuevo a la oveja.

Lane lo siguió con la mirada, inmóvil, demasiado asustada para balar siquiera.

Sólo olía y respiraba.

Y el tiempo iba pasando.

Aunque no era tarde, el bosque ya empezaba a engullir la luz.

De repente Lane tuvo la sensación de que ya no estaba sola.

Detrás de ella, un tanto apartado en mitad del desfiladero, se encontraba el pastor.

Incluso allí, en el bosque, se podía ver que tenía los ojos azules.

22

El cabrero avanzó despacio hacia Lane, tan despacio que ésta apenas sintió miedo. Sólo cuando lo tuvo tan cerca que habría podido tocarla, el corazón le dio un vuelco. Y otro. Se puso a trotar. A galopar. Lane estaba allí parada temblando, pero su corazón daba grandes saltos por la nieve. Más y más deprisa. Lane era la oveja más rápida del rebaño. Su corazón lo sabía.

El cabrero se agachó y la miró, no con cierta perplejidad, como el Arrendajo, sino atentamente. Demasiado atentamente. Lane retrocedió todo lo que el lazo le permitió. El cabrero no se movió, pero Lane advirtió que a pesar de ello pasaban cosas. Cosas en él. Cosas como pensamientos pero más palpables, más físicas. Se percató de que sus pupilas eran cada vez más pequeñas, de que cambiaban de color, de sencillamente sucio a ácido y finalmente a un amargor profundo. Miedo... y dolor.

Una voz sobrevoló el bosque como un pájaro perdido.

En un principio Lane no reconoció las palabras, sólo una débil queja en un tono familiar.

Después la voz se aventuró un poco más.

—¡Maurice! —llamó Rebecca—. ¿Maurice?

Lane miró al cabrero, que seguía en cuclillas delante de ella, rebosante de pensamientos, y no oía nada. Lane se alegró de que no pudiera oír la voz.

—¿Maurice? ¡Mauriiice!

Esa vez el cabrero reaccionó. No se movió, pero aguzó el oído. Acto seguido se pegó a ella y la agarró. Lane pataleó y pataleó y coceó, y de pronto se dio cuenta de que pataleaba con todas las patas, con las cuatro.

El cabrero la depositó con cuidado en la nieve y Lane salió disparada. Corría como el viento.

El cabrero se levantó y siguió la voz, hacia el corazón del bosque.

Tras el ataque inicial de pánico se sintieron tontas. Y un poco abochornadas por haber abandonado a Lane atrapada en aquel lazo. A fin de cuentas la pistola del paseante no las apuntaba a ellas, sino —con buen juicio— al Garou. No obstante, una pistola era una pistola, y no siempre acertaba allí donde apuntaba, como bien sabían por las prácticas de tiro de George en el antiguo prado irlandés. Lo mejor era salir corriendo hacia donde la pistola ya no se viese. Si uno no veía la pistola, la pistola tampoco lo veía a uno.

Pero ¿dónde estaban ahora? Y ¿de dónde procedían esos ruidos? Algo no cuadraba.

Othello se detuvo, Maude olfateó, Mopple resopló y Heathcliff miró tercamente hacia todas partes.

La nieve ya no era lisa, sino que estaba cubierta de huellas. Huellas humanas, huellas de animales del bosque, huellas de algo que había sido arrastrado. El bosque había dejado de ser un lugar silencioso. Ruido de deslizamientos en la maleza, voces lejanas y, todavía más allá, el ladrido de pistolas. Muchas pistolas.

Las ovejas, bien apiñadas, reanudaron el trote con cautela, arriba y abajo, a un lado y a otro, ora aquí, ora allá. Era difícil decidirse por

una dirección. Había demasiadas cosas que no casaban. El aire. Las sombras. El vacío entre los troncos.

No tardaron en descubrir los primeros animales muertos. Liebres, corzos y, de vez en cuando, una gallina extraordinariamente vistosa. Yacían tendidos en la nieve, algunos con los ojos muy abiertos, otros con la lengua fuera, como si incluso muertos huyesen. Un corzo daba la impresión de haberse acurrucado en la nieve para dormir.

Othello bufó con nerviosismo y bajó la cornamenta. Maude aguzó el olfato. Mopple se puso a temblar. Heathcliff no decía nada.

Luego, de repente, el ruido tomó una dirección concreta. Como si de una cosechadora se tratara, empezó a avanzar hacia ellas acompañado de golpes, gritos, crujidos, redobles y susurros. Parecía un animal gigantesco.

Las ovejas se alejaron de allí corriendo, hacia donde el bosque aún era silencioso. Silencioso y amenazador.

Pendiente arriba. Pendiente abajo. Dejando atrás troncos blanquecinos de abedules y después abetos jóvenes. Maleza. Matorrales y finalmente un claro. Delante de ellas, en el extremo opuesto del claro, una liebre salió huyendo del ruido para, un instante después, dejar de huir, volar por los aires describiendo un amplio arco y acabar tendida en el suelo.

Othello dio un respingo y las cuatro ovejas retrocedieron hacia el interior del bosque con los ojos como platos.

El ruidoso animal se aproximaba. Las ovejas se detuvieron y echaron un vistazo al claro, donde el sol de la tarde, impertérrito y travieso, jugueteaba con las sombras. Othello se disponía a salir nuevamente del bosque, pero Maude lanzó un balido de alarma. Othello reculó. El animal bramaba con numerosas voces. Ahora

tenían vislumbres de él entre los árboles. Era anaranjado y amarillo. Luminoso. A escasos pasos de las ovejas un corzo se abrió paso entre la maleza, salió disparado del bosque al claro, corrió y dejó de correr. El restallido siguió resonando en el bosque mucho después de que el corzo cayera. Othello se adentró de nuevo en el bosque. El claro era demasiado traicionero, demasiado tentador en su silencio soleado.

Amarillo y anaranjado entre los árboles. Por todas partes. El extraño animal chillaba. ¡Qué grande era! ¡Qué largo, horrible y ruidoso!

Othello volvió la testuz hacia él.

No tenía sentido ir hacia un claro lleno de corzos muertos. Mejor un animal anaranjado al que se podía ver. Ver y atacar. Othello bajó la cornamenta. Sus pezuñas escarbaban la nieve, su aliento bailoteaba en el gélido aire.

Maude, Mopple y Heathcliff lo miraron sin dar crédito.

De pronto Othello estaba muy tranquilo y sereno, respiraba hondo y...

—¡No hagas eso! —advirtió una voz—. ¡Haz otra cosa!

Othello giró en redondo, pero allí no había nadie, sólo una gran piedra.

—Lo que hay que hacer es no correr —añadió la voz—. Ni hacia un sitio ni hacia el otro. Detenerse y esperar en el lugar adecuado. Se lo expliqué a Tourbe y a Farouche y a Aube y os lo explicaré a vosotras.

La piedra se acercaba con cautela. Las ovejas advirtieron de pronto que tenía orejas de oveja, ojos de oveja y morro de oveja.

¡Era el peludo desconocido! Y no parecía tenerle mucho miedo al animal.

—Venid —las conminó al tiempo que trotaba con torpeza hacia unas zarzas—. ¡Deprisa!

Lane corría. Libremente. Con las cuatro patas. Como el viento. Quien corría estaba a salvo. Las complicaciones llegarían cuando dejase de correr.

Pese a todo el bosque se había tornado muy ruidoso. Lane había cambiado varias veces de sentido, pero ahora sabía de dónde procedía todo aquel ruido y corría en la dirección contraria. No le preocupaba demasiado. El alboroto era lento; ella, rápida.

¿No acababa de pasar por delante de una cabra pequeña y negra?

¡Sí!

Oyó crujir la nieve a sus espaldas, y enseguida el crujido se volvió más débil. ¡Lástima! Correr con otro era mejor que correr solo, Lane también sabía eso. No podía parar sin más, sus patas no querían, pero aun así aminoró la marcha. La cabra le dio alcance.

—Eeesb... —se lamentó la cabra—. Eeesb... Eeeessbee...

Lane no entendió qué pretendía decir.

Debía de ser porque la cabra llevaba algo en la boca: el luminoso gorro anaranjado del Garou. Lane se estremeció y corrió más deprisa. A sus espaldas oyó un jadeo.

—Eeesb...

La cabra quería decirle algo, pero no podía debido a la cosa que llevaba en la boca. ¿Por qué no la soltaba? Las cosas eran malas.

—Eeesbera —baló la cabra. El asunto parecía importante.

Lane decidió escuchar lo que tenía que decir. La esperaría en el lugar adecuado. Allí delante, por ejemplo, entre los árboles, donde había más claridad. ¿Un claro? ¡Los claros eran buenos!

Lane aceleró.

—¡Eeesbeeeraaa! —baló de nuevo la cabra, cada vez más lejana, pero extrañamente imperiosa.

Algo en ella hizo que Lane finalmente lograra controlar sus patas y esperarla. El claro estaba muy cerca, y los tranquilizadores dedos del sol acariciaban el bosque.

Madouc se detuvo a su lado, dejó caer el gorro y empezó a jadear, con la lengua fuera.

—¿Y? —inquirió Lane, impaciente—. Ahí hay un claro. Vayamos al menos...

—¡No! —exclamó Madouc.

—Podremos ver mejor —explicó Lane—. Hay más claridad.

—Es... cúchame —resolló Madouc—. ¡Que me escuches!

Lane dio dos vueltas y se situó de cara al claro. No se dejaría manipular así como así por una cabra. Las cabras estaban locas, y ésa de remate. Pero ¿no acababa de echársele encima al Garou momentos antes? El Garou no le había hecho nada a Lane porque Madouc le había saltado encima a tiempo. Lane se obligó a mantener la calma y esperó con impaciencia a oír lo que la cabra tenía que decir.

—Necesitamos... el... gorro —baló Madouc.

«Está como una cabra», pensó Lane. El gorro ni siquiera le quedaba bien al Arrendajo, y en la boca de Madouc no era más que un ridículo trapo luminoso. Lane quería echar a correr otra vez, pero no lo hizo.

—¿Por qué? —preguntó.

—¡Silencio! —ordenó la cabra.

Lane guardaba silencio, pero el bosque no. Se oían gritos, golpes y de pronto... ¡un disparo! Lane se volvió. ¡Una pistola! ¿Dónde?

—Ahí delante —musitó Madouc—. Huimos del ruido y nos esperan ahí, donde hay silencio.

Lane miró al claro, en apariencia tan acogedor y apacible, y comenzó a temblar.

—¿Qué hacemos? —susurró—. ¿Adónde vamos?

—Cruzaremos el claro —propuso Madouc—. Con el gorro. Si ven el gorro no nos dispararán. Lo dijo el Arrendajo. El color del gorro nos protegerá.

—¿Y tú te lo crees? —inquirió Lane, mirando con escepticismo el pequeño y vistoso trapo.

—No —admitió Madouc—. Pero los hombres y las cosas metálicas sí, y con eso basta. Sólo tenemos que permanecer muy juntas, para que el gorro nos proteja a las dos.

Lane respiró hondo y asintió.

Estaba claro que a la liebre le había dado. Un tiro de primera, hasta Jacques, ese estirado, tendría que reconocerlo. Pero ahora reinaba de nuevo la calma. Eso era lo que le fastidiaba de las batidas: permanecer a la espera y entretanto morirse de frío. Los batidores lo tenían mejor, ellos al menos se movían. Aun así, y pensándolo bien, no le gustaría estar al otro lado, pese a todas las prendas protectoras. Había oído contar cada historia...

¡Ahí!

Por fin volvía a moverse algo en la linde del bosque. Levantó el arma. Apuntó. Y ahora calma. Mucha calma.

Sólo vio el luminoso color en el último segundo. Bajó el arma. El sudor perlaba su frente. Maldita sea, por poco. Precisamente acababan de venirle a la cabeza esas historias y... Sin embargo, había algo raro. El color se veía muy abajo y daba botes y se movía demasiado deprisa.

El cazador vio boquiabierto que una oveja y una cabra negra cruzaban a toda velocidad el claro con un gorro en la boca y se adentraban en el bosque por el otro lado.

Cerró la boca.

—¡Quieta, Marcassin! ¡Alto, Pâquerette! —ordenó el peludo.

Othello, Maude, Mopple y Heathcliff se habían quedado paralizadas, rodeadas de zarzas espinosas y una densa vegetación. Ahora el animal estaba tan cerca que parecía llenar el bosque entero, y su bramido les provocaba escalofríos. Costaba imaginar que no fuese a arrollar sin más la maleza, y a ellas de paso.

Othello bajó los cuernos una vez más. Mopple estaba completamente inmóvil, en una especie de rigidez causada por el terror, y Heathcliff tenía los ojos muy abiertos. Maude, sin embargo, no aguantaba más, y se disponía a salir corriendo cuando el peludo volvió la cabeza y le dijo en tono de súplica:

—No te muevas, Gris. Hemos sobrevivido al crudo invierno, sobreviviremos a esto también.

Maude no sabía qué pensar, pero de pronto era demasiado tarde para huir. Justo delante el animal pareció dividirse, romperse en

numerosos pedazos, y en lugar de un monstruo atravesaron la espesura tres hombres cubiertos con unos absurdos chalecos de colores chillones. Golpeaban con un palo los troncos de los árboles y vociferaban. Poco después pasaron de largo, uno por la izquierda y dos por la derecha, y alrededor de ellas volvió a estar únicamente el bosque, mudo y exhausto.

Las ovejas, estupefactas, intentaron calmarse. Heathcliff dirigió una mirada tímida y respetuosa al peludo y, aunque seguía desprendiendo ese extraño olor a musgo y humedad, dio dos pasos hacia él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

El desconocido sacudió la cabeza.

—Me... me llamo... soy... No lo sé. Creo que lo he olvidado.

—¿Cómo puedes olvidar tu nombre? —Heathcliff se quedó patidifuso.

El desconocido ladeó la cabeza y se paró a pensar.

—No era tan importante, en cierto modo. Lo verdaderamente importante era no olvidar el de las demás... Gris, Pâquerette, Aube...

Heathcliff miró al desconocido, que había olvidado su propio nombre para proteger el de las demás. Era algo que no se podía aprender de una cabra... y pese a todo era importante.

—Te encontraremos otro nombre —afirmó al cabo—. Sé dónde podemos encontrarlo. Ya verás.

Las ovejas se hallaban en la linde del bosque, pastando y aguzando el oído, oliendo y digiriendo, pero no perdían de vista el cielo sobre el bosque. Primero era de un azul radiante, luego se oscureció,

después se volvió más pálido y blanquecino, finalmente algo rojizo. Pero nadie salió volando por él, y mucho menos el Arrendajo. Un gran pájaro batió sus alas y acto seguido cayó al suelo como una piedra. Lo contrario de salir volando por los aires, por así decirlo. Unos disparos lejanos llegaron a el prado, y las ovejas se preocuparon. Hasta las cabras parecían intranquilas, se acercaban unas a otras y cuchicheaban.

De repente se oyó un murmullo en la linde y Lane y Madouc salieron de entre los árboles. Madouc se las había apañado para prenderse un gorro de un naranja vivo en los cuernos. Lane parecía agotada y especialmente patilarga. Las dos se escurrieron por el alambre del cercado de las cabras y, mientras que Madouc se quedó con su gorro en el prado de las cabras y fue rodeada con envidia por las suyas, Lane siguió trotando, se coló por la ripia y volvió a su prado.

—¿Y bien? —preguntó Miss Maple—. ¿Habéis acabado con el Arrendajo?

Lane negó con la cabeza.

—No. Madouc dejó caer la carga explosiva, pero no saltó, así que saltó Madouc, y el Arrendajo cayó sobre la nieve. Pero luego se levantó. Y de repente me vi sola, y por fin el cabrero me soltó.

—¿El cabrero? —inquirió Maple.

—El cabrero. Salí corriendo, y había mucho ruido y también silencio, y el sitio más peligroso era donde había silencio. Y sol. Pero el gorro nos protegió.

Las ovejas callaban. Sonaba un poco... alocado.

—¿Y las demás? —se interesó Miss Maple.

—No lo sé —repuso Lane en voz baja—. Se fueron. No me acuerdo.

Pero sí se acordaba un poco de los numerosos disparos que había oído, y se estremeció.

Más tarde salieron del bosque Othello, Maude, Heathcliff y Mopple y, para sorpresa de todas, también el peludo desconocido, que de alguna manera ya no resultaba tan desconocido, aunque sí seguía siendo muy peludo.

—Nos ha salvado —baló Heathcliff—. De un monstruo y de unos hombres con chaleco. A todas.

Las ovejas no daban crédito. El peludo, al que olieron por todas partes, andaba por allí, afable y callado, mascando.

—Siempre supe que era una oveja —afirmó Sir Ritchfield, y tenía razón.

Heide y Heathcliff jugaron al escondite alrededor del peludo, Cloud le dirigió un cumplido por ser tan lanudo, y de repente Maude descubrió que no olía tan mal. Su olor era más bien aromático y apetitoso, como el de la milenrama.

Más tarde, cuando las sombras del castillo invadían de nuevo el prado lenta pero inexorablemente, como una babosa, el carnero desconocido miró hacia el manzanar y la linde del bosque y a sus ojos asomó una extraña expresión.

—Algo les pasa —aseguró preocupado—. Tache, Pâquerette, Gris... No crecen. Los corderos no crecen y los cuernos no crecen. Ni siquiera la lana les crece. —Volvió la cabeza con aire pensativo—. La mía sí que crece. —Se despidió de Farouche, Grignotte, Boiterie, Sourde, Tache, Pâquerette, Gris, Marcassin, Pré-de-Puce y, por dos veces, de Aube.

Después suspiró y volvió con las demás ovejas para pacer a la luz vespertina. Era un momento agradable, y las ovejas pensaron que hacía mucho que no estaban tan al completo.

Sólo cuando a la finca llegaron más coches con hombres ruidosos vestidos de verde y naranja y mamá salió de la caravana inusitadamente pálida y sin una de sus mejores caras, las ovejas cayeron en la cuenta de que faltaba alguien.

Rebecca.

Rebecca era la única que no había vuelto del bosque.

Zach estaba en el establo, con la grabadora en las manos, intentando dominar su decepción. Al fin y al cabo lo que contaba no eran los resultados, sino hacer lo correcto. Y Zach había hecho lo correcto, aunque se hubiera equivocado con las personas. Los dos hombres que aporreaban la trampilla del henil, sobre su cabeza, no eran agentes dobles rusos sino asesinos normales y corrientes a los que habían pagado una suma normal y corriente para que liquidasen al patrón. Porque éste le había dado un nuevo rostro a un delincuente, y ahora, claro estaba, tenían que eliminarlo, ya que sabía demasiado. Zach bostezó. Los dos asesinos no habían desvelado la identidad del paciente, ni siquiera cuando Zach los sometió a su durísimo interrogatorio. Psicológico, se entiende. Zach no les tocó ni un pelo. Al parecer eso fue lo que más los impresionó, el hecho de que no les pusiese la mano encima, que no les diera ni un sopapo. El viejo señor tenía razón: «Dales dolor y tendrán algo a lo que agarrarse. No les des nada y sólo se tendrán a ellos mismos... y la mayor parte de las veces no es gran cosa, Zach.» A esas alturas

Zach abrigaba dudas de que el viejo señor realmente trabajara para el servicio secreto, pero de interrogatorios sabía. Vaya que sí.

Zach, ensimismado, hacía girar el dictáfono entre sus manos. Dos asesinos, un trabajo, ningún cliente. Lo que significaba que el brazo del instigador llegaba hasta los calabozos, lo que a su vez significaba que la verdad nunca saldría a la luz. Crimen organizado, supuso. Probablemente el patrón hubiera metido las narices en cosas que le venían demasiado grandes, y, de ser ése el caso, no era problema de Zach. Se limitaría a entregarle la grabadora y la llave del henil a ese policía aficionado y volvería a concentrarse en su misión. La misión.

Zach suspiró y amartilló el arma. No pudo por menos de sonreír. Si esos dos matones hubiesen visto su arma reglamentaria, habría sido el golpe de gracia. Verde fosforito y amarillo fosforito, una copia exacta de una pistola de juguete. Imposible seguirle el rastro. Habrían visto la clase de tecnología de que disponía su jefe y así tal vez hubiesen cantado. Por otra parte, una orden era una orden. Y había tantas órdenes... Zach metió la llave del henil y el dictáfono en un sobre, escribió unas líneas y cerró el sobre. Listo.

Regresó al castillo. A ayudar en la cocina, como los demás. Sin llamar la atención. Un banquete para los cazadores, menuda estupidez. Zach estaba seguro de que allí había gato encerrado, probablemente intentaran encubrir un intercambio de información entre agentes dobles israelíes. Una maniobra de distracción, en cualquier caso. Salió a la nieve y parpadeó tras las gafas de sol. Qué claridad. Se paró a pensar un momento si en esas ocasiones no debía empezar a ponerse otras gafas de sol sobre las primeras. Después entornó los ojos y echó a andar hacia el castillo.

El zorro salió del tronco hueco en que esperaba a que terminase la cacería y se lamió el pelaje. La cacería en sí no había sido ningún problema, al menos para un zorro tan viejo y calvo como él.

Los problemas venían después.

El bosque y todo en él se había vuelto más silencioso, más tímido, más distante, más escaso. Los conejos supervivientes se hallaban agazapados en lo más profundo de su madriguera, temblando, y los ratones de campo tardarían días en volver a jugar relajados bajo las ramas de los abetos.

Después de una cacería se avecinaban malos tiempos para el zorro. Y para todos los depredadores.

El zorro decidió emprender la búsqueda del hombre que era distinto de todos los demás hombres. Si los corzos eran demasiado esquivos y asustadizos, él tenía otros métodos para buscar presas.

Por encima de su cabeza había árboles.

Muy bien, a fin de cuentas estaba en el bosque.

¿Estaba en el bosque?

Rebecca pestañeó. Había algo raro en los árboles. Algo en... su forma de moverse, tal vez.

No. ¡En su forma de no moverse! Los árboles permanecían inmóviles.

Y ¡eran verdes!

Hojas verdes.

Árboles de verano.

Entonces Rebecca vio a los faunos. Tres faunos danzarines, con cuernos y pezuñas y hiedra en el cabello. El del medio le recordaba a

algo. A alguien. ¿A Maurice? ¿A Frank, tal vez? De pronto supo que el fauno le recordaba a Othello. Sonrió.

Sonreír le dolió.

«Estoy soñando», pensó, pero en el fondo sabía que no se trataba de un sueño. Los faunos estaban demasiado inmóviles para ser un sueño.

Todo estaba demasiado inmóvil.

Se tumbó de costado.

En el suelo no había bosque. El suelo era de madera reluciente, las paredes blancas, con algunos arañazos, como de garras.

Cuando vio las altas ventanas de guillotina, supo que estaba en una cama metálica.

Una cama metálica de la tercera planta.

Se puso boca abajo, cerró los ojos y volvió a dormirse.

23

—Bien —decidió mamá—. Llamaré a la policía.

Esta vez no fumaba.

Cruzó el prado en dirección al castillo y al cabo de un rato regresó, más tranquila en cierto modo, más menuda y flaca. Más pequeña incluso. Como si fuese un concentrado de mamá que hubiera que disolver en agua antes de beberlo. Pero no dio muestras de que fuera a disolverse.

—Por lo visto el lechuguino volvió del bosque solo —dijo a nadie en particular—. No me dejan hablar con él. Dicen que tuvo un accidente. Le cayó algo pesado en la cabeza. Según él una oveja. Los demás creen que una rama. Yo creo que alguien le ha arreado un puñetazo y ha puesto pies en polvorosa con Rebecca. O que fue él mismo y sólo está fingiendo. Sea como fuere, nadie la ha visto, ni uno solo de esa panda de ridículos del bosque. O al menos eso afirman.

Mamá temblaba.

Las ovejas escucharon con atención. Sabían que al Arrendajo le había caído una cabra en la cabeza (estrictamente hablando, no en la cabeza sino en la nuca), pero tampoco sabían dónde estaba Rebecca.

Aunque no pensaron de inmediato en la comida, sí lo hicieron poco después. ¿Quién les echaría ese día forraje si Rebecca no regresaba? ¿Quién les echaría forraje en general?

¿Mamá?

Por de pronto, no daba esa impresión.

Mamá se metió en la caravana y se puso a hablar por el aparato de hablar tan alto que las ovejas se enteraron de parte de la conversación aun con la puerta cerrada. No de las palabras, pero sí del estado de ánimo de mamá. El estado de ánimo no era bueno.

Poco después salió la versión nueva, concentrada, de mamá, esta vez con botas de goma y guantes. Las ovejas advirtieron que había estado llorando.

—Van a venir —anunció—. Y vosotras tendréis vuestra comida. Como no haga algo de provecho me volveré loca.

Mamá tenía muy poca experiencia en hacer algo de provecho, lo que la convertía en una excelente dispensadora de comida. Inclinaba demasiado el cubo hacia un lado, debido a lo cual fue desparramando forraje por el prado, y les echó ni más ni menos que ocho cubos en el comedero.

Después sacó heno del almacén, como si tal cosa, y de pronto en el prado había un montón de heno, no en el pesebre, donde debía, sino en mitad de la nieve. El montón parecía algo irreal, como sacado de una historia.

—¡Heno! ¡Heno! ¡Enhorabuena! —balaron las ovejas.

Pero, en cierto modo, aquello no estaba bien. Era demasiado pronto para el montón de heno. La historia aún no había terminado.

Frío. Frío y vacío.

Rebecca estaba tumbada en la cama metálica, arrebujada en su abrigo rojo, e intentaba no pensar. Se había levantado y había dado

vueltas por la habitación. Luego había estado gritando un rato. «¡Ayuda!» y «¡Maurice!», y a veces incluso sólo «¡Aaah!» y —lo más desgarrador de todo— «¡Mamá!».

Después había dejado de gritar. No por convicción ni por agotamiento, sino porque sí. Tenía la desagradable sensación de que allí habían gritado y chillado muchas personas, sin que las oyera nadie salvo los faunos pintados del techo. La habitación era grande y estaba vacía, y sus gritos retumbaban en las paredes.

Las ventanas no se podían abrir ni —también lo había probado— romper, por lo menos con las manos. Y allí no había nada que pudiera usar para ese fin.

Bueno, sí, había una cosa.

Le dio bastante que pensar.

Se trataba de una cosa muy sencilla.

Una botella de agua en el bruñido parquet, en mitad de la habitación. Una botella de agua de plástico nueva, llena. Evian. «El sesenta por ciento de su cuerpo es agua. Elija bien el agua que bebe. El agua es vida.»

Se sabía de memoria lo que ponía en la botella, y lo entendía como nunca había entendido nada. Dos litros. Dos litros de vida.

La botella resultaba tranquilizadora e inquietante a un tiempo.

Alguien no quería que muriera de sed.

Alguien quería que se quedara allí.

¿Cuánto se podía aguantar con una botella de agua? ¿Dos días? ¿Una semana?

Aún había una tercera idea que rodeaba a la botella, efímera como un reflejo de luz. Cada vez que miraba, había desaparecido. Y sin embargo. Y sin embargo... No era una botella de cristal sino de

plástico. Quizá se tratase de una casualidad. Allí, en Francia, las botellas de plástico eran habituales.

Una botella de plástico no podía romperse. De una botella de plástico no saldrían cristales con los que herir a alguien. Con los que herirse a uno mismo. ¿Qué clase de ideas eran ésas? ¿Por qué iba ella a herirse?

Rebecca decidió que esas ideas no eran suyas. Eran del pasado. Ideas que habían sido abrigadas demasiado a menudo en esa habitación.

Fuera empezó a nevar.

En la finca había dos grandes perros pastores negros que olisqueaban con expresión seria el popular jersey de lana de Rebecca.

—No puedo prometerle mucho, con tanta nieve —le comentó Malonchot a mamá, junto a la cerca, al tiempo que se metía las manazas en los bolsillos del abrigo—. Pero vamos a intentarlo. Ahora sabemos cuál es el camino que probablemente tomó. E intentaremos pedir refuerzos.

—Quería marcharse —dijo mamá, con la mirada perdida—. Y se ha marchado.

—¿Marcharse?

—El veterinario nos ha buscado un sitio nuevo. Nos vamos mañana.

—¿Se lo contó a alguien? —quiso saber Malonchot.

Mamá sacudió la cabeza.

—Al lechuguino, quizá. Sentía debilidad por el lechuguino.

El policía sonrió.

—¿Dónde está la gracia? —espetó mamá.

—Es una idea. Tal vez alguien quiera impedir que se vaya mañana. Eso sería mejor...

—¿Mejor que qué?

—Mejor que lo otro. Hacemos lo que podemos.

—¿Y qué es lo que pueden hacer? —inquirió mamá.

—Lo mismo que usted. Vaticinar. Pero sin cartas.

Los perros pastores habían terminado de olfatear y tiraban de la correa de sus dueños hacia el bosque.

—¿De verdad tienen tan buen sentido del olfato? —preguntó Maude—. ¿Tanto como para oler a una única Rebecca en todo un bosque? Yo en el bosque prácticamente no podía oler nada.

Las ovejas miraron con renovado respeto a los perros. Por su parte andaban pululando por el lugar, demasiado atiborradas para pastar, todas salvo Mopple, y sentían que estaban de más. Algo extraño había sucedido. Desde que tenían toda esa comida en el estómago, en lugar de echar a Rebecca menos de menos, la echaban más. Echaban de menos a Tess. Echaban de menos a George. Hasta echaban de menos a Vidocq, que había dejado de interesarse por las ovejas.

Rebecca vio abajo a los perros y los policías y se habría puesto a gritar de buena gana, de no haber estado tan ronca. ¿Y si bebía un sorbo de la botella? Todavía no.

Trató de pensar. Tenía que haber una salida en alguna parte, una forma de escapar. Si no en la habitación, en su cabeza. Su cabeza

también era un espacio.

Sin embargo, no pensó, sino que comenzó a contarse historias. Maurice había llamado a capítulo al psicópata asesino y la había encerrado por su propia seguridad mientras libraba una batalla con el loco en los corredores del castillo. Claro. ¿Cuánto podía durar algo así? Plin estaba celosa y la había encerrado allí para confesarle su amor a Maurice junto a la chimenea. A Plin le pasaba algo. Le pasaba algo en los ojos cuando miraba a Maurice. No le importaría que fuera suyo. Él y todo ese castillo demencial. De repente, Rebecca pensó que creía a Plin perfectamente capaz de dejar morir de hambre a alguien.

Entonces se acordó del padre. Del médico loco y sus muebles. ¿Y si seguía con vida y de vez en cuando admitía a pacientes privados para proseguir sus estudios? Tal vez estuviera observándola en ese preciso instante. No, no. Eso no estaba bien. No era una buena historia. Sin embargo, ¿no había dicho Maurice que había una escalera de servicio y pasadizos secretos en la tercera planta? ¡Tal vez consiguiera dar con ellos y así escapar!

Comenzó a tantear las paredes, unas paredes cubiertas de rozaduras y arañazos. Unas paredes que habían sido golpeadas por muchas otras manos antes que las de ella. Durante años.

Dejó de pensar de nuevo y se acercó otra vez a la ventana a mirar.

Su madre estaba sentada en los escalones de la caravana, con un libro en las rodillas.

Rebecca no pudo evitar echarse a llorar.

—No puedo.

Mamá se había puesto unas gafas y parecía un búho, pero a pesar de todo hasta el momento no habían avanzado mucho con la lectura. Leyó unas palabras, calló y probó de nuevo. Y al cabo de unas frases cerró el libro.

—Sé que ella os lee —dijo—, y yo tengo que hacer algo como sea, no puedo quedarme aquí sentada sin más. Pero ahora no puedo. — Se quitó las gafas, y con ellas la cara de búho. Parecía cansada. Y desesperada.

Al cabo de un rato, a pesar del cansancio, no pudo evitar sonreír.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Ahora veréis.

Estuvo un rato revolviendo en la caravana y por fin salió con la cajita de Yves en las manos. Depositó la caja en el escalón superior de la caravana, metió en ella un cordón de plástico y le dio a un botón.

Acto seguido las ovejas retrocedieron unos pasos y se quedaron pasmadas: ¡la caja cambiaba de color y cantaba!

—¿Y ahora qué decís, eh? —se ufanó mamá.

Cuando estuvo claro que la ruidosa caja no se movería del sitio —posiblemente porque mamá la había atado con el cordón de plástico —, las ovejas se atrevieron a acercarse y vieron que en ella se movían personas diminutas que graznaban con vehemencia en europeo. Aparte de la extraordinaria pequeñez de las personas, aquello tampoco es que fuera muy impresionante.

—No huele a nada —se quejó Maude.

Las demás balaron en señal de conformidad. Sin olor, los pequeños europeos de la caja resultaban todavía menos interesantes que las personas de tamaño normal.

Mamá se sintió un tanto desilusionada cuando vio que las ovejas se dispersaban. Sólo a Ramses y Ritchfield les gustaba el nuevo programa de entretenimiento. Para Ritchfield era como una ventana nueva, una ventana que se iluminaba incluso de día, y a Ramses le gustaba la música. La música hacía que las escenas de miedo —como las de coches— no asustaran tanto.

Luego las personas desaparecieron —nadie vio adónde se fueron— y una serie de círculos y cuadrados empezaron a perseguirse por la caja. A continuación, de golpe y porrazo, el programa se puso más interesante. Una mujer recorría un mercado de verduras al ritmo de una música heroica y después se la veía cortando calabacines y pimientos. Algunos calabacines eran más grandes que las personas de antes. Un rebaño de niños entusiasmados salía al galope y luego la imagen mostraba un vistoso paquetito. El programa de la verdura terminó demasiado pronto, pero a cambio llegaron chocolate, pan y un emocionante programa de frutas. Justo cuando las ovejas empezaban a cogerle el gusto a la cajita, ésta comenzó a toser y se volvió negra.

La culpa la tuvo Mopple. Había estado olisqueando la caja para ver si se podía coger por detrás uno de aquellos relucientes calabacines verdes, y al hacerlo se había puesto a roer distraídamente el cordón de plástico blanco con que mamá había atado la caja a la caravana.

Al parecer a la caja no le hizo gracia. Se puso negra de ira y dejó de enseñar calabacines. Lo único que quedó fue una sensación de aspereza en la lengua de Mopple.

A las ovejas, que casi habían conseguido digerir el atracón de forraje, les preocupaba cada vez más la ausencia de su pastora.

El cielo oscureció y abajo, en el prado, sus ovejas veían la tele.

Rebecca se preguntó si se estaba volviendo loca.

¿Sucedería deprisa? ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Qué día era?

El tiempo era una cosa extraña.

Rebecca habría podido jurar que llevaba en esa tercera planta una eternidad. ¿Días? ¿Semanas? Sólo la luz lo desmentía. Cuando despertó por segunda vez en la cama metálica, las últimas manchas de sol empezaban a esfumarse en el suelo. Quizá estuviese atardeciendo. Las sombras eran alargadas ahora, y el azul del cielo más meditabundo.

Un día. Un único, interminable día y una cuarta parte de la botella de agua.

¿Cómo había empezado el día fuera, antes?

Con un abrigo rojo y Maurice de verde. Eso podía recordarlo. El abrigo rojo seguía allí; Maurice, no.

¿Y luego?

El bosque.

¿Y luego?

No lo sabía.

Rebecca miró a las ovejas. Junto a cada una de ellas había una sombra ovejuna, mucho más fina y patilarga que el original. Las sombras ovejunas parecían frágiles. Tan próximas y tan lejanas. Inalcanzables. De repente Rebecca temió por ellas. Algo terrible les pasaría ahí abajo, y ella se veía obligada a contemplarlo desde allí arriba.

Sintió un ridículo miedo infantil de la oscuridad.

—¿Y si resulta que los paseantes no dispararon al Arrendajo porque fuera el Garou? —planteó Miss Maple—. Quiero decir, ¿no es extraño? Primero se ponen a cazar corzos y hacen de Garou, y de repente empiezan a perseguirlo.

Mamá estaba sentada delante de la caravana, mirando al bosque y fumando sin parar. Y por curioso que pudiera parecer, en esta ocasión recogió todas las colillas de la nieve y las metió en una bolsa de plástico.

Las ovejas habían intentado idear el modo de salvar a Rebecca, pero el mejor plan —y hasta el momento el único— había sido gritar en dirección al bosque: «¡Rebecca!» No tardaron en aburrirse, y Miss Maple seguía elucubrando.

—Puede que quisieran ser el único Garou —aventuró Ramses—. Puede que el Arrendajo les hiciera la competencia y por eso decidieron librarse de él.

Maple sacudió la cabeza.

—Los paseantes no querían ser como el Garou. Sólo querían que pareciese que lo de los corzos había sido obra del Garou. Lo más probable es que ni siquiera crean que éste existe. Y a juzgar por lo que nos ha contado Othello, hacer de Garou tampoco les divierte mucho. Quizá querían que también lo del Arrendajo diese la impresión de ser obra del Garou. Puede que tuvieran la mira puesta únicamente en el Arrendajo desde el principio.

—¿Y? —preguntó Heide.

Maple amusgó las orejas. Heide tenía razón: ¿de qué servía saber lo que hacían los paseantes? Lo que necesitaban era una pastora.

—Deberíamos ir en busca de Rebecca —propuso.

—Pero si ni siquiera los perros son capaces de oler su rastro en el bosque... —objetó Maude, desalentada.

El resto del rebaño soltó balidos de aprobación. Nadie quería volver al bosque.

En el prado contiguo el cabrero echaba nabos a sus cabras, y las ovejas observaban con indiferencia, demasiado atiborradas y abatidas para sentir la habitual envidia.

—Nosotras sabemos algo que los perros no saben —aseguró Miss Maple con ojos centelleantes.

Las demás dejaron de mascar y la miraron.

La puerta.

La puerta y la cama metálica.

La puerta y la cama metálica eran las únicas cosas que no remitían a un castillo sino a una cárcel. Las únicas cosas que no mentían.

La cama metálica estaba afianzada al suelo.

La puerta estaba acolchada y ni siquiera tenía pomo.

Cuando hubo entendido que así no adelantaría nada, Rebecca intentó retroceder. Al bosque. Ciertamente había estado en el bosque, de eso estaba segura. En un bosque auténtico, soleado e increíblemente bello, lleno de cosas que se movían. Todo lo que se movía era bello. El sol, que avanzaba por el parquet, y el cielo, que cambiaba de color, primero de un azul cada vez más intenso, luego, de pronto, gris y luminoso, después más oscuro y rosado, y abajo sus ovejas en el prado, desde luego. Las cosas que estaban quietas

y querían ser bellas hacían ver que se movían, como los faunos del techo, que parecían dar saltos pero no lo hacían.

Sin embargo, ésa no era la cuestión, ¿no? Había estado en el bosque, con Maurice. Y luego había seguido al zorro, no mucho, pero al regresar Maurice ya no estaba. El desfiladero serpenteaba y se dividía, y ella no podía ver gran cosa. Y en la nieve había tantas huellas —probablemente dejadas por los que participaban en la partida de caza— que fue incapaz de distinguir las de él. ¿Sintió miedo? Sí. No lo admitió en el acto, pero sí, había tenido miedo. Estuvo un buen rato dando tumbos por desfiladeros, llamando a Maurice. ¿Y luego? ¿Y luego?

El bosque se perdía en la niebla.

No, no. ¡Aún no! En un momento dado vio al cabrero. El cabrero no pareció sorprendido de verla, como si llevara tiempo observándola, y por un instante Rebecca tuvo mucho miedo. Pero después el hombre sonrió y se limitó a mirarla con amabilidad. Le indicó que lo siguiera, y Rebecca experimentó alivio al ir tras él, rumbo a casa.

¿A casa?

No estaba en casa. Estaba en la tercera planta. Entonces ¿qué había pasado? ¿Qué?

—Se dirige al bosque —dijo Maude.

En efecto, así era.

Después de terminar con los nabos, el cabrero estuvo un rato caminando junto a la tapia de la finca, pero en lugar de desaparecer por una de las pequeñas puertas de madera torció a la izquierda por

la retama y en ese momento cruzaba la tierra de nadie que había al otro lado del muro, en dirección al bosque.

Maude, Othello y Maple lo siguieron.

A diferencia de mamá, Malonchot y los perros, las ovejas sabían por Lane que la última persona que había visto a Rebecca en el bosque no había sido el Arrendajo, sino el cabrero. De manera que decidieron ir tras él.

Era su mejor pista. Su única pista, de hecho.

Pese a todo habrían preferido que esa pista no las llevara de nuevo al bosque.

Por suerte, el cabrero se detuvo en la linde, bajo un viejo castaño. A continuación encendió una vela y, en tono muy suave y amable, dijo algo en europeo que las ovejas no entendieron.

Después continuaron hasta un abedul. A los pies de éste, la retama, un espino y abundantes zarzas formaban un escondite perfecto.

El cabrero desapareció en él, y las ovejas aguardaron a una distancia prudencial, detrás de un gran helecho marrón.

—¿Sabéis dónde estamos? —preguntó Othello.

Entre los arbustos que tenían detrás se distinguía una cerca que parecía la suya. Y al otro lado de la cerca, espectral y rumiando, había una oveja que recordaba mucho a Mopple the Whale, y detrás, oscuras como una araña, las ramas del viejo roble.

—¡Es nuestro prado! —dijo Othello en voz muy baja, al parecer bastante enfadado—. Está acechando el prado.

—¡Silencio! —susurró Miss Maple.

Las ovejas retrocedieron hasta dos plateados troncos de haya, dispuestas a esperar hasta que el pastor saliera de su escondrijo.

Mopple dejó de mirar el bosque y regresó trotando a la caravana. Mirar tampoco servía de nada. El bosque no se volvía más verde por mucho que uno mirase. Mopple no se podía quitar los calabacines de la cabeza. Hacía mucho tiempo que no veía algo tan verde, y quería hincarle el diente.

Después de lo sucedido con el cordón de plástico, mamá guardó la caja en la caravana. Luego se puso a fumar, y cuando terminó recogió de nuevo las colillas de la nieve.

A continuación se envolvió en su abrigo, dispuesta a «cardarle la lana al lechuguino, costara lo que costase». La idea de que mamá fuera a hacerle algo así al lechuguino no les hizo ninguna gracia a las ovejas, pero por suerte mamá no cogió la carda, sino que desapareció por la cancilla, rumbo al castillo.

Dejó abierta la puerta de la caravana.

Que Mopple recordara —y el memorioso Mopple the Whale recordaba más cosas que todas las demás ovejas—, era la primera vez que la puerta de la caravana quedaba abierta, y allí no había nadie.

Sólo un paso. Sólo un vistazo. Como mucho medio calabacín. Nadie echaría en falta medio calabacín. O tal vez fuera mejor uno entero, para que nadie se diera cuenta. ¡O dos! Posiblemente dos calabacines resultaran menos llamativos.

Mopple respiró hondo y apoyó la pezuña en el primer escalón de la caravana.

Sonó un teléfono.

No en la habitación de la tercera planta —por desgracia en esa habitación reinaba un silencio sepulcral—, sino en la memoria de Rebecca. En el bosque. Había sido un milagro que allí hubiera cobertura.

Se detuvo un instante —delante de ella el cabrero también se detuvo— y respondió a la llamada.

Era el veterinario. Sí, seguro, el veterinario.

Había dado con un hombre que podía pasar a buscarlas con su camión al día siguiente, o quizá incluso esa misma tarde. A ella y las ovejas. Para llevarlas a un centro de acogida de caballos. Para ponerlas a salvo.

Rebecca se alegró. Tal vez en voz demasiado alta. ¿La entendería el cabrero? ¿Entendería su idioma?

No, pensó en un principio, pero después recordó algo: en una ocasión Hortense le había contado que antes el cabrero había sido profesor. De lenguas antiguas. ¿Antes de qué?

Recordó que reanudaron la marcha, el cabrero siempre delante, ella detrás. Más deprisa esta vez. Tal vez cambiaran de sentido.

Rebecca no estaba segura.

¿Y luego? Nada.

¿Qué había sido del teléfono? Rebecca lo llevaba en el bolsillo del abrigo. Tal vez... No. En los bolsillos no había nada. Claro. ¿Dónde estaba el teléfono?

El cabrero no se quedó mucho tiempo en el escondite. Probablemente tampoco fuera ésa su intención. Más bien daba la impresión de ser un tejón que volviese por un instante a la

madriguera para asegurarse de que todo estaba bien. Luego continuó, rodeó el manzanar y regresó al castillo. Oscurecía. Las ventanas del castillo brillaban por dentro, y voces lejanas se entretejían en un zumbido asombroso, como de insectos. Allí fuera, entre las construcciones de la finca, todo estaba en silencio.

El cabrero se detuvo ante una puerta metálica, la abrió y entró en una habitación que estaba llena de aparatos y máquinas pequeñas. De pronto se encendió una luz.

Las ovejas atisbaron por la puerta y vieron que el cabrero sacaba algunas cosas de los bolsillos del abrigo. Galletas, una pipa. Una botella plana. Una linterna.

Y después un aparato de hablar. ¡El aparato de hablar de Rebecca! No cabía duda. Era más grande y pesado que la mayoría y olía a Rebecca, un olor agradable a salud, tierra y una pizca de forraje.

El cabrero metió el aparato en un cajón y lo cerró.

—Es... Ha... Fue... —Othello estaba fuera de sí.

Antes de que las demás se dieran cuenta, el manso negro bajó la cornamenta y cerró la pesada puerta metálica de un topetazo. La llave, que el cabrero había dejado en la cerradura por fuera, rozaba el metal. *Clic. Clic. Clic* y *clic*.

Dentro el cabrero comenzó a aporrear la puerta. También se lo oía gritar. Su voz sonaba muy ahogada.

—Lo tiene bien merecido. —Orgulloso, Othello levantó los cuernos —. Tiene el aparato de hablar de Rebecca. Nos acecha. ¡Es el Garou!

—Tal vez —admitió Miss Maple—, pero ¿cómo vamos a encontrar ahora a Rebecca? Ya no puede llevarnos hasta ella.

Othello la miró perplejo.

—Quizá podamos esperar hasta que alguien abra la puerta.

Miraron alrededor. Maude olfateó. Nada. Todo el mundo estaba en el castillo con los hombres verdes. Podían tardar bastante en liberar al cabrero.

Las ovejas volvieron trotando a los pastos. En suma, la empresa no había tenido mucho éxito.

Mopple probó por todas partes. Por arriba, por abajo, por detrás, de donde colgaban algunos cordones de plástico de la caja. Pero de los calabacines ni rastro. Tal vez se hubieran caído.

Dejó la caja y echó un vistazo.

Qué oscura estaba la caravana.

Entonces, de repente, la oscuridad se intensificó. Alguien estaba en la puerta e impedía que entrara luz. Mopple se quedó helado.

Mamá encendió la luz.

Y durante un rato aterradoramente largo no pasó nada.

—Hay que ver —comentó mamá al cabo—. Al principio pensé que estaba borracha, pero no. Qué frío hace aquí.

Para espanto de Mopple, mamá cerró la puerta de la caravana y se dejó caer pesadamente en una silla.

—¿Tú estás borracha? —preguntó con severidad.

Mopple procuró parecer inocente.

—¿Quieres que te eche las cartas? —inquirió mamá—. De todas formas hoy da lo mismo, ¿sabes? No me dicen nada. No me ayudan. Para serte sincera, no me vendrá mal algo de compañía.

Mopple no quería ser compañía. Lo único que quería era salir de allí, pero no podía pasar por delante de mamá, y ésta empezó a barajar las cartas.

—Y encima cada vez hay menos —dijo.

Después comenzó a poner distintas cartas en una mesita baja, delante de Mopple. Por regla general aquello le habría despertado el apetito, pero en ese momento sólo quería marcharse.

—El Loco —dijo mamá—. El Mundo. El Sol. No está nada mal. Y ahora la Luna. —Arrugó la frente—. La Luna aquí no está bien. Ilusión. Confusión. Sueño y decepción. Locura.

Alguien llamó a la puerta y mamá se levantó de un salto, como si la hubiese picado una pulga, y abrió.

Fuera estaban Malonchot y dos hombres con perros pastores.

De la boca de los perros colgaban sendas lenguas rosadas y largas. Malonchot sacudió la cabeza.

Mopple clavó la vista en las cartas que tenía delante. La de la luna era blanquecina y fría, y vio unos lobos que aullaban a la luna de papel. ¡La luna! Si la carta no era muy buena, debía desaparecer. Sin más. Allí, delante de sus narices, tenía una luna que podía zamparse.

Mopple le hincó el diente sin vacilar.

La carta estaba dura. Cuando mamá volvió, Mopple aún mascaba. Mamá se le antojó muy rara. Como si fuese de cristal. Como si fuera a hacerse añicos.

—Sé que no ha muerto —afirmó con voz vidriosa—. Lo veo. Ya, sé que parte de lo que hago es pura patraña, pero otra parte no lo es. Y sé que está viva. Y que no está lejos. Tengo la sensación de que me ve.

Mopple tragó. Había hecho lo que había podido.

Mamá abrió la puerta de nuevo y echó al carnero gordo.

La noche cayó sobre el prado. Una noche sin Rebecca.

—¡Salgamos de caza! —exclamó el Garou, y comenzó a saltar de alegría de tal modo que su persona no pudo evitar temblar.

—No es tan sencillo —musitó su persona—. Hoy no, después de la batida. Los corzos son demasiado esquivos. No darán cuenta de la comida. No se dormirán. No podemos cogerlos si antes no se duermen.

—Hay otras presas —afirmó imperturbable el Garou—. Presas más lentas. Sólo tenemos que cazar presas más lentas, como la última vez.

—Es muy arriesgado —repuso la persona—. Cazar otras presas es muy arriesgado.

—Ya lo hemos hecho otras veces —porfió el Garou.

Tenía razón.

—¿Qué hay de los de ahí arriba? —inquirió su persona al tiempo que alzaba la vista hacia las ventanas iluminadas, donde se celebraba el bullicioso banquete posterior a la cacería.

—No nos verán —aseguró el Garou—. Hemos de escondemos a tiempo. Antes de que hayan terminado. Nadie nos verá entrar. Y la mañana será tranquila. Más que de costumbre. Tranquila y bella. —Se relamió.

—Aquí dentro hace frío —se quejó su persona.

Al Garou no le preocupaba. Su pelaje lo protegía.

Rebecca descubrió al lobo gracias a la luz de la luna.

Yacía nuevamente en la cama metálica, demasiado cansada para dormir, mirando el techo.

Con la tenue media luz de la luna los faunos parecían moverse, saltar y bailar.

Tres faunos.

Tres demonios.

Los faunos del techo no ejercían buena influencia en ella. Pero aun así continuó mirando como una posesa. Allí arriba no había nada más, y desde que se había puesto el sol no se atrevía a mirar por la ventana. Le daba demasiado miedo lo que pudiera ver allí abajo.

Cuanto más miraba el techo, más segura estaba de que los faunos en realidad no bailaban. Corrían. Huían. Huían de algo. ¿De qué huían?

Luego, cuando la luna empezó a arrastrar la silueta de las ventanas de guillotina por el parquet, descubrió al lobo, primero sus ojos, pequeños y brillantes, luego la boca y los afilados dientes, finalmente las orejas, las patas y el rabo. El lobo acechaba entre la maleza, dispuesto a saltar y, ahora que lo había descubierto, Rebecca no podía apartar la vista de él.

El lobo era horripilante.

No era de extrañar que los faunos huyesen.

Rebecca sabía que la pintura del techo tenía truco. Que antes gustaban mucho los efectos. Tridimensionalidad. Ilusión óptica. Representación de la realidad. ¿Quién se lo había contado? ¿Maurice?

El lobo probablemente estuviera pintado en tonos verdes, por eso de día se fundía con el follaje. Sólo se veía de noche, cuando los colores desaparecían. Un lobo que sólo existía con la luz de la luna...

Sencillo.

Rebecca lo sabía.

Pero una parte de ella no.

—¿Y has encerrado al Garou sin más ni más? —preguntó Heide.

Las ovejas se habían refugiado en el establo y miraban admiradas a Othello. El manso levantó con orgullo los cuatro cuernos. Sabía que no había sido muy buena idea cerrar la puerta, pero no lo lamentaba demasiado.

—No creo que el cabrero sea el Garou —opinó Miss Maple.

Las demás ovejas se volvieron hacia ella con cara de enfado. Siempre que estaban a punto de librarse del Garou llegaba Maple y la fastidiaba.

—¿Por qué? —baló Maude.

—¿Por qué? —baló el resto.

—Por Madouc —contestó Maple tras reflexionar un instante.

—¿Madouc?

Maple asintió.

—Él la crió, ¿no? A Madouc le cae bien. Si él fuera el Garou no tendría tantas ganas de atraparlo.

—Puede que no sepa que es el Garou —aventuró Zora.

Maple sacudió la cabeza.

—No es sólo eso. ¿Os acordáis de las cosas que sabía Madouc acerca del Garou? ¿La luna y la plata y las balas? ¿Y de lo decidida que está a dar con él, tanto como para seguir su rastro por el bosque? Esa decisión debe de haberla aprendido en alguna parte, y yo creo que la ha aprendido del cabrero, lo que significa que el cabrero es quien persigue al hombre lobo.

Maple cerró los ojos y vio al cabrero, gris, invisible y silencioso. Y triste. ¿Por qué estaba siempre tan triste? ¿Qué le habría pasado? ¿Por qué ya no era el que era? Y si ya no era el que era, ¿quién era? Tal vez la mujer y la niña fuesen suyas. Maple recordó que el pastor había seguido a Rebecca y Zach por el bosque a cierta distancia, quizá para protegerlos del Garou, pero probablemente sólo para pillar al Garou con las manos en la masa. Quizá fuera eso precisamente lo que ocurrió: el pastor descubrió en el bosque a Rebecca con su abrigo rojo y la siguió. Y después tuvo que suceder algo. Algo que le dijo que no bastaba con seguirla.

—¿Significa eso que disparó a Yves? —preguntó Heathcliff.

—Es probable —repuso Miss Maple al tiempo que abría los ojos—. ¿Os imagináis? El cabrero metido noche tras noche en su escondite, esperando al Garou con sus balas de plata, y el único que viene es Yves, y encima echa a perder su trampa. En un momento dado no pudo aguantar más y se encargó de que Yves no volviese.

El rebaño se había reunido en torno a Maple y sus caras reflejaban frustración. De haber sabido que el cabrero lo tenía sobre su conciencia, no se habrían esforzado tanto en ocultar a Yves.

—Pero si él no es el Garou, ¿para qué quiere a Rebecca? —planteó Cloud.

—No es a Rebecca a quien quiere —respondió Maple—, sino a nosotras. Nosotras atraeremos al Garou. Debió de enterarse de que Rebecca quiere marcharse. Por eso no puede volver. El cabrero sabe que sin Rebecca no podemos ir en coche.

Todas se miraron. ¡Othello había encerrado al cazador del hombre lobo, no al hombre lobo! Hasta las ovejas menos inteligentes comprendieron que la cosa no pintaba nada bien.

—Pero si el pastor es el cazador del hombre lobo, ¿quién es el Garou? —preguntó Lane.

En plena noche Heathcliff salió solo del establo para contemplar la luna. No sabía a ciencia cierta por qué, pero tenía la sensación de que las cabras contemplaban la luna a menudo.

La luna era redonda y llena, y el prado estaba tan iluminado que se veían las huellas de los pardales en la nieve. Aun así, Heathcliff era incapaz de concentrarse debidamente.

Ello se debía a dos cosas:

Una era el punto desierto junto al cercado, allí donde Vidocq se había pasado toda la tarde mirando con nostalgia hacia el bosque. Tal vez el perro hubiese desaparecido sin más entre los árboles. Heathcliff podía entenderlo. Él era igual de greñudo que Vidocq, y también sabía lo que era la nostalgia.

La otra cosa resultaba más inquietante: las puertas del armario bajo el viejo roble, que nunca se habían movido por más que mamá había hurgado en ellas, se encontraban abiertas de par en par. Heathcliff se quedó de una pieza. Se acordaba del libro y de que criaturas que en realidad no existían de pronto existían en el interior del armario. Medias cabras, por ejemplo. Y... hombres lobo.

Sin embargo, la criatura que permanecía inmóvil delante del armario abierto era inofensiva. Tanto que Heathcliff creyó que sólo soñaba.

Rebecca abrió los ojos.

Casi había amanecido, y el lobo del techo no era más que un barrunto. Una sombra. Pronto la luz del día lo ahuyentaría del todo.

Acto seguido Rebecca supo que la había despertado un ruido. Como si alguien estuviese arañando algo. Se volvió y vio que la puerta se abría despacio.

Rebecca había temido todo el tiempo que esa puerta no fuera a abrirse jamás.

Sólo entonces comprendió lo mucho que también había temido que se abriera.

24

—¿Rebecca?

—¡Zach!

¿De verdad le sorprendía encontrarla allí? ¿O había sido él quien la había encerrado? A Rebecca le habría gustado verle los ojos tras las gafas de sol.

Había sopesado todas las posibilidades: el cabrero, Plin, un viejo loco. Incluso Maurice. Pero ¿Zach? Era tan evidente que Zach estaba desquiciado con toda esa chaladura del espionaje que ni se le había ocurrido pensar en él. Pero de pronto recordó algo dicho por Maurice: Zach había estado ingresado en ese lugar y era el único paciente que no había querido marcharse. ¿Habría sido ése el adiestramiento del que siempre hablaba? Y ¿había tenido lugar allí, en la tercera planta?

Rebecca decidió no hacer ningún movimiento brusco. En lugar de acercarse a la puerta, retrocedió unos pasos, hacia la ventana, y se volvió de espaldas a Zach. Fue lo más duro que había hecho en su vida.

—Qué vistas más bonitas —dijo, y aunque su voz sonó serena, fue consciente de lo desesperada que estaba.

Zach asintió y se acercó a la ventana.

—Ésta era mi habitación. Antes, cuando aún me estaba adiestrando. Mi primera habitación. A veces vuelvo. ¿A ti también te están adiestrando, Rebecca?

—No —contestó ella, esperando que fuese la respuesta adecuada.

—Bien. —Zach asintió satisfecho—. El adiestramiento es duro. No deberías estar aquí, Rebecca. ¿Has visto el lobo del techo?

Rebecca observó que fuera el horizonte adquiría un tono rosáceo.

—Sólo es una imagen —la tranquilizó Zach—. Diga lo que diga Eric. Muchas de las cosas que se ven sólo son imágenes. El anciano decía que lo importante es ver lo que hay detrás de las imágenes. Eso es lo que hace que un agente sea bueno.

Rebecca no aguantó más.

—¿Puedo... marcharme? —preguntó, y le sorprendió comprobar lo mucho que le temblaba la voz.

—Claro. Si no te están adiestrando, no hay problema. De hecho, deberías hacerlo. —Sonrió. Una auténtica sonrisa de las de él.

Ella vio de pronto que Zach sólo era Zach.

No un lobo.

Ni un monstruo.

Sólo un tipo afable que vivía en una historia. Una historia de agentes. Estrafalario y raro, pero también listo, valiente y conmovedor. No era él quien la había encerrado allí. Él sólo la había encontrado. De pronto Rebecca sintió un gran respeto por Zach. Para ser alguien que había pasado mucho tiempo en la tercera planta, era increíblemente equilibrado.

Ello le dio una idea.

—¿Adiestraron aquí a alguien más, después de ti? —preguntó—. ¿En esta habitación? ¿Alguien de aquí?

Zach asintió.

—El anciano siempre decía que era el mejor. Su caso más interesante. Probablemente todos estuviéramos algo celosos.

—¿De quién?

—Del hijo del antiguo propietario del castillo. De rancio abolengo, decía el viejo, y... achacoso. Intentó suicidarse por no sé qué estupidez relacionada con drogas e ingresó aquí para que lo sometieran a tratamiento. Como llovido del cielo, dijo el viejo.

—¿Eric? —inquirió Rebecca.

Zach asintió con la cabeza.

—Deberíamos irnos —dijo—. Te acompaño, ¿quieres?

Le cedió el paso educadamente y Rebecca salió de la habitación a un pasillo que, aunque oscuro y polvoriento, le pareció uno de los lugares más hermosos que había visto en su vida.

—¿Por aquí? —Tenía que darse prisa. Abajo estaban sus ovejas y su madre, y no sabían nada—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —añadió cuando bajaban una empinada escalera de caracol, despacio, ya que la cabeza le daba vueltas y le dolía. Alguien debía de haberle dado un golpe.

—Claro, Rebecca.

—¿Qué eras antes? Antes de que te adiestraran, quiero decir.

Con la mirada perdida, Zach repuso:

—¿Antes? No lo sé. Dicen que era de buena familia. —Y su mirada se volvió de pronto suplicante.

Las ovejas se pusieron en pie temprano, casi antes de que asomara la primera luz del día. Habían dormido poco a causa de la luna. De la luna y los aullidos.

Ahora reinaba el silencio.

El castillo, la finca, la caravana... Los hombres verdes habían desaparecido hacía tiempo, a mamá no se la veía por ninguna parte. Pese a todo había forraje en el comedero, no el habitual, sino unos cereales deliciosos, aunque tal vez un tanto amargos.

Las ovejas comenzaron a mascar adormiladas hasta que, de repente, Madouc se plantó de un salto en el comedero y se puso a dar coces.

—¡No comáis eso! ¡No lo comáis! —exclamó.

Las ovejas miraron con enfado a la pequeña cabra.

—¿Por qué? —preguntó Heide.

—Es nuestro comedero —objetó Maude, que por la mañana solía estar de mal humor—. Largo.

—Pero huele igual que los polvos —explicó Madouc—. Los de la cabaña. Con las ratas. ¡Las ratas dormidas! ¡Los corzos dormidos! ¡Las ovejas dormidas! Los polvos del hombre lobo, ¿es que no lo entendéis?

—Huele un poco amargo —admitió Maude.

Lane miró a Madouc, que aún llevaba el gorro que las había salvado a ambas.

—Yo le creo —afirmó.

Las ovejas dejaron de comer, y Madouc les habló de la cabaña del bosque, de la comida en la mesa y los polvos, de las ratas y el olor amargo.

—Estoy segura de que ésa fue la causa de que las ratas se durmieran. Y de que Mopple viera a un corzo dormido. Así es como caza. No es un lobo de verdad. Es demasiado lento. Por eso sólo puede atrapar a los corzos cuando duermen. Les echa en la comida unos polvos que los duermen. Y luego los hiere para que no puedan

correr tan deprisa. A mí también intentó herirme. Sólo entonces puede cazarlos. Y los caza.

Las ovejas se apartaron del comedero. Se sentían... algo aturdidas, quizá.

—Pero nosotras no somos corzos —apuntó Cordelia—. ¿Significa eso que ahora quiere cazarnos?

Nadie respondió.

—¡Las personas! —exclamó Cloud—. Mamá. Las personas del castillo. Cuidarán de nosotras, ¿no? ¡Alguien lo hará!

—Creo que ahora nos toca cuidar de nosotras mismas —afirmó Othello en voz baja.

—¿Quieres decir que va a venir? —preguntó Ramses.

—Sí, va a venir —confirmó Maple.

Ramses asintió en silencio, y de pronto no parecía sólo joven y miedoso, sino, de algún modo, resuelto.

—¿Cuándo? —quiso saber Zora.

—En cuanto amanezca —contestó Maple—. Cuando pueda ver algo.

—Deberíamos escondernos —propuso Mopple, e intentó no parecer tan gordo.

—¿Dónde? —inquirió Heide.

—Detrás del establo —propuso Ramses—. Detrás de la caravana. Detrás del almacén, como hicimos con la pistola.

—Nos olerá —señaló Maude, abatida.

—No —replicó Zora—. No, no nos olerá.

Las ovejas la miraron asombradas.

—Vino por mí —continuó Zora—. Eché a correr y él vino por mí. Y entonces me detuve y no vino. No vino. No me encontró. No me

encontró porque no pudo olerme. Sólo podía oírme y verme cuando me movía. No es un lobo de verdad. No puede olernos.

Miss Maple asintió.

—Deberíamos intentarlo. Si no nos ve, tal vez se vaya.

—¿Y si nos ve? —preguntó Heide.

—En ese caso... ¡lo encerraré! —aseguró Othello.

El gris del cielo clareaba poco a poco, y Othello fue hasta el abrevadero para sacudirse el cansancio con un trago de agua fría. La niebla reptaba por el suelo. En el castillo reinaba un silencio pétreo. En rigor, el castillo no era más que una piedra. Una piedra hueca. Sólo eso.

Othello se disponía a hundir la nariz en el agua cuando vio a la oveja del fondo de los charcos. Parecía resuelta y fuerte. Mucho más fuerte de lo que él se sentía. Othello se imaginó cómo sería cambiarse por ella. La oveja del fondo de los charcos podía defender al rebaño del Garou mientras él se quedaba allí, bajo el agua, muy quieto, a salvo. Sólo era una idea, y aun así...

¿Podía salir del agua la oveja del fondo de los charcos? ¿Podían cobrar vida propia las sombras? ¿Sería el Garou una especie de sombra sin dueño, una criatura que emergía del fondo y devoraba a su persona? ¿O la persona seguía bajo el agua, en alguna parte, sin atreverse a salir? Othello estaba seguro de que las personas tenían a una persona del fondo de los charcos y de que no siempre eran capaces de entenderla.

El carnero negro contempló el agua oscura y, de pronto, junto a la oveja del fondo de los charcos apareció Melmoth, su mentor. La

oveja de la que Othello había aprendido las cosas más importantes de su vida. El viento y la libertad. Cuándo luchar y cuándo no, y los lugares adecuados. Melmoth callaba y se limitaba a mirarlo, pero Othello entendió lo que quería decirle. Sin palabras. Más bien se trataba de una sensación de lo que era importante. La sensación le sirvió de ayuda, y Othello se notó más despierto.

Miró a Melmoth y le hizo un gesto de asentimiento, que él le devolvió. Acto seguido Othello hundió con resolución la nariz en el agua y bebió. La oveja del fondo de los charcos se desvaneció, y Othello se sintió mejor. Echó un vistazo alrededor. A su lado se hallaba Ritchfield, con una expresión blanda, corderil. Othello comprendió que también él había visto a Melmoth.

—Lo echo de menos —dijo Sir Ritchfield.

—Yo también —admitió Othello.

—Un rebaño es como... como un cordero. Hay que protegerlo pase lo que pase. Hay que protegerlo porque está ahí.

Othello calló.

—Él lo habría protegido.

—Lo sé.

—La noche comienza cuando canta el ruiseñor...

Othello miró al viejo manso. Aunque éste seguía a su lado, supo que en realidad había salido trotando hacía rato rumbo al fragante prado nocturno de su juventud. Othello casi lo envidió. Él seguía allí, con la nieve hasta las rodillas, y en alguna parte el Garou andaba al acecho.

La claridad iba en aumento. Las ovejas desaparecieron detrás del establo, detrás del almacén y detrás de la caravana, donde el Garou no las vería cuando saliese del castillo. ¡Ojalá saliera del castillo!

Heathcliff no se escondió en el acto como el resto, sino que se acercó vacilante a Othello. La niebla se levantaba del arroyo y en el horizonte clareaba. El mundo era un lugar muy hermoso.

—¿Tienes miedo? —preguntó Heathcliff sin poder evitarlo.

—Eso no importa —contestó Othello—. Es mi rebaño. Eso es lo único que importa. Un manso debe defender a su rebaño de todo. Absolutamente de todo. Hasta del cielo.

Heathcliff abrió los ojos de par en par.

—¿Del cielo?

—Conocí a un carnero que defendió a su rebaño del cielo. —La voz de Othello era serena y clara—. De la tormenta. El rebaño huyó al bosque, pero él se quedó en la loma y atacó a la tormenta, que no volvió. —Hizo una pausa y añadió—: No siempre importa tanto que uno tenga miedo.

La niebla adquirió un tono dorado y el horizonte se tornó rosa como el morro de una oveja. Era un momento hermoso.

—Súbete al roble —pidió Othello de pronto—. No mirará hacia arriba. Las ovejas no trepan a los árboles. Súbete al roble, Heathcliff.

—No trepo a los árboles. Soy una oveja.

—Lo sé. Pero aun en lo alto del roble seguirás siéndolo.

Sin embargo, Heathcliff no subió al roble. No se atrevía. Todo lo que quería en ese momento era estar con otras ovejas. A ser posible con muchas. Con un rebaño entero.

Finalmente, el Garou no salió del castillo sino del armario. Heathcliff se acordó de repente del sueño que había tenido esa noche. El sueño no había sido un sueño, y Eric distaba de ser inofensivo.

El Garou se estiró y miró a las ovejas, que se apiñaban inútilmente en el lado equivocado detrás del establo y la caravana. Durante un momento, antes de que el miedo se apoderara de ellas, se sintieron tontas.

El Garou las miraba absorto, con un brillo extraño en los ojos. Era el mismo brillo que Othello había visto en los perros locos del circo. No se trataba de un lobo sino de algo muy distinto. Othello pensó que la idea que tenían los hombres de un lobo debía de ser mucho peor que el lobo en sí. El lobo del zoo era horripilante, pero al mismo tiempo estaba lleno de vida.

El lobo de la persona, por el contrario, tenía algo de sarnoso, de muerto.

Las ovejas observaban el armario aturdidas, y Othello se situó entre el Garou y el rebaño, su rebaño.

Refulgió un cuchillo.

Y Othello recordó el plan. Distracción. El carnero negro escarbó con las pezuñas.

No le hacía gracia apartarse de su rebaño en ese momento y dejarlo desprotegido. ¿Y si había más hombres lobo?

No luchar es mejor que luchar, le recordó una voz del pasado. Una voz gris, buena. Othello pensó en Melmoth, en el agua, y arrancó a correr.

Tal vez en realidad no quisiera correr.

Tal vez fuese demasiado negro.

Tal vez estuviera demasiado enfadado.

Sea como fuere, el Garou no lo siguió.

Othello describió una amplia curva y regresó a galope, pero casi demasiado tarde: el Garou ya estaba cerca de las aturdidas ovejas del establo y empuñaba un cuchillo. No era un cuchillo muy largo, pero parecía afilado y peligroso, como un único diente.

De pronto Sir Ritchfield se plantó delante del rebaño, todo cornamenta y resolución y orgullo. El manso era demasiado viejo para correr en condiciones, pero podía situarse a la cabeza de su rebaño, con la cabeza gacha y una estrella plateada en los cuernos, y eso fue lo que hizo. Irritado, el Garou parpadeó y se detuvo. Ritchfield se sentía joven, ingrávido, y era capaz de oler el mar. Miró de reojo para comprobar si Melmoth se encontraba a su lado. Melmoth siempre estaba a su lado en los momentos importantes. Sin embargo, en esta ocasión no estaba. El perfume del mar se desvaneció y de pronto el carnero sólo percibió el olor de la nieve. Acto seguido vio a Melmoth, pero no a su lado, sino detrás del Garou, poderoso, gris y muy amable, sacudiendo la cabeza de un modo casi imperceptible. Ritchfield lo entendió. Siempre lo entendía. No era el momento adecuado para irse. El camino de regreso aún no había finalizado.

Sir Ritchfield retrocedió unos pasos, hacia el rebaño. Melmoth le hizo una señal de asentimiento y, tras transformarse de súbito en un remolino de nieve, desapareció.

El Garou se acercó un poco más. Era el momento que precede al salto, el momento en que todo se detiene.

El cazador. La presa. El tiempo.

Sin embargo, alguien se movía.

Una oveja abandonó la protección del rebaño y pasó por delante del Garou a galope tendido.

Corriendo.

Para salvar su vida.

Para salvar la vida de todas las ovejas.

Ningún lobo puede resistirse a una oveja que huye despavorida, y el Garou no fue la excepción.

Giró en redondo y salió en busca de Ramses.

Cruzó la finca y avanzó a lo largo del foso, en cuyo fondo brillaba el hielo. Pasó entre los setos, como dedos en la lana que pretendían retenerla... en vano. Recovecos, setos y más setos. Un sendero angosto. ¡El laberinto!

Pezuñas que golpean el hielo, pezuñas que avanzan sobre la nieve.

Botas de lobo que avanzan sobre la nieve.

Niebla. Aliento. Vida.

Botas que avanzan sobre la nieve.

Ramses pasaba entre los setos al galope, aterrorizado. ¿Por qué había salido corriendo? ¿Por qué? Y ¿por qué se había metido en el maldito laberinto? ¿Por qué, por qué, por qué?

Doblando la esquina. Doblando la esquina. Recto. Nieve en polvo. Siguiendo al cuerno izquierdo. Siguiendo al cuerno derecho. Siguiendo el olor del bosque. Doblando la esquina.

Alto.

Ramses clavó las cuatro pezuñas en el suelo y frenó delante de una pared verde. Las botas del lobo estaban muy cerca, y Ramses se encontraba en una cárcel de hojas y se sentía mareado. No podía respirar. No podía pensar. Bajó la cornamenta. Cuando oyó la

respiración del lobo —una respiración aterradoramente tranquila—, salió disparado hacia él.

¿Por qué, por qué, por qué?

Ramses y el Garou llegaron a la esquina a la vez. El Garou se hizo a un lado —qué rápido y espeluznante era, qué cerca lo tenía— y el cuchillo buscó deprisa a Ramses, que se limitó a correr. A correr y correr. Doblando muchas esquinas. Pisando mucha nieve. Pasando ante las garras de unas fieras de piedra. Adentrándose en el bosque. Siempre corriendo.

El viento le cantaba al oído. El cansancio se había esfumado.

Correr. Vivir. Nada más sencillo.

Sólo cuando empezaron a interponerse cada vez más árboles en el camino y su huida comenzaba a asemejarse al zigzagueo desesperado de una liebre aterrorizada, Ramses se percató de que correr ya no era tan sencillo.

Sentía un dolor punzante en una pata trasera y un frío creciente en los pulmones. Se detuvo un instante para olfatear el aire.

El bosque era turbador, un caos gélido, fragante, de olores procedentes de todas partes. Olía a musgo y nieve. A miles de animales desconocidos.

A sangre.

El olor a sangre sorprendió a Ramses. Era un olor desagradable, familiar.

El de su propia sangre.

El cuchillo del Garou se había hundido profundamente en el muslo de Ramses y le arrancaba gotas rojas.

Gotas rojas en la nieve.

Un rastro le pisaba los talones. Una lengua larga, voraz, un hilo que lo unía a los ojos del lobo. Un hilo contra el que Ramses debía luchar. Un hilo que lo debilitaba y delataba.

Era muy temprano. La luz se abriría paso hasta el suelo durante otro día invernal y anunciaría su presencia al Garou. Al Garou, que avanzaba por la maleza, no muy lejos de allí.

Ramses respiró hondo. El miedo lo invadía, grande y terrible, más terrible incluso que el propio Garou. Ramses necesitaba ver más allá. Tras el miedo había algo que podía ayudarlo.

Debía luchar.

Correr ya no bastaba, no con ese rastro rojo que iba dejando. Lo que necesitaba Ramses era un lugar donde batirse en duelo, donde una oveja pudiera tomar impulso, rehurtarse y ver el cielo. Un lugar que imposibilitase una emboscada.

Ramses siguió galopando. Árboles, árboles, árboles. Árboles y nieve. A veces oía pasos a su espalda, a veces crujidos y chasquidos. Una vez, una especie de resuello. Al cabo se hizo la calma, y entonces Ramses sólo oía su propio corazón.

Se detuvo y aguzó el oído. Nada. El suelo bajo sus pezuñas había cambiado, se había vuelto hueco y engañoso, los árboles se habían alejado. Sobre su cabeza, claro y distante, el cielo matutino. Ramses estaba allí plantado, blanco sobre la blanca superficie helada de un lago, con los ojos febriles y sus dos cuernos. Por primera vez en su vida pensó en su cornamenta.

El rastro rojo lo había seguido.

El hielo susurraba.

A la orilla del lago se agazapaba el Garou, cuchillo en mano, mirándolo arrobado.

Ramses permaneció en medio del lago, olfateando. El lobo iría tras él por el hielo, eso estaba claro. No podía evitarlo. Pero continuaba erguido sobre sus dos piernas de hombre, torpes, nada prácticas en aquella superficie resbaladiza. Si se caía, Ramses atacaría. Si no...

El rastro rojo se extendía alrededor de las pezuñas de Ramses atrayendo al Garou. Finalmente su perseguidor pisó el hielo. Ninguna oveja que viera sus elásticos movimientos de depredador lo habría tomado sin más por una persona. Un escalofrío recorrió la cerviz de Ramses, que no obstante siguió donde estaba y bajó los cuernecillos. Y de repente oyó... ¿música?

«Cáete», rogó Ramses cuando el lobo inició un trote inseguro.

«Cáete», volvió a rogar cuando el cuchillo relució, gris y claro como el cielo.

Pero el lobo no se cayó. El lobo avanzaba y, con una lentitud pasmosa, se aproximaba a Ramses.

El joven carnero afianzó las pezuñas en el hielo.

Entonces se oyó un fuerte chasquido. ¿Un disparo?

Una bandada de cornejas hendió el cielo.

El Garou se detuvo. Miró hacia abajo, allí donde el opaco hielo se abría y manaba oscuridad.

El Garou gimió y cayó de rodillas. El hielo rió y se quebró, semejante a un laberinto de arrugas en la blanca piel del lago.

Entonces sucedió algo extraño.

El cuchillo del Garou se había olvidado de Ramses y picoteaba frenéticamente la oscuridad que se extendía debajo de él y de quien lo empuñaba. El hielo gritó y se resquebrajó.

El lago extendió sus oscuros y voraces dedos hacia Ramses, que se olvidó del Garou, lo olvidó todo, hasta el miedo, y salió disparado

en dirección a la orilla, lo más deprisa posible. El frío trató de aferrarle su pezuña trasera izquierda, pero él se zafó y siguió corriendo, más rápido que el frío y el hielo, hasta que notó nieve blanda en las pezuñas.

En el lago ya no había nada. Ni lobo ni persona. Sólo un agujero de bordes dentados y el rastro rojo, que se perdía en la oscuridad.

Sin embargo, en la orilla había un zorro rojizo que miraba el agujero con una extraña expresión.

Ramses se volvió de espaldas al lago y se fue.

Del bosque.

Hacia el prado.

A casa, donde un rebaño amodorrado y una agotada Rebecca lo esperaban junto a la caravana.

25

—Por eso le aullaba a la luna —dijo Madouc, pensativa—. La luna es un queso de cabra. Un queso de cabra que no podía empaquetar.

Las ovejas pusieron cara de escepticismo. La teoría de la luna-queso-de-cabra resultaba más que controvertida.

Aunque ya habían pasado varios días, las ovejas aún estaban digiriendo las numerosas cosas ocurridas en su prado desde la última luna llena.

—Yo no creo que Eric le aullase a la luna —refutó Miss Maple.

—Pero... —baló Heide. ¡Maple nunca se creía nada!

—Creo que era su perro el que aullaba a la luna —argumentó Miss Maple—. Ese perro lobuno del que habló Mopple.

—¿Porque la luna es una oveja? —aventuró Cordelia.

—Porque se sentía solo —puntualizó Miss Maple—. Cuando el Garou cazaba, su perro se quedaba solo.

Las otras asintieron prudentemente, mascando con cautela y manteniéndose apartadas de la cerca. Todavía estaban algo nerviosas. Los últimos días en la finca se había armado una del demonio, y por desgracia éste no era un señor risueño con pezuñas y cuernos.

—El demonio —musitó Maple de pronto. Últimamente con tanto pensar y relacionar apenas tenía tiempo para pastar—. Mamá está en lo cierto: las cartas ayudan a ver. Sólo hay que saber cómo. Tres demonios... y ninguno tenía la culpa de todo, pero todos tenían algo

de culpa. El Garou, de los corzos y, antes, de las ovejas y las personas. Todo había empezado con él. Después llegaron los paseantes y lo imitaron. Y el cabrero le pegó un tiro a Yves, pero en realidad a quien quería pegárselo era al Garou.

Malonchot estuvo hablando largo y tendido con Rebecca y se lo explicó todo. Luego se presentaron muchos hombres con gorra que empezaron a llevarse gente.

Primero a los dos paseantes, que se habían liado a golpes entre sí y tenían la nariz ensangrentada; después al Arrendajo, con una venda en la cabeza, a Plin y, dos días después, a Eric, a quien encontraron en el lago, blanco y muy tieso. Las ovejas temieron que los hombres se dejaran llevar por el entusiasmo y también agarraran a Rebecca.

Pero Rebecca se quedó.

Hortense pasó mucho tiempo con ella en la caravana y lloró y lloró y lloró.

Luego los de las gorras encontraron cosas en la casa de Eric. Sobre todo pinturas, bellas y artísticas, y con mucho rojo, pero también polvos de dormir y diarios, al perro lobuno y a Vidocq, que se habían hecho amigos. Hortense dejó de llorar y prometió ocuparse de los dos perros.

Poco después los de las gorras también se llevaron al cabrero, que parecía de lo más feliz. En adelante a las cabras les dio de comer la señora Fronsac, lo que no estaba nada mal.

Mamá les echó las cartas al menor de los dos pequeños y a su animal con trompa, sin demonio, con justicia y templanza.

Fueron días muy estresantes para las ovejas, sin televisión ni lectura, pero ya faltaba poco para partir.

En esa ocasión irían a un centro de acogida de caballos, y estaban impacientes.

Las enormes tijeras hendieron el aire como una corneja agresiva, y las ovejas se estremecieron.

—Bien —dijo Rebecca—. Vamos allá.

Con la ayuda de Zach y mamá había llevado al redil al peludo, que iba a salir trasquilado. ¡Tonsurado! ¡En pleno invierno! También estaba presente el veterinario.

Sólo lo esquilaría un poco, le prometió Rebecca al peludo, lo suficiente para que pudiera volver a ver. También le recortaría las pezuñas. Le echaría unas gotas en los ojos. Le administraría una pastilla de calcio. Lo desparasitaría. El tratamiento completo, vamos.

Sin embargo, primero tuvieron que cogerlo. El peludo no era el más rápido, pero sí un experto en agazaparse, virar y rehurtarse. Y era fuerte. Rebecca bufaba y Zach perdió las gafas de sol.

Las ovejas estaban junto a la cerca, dándole consejos.

—¡No te metas en el rincón! —avisó Cloud.

—¡Un poco a la izquierda! —gritó Heide.

—¡Más a la derecha! —aconsejó Maude.

—¡Cuidado, detrás de ti! —advirtió Heathcliff.

—¡Delante! —apuntó Sir Ritchfield.

Al final el peludo se detuvo, confundido. Zach dio un salto y lo agarró por las patas traseras.

—Ahora será mejor que te estés quieto y esperes hasta que todo haya terminado —dijo Lane. Era uno de esos buenos consejos que a todas les gustaba dar y que nadie seguía nunca.

Las tijeras tabletearon y al suelo cayó lana enmarañada. Unas robustas patas ovejunas y unas pezuñas anchas y hendidas quedaron a la vista. Rebecca lanzó un ¡ay! al ver las pezuñas. Cayó más lana y aparecieron un lomo, un pescuezo, una cabeza ovejuna. Unas orejas paradas. Hasta las más escépticas hubieron de reconocer que el peludo —¿el peludillo?— era un carnero vigoroso de cuernos redondos y ambarinos y ojos soñadores. Soltó unas coces y unos balidos, pero en líneas generales aguantó con dignidad. A diferencia de Rebecca, por cierto. El rebaño nunca había visto a su pastora esquilar una oveja... probablemente porque jamás en su vida lo había hecho. La pobre soltó maldiciones y bufidos, perdió el gorro-hogaza y a punto estuvo de cortarle una oreja a Zach.

Cuando todo hubo acabado, podía decirse que en el prado había dos ovejas nuevas: el peludillo y Zach, cuyo traje negro estaba tan cubierto de borra blanca que guardaba un parecido asombroso con una oveja. Por su parte, el recién esquilado presentaba cierta semejanza con una nube —de esas que tiran a irregulares—, y pronto empezó a circular el rumor de que tal vez fuese una oveja nube.

—¡Listo! —exclamó satisfecha Rebecca.

Mamá, que se estaba quitando trabajosamente la lana de la chaqueta, no dijo nada.

—Necesito hacerme la manicura —murmuró al fin con un suspiro.

Rebecca sonrió y blandió las tijeras de recortar las pezuñas de manera amenazadora.

A continuación ambas mujeres se sentaron en los escalones de la caravana, fumando y viendo cómo se derretía la nieve.

En silencio.

—Aún no han cogido al mafioso —comentó Rebecca al cabo—. Debe de ser un pez gordo. A escala internacional. Al parecer, se vio envuelto en un tiroteo y Maurice debía hacerle un rostro nuevo. Después lo habría matado, claro, para que no pudiera contárselo a nadie. Pero de eso hasta yo me habría dado cuenta. ¿Cómo pudo meterse en semejante lío?

—La codicia —contestó mamá al tiempo que exhalaba humo al aire.

—Las deudas. —Rebecca suspiró—. ¿Tú crees que esos visitantes tan raros de verdad eran asesinos a sueldo? Parecían inofensivos.

—Tuve un pálpito desde el primer momento —repuso mamá—. Tanta ducha no es normal.

—Tú y tus pálpitos.

—¿Y qué? ¿Es que acaso no tenía razón? ¡Ese pastor! ¡Y ese Eric! ¡Qué espanto!

—En cierto modo lo comprendo —musitó Rebecca—. No lo que hizo, desde luego, pero... yo pasé una noche en esa habitación espantosa, y él estuvo en ella seis meses, viendo cada noche ese lobo. Y a saber lo que le diría ese neurólogo viejo y enfermo, que lo mantenía consciente... Y para colmo el escudo de armas de Eric era un lobo. Probablemente el viejo lo considerase una broma estupenda. Allí arriba, ¿sabes?, todo es tan descolorido y permanece tan quieto... Y las ansias de colores y movimiento son tantas...

—Al menos podría haber dejado en paz a la gente —afirmó mamá mientras lanzaba una colilla a la nieve—. Y a las ovejas —añadió

altanera.

—El psicólogo de la policía dice que probablemente intentó limitarse a los corzos, pero después de las cacerías no podía atontarlos, porque eran demasiado esquivos, así que... —Rebecca hizo una pausa—. Espero que el psicólogo me deje en paz. La verdad, lo único que quiero es marcharme de aquí y olvidar todo este asunto.

—Bobadas —dijo mamá, y encendió otro cigarrillo—. Deberías escribir un libro. O por lo menos conceder una entrevista. «En las fauces del hombre lobo», o algo por el estilo. Créeme, tiene gancho.

—Pero el que me encerró fue el cabrero.

—Menudencias. —Sacudió el cigarrillo con desdén—. Después concedes otra entrevista, «En las garras del vengador del hombre lobo». ¿Qué te parece? Por cierto, ¿cómo lo pillaron?

—Se entregó y lo confesó todo. Desde que sabe que el Garou ha muerto es una persona completamente distinta. Incluso me pidió disculpas por haberme atizado.

—Eso se lo perdono —repuso mamá.

—¿Tú?

—Eso y lo de Yves. Su mujer y su hija, imagínate. Si a ti te hubiera pasado algo, puedes estar segura de que yo también estaría ahora en el bosque con un buen puñado de balas de plata.

—Tess —dijo Rebecca al cabo de un rato—. Lo de Tess no se lo perdono.

—¿También fue él?

Rebecca asintió.

—Para que no le fastidiara la trampa. Eric jamás le habría hecho nada a Tess. Le gustaba mucho. Curioso, ¿no?

—Curioso —convino mama, y se levantó—. Voy dentro, tengo frío.

Y, a espaldas de Rebecca, arrojó la segunda colilla a la nieve.

El castillo fue menguando como la nieve al sol, sólo que más deprisa, ante la mirada de las ovejas, que iban en la parte trasera del coche. La despedida de la manzana roja del huerto se les hizo sumamente dura, pero en realidad se alegraban de marcharse. Quizá ahora descubrieran la Europa de George, la Europa de los manzanos, de las verdes praderas y los panes alargados. O al menos una Europa sin lobos ni cabras.

—¡Ahí está Madouc! —exclamó Heide de pronto.

En efecto: una cabra pequeña y negra corría como loca tras el coche.

—Creo que quiere venir con nosotras —dijo Cloud.

Las ovejas se miraron en silencio y acto seguido Lane soltó el portón del coche con su hábil morro.

El portón arrastraba por el suelo, y el coche aminoró la marcha.

Madouc corrió más deprisa.

Finalmente lo logró y aterrizó entre las ovejas tras un admirable salto caprino. El rebaño la miró un tanto perplejo.

—Creo que es una oveja —afirmó Sir Ritchfield de pronto.

—¡Una oveja! ¡Una oveja! —balaron las demás, aliviadas. Si Madouc era una oveja, en el futuro su vida sería un poco más fácil.

—No te preocupes —le dijo Heathcliff al oído—. No es tan difícil ser una oveja. Yo te enseñaré.

—Ahora somos una oveja —explicó Madouc a la pequeña cabra negra que siempre la acompañaba. La pequeña cabra negra se sintió

orgullosa.

El coche se detuvo y el peludo conductor se apeó, se dirigió a la parte trasera y cerró el portón.

Las ovejas miraron con curiosidad hacia fuera, en dirección al bosque.

—Mirad —dijo Ramses.

Las ovejas miraron. Ahora, cada vez que Ramses decía algo le prestaban mucha atención.

—¿Qué? —quiso saber Heide, pero entonces también lo vio. Todas las ovejas lo vieron.

Algo silencioso, bello e importante.

Como todas las noches, también ésta la oscuridad salió del bosque. Pero esta vez dio la impresión de que la luz quería aferrarse a cada árbol, a cada tronco, a cada rama, para quedarse un poco más en el mundo, y se fue retirando de la carretera, de los árboles y del cielo muy despacio y de mala gana.

Era lo más importante que veían las ovejas desde hacía mucho tiempo. Significaba verde, hierba, corderos, prados y piruetas en el aire.

Significaba primavera.

De repente las ovejas también olieron algo especial.

Las personas no tenían razón. No se podía sentir crecer la hierba. La hierba se podía oler.

Y era un olor sumamente agradable.

—Speusipp —propuso Madouc.

—Hindley, Hareton, Hannibal —sugirió Heathcliff.

—No lo sé —dijo el carnero sin nombre mientras mascaba.

—¿Epikur? —dijo Madouc—. ¿Heraklitt?

—Retama, Avellano, Margarita —contraatacó Heathcliff—. ¿Tulipán?

—Tulipán no me disgusta —admitió el carnero, que seguía masticando heno, ensimismado.

También al final de esa historia había un montón de heno. Cierto que tenían que compartirlo con tres ponis bayos, pero no pasaba nada. Los ponis no estaban acostumbrados a pastar con ovejas, y hasta el momento no había sido difícil hacerse con el heno delante de sus narices. Sin embargo, los ponis no se dejaban acobardar.

—No me parece que sean ovejas —afirmó Sir Ritchfield con ojo experto.

—Puede que Europa no esté tan mal después de todo —comentó Cordelia—. Sólo es cuestión de aclimatarse.

—Y yo me comí la luna —contaba Mopple a todo el que quisiera escucharlo—. Si no me la hubiera comido, la cosa no habría salido tan bien.

De eso no cabía la menor duda.

Epílogo con el cordero

Frío.

Y claridad.

Le hacía daño en los ojos. ¿Ojos? ¡Ojos! Los ojos estaban arriba. En la cabeza. La cabeza también podía respirar y oler miles de cosas, dulces y acres, cálidas y azules. Todo mezclado. Y escuchar: un murmullo fuera y un palpitar dentro. Antes no había fuera. Ahora sí. Frío se podía pasar en todas partes, incluso allí abajo, donde no había cabeza.

El cordero tiritaba. Quería irse. Irse significaba, por de pronto, irse de abajo, donde más frío hacía. Estiró unas cosas —¿las patas?— y, en efecto, el frío del suelo se alejó. Después algo salió mal y allí estaba el suelo de nuevo, frío y muy duro. ¡Otra vez! Primero detrás. Detrás era el lugar opuesto a donde estaba la cabeza. Detrás era más sencillo. Luego delante. Todo se movía, pero el suelo seguía en su sitio: abajo.

La claridad confluía en círculos. En círculos y colores. A su lado había algo, más oscuro que arriba pero no muy oscuro, y olía bien. Y profería sonidos graves, tranquilizadores, que ahuyentaban la tiritona. ¡Más cerca! Más cerca de lo bueno, con la cabeza delante.

Luego, de pronto, olía distinto que antes. Era un olor caliente y penetrante.

Los temblores volvieron.

Los sonidos de la cosa buena se hicieron más estridentes. Ya no eran bellos y tranquilizadores. También el olor había cambiado. Eso debía de tener algún significado. ¡Había que hacer algo! El cordero abrió los ojos e intentó ver más. ¡Ahí! Algo rojo avanzaba entre lo gris. Antes sólo había gris, claro y oscuro, azulado y rosado. Muchos grises.

El rojo era nuevo. El rojo era distinto. Más veloz. Más furtivo. Peligroso.

El cordero emitió un sonido. El sonido asustó al cordero, que intentó acercarse a la cosa buena.

La cosa buena se movió.

El rojo tremoló.

Describió círculos.

Salió despedido hacia delante y regresó con el gris.

La cosa buena baló.

De pronto el rojo estaba justo delante de él. Tenía unos ojos amarillos y una boca blanca. El cordero chilló. Y a continuación el rojo salió volando por los aires, lejos de él. La cosa buena fue detrás, dando puntapiés y golpes, furiosa.

Antes de que el cordero empezara a temblar, la cosa buena ya estaba de vuelta, y no era una cosa, sino algo cálido, cálido, cálido, y se movía, y tenía una cabeza negra y cuernos y el mejor olor y la voz más hermosa.

Y una promesa.

De pronto el cordero tenía una boca, y la boca tenía algo delante. A lo largo de una lana cálida, en un hoyo que se adentraba en una cavidad secreta. Y mamar, mamar, mamar.

La vida era dulce. Y cálida.

Y sabía bien.
Zora estaba contenta con su cordero de invierno.

Agradecimientos

Mi gratitud a:

Werner, Susi y O por leer el manuscrito.

Tanja K. y Jutta R. por su atenta lectura del manuscrito y sus inteligentes comentarios.

Ulla K. por el carnero-tormenta, por Bernie, por su amistad y por los hermosos momentos ovejunos vividos.

Astrid Poppenhusen, como siempre, por su ayuda y entrega.

Claudia Negele, Georg Reuchlein y todo el equipo de Goldmann por su paciencia, su confianza y estímulo.

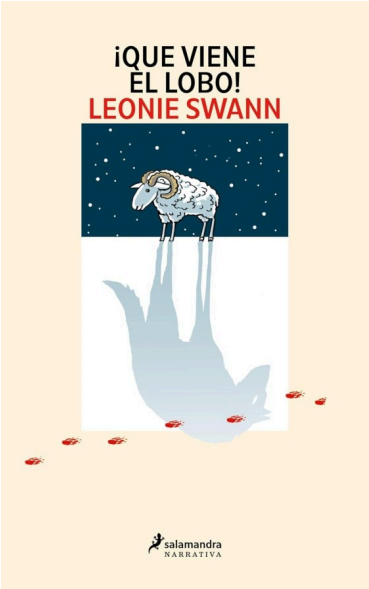
Micha D. por sus ideas y energía, y por cuidar de las ovejas.

Robert B. por su paciencia, su lasaña de verduras y todo lo demás.

Y a Ethel, por las risas.

La continuación del fenómeno *Las ovejas detectives*, que ha conquistado a más de 1.500.000 de lectores.

El rebaño más famoso del crimen regresa para resolver un nuevo enigma.



Tras el éxito de *Las ovejas detectives*, Leonie Swann reúne de nuevo al peculiar rebaño encabezado por Miss Maple.

Junto a Rebecca, la hija del pastor George Glenn, las ovejas abandonan Irlanda y se instalan al abrigo de un remoto castillo francés, a primera vista un paraje ideal. Sin embargo, no tardan en percatarse de que sucede algo extraño. Las cabras vecinas parecen locas de remate y arman un jaleo tremendo. Entonces, una pequeña oveja negra surge de repente y les advierte de un misterioso peligro.

La amenaza se hace patente con el descubrimiento de un cadáver en el bosque, y las ovejas, capitaneadas por la intrépida Miss Maple, se adentran en la oscuridad de la floresta en busca de las pistas que todo asesino deja tras de sí.

La crítica ha dicho:

«Una historia de ovejas tan extravagante como entrañable, a ratos divertida, inquietante, ingeniosa y conmovedora. Merece la pena dejarse llevar hasta un final verdaderamente triunfal.»
The Wall Street Journal

«Absolutamente deliciosa.»
The New York Times

«Una continuación todavía más divertida e irreverente.»
The New Yorker

«Rica y compleja… Swann maneja con gran destreza un rebaño de diecinueve ovejas, cada una con una personalidad tan definida como la de cualquiera de mis vecinos.»
The Washington Post

«Una aventura encantadora… Una divertida vuelta de tuerca a la clásica novela de misterio ambientada en el campo.»
Toronto Star

«Excéntrica, insólita y tremendamente entretenida.»
BookTrib

«Ingeniosa… Como en la novela anterior, Swann dota a cada una de sus protagonistas animales de una voz y una personalidad propias, y crea divertidísimos malentendidos entre el rebaño y los humanos. El misterio avanza con agilidad y depara más de una sorpresa. Los aficionados al cozy crime quedarán encantados.»
Publishers Weekly

«Un ingenioso misterio clásico protagonizado por un rebaño de ovejas, cada una con una personalidad inconfundible; una novela tan divertida como conmovedora.»
Stop, You're Killing Me!

«Una novela destinada a conquistar el corazón de los lectores y a ampliar sus horizontes.»
Kirkus Reviews

«Una obra absolutamente original.»
Booklist

Leonie Swann (1975), seudónimo de una reconocida escritora alemana, nació en las inmediaciones de Múnich y estudió Filosofía, Psicología y Literatura Inglesa en esa ciudad. Autora prolífica, irrumpió en el panorama editorial con *Las ovejas detectives*, a la que siguió *¡Que viene el lobo!*, dos novelas publicadas en español por Salamandra que se mantuvieron durante meses en los primeros puestos de las listas de ventas y han sido traducidas a una treintena de idiomas. Las ovejas detectives ha sido llevada al cine en una gran producción dirigida por Kyle Balda, con un reparto encabezado por Emma Thompson y Hugh Jackman. Leonie Swann vive en la actualidad en las proximidades de Cambridge.



Título original: *Garou*

Primera edición con esta cubierta: noviembre de 2026

© 2010, Leonie Swann
© 2012, 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2012, María José Díez Pérez, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House GmbH

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87928-71-1

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

¡Que viene el lobo!

Dramatis

Prólogo

Primera parte. Cosas

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Segunda parte. Casos

- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Tercera parte. Causas
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo con el cordero
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Leonie Swann
Créditos

1. ¡Que viene el lobo!
2. Dramatis
3. Prólogo
4. Primera parte. Cosas
    1. Capítulo 1
    2. Capítulo 2
    3. Capítulo 3
    4. Capítulo 4
    5. Capítulo 5
    6. Capítulo 6
    7. Capítulo 7
    8. Capítulo 8
5. Segunda parte. Casos
    1. Capítulo 9
    2. Capítulo 10
    3. Capítulo 11
    4. Capítulo 12
    5. Capítulo 13
    6. Capítulo 14
    7. Capítulo 15
    8. Capítulo 16
6. Tercera parte. Causas
    1. Capítulo 17
    2. Capítulo 18
    3. Capítulo 19
    4. Capítulo 20
    5. Capítulo 21
    6. Capítulo 22
    7. Capítulo 23
    8. Capítulo 24
    9. Capítulo 25
7. Epílogo con el cordero
8. Agradecimientos
9. Sobre este libro
10. Sobre Leonie Swann

11. Créditos